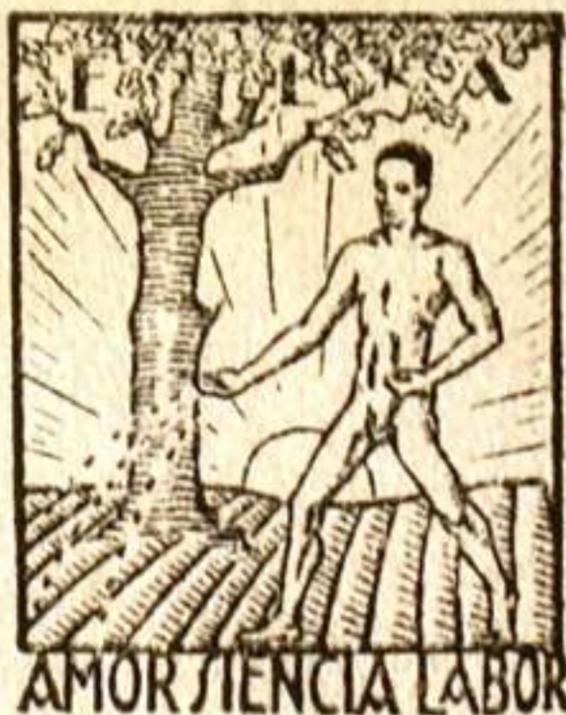


ELOY LUIS-ANDRÉ

GALLEGUISMO

LUCHA POR LA PERSONALIDAD
NACIONAL Y LA CULTURA

(ENSAYOS)



- IMPRENTA J. MURILLO -
PASAJE DE VALDECILLA, 2

7
19733

Obras de Eloy Luis-André

Publicadas y en prensa

- El histrionismo español.*—254 págs. Barcelona, 1906. Agotada.
- Ética española.*—380 págs. Madrid, 1925. 2.^a edición.
- Mentalidad española.*—200 págs. Publicada en varias Revistas.
- Españolismo.*—(Prasologio). 240 págs. Madrid, 1931. Pueblo y conciencia nacional.
- Mentalidad alemana.*—567 págs. Madrid, mayo de 1914.
- La cultura alemana.*—408 págs. Madrid, 1916.
- Educación de la adolescencia.*—256 págs. Madrid, 1916.
- Estudios y problemas de economía nacional y política social y nacional.*—300 págs. Publicada en varias Revistas.
- Estudios de ética social.*—200 págs.
- Dos idearios y dos democracias.*—64 págs. Madrid, 1919.
- Sistema de filosofía de los valores.*—I. La Ética. 383 páginas. Madrid, 1923. 3.^a edición. Agotada.
- Tomo II. *La Lógica.*—250 págs. Madrid, 1925.
- Elementos de psicología.*—247 págs. Madrid, 1921. Agotada.
- Nociones de psicología experimental.*—382 págs. Madrid, 1924. Agotada.
- Elementos de educación cívica, jurídica y económica.*—237 págs. Madrid, 1921. Agotada.
- Resumen de educación cívica, jurídica y económica.*—140 págs. Madrid, 1924. Agotada.
- Programa de psicología y lógica.*—Madrid 1925.

- Programa de ética y rudimentos de derecho.*—Madrid, 1925. Agotada.
- Programa de deberes éticos y cívicos.*—Madrid, 1931.
- Deontología: Breviario de moral práctica.*—342 págs. Madrid, 1928. Agotado.
- El derecho español.*—236 págs. Madrid, 1929. Agotado.
- El espíritu nuevo en la educación española.*—80 págs. Madrid, 1926.
- Ideario político de Espinosa.*—64 págs. Madrid, 1930.

II

Traducciones

- Haroldo Föffding: Filósofos contemporáneos.*—252 págs. Madrid, 1909.
- Guillermo Wundt: Introducción a la filosofía.*—Dos volúmenes, 256 y 230 págs. Madrid, 1911.
- Sistema de filosofía científica.*—Dos vols., 523 y 225 páginas. Madrid, 1913.
- Rodolfo Eucken: La vida, su valor y significación.*—280 páginas. Madrid, 1912.
- Alejo Bertrand: Léxico de filosofía.*—250 págs. París, 1910.

III

Obras escritas y en preparación

- Ética española. 2.^a parte.*
- Españolismo (Prasologio).*—Tomo II. Estado y sociedad.
- Españolismo (Prasologio).*—Tomo III. El espíritu nacional.
- Españolismo (Prasologio).*—Tomo IV. La corrupción de la democracia.
- Españolismo (Prasologio).*—Tomo V. Restauración y revolución.

Españolismo (Prasologio).—Tomo VI. Renacimiento y reforma.

Españolismo (Prasologio).—Tomo VII. Renovación. Nuestros valores eternos.

Ensayos de filosofía científica.—I. Naturaleza, personalidad, cultura.

Ensayos de filosofía científica.—II. La filosofía científica y el activismo ideo-estético.

Ensayos de filosofía científica.—III. Filosofía y filósofos.

Ensayos de filosofía científica.—IV. Problemas de filosofía del arte.

Ensayos de filosofía científica.—V. Noética y pragmática del españolismo.

Ensayos de filosofía de la cultura.—VI. Toledo.

Ensayos sobre la juventud española.—VII. Vida, Escuela y Magisterio.

Sistema de filosofía especulativa: Filosofía de la Naturaleza. Filosofía del espíritu. Filosofía de la cultura. Filosofía de la religión.

La Universidad española.—Normas e ideales de magisterio.

Problemas de psicología experimental.

Nociones básicas de biología y fisiología para la psicología experimental.

Metodología técnica y problemas de psicología experimental.

Emocionario.—Poesías castellanas inéditas.

IV

OBRAS SOBRE GALLEGUISMO

A).—Obras publicadas y en prensa.

Galleguismo.—Lucha por la personalidad y la cultura. Ensayos. 464 págs. Madrid, 1931.

Semente.—Versos gallegos. 200 págs.

Ideario político de Espinosa.—64 págs. Madrid, 1930.

El ferrocarril del «Príncipe de Asturias». (Alfonso 12).

Título irónico del M. Z. O. V.—151 págs. Madrid, 1926.

B).—Obras de próxima publicación.

Conferencias sobre galleguismo.

C).—Obras en preparación.

Renovo.—(Versos gallegos).

Colleita.—(Versos gallegos).

Ciclo de novelas gallegas.

La mentalidad gallega.

ELOY LUIS-ANDRE

GALLEGUISMO

LUCHA POR LA PERSONALIDAD
NACIONAL Y LA CULTURA

(ENSAYOS)



MADRID

1 9 3 1

Es propiedad del autor
Copyright by
Luis André, 1931.

Imprenta Murillo.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.

PRÓLOGO

Aquí tienes, lector, parte de mi obra por Galicia, desde mis veinte años, labor de prensa en selección, durante treinta y cinco. La verdadera lealtad del escritor consiste en ofrecerse al público, con el diagrama fiel de las vicisitudes de su convicción. Eso es lo honrado. Lo otra puede ser cuquería o vulpejería. Yes lo que abunda en mi tierra. Tierra corrompida y desvalida presa y víctima de amos sin alma, carne de tiranos. Cuando se llega a la cumbre de la vida, una mirada retrospectiva sobre el propio pasado, es Norte para un porvenir seguro. Se sube su cuesta en zizagueo. Se baja e línea recta o rotando como canto; o a pie firme, resistiendo la gravedad del propio peso, a paso lento. Así quiero yo.

El ideal sería irrumpir como las aves anilladas, remontándose primero, y con la aguja imantada del corazón que adivina, en rumbo fijo, al ideal. Pero somos hombres y tenemos que progresar haciendo premiosamente una jornada después de abrirnos a codazos un camino. A no ser que nos lo den ya hecho y en locomoción pasiva a cien kilómetros

por hora nos lleven esfuerzos ajenos a la meta. A mí eso me repugna. Además el que así corre o vuela se hace sospechoso.

Este es un libro de examen de conciencia personal mía y colectiva de mi pueblo gallego. Desnudar el alma y poner en vitrina el corazón ante un público compuesto de espectadores, que quieren el espectáculo mejor que dejarse impregnar del efluvio sagrado de la palabra, que es fruto de amor y pensamiento, tiene sus riesgos, más y de mayor importancia que las ventajas que reporta. Pero cada uno es como es; y ha de irrumpir por aquella trayectoria por donde le lleva su destino, quiera o no muchas veces. Los ensayos que aquí ofrezco al lector tienen algo de todo: de sátira indignada, de diti-rambo, de elegía, de treno, de salmo, de poema y de idilio. Son mi ideario, mi empcionario y mi praso-logio vital del galleguismo. El pensador, que está de veras enamorado de su pueblo y de su tierra, no puede contemplarlos con la expectación del metafísico, que diseca ideas sobre la mesa de la razón serena y fría. Odios y amores son cuerdas que vibran en el mismo corazón, cuando la mano apasionada, aunque no ciega, pone en ellos su impulso creador. Convicciones y dudas, motivos de fe y de esperanzas salen de la misma alma, cuyo leit motiv fundamental es el ansia de crear valores eternos, para la propia tierra y para la propia raza.

Si me preguntas, lector, quién tengo a mi lado, a quién dejo detrás de mí y quién me hace frente, en estas páginas encontrarás cabal respuesta. Llevo

detrás de mí un rebaño de hombres, que quiero redimir y convertir en ciudadanos libres. Camino solo, como caminaba el apóstol de las gentes gallegas, peregrino andante y caminante, a quien después hicieron los descastadores montado caballero, convirtiendo la vara del pastor en flamígera espada de guerrero, alucinado por el exaltado fanatismo conquistador. Es que nos han corrompido la leyenda áurea. Nuestra vía láctea del ideal gallego, nuestro camino de Santiago, discurría por el cielo, donde las impuras realidades no pueden tener vecindad; y los corruptores del alma gallega nos envenenaron el alma y el corazón, nos captaron el ideal y lograron convertir las palomas mensajeras de las puras esperanzas de la fe gallega, del amor de hermanos, en sierpes envenenadas por la intriga, la mentira, la maledicencia, la traición y la doblez. Crearon una casta de profesionales de la política de monopolizadores de la cosa pública, que no se contentaron con escamotearnos la tierra y el cielo, sino que, además, aspiraron a raptar del alma las intenciones puras, las sagradas e inviolables resoluciones del voto popular. La villa y la ciudad, encanalladas, corrompidas y envilecidas; la banca, la política financiada, la selección al revés, son su tramoya y sus instrumentos. Esos profesionales que me hacen frente, esos son los que me escamotean las almas que yo quiero guiar. Para ellos la vida pública es un negocio; para mí una cruzada. Para ellos el mando es una propiedad que no prescribe; para mí la autoridad es un sagrado ministerio de amor, de saber y

de responsabilidad civil, ética y religiosa. Para ellos, para los amos, los borregos han de vivir en inconsciencia, mensajera de esclavitud. Para mí han de hacerse conscientes, para ver las cadenas de sus tiranos y romperlas con su libertad. Para ellos, la fuerza brutal o la astucia—la del lobo y la del zorro—, aplasta, dislacera, amedrenta, engaña y domina. Para mí, la luz del alma, la llama del amor en el corazón, une, vivifica, ilumina, enardece, da fe, forja convicción, encamina por la caridad a la esperanza.

Ese sanedrín gallego, de pseudo intelectuales, de profesionales de la política y de la clerecía y del militarismo y de la toga—las clases directoras de Galicia—, que tienen por ámbito el templo profanado de la vida pública, convertido en madriguera y caverna de impudicias y latrocinios, esa farsa cruel y sangrienta de la gallegada, adjetivada a la casta de extranjeros y mestizos descastados (fenicios, semitas, orejos) es la que me hizo frente, con el silencio, la persecución envidiosa y traicionera, las acometidas de lado y por la espalda, las intrigas, llevadas a lo más inefable de la vida, las ingratitudes, las deserciones, las injurias y calumnias de comadre ruin, que hace el oficio de alcahueta, después de haber comerciado con su honor. Esa farándula, esa ralea, esa canalla, es la que me hace frente. Esa es la que engaña al pueblo con cantos de sirena, con la tentación del soborno, con la amenaza del miedo, con el ardid, con el escamoteo de sus derechos, con el ansia e incitación a que no

cumpla sus deberes. Ella es la corruptora del pueblo. Pactar con ella, plegarse a su comparsa, sería un seguro de vida de éxitos momentáneos, de renombre fácil, de lucro, tajada asquerosa de bandidaje impune. Hacerle cara es jugarse la última carta del seguro personal, porque a todo apela. Pero esto es de vida o muerte para el pueblo, que necesita hombres, guías con fe, con absoluta fe de convicción en sí, que les digan: Dejad a los profesionales, si no tenéis valor para cazarlos como conejos o descartarlos como ratas. "Yo soy el camino de la verdad y la vida". Sólo es camino quien hace su camino. Sólo es verdad quien se siente como es; y ser en plenitud de personalidad consciente, que apresa en su alma y en su corazón los propios ideales y los del pueblo. Sólo es vida, tesoro de vida y reóforo de vida, quien, con el alma y el corazón, atesora la del pueblo, cuajada en tradición redundante, y en la entraña del pueblo deposita, como en placenta materna, el ideal, por la propia llama de razón y de pasión vivificado. Sólo es vida para el pueblo, quien se siente hijo de él, uno con él, unido a él; quien la recoge en su regazo, como un hijo la leche del pecho de su madre; y después se la devuelve centuplicada en gestas creadoras, en gestas gloriosas, que puedan glorificarle. Y para eso hay que luchar. Luchar hasta contra la desesperanza, sin desmayo. Sólo es vencido el que se siente propicio a la renunciación.

La reconquista espiritual y económica de Galicia, hemos de hacerla con unción y con fe sus verda-

deros apóstoles, poetas, profetas y mártires de un ideal. Los que pactan con los extranjeros ya se declaran vencidos. El contubernio de los hijos de la tierra con ellos es escandaloso. Más que contubernio es adulterio, que profana el templo sagrado y corrompe el tálamo nupcial. Las derrotas no pueden ser eternas. Quien muere en el combate, su sangre de mártir del ideal gallego, es semilla de mártires. Es compromiso sagrado de deber para las generaciones venideras. Conducta firme y honrada, que se plásmen en poema vivo de personalidad característica plena, que sea a la vez apostolado y magisterio para el pueblo. ¡El pueblo! Es el Niño Dios de los destinos gallegos, que ha de venir al mundo, a su mundo, para crear en él su propio reino, en soberana libertad cobijado. Grey augusta de hermanos libres, pero unidos por la fuerza de la sangre y la fuerza del amor, para la misma aspiración, formando un frente único, sagrado, la falange céltica, embriagada de entusiasmo, de sangre y de gloria para luchar.

Y nosotros, los intelectuales gallegos, estas víctimas propiciatorias del caciquismo, que nos escoge para escamotearnos la voluntad popular en las urnas, convertidas en fauces de iniquidad y en guillotina del prestigio y en cebo para que desertemos de nuestra misión divina de ser guías espirituales del pueblo, sin desmayar un instante en el fracaso, sin sentir vencimiento en la derrota, con paso firme y sereno, debemos proseguir en nuestra épica tarea de despertar al dormido y dar conciencia personal, vi-

za, en vigilia tenaz al que duerme en hipnótica sugestión, hecha a presión de tiranía. Abrir los ojos al que los tiene cerrados, dar el pan de la verdad al que siente hambre de conocimiento, saciar la sed de la esperanza al oprimido por amos despóticos y bárbaros, redimir este cautivo, el pueblo gallego, engalerado en su propio hogar, sin otro crimen que el de su buena fe y su simplicidad santa. Esta es la tarea. Hay que convertir este limbo de los niños en campo de Agramante, para luchar y vencer.

A los que encanallan la conciencia, envenenan y falsean la opinión y prostituyen el sufragio, hay que barrerlos.

A este empeño, responden mis "Ensayos de Galleguismo", con el moto de "Lucha por la Personalidad y la cultura".

Que este llamamiento sea fecundo. Quien siembra libertad en el pueblo no puede recoger esclavitud. Y para él tampoco hay opción entre ser libre y ser esclavo. Nuestra cruzada es de justicia. A la larga venceremos. La fe para luchar nace de la seguridad de vencer. Nuestra divisa es ésta: "Fuera extranjeros". "Galicia para los gallegos". Pero Galicia y los gallegos, centro de gravedad, crisol, sillar firme, pórtico de gloria de las culturas peninsulares viradas al Atlántico; soberana floración, abundosa cosecha de pueblos libres, hermanados por la conciencia común de un destino común: ESPAÑA.

ELOY LUIS-ANDRÉ

Madrid, 14 de julio de 1931.

GALICIA: SU VIDA POLITICA Y SOCIAL

GALICIA es a España lo que Irlanda a Inglaterra, a excepción de que aquélla no ha tenido aún su O'Connell, y eso que es tierra que produce buenos oradores... La aristocracia de la sangre y la del dinero, empujadas por un centralismo creciente, con aceleración vertiginosa, abandonan la región sin mirar las consecuencias que trae consigo el absentismo. Lo que es propiamente vida regional está vinculado en dos clases; una, que pudiera decirse clase media, y el proletariado agrícola.

En la primera, pueden, desde luego, distinguirse tres caracteres, que son: el predominio del crédito usurario, el caciquismo y la curia; es decir, que el *usurero*, el *cacique* y el *leguleyo* son los tipos específicos e inconfundibles de la clase que vegeta inmediatamente sobre el pueblo. Este parasitismo económico, político y jurídico tiene diversos orígenes. El parasitismo usurario es engendrado por la falta de espíritu de asociación, como consecuencia

de la ignorancia en que vive el pueblo, por la pobreza casi innata en éste, dada la organización de la pequeña propiedad, la población numerosa y las cargas que el Estado multiplica cada día. Si a esto se añade la falta de sentido y educación económica del gallego de nuestros campos y la brusca superfectación de un comercio atractivo, sugestivo, que no pide en el mercado dinero, sino que, confiando en la laboriosidad del trabajador, fija su vista en las cosechas, para acapararlas y lucrarse después con las ventajas de un monopolio en pequeño, se podrá explicar fácilmente el crédito usurario, que se ha consolidado en Galicia y devora sin cesar las entrañas del trabajo. Yo conozco a un gallego muy *americanizado*, que quiso herir de muerte la usura en su país, creando un Banco Agrícola, y si se descuida por poco le retuercen el argumento, por no decir el cuello...

Por de pronto se contentaron con firmarle el pasaporte, al menos indirectamente; y este hombre, noble, trabajador y honrado, dejó su pueblo, y sin salir de Galicia se instaló en donde respira aire nuevo de libertad y trabajo, espíritu de iniciativa consolador y fecundo para el pobre. Las pestilentes emanaciones de la envidia, de esa envidia de semitismo, frío y mal intencionado, le envenenaban el corazón, y dejó aquello, sin que el pueblo advirtiera los beneficios que se le prometían. Pero, es claro, así no podrían vivir los que se ceban en las ventajas de la hipoteca, del préstamo al 20, al 30,

al 40..., con ítem más de la capitalización de los intereses. En Italia, Francia y Alemania, donde al lado de los más grandes extravíos de un siglo agonizante, se sienten latidos generosos de justicia y conmiseración para el pobre, tocan hoy las ventajas de estos Bancos rurales que hirieron la usura con su propia arma, con el capital. Bélgica misma, en su exuberancia de capitales, ofrece hoy dinero al tres y al cinco anual, con garantía sobre bienes inmuebles, sin imponer plazos apremiantes e imposibles, que, después de todo, no hacen más que disfrazar una estafa. Con esto nada importa el creciente esfuerzo de nuestros labradores, que llevan en sus hombros un peso terrible, secular, que es la herencia de los desheredados. En esta condiciones es imposible la evolución económica, y nunca el pobre podrá levantar la cabeza.

El caciquismo. Este suele ser un instrumento del poder central por mediación del régimen representativo. No todos sirven para ser caciques, y eso que los gallegos somos muy propensos a la adulación, porque la primera condición que se impone es la abnegación de la voluntad en el de arriba; con esto, y con la falta de conciencia moral y política, con la farsa habitual por norma, con el interés por ideal y con el instinto de la ilegalidad por práctica... *basta para ser cacique*. Suelen ser nuestros caciques gallegos muy dados al despotismo, prueba fehaciente de su misión instrumental en nuestro régimen político; y también por regla

general, analfabetos, por lo cual, como los mandarines en China, prohíben todo lo que sea chillar o revelar descontento. Si el que grita se contenta con una partida del presupuesto municipal, muy bien; si no, se le extirpa como planta mala. Allá, en China, usan el arroz; ahí, en España, el presupuesto; pero si la cosa cambia de especie, para los efectos es lo mismo. Lo que quieren nuestros caciques es una sumisión ciega, absoluta a sus prescripciones, es decir, la consolidación de la ignorancia obrando sin saberlo, como aconseja Laotse. En Galicia y en España, porque esta enfermedad no es solamente regional, o son dobles por municipio, con el mote de los partidos turnantes (ellos no conocen principios políticos, hablan solamente de personas), o es uno solo, que como la rana, para vivir se metamorfosea, y hoy es liberal, mañana conservador, y en el intervalo de dos horas progresista o de don Carlos. Nos diferenciamos de China solamente en que tenemos un régimen representativo, que es artículo de importación, y que fué monopolizado primero por los retorócratas y hoy lo es por los *convencionalistas*. De lo que llevo dicho se desprende que al parasitismo económico del régimen usurario hay que añadir el parasitismo político de nuestros caciques.

Falta por considerar el *tipo leguleyo*; para esto basta ser charlatán y manejar bien el Código. Nuestros jurisconsultos gallegos, por regla general, (los hay de primera talla y abundan) no conocen

más que la legislación civil, *española*, nada de comparaciones con la del extranjero, los comentarios y la práctica jurídica. Como tienen espíritu de cuerpo y son muchos, no piensan, para vivir, en la la concurrencia. Al fin y alcabo, viene a pagarlas el vulgo, y aquí están caciques, usureros y labradores, pero principalmente estos últimos, desamparados del dinero y del poder, pero no exentos de cierta terquedad ingénita que los caracteriza como *pleiteantes*. Como el título de abogado abunda mucho en Galicia y la práctica profesional no puede dar trabajo a todos, hay que buscar salida; y entonces es cuando se inicia la síntesis, la consolidación integral de estos tres *tipos* de una misma clase. El joven universitario provisto de un título, pero sin capacidad para explotarlo, personalmente, busca una *colocación*: un modesto sueldo de escribiente, un empleo en Madrid, un juzgado municipal, una muchacha rica, hija de comerciante o usurero; una plaza de periodista...: sería cuento de nunca acabar seguir enumerando.

Esto revela, que la clase que vive y evoluciona en sí misma, tiene substancialidad y no consiente intrusos, a no ser con onerosas concesiones. ¿No es verdad que esto se parece a una casta?

Queda por considerar lo de abajo, el proletariado gallego, esa gran masa de población que se señala con mofa cuando se quiere caracterizar a Galicia. Este proletariado está descrito indirectamente. Sólo hay que añadir, que su falta de personalidad y de

carácter, y una timidez que no puede arrancar nunca del alma, son causas de su degradante esclavitud, de su estancamiento social. No hay que temer que broten en su conciencia gérmenes de explosión, reveladores de su malestar profundo, mientras no sepa pensar. Él emigrará, irá lejos a luchar por el pan; pero ha de volver, porque la *morriña* lo empuja hacia su tierra; ha de volver para alimentar parásitos y enterrarse otra vez en la miseria. Dichoso él si en su éxodo económico encuentra un destello de luz que le permita ver las cadenas que le aprisionan. Entonces, sí, estoy seguro que su alma incandescente de indignación explotará con detonación poderosa. Pero eso es el ideal; eso está lejos, y hoy por hoy, Galicia marcha en sentido contrario a su realización:

Louvain (Bélgica), enero, 1900.—Publicado en *La Voz de Galicia*.

LA JUVENTUD GALLEGA Y SU POETA

Eloy L. André, uno de los jóvenes que levantan el nivel intelectual de Galicia, escribió un primoroso trabajo que debía haberse leído en la velada en honor de Curros.

Llegaron a destiempo las cuartillas y no podían, en verdad, quedar inéditas las hermosas frases que exhortando a la juventud gallega traza el brillante escritor. Por eso no nos resistimos a publicarlas. Con ellas, con la firma de André, se honrarán una vez más las columnas de *La Voz*.

LA VOZ DE GALICIA

EN en el tributo que la mentalidad gallega rinde a su *poeta*, el más fuerte y más joven de la inspiración regional contemporánea, el alma de la juventud no puede permanecer silenciosa.

Ha muerto, o en el olvido vive, es generación de bardos quejumbrosos, que, por rutina, más que por sed del alma, bebieron en el abrevadero de las miserias populares. Su *caridad* no era *crisiana*,

ni su inspiración sincera. Como los ruiseñores tímidos, enmudecieron, cuando un leñador viril, seguro en mano, hirió el tallo carcomido de la vieja inspiración, echando á tierra á los primeros hachazos un árbol de secular osamenta, pero sin verdor y sin vida. El alma del autor dos *Aires d'a miña terra*, posada como el águila en el presente, abre sus áureas alas; y cuando hacia el porvenir tiende el vuelo, el alma de su pueblo se las corta..., ¡de este pueblo corbarde e histriónico, que al besar muerde y mordiendo ríe!

Escuela de sinceridad, fuente purísima de intenciones no veladas, es su númen. En él, la juventud gallega ha de beber los conatos de rebeldía, de esa santa rebeldía contra las prosaicas convicciones. Esta generación que para el porvenir se prepara, no puede cruzarse de brazos y pronunciar con desahogo el *Ça m'est égale* ante las necesidades, ante las duras y peñosas necesidades del pueblo. El que no se sienta *personable*, que se adjetive a los muertos, o se haga siervo de los moribundos. El que no sienta en su *adentro*, como su *yo*, de férrea complexión, su fragua, que no se llama joven, porque juventud es aurora de vida y no crepúsculo de muerte.

Una juventud convencional no la comprendo, y en Galicia mucho menos. Una juventud muscular y una juventud mental disociadas, son reflejo de descomposición orgánica y no imagen de viviente integración. El músculo que en su vital acción no

obra *cerebralmente* orientado, produce, a lo más meros reflejos, movimientos aún no instintivos, que distan menos de la irritabilidad del protoplasma, que de la acción consciente y deliberada del organismo *personal*. El cerebro que elabora conceptos e ideas, e imágenes, o que, sin elaborarlos, los refleja, pero que no los invierte como propulsores, generadores o acumuladores de acción; cerebro que en su *pensar* no redunda en un *hacer*, está enfermo. Pueblo donde cerebro y músculo viven disociados, padece dos enfermedades: acefalia y atonía. Las dos son endémicas en nuestra región. Los jóvenes de la Universidad no piensan para los de la aldea; los de la aldea, no creyendo en la eficacia de los universitarios, porque jamás la comprobaron, huyen de ellos, atraviesan el mar, dejando alma y corazón en un pedazo de tierra hipotecada para volver a enseñorearse de ella...; y mientras tanto la tierra seeste perezosamente, o se depaupera en ocio, y el hambre cunde arriba y abajo. ¡Hermosa es el hambre, cuando con robustez la sentimos! ¡El hambre y el amor son las supremas calorías, que en el hogar del corazón humano se desarrollan, para intensificar el ritmo de sus movimientos progresivos, para mover con velocidad y sin cansera esta máquina de carne y mentalidad, que llamamos *individuo* hacia su integración con la humanidad presente primero, en amorosa y firme solidaridad y con la futura después, con ideales, con redentores ideales, únicos que pueden saciar el hambre de

inmortalidad que en nuestras entrañas nos inquieta! ¡El hambre y el amor, conscientes, son los estímulos más grandes de la necesidad no satisfecha; son termómetros que acusan en el individuo y en la especie el tonus vital de su energía! ¡Ay, del pueblo que teniendo hambre de cultura y necesitando de amorosa solidaridad para restaurarse en sus desfallecimientos íntimos no siente el hambre y el amor con sentimiento consciente y también libre! Él se entregará en manso servilismo como buey al yugo de su tirano. En su anestesia o inatención, querrá ser rebelde y no podrá serlo. ¡Santa y redentora rebeldía del corazón justo y sano, que brotas de él con fe de vindicación personal, y armando el brazo del indefenso y nutriendo el cerebro del ignorante, rompes las seculares cadenas de bárbara esclavitud y restauras en un instante los fueros de la dignidad, que espíritus vulgares guardaron bajo el cerrojo de su astucia, para cultivar con fruición la planta de despotismo! ¡Sólo podrás surgir de un organismo robusto, de un cuerpo sano, en donde sólo pueden habitar los espíritus no enfermos!

Galicia, con 970 kilómetros de costa, un millón escaso de hectáreas de suelo laborable, dos millones de población ganadera, algunos barcos de pesca..., 350 millones de pesetas de producción anual para una región igual a la nación suiza, 50 millones de pesetas de comercio internacional, una industria que seguramente no llega a esa cifra...; Galicia, con este

organismo económico, con esta complexión tan raquítica, es un máquina hermosa, que no trabaja, o trabaja mal, porque le falta carbón. El manómetro social no puede acusar altas tensiones en un pueblo formado por cerca de tres millones de habitantes, cuya relación alimenticia por año y por cabeza apenas pasa de doscientas pesetas, mientras la productividad media del pueblo americano sube de 3.000.

¡Qué ración tan pequeña la del cuerpo! ¿Y la del alma? ¿Quién se atreve a capitalizar el valor crítico y ético de las ideas que en nuestro *Volkgeist* se descubre?. ¿En dónde están las ideas? ¿Dónde el espíritu del pueblo? ¡Espíritu! ¡Pobre espíritu, que en velada timidez te escondes o en hipocresía te cobijas, o con cobardía te defiendes, o en convencionalismo te escudas! ¡Pobre espíritu, miserable espíritu, plagado de todos los pecados sociales, por el nacional engendrados, sin que de ellos, por propia virtud y gracia, sepas y quieras redimirte! ¡Pobre espíritu prural, el de estas multitudes, que en desbandada huyen de las aldeas y dejan desiertos los campos, convirtiendo en vertedero de carne laboriosa nuestros hermosos puertos, sin que puedan detener aquí la riqueza virtual de unos músculos jóvenes y sanos que en su poder encierran! ¡Pobre espíritu el de nuestras villas y ciudades, envuelto en ropajes de convención y de mentira, donde unos pobres hidalgos, parasitarios hidalgos del presupuesto o del terruño, viven ruti-

nariamente una vida sin penas ni alegrías, paladeando a sorbos el ocio en sedentario yacentismo, o consumiéndose en el tiempo en efímeras disputas o en inicuas murmuraciones! ¡Pobre espíritu el de estas gentes ansiosas del día para tomar el sol, y de la noche para aprovecharla en orgías!

Espectros suntuarios de una civilización refinada, cadáveres morales del pueblo que los soporta, sin fe en sí mismos, sin fuerza redentora para sí, ¿cómo van a pensar en redimir a este pueblo, metiéndose con alma y vida en sus entrañas, como ovulo sano en ovario virgen, para hacerle concebir un nuevo pueblo, un nuevo joven, que en el porvenir será hombre? ¿Cómo su acción va a ser fecunda en esta tierra que hoy no es madre, sino madrastra, si sus ideales carecen de vida, de fe en su eficacia, y sus brazos de fuerza, es decir, de espíritu de rebeldía? ¿Cómo reclamamos una acción sinérgica en el ámbito regional, si el espíritu de la región es la *conciencia colonial*, que en crepuscular fenomenismo acusa la infancia del alma colectiva o la vejez de la casta?

En otra parte lo he dicho: "El gallego lleva en sus hombros la enorme carga de tres pesadumbres: la superstición en el alma, el servilismo y el miedo en el corazón; el hambre en el estómago, hambre, no de pan, ni de ideas, sino de tierra, y no de toda tierra: de ésta, solamente." La nota fundamental, el acorde vibrante en las melodías de su canto, es la tristeza. Su poesía es pesimista y que-

jumbrosa. Sus instrumentos musicales lloran. Curos Enríquez lo afirma con hermosa ingenuidad y férvida intención redentora en "O gaitero" y otras composiciones suyas. Yo no observo jamás en mis paisanos esa alegría del vivir, la vida saboreada con fruición, después de haberla ganado con esfuerzo y con esmero. Esta naturaleza encantadora es esfinge brutal para el esfuerzo.

El campesino vive en ella enjaulado, a ella sometido como siervo. Lloro en su contemplación, mas no guerrea con ella para roturar sus entrañas y hacerlas concebir de simiente. Su alma es más mimosa, más esmirriada, que el alma del paisaje, encantador al parecer, pero, en el fondo, sombrío, austero.

Esta región necesita espíritu: hambre de ideas en el alma; hambre de bienestar y riqueza en el cuerpo; amor solidario, amor en el corazón. Sólo así despertará.

"Cuando el ¡ay! del deseo, del melancólico deseo, se convierta en heraldo poderoso de prosperidad, los vatés quejumbrosos de la región *amorrñada* no cantarán tibulianas elegías al amor gastado, a la vida por él enmuellecida; serán también cantores de la cultura y la riqueza, poetas de la fuerza regeneradora, almas de inspiración masculina, no bardos del dolor, de la nostalgia. El hombre laborioso desperzará su númen. El trabajo dará vida a sus versos, alas a su canto el bienestar".

¡Un poeta! ¡Una juventud! Un alma que vibre

en el porvenir; un corazón que se esfuerce por hacer del porvenir presente. Una mente con ventanas hacia el ideal; mente pensadora de la verdad férvidamente perseguida; una imaginación juvenil fácilmente plasmable por las ideas progresivas, donde en cordial armonía vivan progreso y tradición, sin los lunares de exaltación política o fanática, con negros o rojos fanatismos; una fe profunda y viva en la inteligencia y en la voluntad; una idea, un ideal que amorosamente ate nuestra joven generación en efecto vivo y en trabajo perseverante, trabajo de propia redención y de la ajena; trabajo hijo de fe, forjado en esperanza, alimentando su caridad para los humildes...: he ahí la fórmula de nuestra restauración.

Si en la vida peninsular queremos conservar nuestro personalismo peculiar, hay que volver los ojos *adentro*, replegarse en la conciencia para diverger después en perseverante irrupción hacia los ámbitos nacionales todos. Curros Enríquez es el más pensador de nuestros poetas y el más poeta de nuestros pensadores. Poeta y pensador a la moderna, como Guerra Junqueiro y Carducci, unida su alma en doble raigambre al alma de su región y a la cultura espiritual de su época, sólo falta una cuerda en su lira: la de la fe; y sólo una cuerda sobra: la del radicalismo lírico a lo Quintana, o Núñez de Arce. Ningún mérito pierde su complexión artística por esto. Nadie está obligado a dar lo que no tiene. La sinceridad, además,

obliga al verdadero lirismo a que se manifieste en espontánea desnudez, sin ahogar jamás los impulsos del sentimiento. Curros Enríquez, aun con la duda, por *pose* más que por sistema, es un afirmador de creencia, un poeta joven, y, por lo tanto, para la juventud. El espíritu de la nueva poesía social late en sus versos. Las reivindicaciones de la humanidad desheredada se escuchan en su resonante queja, llena de indignación, de varonil indignación. En aquel hermoso "Nocturno", en aquel "Nocturno" incomparable, se condensa toda la psicología moral del paisano. Nadie como él sintió sus miserias; nadie como él reclamó los auxilios de la idea y de la fuerza para que la juventud lo redimiese.

Tal vez lo más regional y lo más popular de su número sea esta tendencia restauradora. Lloro cuando canta; pero las lágrimas que vierte corren silenciosas hacia dentro, para purificar en el dolor su número y darle viriles vibraciones.

Tal vez en los que de su generación le admiran por fuera, haya pocos que le aplaudan por dentro. Porque sólo puede ser comprendido por los jóvenes, por los verdaderos jóvenes que comienzan a vivir, no halagados por idilios campesinos, sino por dramáticas, por terribles luchas.

La juventud gallega del presente, que ha de ser humanidad viril del porvenir, encuentra en Curros Enríquez su mentor: su verismo cordial y sincero, su odio a los convencionalismos todos, su plástico

sentimiento de independencia puede moldear y forjar almas jóvenes, sometiéndolas al fuego vivo de su poesía pensada, de su inspiración pensadora.

La juventud, esta juventud que tiene alas y sabe volar, pero no por donde vuela, tiene en él un alma iteradora. Seguir su inspiración y convertirla en alimento espiritual, en generador de vida y libertad, es un consejo. ¿Hay juventud gallega? Si la hay, ¿lo escuchará?

Orense, octubre de 1904.

LA ACCION SOCIAL DEL LIBERALISMO EN GALICIA

EN el clásico país de la servidumbre, ningún hombre libre debe cansarse de predicar la libertad. Porque sólo es verdaderamente libre, el que laboriosamente la conquista, día a día, y no por patriotismo constitucional, ni merced legal, no; por la soberana acción de su individualidad, por la expansión de su intimismo. Tenemos obligación, los que en la cátedra educamos una juventud para vivir vida nueva, de sembrar en su alma la semilla de la *libertad* que redime, en vez de subyugarla con la pesadumbre de la autoridad, que *esclaviza*. Y ya que el recinto es pequeño para que toda una generación, que es promesa de porvenir, se congregue en él, nuestra voz debe vibrar fuera de estos ámbitos académicos, tan llenos de convención y de mentira a veces. ¿Que nadie escucha hoy? Mejor... mejor podrán oírse los sonidos virtuales, que en el silencio duermen, porque éste no es eterno, sino de una temporalidad muy efímera.

Hablemos, pues, en la tribuna de la prensa, ante

un público potencialmente inmenso, con la mano en el corazón y la verdad en los labios, como quien dialoga con un lector imaginario, que atentamente nos escucha. Hablemos, y nuestra palabra sea mensajera de verdad y ésta, generadora de acción.

Cuando en los grandes centros de cultura del pueblo europeo, el liberalismo se considera como un partido histórico, y todos los que militan en él, dada la tendencia política que les orienta, se tachan de verdaderos reaccionarios, en España, y sobre todo en Galicia, ser liberal de veras, es ser avanzado. Alguien, llevado más por pujos de legitimismo que por puritanismo religioso, pretendió demostrar, que el liberalismo (éste, el actual, no el histórico) es pecado. Luego, si es pecado el liberalismo, hay que ser conservador, o, por lo *menos*, integrista o carlista. A la larga, los enemigos del liberalismo son los enemigos de la libertad; los partidarios de un *statu quo* estéril, los perezosos de cuerpo y de espíritu, que quieren ejercer dominio despótico, no sobre ciudadanos libres, sino sobre borregos. Dentro del liberalismo caben concepciones individuales, no incompatibles con otras viejas y nuevas concepciones. El liberalismo en su concepción transcendental es la conciencia de sí que el Estad adquiere por sí; es la adquisición, el logro de su mayoría de edad, la libertación de toda tutela interna y externa, la emancipación económica, mental y moral de su personalidad social. Y es también la tendencia a reflejar y forjar esta con-

ciencia de sí en las individualidades que lo integran, para que la masa social sea solidaria por *integración*, por libre e interna integración y no por presión, por autoritaria presión externa. Por eso, el liberalismo actual es más social que político, porque ve en el hombre, no un animal, sino una entidad social, que es germen de otra entidad social mayor.

El concepto del organismo, al trascender a los partidos, los convierte en sociedades gestoras de la cosa pública, cuyo papel cotiza la opinión en todas sus formas, determinando el alza, la aceptación implícita de los mismos, por el poder moderador, para ponerlos en condiciones de gobernar.

Esta acción social del liberalismo es desconocida en Galicia. Debía ser, ante todo y sobre todo, escuela de ciudadanía, escuela práctica de política democrática. Sucede, que como el ciudadano no se siente libre, aún cuando la ley tal le considera, los que forjaron la ley y los encargados de cumplirla, no la aplican. Si el individuo abandona su propiedad y deja de administrarla, ¿va a poner el cacique guardia civil en ella, para que el vecino no se la apropie? Sería un tonto. (En Galicia, altruista y tonto son sinónimos.) No fué la conmiseración del ciudadano romano, la que determinó y estableció las leyes de manumisión y emancipación de los esclavos. Fueron éstos, los que al sentir en su adentro una libertad tan viva como la de su señor, al enseñorearse de su espíritu, quisieron también la

del cuerpo y lo que entraña; y se lanzaron a la guerra social a conquistarla.

La libertad real de *adentro*, forjó la libertad legal de *afuera*, en Roma.

Aquí, por el contrario, la libertad legal de afuera, no engendra personalidades íntimamente libres, porque esa es obra del educador, no de la ley; y el educador no puede dar de lo que no tiene.

Institución benemérita llaman a la Guardia civil. ¡Tiene psicología la palabra! Ahora me explico, por qué cobra más que el maestro, porque su trabajo se aprecia social y *gubernamentalmente* más, que el de éste: porque si es *benemérito* garantizar por la fuerza física el orden, lo es mucho menos basarlo en postulados morales que eternamente lo aseguran; porque la previsión para un pueblo no previsor, no es tan meritoria como la represión. Donde el instinto puede más que la inteligencia, la idea es un accidente de la fuerza.

En el clásico país del caciquismo, predicar el liberalismo social es un deber, una necesidad. El que guarde silencio pudiendo romperlo, es criminal o cómplice. El que se cruza de brazos cuando sabe que debe moverlos, es responsable de su inacción. El neutralismo es la enfermedad mayor que padecemos. El que es neutral para la cosa pública es un perezoso o un tonto y con tontos y perezosos no se puede formar una nación, y una región, mucho menos.

¡Jóvenes de nuestras villas y ciudades! Mirad, mirad al campo. En él viven dos millones y medio

de gallegos repartidos en aldeas, lugares y caseríos. Tienen un señor para la conciencia, habituada al temor; otro para el bolsillo, el cacique; otro para el arbitraje de sus contiendas legales. Son siervos en el orden religioso, siervos en la esfera política, esclavos en el campo legal. Y estas servidumbres, ¿no claman en vuestra conciencia por íntima liberación? ¿Sabéis leer en la queja secular que exhalan estos campesinos? Su corazón está lleno de durmientes rebeldías, de odios; su voluntad no se mueve porque la inteligencia está a oscuras; los músculos carecen de tensión para imponer respeto, el que la fiera impone cuando se le acomete, el que hace ostensible un claro instinto de vivir. Secas y anémicas las entrañas maternales, la prole nace y vive escuálida. El hambre es el dominador común de todos los estómagos, en todas las edades. Las primicias que antes se daban á la iglesia por intermedio del cura, se otorgan al cacique, al superhombre de la aldea, que acepta las ofrendas de pobres gentes que practican lo del *do ut facias aut non facias*, según mejor les convenga. Hechos a la adulación y al servilismo, capean el peligro pero no le hacen desaparecer. Y el cacique, es para ellos un nuevo Dios. Suele estar en pacto tácito con los agentes de emigración, porque todo inadaptado, todo hambriento, es un peligro para el régimen de paz municipal, de paz y de silencio al mismo tiempo. El que chilla, a la cárcel con él o al *otro mundo* (que puede ser América o el otro mundo). Así, por eliminación se obra con los rebeldes, que

son como moscardones, que impiden que la vaca esté quieta, para mejor ordeñarla, aunque rara vez padezca gastroenteritis, por haber englutido exceso de ración. Poco importa que la población crezca, para compensar estas pérdidas. ¿Qué es lo que más ama el gallego? La tierra. Y él dice: acaparemos la tierra, para que aquí no pueda vivir. Dueño y señor de la tierra hoy, mañana será dueño y señor de quien se la cultive. Y poco importa que el liberalismo político haya conquistado teóricamente derechos individuales para estos desgraciados. El feudalismo social a que tiende el régimen de cacicazgos municipales, porque se consolidan por herencia y por solidaridad familiar, los convierte en música de Beethoven, para quien ni siquiera interpreta los ruidos del tamboril.

Es significativo el misonismo de estos trescientos y pico de señores feudales de nuestra región. Conozco a muchos que mueven influencias y agobian con recomendaciones, para que el maestro sea un asno. De este modo no podrá desasnar los hijos de los siervos. ¡Cría cuervos y te quitarán los ojos! ¡Qué lógica tan vulpina! Más de tres amigos míos, piden al diputado carretera parlamentaria (con tal que sea eternamente prometida y nunca hecha) y son incapaces de construir tres o cuatro kilómetros de camino carretero. La base, la razón de su soberanía consiste en el aislamiento. ¡Cómo odian el ferrocarril!

Han dado algunos en cultivar la manía religiosa

de estas gentes, tan propensas a la superstición y al ritualismo, pero sin espíritu, sin vida interior, y consiguieron echar un velo de pureza sobre su alma ennegrecida por la culpa y no justificada por el arrepentimiento; consiguieron que los bobos fijasen sus ojos en el cielo para poder mejor escamotearles la tierra.

¡Juventud gallega! Ya ves como tienes un deber sobre tu conciencia: el de predicar una redención sin redentores, para que todos sepan y puedan redimirse a sí; el de exigir apreciación social para tu prestigio, sin mendigar valimiento y favor de nadie, para que nadie suponga de tí lo que no eres. Si sientes la libertad, dí cómo la sientes, para que otro aprenda también a sentirla. Sólo serás de veras libre, si en cada día, en una obra nueva, la ejercitas. Hay que conquistarla como el pan, porque es el pan del alma. Ten caridad; sé caritativa en tu acción libre. No consientas que deje de alimentar a nadie. Haz que todos sientan hambre y sed de libertad, que sólo así podrán saciar su espíritu de justicia sin acudir a leguleyos ni enredarse en pleitos. Trabaja. Trabaja con ambición, para ser cada vez más libre. El liberalismo social ha de redimirnos a todos, de esclavitud económica y de esclavitud política.

Orense, 15 de enero de 1905.—Habana, 26 de febrero de 1905.—(Publicado en "Galicia").

GALLEGUISMO Y QUIJOTISMO

YA se ve: la Real Academia Española, al honrar *fúnebremente* a Cervantes, se propone enterrar el quijotismo, que es sublimación de realidades y condensación de sueños. Al hacer examen de conciencia para encontrar en nuestro adentro el espíritu de esta región, en vano ahondo por ver matices de mentalidad pletórica de ilusiones, embriagada, por sugestión, con grandezas. ¿También en Galicia habremos enterrado a Don Quijote? ¿Habremos expulsado su alma de nuestra alma? ; Si no arraigó jamás en ella! Jamás, jamás. Con estas aseveraciones no quiero criticar ni a Galicia ni a la Academia Española. Consigno dos hechos, e intierpreto su significación así: si los muertos viven por los vivos y los vivos nutren su espíritu con el espíritu de los muertos, busquemos la entraña del quijotismo en la *raza*, ya que Don Quijote es un vástago típico de ella, zahonando en nuestro propio ser, que en sus intimidades estará durmiente, si no muerto; arraiguemos el quijotismo en las almas nacionales, hijas del alma nacional común, que, como

hermanas, las abrazó y como madre las cobija. ¡No lo enterremos jamás! ¡No lo desprecie-
mos nunca! ¿Puede injertarse el alma de Don
Quijote, llena de ilusión, de grandezas, seriamen-
te enloquecida, en nuestra alma gallega, que en
basamento de *volpejería* está afirmada? ¿Hay
lazo de unión entre las *gestas* heroicas y los *fa-
biliaux*? *Isengrin* y *Renardo*, es decir, la fuerza bru-
tal del poder y la fuerza hábil de la astucia, son los
tipos eternos de nuestro espíritu regional. En Gali-
cia arraiga mejor el *Roman du Renard*, que los
Libros de Caballería, y, por consiguiente, que todo
aquello que tiende a satirizarlos. Los nuevos *Isen-
grines*, los nuevos lobos y los nuevos Renardos, o
nuevos zorros, viven hoy en Galicia, como en la
Edad Media vivían en Picardía, Normandía, Bre-
taña e Isla de Francia. Emparentamos espiritual-
mente más con la Galia que con Castilla. Aquí, triun-
fa la filosofía brutal y bonachona de los Sanchos,
cuya alma es un adjetivo del estómago y el cuerpo
un adverbio del jumento que cabalga.

En Galicia prepondera el practicismo astuto, el
vulpinismo solapado, la insinuación, la suspicacia,
el recelo. Este es un pueblo en acecho de felicidad,
de felicidad pescada y no adquirida a pulso, pueblo
de lobos y de zorros, no de Sanchos y de Quijotes. No
lleva dentro de sí un ideal, un ideal de auto reden-
ción, un ideal de rebeldía. No tiene espíritu aven-
turero en su propio espíritu. Don Quijote, devoran-
do en su rocinante algunas docenas de kilómetros

De las llanuras manchegas, es más aventurero que el emigrante de nuestros campos o de nuestras costas, cuando cruza el Atlántico. Al pobre *hidalgo*, sediento de grandezas, cazador de gloria, oponemos nosotros, al pobre *siervo*, hastiado de expoliaciones, que deja la Patria chica, estos ambientes, para comer mejor, y volver a ellos y ser señor en ellos. Don Quijote, cuando quiere encarnar sus ideales en acción, es expansivo, activo, tenaz... El vulpinismo gallego se repliega sobre sí, se esconde tras matorrales de hipocresía y convención, vela sus intenciones, se humilla ante las amenazas, *escucha* las reconvenções, haciendo creer que no las oye. Su corazón es un hogar de odios, envuelto en sudario de glacial indiferencia. No tiene sed de cosas grandes, ni hambre de ideales redentores. Espera su vivir y no desespera si no vive. Adopta habituales actitudes de humildad para helar con fúnebre ironía las grandezas que no puede conquistar... ¿Se puede nacer injerto de volpejería y quijotismo? Se puede y se debe hacer por selección y evolución darwiniana. Más fácil es que un *canis lupus* o un *canis vulpes* llegue a ser *homo sapiens*, que un Sancho embrutecido y degradado. Infundamos el ideal de un nuevo quijotismo en nuestras almas. La de nuestra Región está ávida de él. Lo necesita para salir de su *parálisis*. Hay que enloquecer frenéticamente el alma y enardecer sobrehumanamente el corazón, para proseguir nuestra marcha ascendente, con *voluntad de redención e idea de rebeldía*, único medio

de ocupar en la fauna social un puesto más elevado. Cuando nuestro *lobo* pueda pensar y nuestro *zorro* querer sin miedo y sin engaño, seremos *homo sapiens et pervivens*. ¿Lo queremos de veras, con entrañable cordialidad? Domestiquemos al lobo, que puede ser perro fiel, y desollemos el zorro, que no puede domesticarse. *Nuestras aves de corral pondrán al sol sus huevos, y podrán incubarlos libremente.*

Orense, marzo de 1905.

UNA EXCURSION PEDAGOGICA A PORTUGAL

Si España y Portugal son dos naciones hermanas, el vínculo de hermandad está establecido y alimentado por la región gallega. Todo lo que contribuya a estrechar ese vínculo es, a mi ver, indispensable para los españoles y para los portugueses. La solidaridad de las *ideas* y la simpatía de sentimientos, la *comunidad* de la cuultura y la *cordialidad*, eso que hace que dos almas y dos corazones distintos piensen al mismo tono, y sientan el mismo *ritmo*, es la semilla que nosotros los mentores de la juventud española, debemos depositar en su alma, para que remoce la nuestra, roturándole antes la espesa corteza de rutina, consentida, formada, fomentada por los maestros de viejo cuño, que rindiendo principalmente culto a la memoria convierten el progreso en pedestal de la tradición y la tradición en receptáculo herméticamente cerrado de pseudocultura y semiciencia. Para viajar con el espíritu hay que procurar la locomoción del cuerpo. Las perspectivas de la mente son hijas de las perspectivas de los ojos. Quien oye siempre su lengua no sentirá ja-

más su armonía, porque el lenguaje nacional es música que hermosea las ideas; pero para saborear sus hermosuras hay que contemplarlas con otras.

La mejor manera de *reconocerse* uno, es conocerse primero como extraño. Verse objetivado en la realidad, verse extraño a sí; y el mejor medio para penetrar en sí por introspección. El espíritu colectivo de nuestro pueblo solo puede estudiarse percibiendo las semejanzas y diferencias, que con otros tiene.

Para vivir verdadera vida intelectual, una vida intelectual intensiva, adecuada a la capacidad de comprensión y al poder de crecimiento de las energías juveniles, es preciso hacerles cambiar de medio. Unos mismos paisajes afuera engendran adentro un mismo modo de mirar. El pensador, como el gimnasta, debe tener flexibilidad y variedad en sus movimientos, porque quien hipertrofia un órgano atrofia los demás y la educación no debe tender a convertir los jóvenes en desequilibrados. Ya que no puede equilibrarlos por completo porque las leyes psicológicas de herencia y de medio físico y social se oponen a esta aspiración, no debe fomentar el desequilibrio. Un organismo es un estado federal, sin cacicatos ni oligarquías.

Todas estas razones me movieron a aconsejar a mis alumnos a la excursión pedagógica internacional que tuvo lugar los días 2, 3 y 4 del corriente mes de mayo.

Hace ya mucho tiempo, que Vigo y Oporto, que

son ciudades hermanas por su psicología aunque distintas por su nacionalidad, tienden a estrechar sus pensamientos y sentimientos. El elemento obrero y el elemento comercial de una ciudad y de otra, sellaron ya en pública efusión de afectos las mutuas ansias de hospitalidad que abrigan, los deseos mutuos de compenetración, que fomentan. Quien lea en el porvenir, verá que no en vano laboran en la paz, por el amor ambos pueblos, tan próximos hoy con el cuerpo, y tan distantes por el alma. Y es, que no basta abrazar tierra portuguesa y tierra española con unos mismos ríos hoy, como con un mismo río se enlazaban ayer; no basta alimentarnos con el mismo pan, calentarnos con el mismo sol, roturar la misma tierra, que ciñe un mismo mar; pues de la misma manera que un puerto es crucero, para todos los caminos de la tierra y para todos los itinerarios del mar, un cerebro es acumulador de energías espirituales vengan de donde vengan y ávido de ellas las entroja y puede ponerse en conjunción y formar sistema con otro igual a él. El corazón, por otra parte, no pudiendo amar aquello que el cerebro no conoce, tampoco puede ponerle en condiciones para conocer bien lo que aquel ama. A un catedrático portugués le decía, hablándole de la influencia intelectual que Francia ejerce en Portugal, que las ideas francesas (bajo cuya sugestión también vivimos nosotros), antes de llegar a Portugal, pasan por España y él me replicaba: sí, cortésmente, pero no las envían en paquete postal certificado. ¿A qué

certificar la idea y encerrarla, si desde que se vierte es de todos y para todos?

A mi ver, nuestro aislamiento depende de una diversa orientación. Somos como los vecinos, que habitamos una misma casa, viviendo en distinto piso y pagando distinto alquiler al rentista inglés que explota nuestro espíritu. Inglaterra encuentra en España y Portugal *debouchée* para sus productos industriales y Francia para sus libros. Tenemos hipotecados los músculos y el estómago a Inglaterra; el cerebro y el bolsillo a Francia. El imperio colonial que históricamente legamos a la Historia, nos lo explotan ellos. Fomentan nuestro aislamiento incitando estúpidos recelos o infundados resquemores para podernos vencer. Sólo la juventud, educada en unos mismos métodos, orientada por unas mismas vías puede lograr una fusión de dos almas, predicada y no vivida hasta hoy por apóstoles que hablaron a unas turbas, destilando retórica de su fantasía exaltada, y no unción de sano humanismo, de fraternidad real, que del corazón enardecido brota y en él siempre se alimenta.

La juventud intelectual portuguesa y la juventud hispana; el profesorado portugués y el profesorado español, la mentalidad de una parte y la mentalidad de otra, los pensadores y poetas de ambos pueblos son los únicos que pueden fomentar este tejido conjuntivo de solidaridad, cuya urdimbre nos es dada por la comunidad de territorio y hermandad del lenguaje, pero cuya trama viva sólo puede formarse

con la inteligencia y el corazón, mirando con los mismos ojos y sintiendo con igual calor el papel que ambos pueblos pueden y por poder, deben desempeñar en todos los dramas del porvenir.

La finalidad pedagógica de esta excursión se ha cumplido a maravilla. Los doce alumnos que en ella tomaron parte preparan una memoria en la que van a verter sus positivas impresiones. El profesorado portugués cooperó al éxito de esta empresa y la prensa de la hermosa, grande y trabajadora ciudad de Oporto, hizo eco en sus columnas a sus aspiraciones y las nuestras.

He de confesar, que al romper por algunas horas esa distancia que existe entre los escaños y la tribuna de mi cátedra, conviviendo íntegramente con mis alumnos, pensando y viviendo con ellos, pude vislumbrar las ventajas, que para la juventud española tienen estas excursiones, que afirman el prestigio del profesor digno de él y estimulan el apetito de saber en nuestros jóvenes. Más que cien lecciones, me decían, valen estos tres días de vida común. Sí, tienen razón; el verdadero fin del que enseña es el mismo del que aprende. Quien está obligado a vivir para enseñar, debe convivir con el que está obligado a aprender a vivir. En una cátedra de sesenta inscritos el profesor da a sus alumnos la *lección* de un *programa*; pero el *maestro* no puede darles la *entraña* de su existencia, el jugo de su vida espiritual dulcificada con afectos del corazón. El maestro es un cultivador de almas no sembradas por

él en el mundo, en tierra, que tampoco es de él. Si no es un convencido de su misión, las almas no cultivadas hoy, serán salvajes mañana, y la tierra que ahora no desbrocemos se vestirá de espesos matorrales, albergue de reptiles venenosos, que nos obliguen a emigrar.

¡Fe! ¡Fe en el corazón y abnegación en el alma!
¡Fe y voluntad, que ya no es nuestra, sino de nuestros jóvenes!

Orense, mayo de 1905.

CONSEJOS A LA JUVENTUD GALLEGA

Del método para una Psicología Regional.

DE dos modos podemos estudiar la raza y la Región: mirando hacia dentro, leyendo en el alma individual los caracteres subconscientes del alma regional por introspección; y llevando los ojos a fuera, hacia todo lo que nos rodea y une, en un mismo medio social. Estas dos tendencias de la mente, pueden ser seguras, si van bien dirigidas. El campo de la investigación personal es múltiple, disonante al parecer, heterogéneo: es un vivero de hechos sin conexión inmediatamente perceptible; una realidad en bruto; pero en esta realidad vive latente, en inmanencia viva y es lo más substancial del alma de nuestro pueblo: fuerza secularmente acumulada por la acción infinitésima de individualidades innumerables. Por ley de herencia, hoy vive dentro de nosotros lo que la generación pasada testó y lo que el tiempo ha consentido. Para vernos, debemos mirarnos con fe, pero sin preocupación, con fe serena y viva de encontrar en nuestras entrañas un tesoro; no con especulación impertinente y vaga, para engañarnos y engañar a los demás. Porque el

espíritu abre sus reconditeces, al que de veras quiere penetrar en ellas. Conocernos es la principal condición, para saber a dónde podemos llegar, para huir de la megalomanía exagerada y del pesimismo indiferente y descreído. Pensar en nosotros, es determinar por sucesivas aproximaciones, nuestro valer personal, cómo unidad de grupo. Debemos mirar adentro, con la luz que de la realidad se irradia, dejando curso libre a su acción, para que penetrando, nos lleve al seno íntimo de la conciencia ignorada. Para explorar su campo inmenso, la luz externa es el vehículo. En su difusión hemos de movernos, si estamos sinceramente decididos a salir de infantilismo mental, que es infecundo; de un estado de hipnosis, que estrechando el campo visual de la conciencia, nos hace dudar de la conciencia misma. El kalmuso de tanto mirar se vuelve ciego. La luz debe ser medio para ver y no cosa visible. La realidad irradiando luz, es el mundo que nos rodea, el mundo actual en que vivimos; mundo amplio, universal, heterogéneo; mundo de infinitas armonías y de compleja trama, no este estrecho recinto de convencionalismos gastados y de ruiseñores caseros. Por no querer, o no saber explorar ambiente, nos asfixiamos todos, en un intelectualismo viciado, Hambrientos de oxígeno prevemos la muerte intelectual, sin atrevernos a romper un recipiente, donde se ha hecho el vacío.

¿Queremos vivir de veras? Pues acerquémosnos a la luz.

Para mirar adentro, es preciso tener robustos hábitos mentales de concentración y fuerte voluntad de inhibición. Más claro: para vernos a nosotros, como distintos, precisamos, antes, mirar la realidad confusa, de la cual formamos parte. La conciencia de la diferenciación personal solo se adquiere, cuando sabemos abstraer y diferenciar, cuando tenemos poder suficiente para dominarnos y en atención flexible, volvernos hacia nosotros. El propio ver, es hijo del mirar externo. Por eso, nuestra psicología solo será fecunda, asociando esta doble investigación a un método de observación, razonado y laborioso.

Tenemos la realidad de afuera y la de adentro como el mineral de nuestro subsuelo. Hay que purificarlas ambas. Ambas necesitan trabajo, pero trabajo serio y sostenido. Podemos aprisionarlas dentro de la mente, si no nos cansamos de mirarlas con orden. El cual exige dos cosas: *inspección* e *introspección*. Hasta tanto que la inspección no sea segura, la introspección es peligrosa.

La visión serena y clara del mundo externo necesita paz intelectual y atención profunda y fuerte. Si nuestro interior nos es generalmente ignorado, lo de afuera lo es también, porque no sabemos verlo. El curso monótono de las cosas, nos arrastra. El pensamiento se abrume. La conciencia se adormece. La paz del espíritu, es la primera condición para la vida del espíritu—*pax vobis*—era el saludo del Maestro. Sin ella, no hay punto de arran-

que para la evolución mental. Nuestra inteligencia será como célula un núcleo; nuestra voluntad como fuerza ciega e impulsiva. Aún con tendencias, no sabremos deliberar ni obrar racionalmente jamás. Paz, voluntad, carácter, fuerza de atención, tenacidad en el mirar, precisamos, para no vivir como ciegos en el mundo. Si a la presión del movimiento infinito de las cosas, no oponemos un esfuerzo individual infinitésimo, ni como individuos, ni como elementos de agregación social, podremos adquirir fisonomía. La cosa, el hecho, hay que detenerlos en un instante, para poder verlos. Concentrar la vida mental en un momento y en un punto: he ahí la condición precisa para abstraer. Como en nuestra conciencia, no hay una fuerza habitual de adaptación voluntaria, se convierte, a pesar suyo, en cinematógrafo inconsciente de realidades borrosas. No podrá suscitar imágenes nuevas ni adaptarse a las que prefiera. Han de quedar en su seno, huellas efímeras de todo lo que ante ella pasa.

Debemos ser como la piedra, que si no detiene el agua caudalosa en su curso, penetrando en él, llega hasta el fondo, donde resiste su acción, incommovible. El alma de las cosas, no penetra en la nuestra si no procuramos buscarla. Atención, que se desliza como fuerza tangencial ante los hechos nunca podrá aprisionarlos. No habiendo choque entre la fuerza mental y la de la realidad, nuestros actos de atención serán zumbidos de zángano aprisionado en vitrina. Mientras no cortemos los élitros al

grillo tendremos que oír con resignación esta fastidiosa sinfonía de verbalismo insípido. Es la grillera la retórica.

Libre la mente de todo el bagaje inútil de conceptos convencionales con que acostumbramos a tatarla, podrá presentarse completamente desnuda ante la realidad no escondida; y del consorcio de la mente viva con las cosas vivas, nacerán obras robustas, que perennicen en lo intelectual nuestra raza. Así serán inmortales, sin necesidad de etiqueta académica, para llegar a los espíritus.

Miremos con fe, con unción y con amor esta realidad de afuera. Ella nos llama.

Para *Noticiero de Vigo*.—(Inédito).

Orense, octubre de 1905.

PSICOLOGIA
DE NUESTRAS VILLAS GALLEGAS

REDONDELA

ME tienta el ansia de escribir algo de las villas de nuestra Región. Aquí, en una de las más hermosas, convertida desde hace mucho tiempo por mí en refugio para el sesteo veraniego, en punto de sosiego, donde poder descansar, fatigado por la ruda labor de invierno. Los pinares de estos montes y el yodo de estas playas confortaron mi cuerpo y cosecharon alegrías para el alma. Aquí, en este rinconcito de mi Región, se templó mi voluntad muchas veces, para recomenzar la lucha por el pan y por la gloria, para hacerme acreedor al salario de vida y sobrevivencia entre amigos y allegados, por el esfuerzo personal, único, de mi voluntad libérrima. Aquí he tejido sueños de juventud con aspiraciones viriles... La vida, que de estos paisajes recibí, en letra de molde os la devuelvo. Si fuese poeta, haría versos para cantar la dulcedumbre, la tibia dulcedumbre de esta paz virgiliana y escondida, de esta paz, que vengo a ro-

baros yo, para tener mi paz. Soy un acumulador de ideas, hombre cerebro y hombre voluntad tan sólo. Si la voluntad arranca del corazón y mi corazón se funde en este hogar, recibidlas, no por mías, sino por vuestras, que vuestras también son, pues que en vuestra conciencia las escruté.

Hoy, que el director de *La Idea* me brindó un pedacito blanco de su periódico, voy a llenarlo abriendo surcos con la pluma y sembrando afectos con el corazón; y estoy seguro, que con esta fe cordial, íntima creadora, las flores del jardín de mi alma, que aquí planté, darán frutos mañana, que sólo para el fruto es la flor y no para el aroma. Por eso mi labor es tosca, ruda, modesta. Prefiero ser un buen obrero de la mentalidad, a un gran disertador *retórico*. Quiero hablaros al corazón, con el lenguaje de la sinceridad; pretendo pensar en alta voz para que sin escucharme me oigáis. Esta es mi cátedra, mi otra cátedra, la de un público que no vemos ni escuchamos y que, sin embargo, nos oye y nos presente, ayudándonos a subir, o derrocándonos del pedestal de cartón en que el favoritismo nos colocó muchas veces. ¡Público inexorable, que tu justicia me aliente! Yo tengo fe en ti, porque tengo fe en mí. Oyeme, que quiero hablarte de veras.

Hay en Galicia tres categorías de villas: unas que viven, otras que mueren y otras que duermen, como hay tres categorías de ciudades y otras tres de aldeas. La villa de nuestra Región no tiene carácter genuinamente regional. Es un producto del

nuevo régimen. Constituye un punto de conjunción entre las fuerzas de la vida rural *esparramada* en el esporadismo de la aldea; y las que del Centro vienen por intermedio de la capitalidad de la provincia. Como hermosas mocetonas de romerías, con traje semiseñorial, semiapaisanado, acusan en el exterior de su cuerpo, propiedad, limpieza, aseo, comparadas con las de nuestras mesetas. Hay una diferencia muy marcada entre las villas de las costas gallegas y las del centro de la Región. Se siente más la influencia del urbanismo en las primeras: el mar es cosmopolita y agranda los horizontes del alma con sus amplios horizontes. El mar, es más fértil que la tierra para estas villas pescadoras. En él la gente marinera gana su sustento y purifica el corazón, sintiéndose espontáneamente religiosa, cuando en la inmensa llanura líquida, presente a Dios en el cielo y espera en Dios creador, que fecundó el vientre de estas rías, haciéndolas paridoras de riqueza y bienestar para el hombre que las cruza con amor y con fe. Llevando a Dios en sus entrañas, viéndolo en el cielo, y encontrándolo en el mar, ¿pueden dudar de él?

Redondela ¿es de las villas que nacen de las que mueren o de las que duermen? No lo sé. Sus hijos, al interrogarles, me contestarán. Ellos no ignoran, que la base del vivir colectivo es doble. El cuerpo y el alma juntos le dan solidez. Pueblo sin ideales, puede vivir; pero está condenado a muerte. Pueblo sin bienestar y sin riqueza puede vivir; pero men-

digando su vida. Conócete a tí mismo pueblo que me lees, conócete para hacerte a tí mismo, que sólo conociéndote bien, puedes sacar partido de tu situación y originalizando el esfuerzo te sentirás triunfador entre todos. Conócete no durmiendo en la contemplación, sino viviendo en acción. El pensar contemplativo es de los místicos y de los moribundos. Tu patria es terrestre y no celestial. Tienes ansias de vivir y por tenerlas ya vives, pues las ansias vida son. Llénalas con tu voluntad. Trabaja tenazmente. No cejes. El Dios de los trabajadores te dará el pan que ganes cada día con el esfuerzo de tu mente o de tus brazos. ¿Te atreverías a robarlo, o vivir como parásito del que por sí lo adquiere a pulso? Si duermes, despierta para escuchar mis palabras. Si vives, que intensifiquen tu vivir. Si mueres, que te arranquen de las mortales garras. Oyéme, óyeme, que te hablo al corazón.

Eres como una paloma, acurrucada en el faldón de terciopelo verde de esos montes ceñudos, que en su cumbre acusan desnudeces, que hay que vestir. No duermas en uno de sus repliegues embobada por el sol. Las montañas te cierran los horizontes de la tierra. La ciénaga de tu ensenada te impide ver fácilmente los horizontes del mar. Vuela, vuela a él. Tiende tus alas hacia la hermosa playa de Cesantes, más hermosa que la de Sables D'Olonne. Allí, recibiendo en tu rostro auras salobres, despertarás de

tu eterna siesta, y conquistarás tu ideal, el que en tus entrañas llevas en deseo, encauzando hacia él el raudo vuelo: tu vuelo:

A quince kilómetros de Cesantes se encuentra Mondariz, el balneario más afamado de la Región. ¡Treinta minutos de tranvía eléctrico! A quince o diecisiete, Vigo. Otros treinta o treinta y cinco minutos de tranvía eléctrico.

Cuando Vigo cuente con la red de ferrocarriles secundarios o de tranvías eléctricos suburbanos, el que enlace a Mondariz con Cesantes y a Vigo con Redondela, será un gran negocio para el capital de la Región y la principal fuente de prosperidad de Redondela, que debe ser ante todo y sobre todo villa veraniega, uniéndose con la playa de Cesantes por una amplia avenida o carretera de segundo orden, por lo menos, y construyendo un muelle para el comercio de pequeña escala y vaporcitos de recreo, que estén en comunicación directa con la estación del ferrocarril. Si la compañía que explota el de aquí a Pontevedra, construyese un apeadero en Cesantes, mejor sería aún.

La repoblación de los montes, hasta vestirlos completamente de verdura, haría más encantador el paisaje y daría lugar a que se estableciesen fábricas de aserrar maderas en ellos, ya que tan solicitados están los materiales de construcción en toda la Península y tan fácil resulta el transporte por el mar.

Los *polders*, terrenos robados al mar y tan productivos en Holanda, deberían formarse, construyendo sindicatos agrícolas con todos los labradores, para obtener por el crédito colectivo las crecidas sumas que no lograría el individual a un tipo poco crecido. Si a este se añadiese la cooperación del Estado, que los representantes celosos y prestigiosos de esta vía deben reclamar y recabar para ello, como los otros pueblos reclaman y recaban para la construcción de pantanos, el éxito logrado con el establecimiento de los *polders* gallegos, en estas rías bajas, sería muy grande, pues las indentaciones de la tierra en el mar son numerosas, las ensenadas y repliegues que mar y tierra forman al abrazarse están bien dispuestas para multiplicar el área cultivable de estas costas, sin grandes trabajos hidráulicos.

Redondela y los redondelanos tienen, pues, la fuente de su prosperidad y su riqueza, ante todo y sobre todo, en la explotación científica de una de las naturalezas más hermosas de la Península, donde Suiza, Holanda y los vergeles de Italia se dan la mano, para intensificar la belleza del paisaje.

El alma de este cuerpo hermoso y virtualmente fuerte, y los ideales de esta alma deben buscarse en las nuevas generaciones, encargadas y obligadas a transferir los ideales a la acción. La juventud de Redondela será la que rejuvenecerá a Redondela. El cerebro de la juventud, ávido de ideas nuevas, del espíritu nuevo, también definido por *Egard Qui-*

net y *Havellock Ellis* y el brazo y la voluntad de los jóvenes, harán esta revolución creadora (deben hacerlo, quiero decir) logrando la resurrección del pueblo si muere, su despertar si duerme y su supervivir y sobrevivir entre otros, si verdaderamente ya vive.

Redondela, 5 de junio de 1905.

GALICIA Y EL TURISMO

HAY tres cosas en Galicia, que están sin explotar: el subsuelo, el paisaje y el paisanaje (este último en lo que tiene de humano, porque su animalidad servil, ya casi agotada). Y conste, que son las tres principales fuentes de riqueza de la Región: la raza, la tierra en su costra interna y la naturaleza en su panorámico vestido.

Todo esto hay que sentirlo para poseerlo, pues no se es dueño de lo que con nosotros está, sino de lo que por nuestros esfuerzos se logra.

No hay ser más cosmopolita que el galiego; pero no hay tampoco ninguno, que eche en su cuna raíces tan hondas. Para él, cuna y sepulcro están unidos; y su existencia no es más que una onda humana, una onda pasajera, que se proyecta en radios de gradación creciente a impulsos de la necesidad de vivir, hacia las lejanías ignoradas, donde cosecha riqueza y prosperidad para entrojarlas en su radio o foco sentimental.

No es el concepto de la naturaleza para el gallego, total, *pansíquico*, cósmico, no. Tal vez, cuando

desenterremos al filósofo tudense Francisco Sánchez, lograremos ver en él un pensador representativo de su tierra, una vena de mentalidad, que aflore a pensamiento concreto, un *precursor* de las ideas vivas, un gran educador y enderezador de nuestro espíritu. Porque hace falta ver en la naturaleza lo que es, su gama total. Este concepto fragmentario, invertebrado, de la naturaleza, es proyección de la individualidad social del gallego: o es hombre de *montaña*, o es hombre de *valle* o *costero*. ¡Y qué profundos abismos, entre estas tres categorías! Pastores, agricultores y pescadores, viven en rudimentaria economía como parásitos no más de una madre de amplios ovarios y de ubérrimo seno, que los engendra en su sueño y los nutre en inacción, para expulsarlos desdeñosa, por no saberla engrandecer. Les da vida con amor; y en su regazo duermen después el sueño eterno.

¡Tierra de paz, de dulce alivio, para los enfermos de cansera!

Arriba un cielo mortecino, ni azul ni gris, triste y sereno como pupila de una mujer pensativa; un sol derramando su luz en haces apagados y besando en espasmos de desmayo, la tierra que baña y que fecunda; y en ésta la vida prodigándose en repliegues por costas, valles, vegas y cañadas. Al descubierta quedan las elevadas calveras de granito, limpias y redondeadas con el lavado de seculares lluvias. ¡Silencio, soledad y misterio en los caseríos alejados y escondidos entre los bosques! El brazo

humano al descargar sobre la tierra las herramientas de trabajo, parece que se queja. Y los cantos del labrador ¡qué íntimas melodías, qué debilidad moral nos traducen! La nota saliente de esta gama vital es la *meiguiñez*, la suavidad, la mansedumbre, el reposo.

No hay tierra como Galicia, para el sport de los *surmenés*. Al contacto de esta tierra todos los Anteos renacen con vigor. Porque ahí está la antinomia: Galicia transfunde la vitalidad de los vivos, a la agonía de los moribundos. Devora unas vidas y prolonga otras.

La civilización presente, planta que medra en cuatro o seis grandes ciudades mundiales, necesita a ciertas intermitencias, reversión a la naturaleza. El *turismo* artístico es menos provechoso para su causa, y para la poesía de la acción, que es natural. Los que no sientan como Rousseau, nostalgia de salvajismo en su alma, no podrán humanizar nunca la de su comunidad, porque solo acudiendo al manantial podremos eliminar el temor de beber agua adulterada.

Como las cosas se conocen bien por comparación y sólo así se conocen, bueno es que los gallegos procuren estudiar a su tierra, más que con los ojos bañados en su *morriña*, con el alma inundada de emulación y de codicia, pues que codiciosos son y bien demostrado lo tienen. De hacer el estudio con la cabeza más que con el corazón, se logra la ventaja doble, de acabar con un contubernio escandaloso,

de la región con el Estado, y de infundirle mayor piedad maternal, más amor para sus hijos, amor providencial y no egoísta, amor de convivencia y no de remembranza, amor de posesión, nunca nostálgico. Porque si es prolífica en dar a la vida hijos escualidos, debe ser providente en otorgarles medios de vida. Y si preciso es la *muerte* moral de los *archivos*, hay que preferirla, a la colectiva de hambrientos e infelices aldeanos. Sólo siendo señores de *castillo* y de *solar*, podremos otorgar verdadero asilo a los que hospitalidad nos demandan. Debemos aprender a ser generosos por espíritu comercial: hacer con los hombres de la tierra la mismas transacciones que con los abogados del cielo.

El que vierte en *la ocasión* toda su codicia, se expone a destruir para siempre su riqueza. Codicia sí, pero a *largo plazo*, porque si el cliente se entera de nuestra tacañería, muy pronto nos desdefaña.

Para que nuestra tierra sirva de albergue a los *turistas* que buscan *naturaleza*, hay que cultivarla con *humanidad*, y con humanidad cordial y solidaria. Si queremos que a nosotros vengan los que no nos conocen, ni nos estiman, procuremos de algún modo infundirles ansias de conocimiento. El verdadero amor de madre al proclamarse por sus hijos, debe llevar en sus acentos fanático proselitismo.

No olvidemos que en la era de la humanidad industrial, hay que industrializar con criterio mundial toda tendencia. Que toda nueva fábrica al inau-

gurarse, ofrezca en el mercado cosas más nuevas y mejores. Sólo así triunfará. Y, sobre todo, en la obra debe ir el sello de lo típico, de lo personal, de lo nuestro. ¿Lo tenemos? Y si ignoramos si existe, busquemos con afán, que el afán lo creará. Galicia es una Suiza con puertos de mar, que dista menos de Inglaterra y los Estados Unidos (patria de los laboriosos cansados) que la propia Suiza. Explotemos esta posición.

Y como la base de toda industria del *turismo* son las buenas vías de comunicación y los buenos hoteles, fijemos en estas dos *premisas* la mirada, si queremos una *conclusión* gananciosa.

Y, pues que la naturaleza nos hizo agradables y complacientes, más con los extraños, que con los propios paisanos, no dejemos de explotar esta buena cualidad para officiar de industriales. Que en el negocio están interesados todos nuestros agricultores y comerciantes; y, por consiguiente, la Región, por espontáneo acuerdo, debe officiar de Sociedad Anónima, cuyo consejo de dirección esté en el buen sentido y en la gran sed de dinero de los gallegos, con los cuales guardarán relación los dividendos. Y al que esto escribe, uno no más de agradecimiento por el *galleguismo* que ahora, como siempre, ha demostrado.

Redondela, julio de 1907.—Habana, 25 de agosto de 1907.

LA ETICA URBANA Y EL EXODO RURAL DE LA EMIGRACION

QUIERO oficiar hoy, no como publicista, sino como catedrático de Moral. En nuestra región, tan elevada disciplina, más que madre y maestra de leyes y derechos es humilde sierva. El progreso ético que el sabio moralista inglés Mr. Alexander podría estudiar aquí, como corroboración de sus teorías generales, es aún sustancia protéica por no decir caduca (debiendo decir las dos cosas): Hay mucho camino que recorrer aunque la voluntad, esta vieja voluntad, esté cansada de su larga procesión histórica por las vías de la servidumbre y de la codicia. Espíritu de mercaderes, parece revelarse en el alma ciudadana de nuestra regionalidad, que ve desfilar los cuadros de la miseria y ahoga en las honduras de una mal soportada resignación, la protesta varonil, que surge espontánea y poderosa de todo corazón sencillamente humano. Nuestras ciudades gallegas se cruzan de hombros ante esa poderosa emigración de energías campesinas. La frase maurista del *descuajo*, se ha cumplido a *rebours*. No son los cac-

ques los *descuajos*, sino los *descuajadores*. Quieren también servidumbre transoceánica. Aspiran a llevar su imperio a la virgen del mundo, a la inocente América, según frase del gran Quintana. ¡Sí, inocente y además libérrima y democrática! Por eso organizan ellos el descuaje de nuestra población rural, convencidos de que el gallego lleva en su alma recuerdos imborrables y deja en la tierra solariega las raíces más jugosas de su vida. ¡Eximio poder el de estos señores, que saben hipotecar el corazón aún sin ser dueños de los brazos! Pero no hay que llorar un mal que ya no tiene remedio. Los campos americanos atraen hombres, como un inmenso imán atrae barbillas de acero.

Hoy son instrumentos de una civilización que nace. Mañana serán órganos de una democracia ideal, que viva y que progrese, y a ella llevarán la cooperación de nuestra mentalidad regional: el espíritu desplegado a toda vela, el espíritu, que en el raudo y sereno vuelo, ha de tornar a estas playas, a estos valles y a estas montañas, para dar vida a lo que sin él agoniza.

La The gratest Galicia, es la formada por nuestra comunidad obrera, por esa masa de emigrantes, que van pregonando por el mundo nuestra laboriosidad, nuestra astucia, nuestra perseverancia, nuestra aptitud para vencer, nuestra facilidad de adaptación. Ellos, en comunidades democráticas y jóvenes, en democracias sin tradición, fundieron la suya, enterrando en la ausencia intrigas y marrullerías,

que sólo enzizañan la flora de virtudes de la tierra natal y que al trasplantarse mueren abrasadas por un sol tropical de verdad y de justicia. El piojo se metamorfosea en león, cuando pierde la esperanza de vegetar en parasitismo sobre una piel sucia, pero jugosa. El trabajo es la virtud social por excelencia, hasta el punto de que Henry Loyd hace de él una nueva religión, es el gran purificador de las almas redimibles. Quien se esfuerza como obrero, es compasivo y generoso con los miserables sin trabajo.

La cuestión esta esta: ya que nosotros los gallegos de la ciudad somos incapaces por falta de iniciativas o de valor, de engrandecerla, atrayendo a su seno como a nuestro propio hogar esos millares de infelices, ¿hemos de contentarnos con mirar con indiferencia esa desbadada de golondrinas agoreras de la miseria, cuyo último adiós a la tierra solo es contestado por empresarios y agentes de navegación y cuyo primer abrazo del regreso tropieza con los brazos del estafador de indianos en las costa y con los del usurero o del cacique tierra adentro? ¿Es que no hay humanidad en Galicia? Ya que tan solidarios nos sentimos, ¿dónde está el destello de esa solidaridad fraternal de hombres urbanos y de hombres campesinos? ¿Es que pervive aún el espíritu señorial en unos y la condición servil en otros? Y ya que tan señores en espíritu parecemos, ¿cuáles son las virtudes hidalgas, la generosidad y la tutela para los menores en condición? Esos neutrales de café, o de camilla casera, esos jóvenes *sportmens*

de nuestra *nobleza mercantil*, ¿por qué en vez de echar fuego pasional al trivialismo ñoño, remedón y bufo, que los convierte en maniqués semovientes del último figurín, no organizan la obra ética transcendental, hondamente humana de enseñar al pobre dónde ha de ganar el pan ya que son incapaces de darsele a ganar? La indiferencia es la hibridez moral, es el color gris en la escala cromática de vicios y virtudes. Los indiferentes de alma y corazón, son como eunucos, guardianes de serrallo. Su ejecutoria de nobleza está en la cerviz, o mejor dicho, en la chaqueta que la cubre, cuyo letrero de sastrería junto a la cerviz está.

Afortunadamente, un gallego de corazón y con la visual muy elevada hacia los destinos ideales de Galicia (me refiero a Don Juan F. Latorre), puso el dedo en la llaga desde la subsecretaría de Gobernación, patrocinando unas bases de ley de emigración, que están emparentadas con las que actualmente se discuten en el Senado.

Allí se proveía ya a la necesidad de instituciones de protección y defensa del emigrante en España y en los países ultramarinos a donde se dirige. Considerándose la emigración como una fluctuación necesaria del mercado del trabajo, hecho jurídico inexorable, se trata de mitigar hoy por todos los economistas y sociólogos los males ocasionados por aquella. En el país de origen, entre el que se va y el que se queda debe haber una benéfica y fecunda solidaridad, una verdadera mutualidad moral. Los

vínculos de la fraternidad humana se agradan, cuando tienen el patriotismo como coeficiente. En el país de destino entre el que está y el que llega, siendo ambos de la misma procedencia, debe haberla también. Cuando la inteligencia patriótica y la buena voluntad de hermanos colaboran en el proceso de emigración, este de instintivo, de espasmódico movimiento de las masas hambrientas (pero pacíficas) evoluciona hacia su forma mental y científica que es ésta: solamente debe dejar su país el que no puede vivir en él o sabe con seguridad que vivirá mejor en otro. Y para esto son precisas las bolsas de trabajo de carácter nacional e internacional, las oficinas de colocación, las instituciones mercantiles como la que el señor García Prieto creó en el Ministerio de Fomento más perfecta que los viejos museos comerciales de Europa y que empieza a dar en la Cámara de Comercio de Madrid, a la que está adscrita, benéficos resultados.

Instituciones éticas más que jurídicas de la iniciativa individual y no de la acción del Estado son, la *Societa di patronato per gli emigranti in Palermo*, la *Nationalverein fur deutsche Ausservanderung in Frank-furtan Mein*, la *Raphaelverein*, de carácter religioso (católico); el *Emigrants Informatien Office*; la *British Women's Emigration Association*, por no citar otras muchas, que en Italia, Alemania e Inglaterra orientan al emigrante, ilustran su mentalidad y le ayudan con auxilios pecuniarios.

Análogamente sucede en América, sobre todo,

considerando este país como país de inmigración. Cuenta con instituciones protectoras del europeo. En este respecto, España está a gran altura. La Asociación patriótica de Buenos Aires, el Centro Gallego de La Habana, el Centro español de Santos, en el Brasil, el de Mérida del Yucatán, en Méjico y otras muchas, suplen con la asociación propia la falta de iniciativa del Estado y de los españoles de España.

No hay que abrir caminos nuevos. No hay más que imitar. Romper una lanza por humanidad y por galleguismo, es deber de todo regional que tenga voluntad y corazón.

¿Será esta labor mía parecida a la de aquel solitario monje egipcio que se entretenía ascéticamente en regar un bastón clavado en la arena?

Pues cultivemos el ascetismo con plantas nuevas aún, con suelo estéril. La fe vivificará y fecundará la tierra.

Redondela, 10 de noviembre de 1907.

¿COMO EDUCARA USTED A SUS HIJAS?
(Encuesta de *Noticiero de Vigo*).

EL DESTINO DE LA MUJER. COMO HE DE EDUCAR
A MIS HIJAS

Esta es la contestación que Eloy Luis-André escribió para la susodicha Encuesta del periódico gallego *Noticiero de Vigo*, que dirigió D. Jaime Solá, con admirable acierto y entusiasmo, siéndo de lamentar su desaparición.

ANTE todo, mi enhorabuena a don Jaime Solá, mi buen amigo, que, con mirada certera, inicia una discusión de honda transcendencia moral y social. Bueno es que en Galicia se sepa que el centro más laborioso de la región tiene prensa que se preocupa del interés más hondo y vivo que puede alimentar una comunidad joven. ¿Será tal vez que el genio de la ciudad, de los grandes destinos de la región, constitúyese en verbo mental de uno de sus

más brillantes escritores y por sus labios interroga, cuáles serán las madres del porvenir, para una aglomeración urbana, que por la maternidad física y espiritual ha de engrandecerse? La idea de la maternidad, como dice un escritor, es el origen, el manantial de bondad que existe en el reino humano; y esta idea está encarnada en el culto de la Virgen Madre. Solo la maternidad es fuente verdadera de grandeza, ya que su fruto es la riqueza más estimable de toda *economía*. Para un pueblo trabajador el hombre es el primer valor que hay que crear. Y si según Schopenhauer el amor es la meditación del genio de la especie, la mujer es el alma de donde brota y el cuerpo donde encarna.

No puede menos de ser importante pensar en la educación de la mujer, que es algo más que la mitad del género humano, según las estadísticas rezan, si al número se atiende, y algo mejor que la brutalidad y la barbarie que constituyen la trama de la vida varonil, con la que por tantos siglos se ha tejido la historia, si al *imperativo cordial*, es decir, a la soberanía del corazón, damos el verdadero valor. Del adolescente, en la crisis de la pubertad, procede el *varón*, por cuya espiritualidad, principalmente, se caracteriza el *hombre*, firme asiento del ciudadano, verdadero creador de la *ciudad*. En el periodo de la adolescencia, se revela la *hembra*, que, por la cultura, se hace *mujer*, por el matrimonio *compañera* del hogar, y para la familia y para la sociedad *ma-*

dre. Niña, hembra, mujer, compañera y madre: he ahí el proceso de su evolución, en cada una de cuyas etapas necesita una educación especial.

Pero ante todo, ¿cuál es el valor moral de la mujer? He de hablar con toda la sinceridad que un joven de treinta años y soltero puede emplear, no sin reconocer que mi situación en la presente controversia es difícil, pues si critico duramente a la mujer, muchas de ellas me reprocharán ser despechado; y si desmesuradamente la alabo, adulador; falso creyente que quema incienso para captarse la voluntad de su fetiche. La sinceridad es la mejor garantía de la cordialidad de un temperamento; y cuando a ella se apea, en la apreciación que otros hagan de la misma, ni ha de dársele más valor, que el de procedencia, ni medirla con otro criterio que el de la buena fe. A mi ver, la mujer no debe ser esclava ni señora del hombre, sino compañera. El matrimonio debe ser, como decía Aristóteles, de índole republicana, donde por consiguiente, hombre y mujer, tengan realmente los mismos deberes y derechos. Cuando fué esclava del hombre no satisfizo otras ansias que las del instinto sensual, ni respondió a otras necesidades que a las del campo y el hogar mientras los hombres vivían en el ocio. Este es el régimen de la edad antigua. En la edad media se le dignificó con exceso. Pasó por lo tanto, de sierva a señora. El salto no pudo ser mayor. Y el ideal caballeresco, al sublimar de este modo las virtudes femeninas, exagerándolas impi-

dió la verdadera emancipación de la mujer, que solo se logra por el cultivo libre de su espíritu. En aquellas palabras de la Iglesia "compañera te doy y no sierva" está la fórmula. El amor no es una adoración, ni un culto, ni un deseo, ni mucho menos un apetito animal solamente: es la ley de gravitación a la vida física, intelectual y moral de dos seres aplicada, con la conciencia de su cumplimiento y con la libertad de su ejercicio. Los que deifican la mujer primero, son los que más la degradan después: diosa cuando novia, esclava cuando esposa. ¡Revancha brutal de cobardes, de los pobres de corazón que ponen cerco a la plaza, con la codicia del soldado hambriento, y entran a saco, cuando la hospitalidad más que la derrota entrega las llaves al conquistador! A mi ver, en el matrimonio y fuera de él, ha de tener la mujer una condición igual a la del hombre, puesto que las mismas facultades tiene y al mismo cultivo se prestan. Y así como por sucesivas revoluciones espirituales se consolidó la individualidad libre del hombre moderno, con todos los derechos que implica, juzgo que la humanidad no será verdaderamente libre, mientras la parte mayor e intrínsecamente más ética del género humano, sea en realidad esclava, nominalmente señora. Comprendiendo esta verdad, los pueblos que ayer se adelantaron a la emancipación del hombre, son los que hoy sostienen con más fe la campaña feminista. Inglaterra y los Estados Unidos, están a la vanguardia de la reivindicación de los de-

rechos femeninos, individuales y políticos. Sólo aquella que ocupa el mismo nivel económico, intelectual, moral y social que nosotros, puede dulcificarnos la existencia y hacerlos interesantes, llevadera, próspera y moralmente fecunda la vida. Una hermosura física, sin mentalidad, sin perspectivas morales, es un fetiche de carne, cuyo culto a lo sumo llega a los cuarenta años. El reinado de Venus Urania, es más efímero que el de Minerva, que es eterno. Hemos comenzado por europeizar la mujer de fuera a dentro: por el vestido. ¡Cuánto más nos hubiera valido amueblarle la cabeza y domesticarle el corazón, para que en el semblante y en el cuerpo, se tradujese un alma viva y serena, hogar de una cultura primero, para servir después de principal elemento de cultura en el hogar! Y somos nosotros los hombres “esta confederación de *dandys*” “que no se viste para vivir, sino que vive para vestirse”, según frase de Carlyle, los que principalmente contribuimos con nuestra falsa admiración, o con exagerados y convencionales afectos, a consolidar la incultura de la mujer bonita y fomentar en ella su vocación para mercancía de escaparate. ¡Desdichadas! Descoocen que los objetos de bisutería, se hacen *demodés* a los treinta años, y que el hombre que los adquiere con el mismo capricho que un niño compra un juguete, tiene versatilidades de niño, que encamina afanoso sus pasos otra vez hacia los quince. Culto que no está basado en respeto ni en amor, es culto falso. Amor

que aspira a la posesión sensual de la mujer, como cosa y no a la compenetración física y moral con ella, como persona, es amor vano: tiene la duración de una sonrisa.

Acaso la inferioridad de los pueblos latinos, obedezca en parte a considerar la mujer como des- centrada del lugar que, como individuo, le corresponde. Y ésta, por no compartir ni cooperar con nosotros a la vida del espíritu, es triplemente esclava de los caprichos del marido, de la autoridad espiritual del confesor y de las extravagancias de la moda. Con lo cual el europeo del Sur, que se vanagloria de haber acabado con todas las supersticiones, no advierte, que la *ginecolatría*, es decir, el culto excesivo e irracional a la mujer, la exaltación caballeresca del afecto es una secta también de supersticiones alimentada. Así como el hombre es el centro del Universo, la mujer debe serlo del universo humano, del universo social. El hogar es precisamente el medio social de la mujer, donde se temple su espíritu y donde crece su vida, que si es rica en carácter y fecunda en obras de orden moral, trasciende también a la sociedad, e imprime en ella el relieve de su persona. El mal mayor que acarreó a la constitución de la familia el régimen del maquinismo contemporáneo, y, en general, el del *capitalismo*, fué el desorganizar en todas las clases el espíritu de aquélla, convirtiendo la mujer pobre en objeto de comercio sensual, la de la clase media en Diana cazadora y la de la aristocracia en

indomable *Zebra*. El hogar hoy no es más que vivienda con fachada. Y así como el hombre bate el *record* triunfando del hombre y acaparando dinero, la mujer se impone por su estética carnal, por su arquitectura fisiológica, y por el mayor o menor espíritu de destrucción de riqueza, que el hombre crea.

El matrimonio para el burgués acomodado y cuarentón es la compra de un cuadro bonito en una sala de *vernissage* para el joven *dandy*, una jugada de lotería, sin perder dinero, y para el intelectual el problema más difícil de resolver, *acto heroico* por excelencia, al que sólo puede ir con cabeza y corazón, como amante convencido, con la inseguridad de que va a consagrar la felicidad propia, colaborando con constancia y entusiasmo a la de su compañera.

Pero la mujer, ¿no tiene otra misión moral que la de la maternidad? Esa es la principal de todas ellas, si a la vida de la especie se mira. Pero la mujer, como individuo en la especie, tiene también su valor propio, su sustantividad. Sólo concretamente la vocación habrá de decidir de su futuro estado. Lo que hay que evitar es que la educación no se haga responsable de ese tercer sexo, tan peligroso para los dos existentes, porque es una asechanza constante a la pureza de su ideal y a la integridad de su felicidad.

Si la educación emancipadora llega a forjar en la mujer el sentimiento de la individualidad, el egoís-

mo moral ahogará la simpatía y entonces el amor verdadero no podrá germinar en su corazón. Porque sólo quien de veras se entrega en alma y cuerpo a otro, puede recobrar de él, en santa reciprocidad, lo propio, magnificado con la ofrenda que él le tributa. Ha de ser el amor proceso de multiplicación genética, en el cual los factores han de considerarse como cantidades iguales y conocidas. Si buscáis compañera que valga más que vosotros, os vendéis de algún modo a ella; pero como no entregáis la libertad, sino solamente una prenda de la persona, podrá suceder que en otra encontraréis otro cliente, para otra prenda vuestra, aún no transferida. Y de este modo, prostituiréis el matrimonio, mintiendo a la mujer una fidelidad que no tendréis derecho a exigirle.

Por esta razón, nadie debe ir al matrimonio, si no es capaz de consagrar en él un fin alto de la especie, su libertad, su vida, su posición y su persona. Por eso, también creo que debemos procurar inculcar en nuestras hijas esta idea, procurando formar en su espíritu una atmósfera moral, un régimen de *sefl-gouvernement* individual, que no haga necesario el matrimonio más que para aquellos seres privilegiados, que sientan vocación abnegada para él, porque para la mujer es también un acto de heroico sacrificio, entrega generosa de vida y libertad. Eduquemos, pues, a nuestras hijas con la mirada fija en su individualidad, cultivémoslas con el mismo amor providente con que las hemos en-

gendrado y confiemos al porvenir nuestra obra, que ella dará sus frutos. La maternidad debe ser una conveniencia de la individualidad, no un fin de ella.

Y ahora contestaré concretamente a la pregunta *¿Cómo educará usted a sus hijas?* Ni más ni menos como a mis hijos, convirtiendo el hogar en escuela, haciendo de la escuela una extensión de mi hogar y de la vida un reflejo del hogar y de la escuela, que a su vez ha de encontrar en la vida inspiración y verdad. La educación que dé a mis hijos ha de ser una educación integral, es decir, que responda a la formación de su individualidad primero y que espontáneamente la encauce hacia los ideales de la vida, llevándola primero por los senderos que la tradición ha fabricado al través de ella. Ante todo y sobre todo, debemos formar una buena hembra (en el sentido animal, no sicalíptico de la palabra), es decir, que la vida moral ha de tener una buena base física, en cuanto la constitución peculiar de la mujer lo permita, porque el cultivo sistemático de la animalidad de la mujer, o, para decirlo con vulgar elegancia, de su ser físico, puede acarrear dos males: primero, una mayor concurrencia al hombre en la lucha por la vida, de tal modo, que al masculinizar a la mujer, afeminaremos al hombre; segundo, el desarrollo físico exagerado de la mujer es también perjudicial para la descendencia, propensa ya de suyo, en lo que toca a su vida mental, a ciertos atavismos a la eta-

pa salvaje de la Humanidad. Pero si el exagerado cultivo de la parte física de nuestras hijas daña a la prole y a la humana selección, un desequilibrio mental, logrado a expensas del organismo, es peor. Habrá que apelar a una maternidad física mercenaria y los futuros maridos de nuestras hijas tendrán que soportar los arrechuchos de toda la neuropatía de una mujer, a cuyo sistema nervioso no hemos dado la fuerza y consistencia necesarias para vivir en inestable equilibrio para saber vencerse. La educación física de la mujer en su primera etapa no ha de ser, por lo tanto, exclusiva.

La sana alimentación, la higiene rigurosa y el baño diario, son condiciones que, añadidas al aire puro, la alegría y los juegos en el campo, contribuyen a que el turbión de procesos mentales de la niña-mujer cuaje en alma serena y reposada para el porvenir de la mujer.

Sobre su animalidad edificaremos su vida espiritual, su persona, acostumbrándola desde el primer momento a interrogar a los secretos del mundo, más que a contentarse con su contemplación admirativa. El que hoy pregunta a su padre, mañana se preguntará a sí mismo, y el que a sí mismo se pregunta, reflexiona. No hay que olvidar que pudiendo la muerte, en cualquier momento de la existencia, privar a nuestros hijos de la cooperación educativa de sus padres, deben quedar en condiciones de continuarla por sí, no ignorando, que la planta humana es la menos tempranera en frutos

espirituales, salvo las precocidades, y que las primeras ideas y tendencias, que inspiremos al niño son como puntas de hierro clavadas en una esfera de cera en estado pastoso, que el frío de los años y de la vida ha de consolidar después. El niño, en los primeros años, enriquece cuantitativa y cualitativamente su espíritu más, que después en toda la edad del hombre. Aprovecharlos bien por sus padres, es imprimir provechosa significación a una vida. Ahora bien; creo que es un crimen muy grande querer asesinar la persona del niño, imponiéndole los hábitos de nuestra propia personalidad, es hacer superfetar sobre su alma tierna la aridez, la rigidez, el frío, el cálculo y la ambición del padre, o de la madre. El padre debe ser sólo padre en la generación; y pastor, maestro en la educación. Hemos de crear una vida a imagen y semejanza nuestra, pero hemos de educarla, según su propia imagen, según sus peculiares exigencias. Lo que hay de bueno en nosotros, en nuestros hijos se perpetúa; pero es egoísmo incomprensible que sean nuestros continuadores. ¿Acaso lo somos nosotros de nuestros padres? Y si no lo somos, ¿con qué derecho hemos de exigirles que lo sean? Si la educación ha de sembrar en el alma de nuestros hijos la simiente de originalidad, que es el encanto y el aroma de la vida, ha de ser subjetiva y tolerante: dogmática y tiránica jamás, porque si educáis a vuestros hijos como esclavos, vuestros nietos lo se-

rán dos veces mañana: y si por una parte aspiráis a la liberación de la mujer en la vida y por otra la servilizáis en el hogar, no os comportáis como hombres razonables.

¿Y qué ideales y tendencias hemos de inculcar a nuestros hijos en la educación? ¿A qué esfera ha de referirse ésta? A la esfera intelectual, a la moral, a la religiosa y a la estética: salud, discreción, bondad, virtud, pudor, laboriosidad y belleza, son las galas que deben adornar a una mujer, las dotes naturales, las joyas de su cuerpo y de su alma; y si queréis un buen pedestal, para la estatua, a fin de que resalte, hacedlo de oro. Para lograr, por medio de la educación, estas cualidades, hay que cultivar cíclica e integralmente el alma y el cuerpo de la mujer, desde la infancia hasta la pubertad. ¿Y cuál ha de ser el contenido de la educación? Las ideas, los ejemplos y los ejercicios. Somos como padres modelo vivo y perenne de nuestros hijos. Con la acción, con el ejemplo les enseñaremos más, que con la palabra. Religiosidad y recato se impone en esto para no ofender a oídos puros; y con más razón en un país en que el arroyo, como pocilga de la incultura nacional, más de una vez ha de neutralizar nuestros esfuerzos. ¿Cuál ha de ser el fin de la educación de la mujer? Desenvolver y forjar en su individualidad un carácter. Si la parte mayor de la humanidad actual es hermosa, siendo inculta, ¿cuál no será su hermosura, cuando su alma sea un sol de intelectualidad es-

plendoroso y su corazón un hogar de pensamientos elevados!

Y como la base del carácter es la voluntad, en nuestras hijas ha de servir de núcleo a todo proceso educativo, por el cual serán libres pero dóciles; y en el hombre encontrarán mañana un compañero, que aumente la libertad y no un esclavo de sus caprichos y un déspota de sus debilidades. Por lo cual, el trabajo ha de ser la mejor práctica estética para la personalidad de la niña, que ha de hacer su aprendizaje para él, en un tránsito insensible de los juegos a las labores útiles.

Es la instrucción una parte no más de la educación, por lo cual procuraré, que mis hijas valgan más que sepan, o que sepan sólo para valer; y valer hoy es tener independencia económica e independencia moral. La instrucción de mis hijas no ha de ser decorativa; no ha de tender a adornarles la cabeza con flores de trapo, a matizar su garganta para que canten bien, a dar destreza a sus dedos para que hagan puntilla de randas o toquen el piano, o ligereza a la lengua, para que corten buenos trajes. La vida intelectual hermosea una naturaleza femenina, cuando hace ver más al ojo y sentir más al corazón; no es traje de luces, sino luz viva y natural.

No he de hacer de mis hijas niñas ilustradas, niñas cursis, niñas sabias, maestras de escuela sin escuela; sino niñas cultas, laboriosas y prudentes. La cultura intelectual de la mujer ha de ser un re-

gulador de su sistema nervioso y no un explosivo de su pedantería y vanidad, que es el lunar que más afea la hermosura femenina. Y esta cultura intelectual, la instrucción de la inteligencia, y la revelación de su vocación, y aptitud comprenderá tres cielos: primario, secundario y superior, que, según la capacidad de mis hijas, podrán o no desenvolverse plenamente. Así como para ser un hombre culto, bastan (debe bastar quiero decir) los conocimientos de la escuela primaria superior y del Instituto, cuando dichas enseñanzas se desenvuelven de los seis a los veinte años, y sólo ven en la Universidad, como en Norteamérica e Inglaterra, un organismo para educar el carácter; así también la mujer española, la niña y la jovencita deben estudiar en el hogar y en el Instituto y en la Universidad, todas aquellas materias de ciencias físicas naturales, matemáticas, históricas, ético-sociales, etc., que contribuyan a comprender mejor la humanidad presente y el universo actual y forjar su personalidad. Que sólo conociendo bien la vida y sus secretos se puede amar con amor de benevolencia y no con egoísta amor de posesión. Quien bien la conoce, la sabe vivir. Las lenguas vivas, la literatura, la historia, la geografía, las matemáticas (la aritmética, sobre todo en su aspecto práctico), las ciencias naturales, la física, la química industrial, en sus relaciones con el arte culinario; la economía (más la doméstica que la política), la ética, la ciencia de la religión, etc., etc.; tal debe ser el cau-

dal intelectual de una mujer, para lo cual pido que se establezcan en España Institutos para señoritas, como los hay en Francia y en Italia, y escuelas oficiales, parecidas a las *Höhere Tochter Schulen*, de Alemania. A ellas enviaré a mis hijas; mientras que la enseñanza primaria se la daré con mi mujer en casa.

Toda esta cultura intelectual de la mujer no es incompatible con las labores, ni con la educación estética; de carácter útil, las primeras; de carácter artístico, la segunda. Yo no limitaré a mis hijas a que queden confinadas en las cuatro *kás* del Emperador Guillermo, que, traducidas al español, quieren decir: la cocina, los vestidos, los niños y la iglesia. Como estos cuatro oficios, el de cocinera, de modista, de madre y de beata, suelen generalmente estar en oposición, yo haré que adquieran las facultades que debe tener un monarca constitucional que, siendo poder armónico, ha de saber armonizar, lo que a su cargo está. A las cuatro *kás* del Emperador yo añadiré también una disciplina muy importante: *el arte financiero*. Toda mujer, jóvenes escritores, debe ser vuestro ministro de Hacienda. Encomendarles con los tesoros de vuestro corazón, vuestro bolsillo. ¿Que sisan? Pues el único modo de extirpar los ladrones es hacerles ingresar en la Benemérita.

Quiero que mis hijas sepan bien un arte bello, conociendo los demás: cantar, bailar, dibujar, tocar el piano y, sobre todo, la arquitectura de la confec-

ción, el arte indumentario; que sepan vestirse con gusto, con originalidad, que el traje no sea un uniforme de revista de modas, sino una expresión, una decoración, un relieve del carácter de su persona, una adaptación armónica a su belleza física; que el gusto no sea una ocurrencia extravagante, sino una virtud adquirida en los museos, que son la iglesia de la estética y, sobre todo, en el estudio de las formas vivas de la Naturaleza, el gran museo que contiene todas las bellezas, de donde el color y la forma de las cosas, son el vestido de su sustancialidad, de su estructura. Sencillez y originalidad: he aquí el secreto de la elegancia.

Y aspiro a que mis hijas sean más bien artistas de un arte, que no *diletantes* en todos, porque así su espíritu poético, adensándose en la especialización, resaltarán más, será más provechoso, que desparramándose por todo el campo de las *Siete Musas*.

El Arte que es por esencia femenino, al adornar el alma de la mujer con sus creaciones, al presentar a su contemplación, bajo forma concreta y representable, las grandes obras del hombre y los vivos ideales de la Historia, educará también su religiosidad, pues todo arte es santo, todo ser bello es un dogma serio, que nadie pone a discusión; y de este modo su oración, será un rosario de emociones vivas, no monótona canturria de palabras muertas. La mujer creará así de veras en Dios.

Mucho tenemos que esforzarnos para lograr este

ideal. Pero si el siglo XIX en Europa y América ha sido el de la emancipación del esclavo, ¿por qué el siglo XX no ha de serlo también del de la esclava? Esclavas son, aunque con los ojos de la cara no veamos sus cadenas, eslabonadas con ignorancia y superstición. ¿No es cómico este régimen de libertad a medias, que hace de los hombres fervientes demócratas en la plaza pública y modestos reyes absolutos de un piso tercero?

Dolor es confesarlo; pero este despotismo del hombre ha engendrado la anárquica rebeldía en la mujer, su pasión dominadora, que quiere un hombre juguete, más que un hombre corazón, un perro de lanas, más que un compañero; y que en el esplendor de sus encantos emplea su coqueta soberanía, es escrutar almas sinceras mientras disipa la propia. Que no otra cosa es esa estúpida carrera de *novia profesional*. Gargantúa de corazones, amplio buzón de convencionalismos y de secretos, que encuentra por fin una sanción en el celibato perpetuo o en el matrimonio tardío. A este régimen de mentira colaboramos todos. Y si negamos el amor, que es la única verdad, que de las viejas verdades nos queda, con qué fe, con qué celo nos vamos a perpetuar por él y para él?

Publicado en el "Noticiero de Vigo".—Lunes, 6 de abril de 1908.

CURROS ENRIQUEZ, POETA DE LA REBELDIA

EL primer astro de nuestra poesía regional ha dejado de brillar. Tal vez la primera figura espiritual actual de nuestro pueblo, la que encarna todo el silencioso rumor de reivindicaciones, que rugen en el corazón, pero que no afloran a los labios, con la herida de la ingratitud y del desprecio en las entrañas, al entregarse a la muerte, comience a modular su canción de ruiñeñor inmortal y desde el árbol, que a todas las vidas ensombrece, entone endechas de perdón y de piedad para sus propios enemigos. ¡Que graznen los cuervos, sedientos siempre de sangre caliente de cadáver y que croen las ranas en su pantano convencional! El poeta comienza ahora a vivir. Cuando, sintiendo en las entrañas la desazón de Prometeo, arrebató al cielo el fuego sagrado de la inspiración, los plurales, los anónimos, aquéllos cuyo mayor elogio al morir será el olvido, le ultrajaron primero y le encadenaron al destierro después. La primera mitad de su vida fué un himno a la rebeldía: quiso despertar al pueblo de la servidumbre, qui-

so limar con cantos sus cadenas. Sus últimos acentos vibran con el timbre del desengaño, del amargo desengaño de un ideal irrealizado. Si en vez de ruiñeñor hubiera nacido *gallo negro*, su estentóreo cacareo habría congregado en torno suyo ávidas gallinas, que se hubiesen disputado con frenesí sus predilecciones. ¡Fué un poeta! Sintió de veras la vida y no la supo vivir. Quiso armar guerra con la palabra y no advirtió que se le escuchaba con oídos de zorra y se le perseguía a zarpazo de lobo. Al fin el redentor fué como tenía que ser: crucificado. ¡Y qué crucifixión más tremenda! Como la de Ibsen, como la del pobre dramaturgo noruego, que, lejos de su patria, a la que tanto amaba, veía en sus entrañas clavada la espina del silencio; y del puro manantial de la añoranza brotar lágrimas y exhalar suspiros por la patria ausente, para la amada tierra, tanto más querida cuanto por ella menos correspondido. ¡Que no hav desazón mayor, para el hombre del ideal, para el superhombre, que alimenta una pasión fraguada entre desazones y congojas, que hacer culminar su heroísmo, hasta exponerlo al desprecio! Lección es ésta, jóvenes, que comenzáis a vivir, que debéis aprender muy de corrido. El amor fácil, el amor egoísta, es un comercio carnal o espiritual, o ambas cosas a la vez: está sometido a la ley de la oferta y a la demanda; pero el verdadero amor de benevolencia, es magnánimo, generoso y abnegado.

Ahí tenéis en Curros Enríquez la fuente viva

del patriotismo, grande y chico, regional y nacional. Él os amaestrará en la escuela del desinterés, de la sinceridad y de la verdad: ¡de la verdad!, para la que tan inapetentes se muestran estos estómagos. Aprended de él a decirla y a sentirla. Y no me reprochéis, que no la supo vivir al tener que mojar la pluma en tinta de rotativo; porque si conculcarla es crimen y confesarla con la vida, heroísmo, de lo primero nadie podrá acusarle; pero tampoco obligarle a lo segundo. Al fin, el ideal tienen sus raíces en lo humano y esto en lo animal. Sí: debéis aprender a amar la ingratitud. Quien enojado la persigue, puede exacerbarla. Día vendrá en que los hombres coronarán vuestra obra. ¿Qué importa que os denigren hoy, si los hijos de los que os ultrajan os glorificarán mañana?

Pero sobre todo, en esta tierra de lobos cubiertos con piel de oveja, de rebeldía interna y de adúladora mansedumbre externa, la rebeldía integral, la que se hace ostensible en actos y en palabras, la de los hombres, como Curros, intrínsecamente libres, es la más estimable, la más fecunda, la más redentora de todas las armas. ¡Que sólo arraigan la tiranía y el despotismo en tierra amantillada con servidumbre!

Rebeldía espiritual, no es precisamente la anárquica y desesperada insurrección, del que habitualmente es esclavo contra un señor que, en un momento dado, más cruelmente le fustiga. Esa es mordedura de víbora a la que daís un pisotón. Re-

beldía espiritual es la de la mente, del corazón y de la voluntad, la de un Guerra Junqueiro, poeta portugués, muy parecido a Curros Enríquez; la de un Carducci, poeta italiano, que acaba también de morir. La mente ha de revelarse contra la ignorancia, de la cual es sierva, penetrando en su seno, asesinandola—*¡A lançadas magnánimas de luz!*—. El corazón ha de penetrar con su generosa efusión redentora en este raquitismo moral en que a la *marrullería* llaman viveza y a las jugadas de mala ley astucia; la voluntad ha de hacerse coesiva y pragmática, tenaz como el acero y elástica como hoja de sierra, no dócil como la cera a esos moldes externos, en que el calor convencional le da forma. Así es fácil que en esta tierra, que presta más oído al canto del cuco, que a los acentos del ruiseñor, logréis a las primeras de cambio el desprecio, el aislamiento, el vacío, mientras se hace la apoteosis de un inmortal ratón de biblioteca, que vomita en letras de molde el fruto de sus roeduras en pellejo de momia y de vez en cuando en carne viva. Tened la abnegación de Curros: volad del árbol que os cobija; buscad el de la sombra eterna, que en él vuestra canción ha de serlo también.

Y ahora, ante él, como orensanos, puesto que prensano él era, lloremos al hijo predilecto, al ave iteradora de nuestro rumbo, en estas occidentadas llanuras del hastío, de la miseria y de la holganza. Su vida, que fué hija de trabajo, ha de amaes-

trarnos en laboriosidad. Y mientras no llega el día del homenaje, del cual le somos deudores, rindá-nosle tributo ferviente de acongojada admiración. ¡Que no se diga, que Orense, como *Chronos*, devora en el olvido sus propios hijos!

“El Miño.—Orense, 10 de marzo de 1908.

LAS ORIENTACIONES DE LA SOLIDARIDAD EN GALICIA

LA política social española, debe indudablemente a Cataluña, la orientación más experimental, más positiva y más práctica, que se reconoce en todos los movimientos de opinión posteriores a nuestro desastre nacional. Si la robustez de una idea se mide por su poder prolífico, por su fecundidad, hay que reconocer en la *solidaridad catalana*, verdadera fuerza expansiva, pues, nacida aún no hace tres años, lleva engendradas ya dos: la solidaridad castellana y la solidaridad gallega; dos solidaridades, que forman contraste por su carácter agrario, con la solidaridad industrial de Cataluña, pero con una gran diferencia a mi ver. Mientras la solidaridad castellana es una reunión de grandes productores, nacida más bien, para contrapeso de los industriales catalanes y para la defensa del arancel triguero, que es el patrimonio legado por Gamazo, la solidaridad gallega tiene un carácter más bien social, es la asociación de los pequeños productores, el alma de nuestros campos, que pide libertades

para la tierra y garantía y defensa de los derechos cívicos, detentados sin piedad por la gran manada de lobos y de zorros de un caciquismo sin ejemplo, que, como aves de corral o como ganado lanar inofensivo, tratan al proletariado gallego, resignado Nazareno que lleva su cruz lentamente hacia el Calvario de una existencia precaria, donde la usura, el consumo, la venta con pacto de retro, el derecho de pernada, la expatriación forzosa, etc., etc., son otros tantos clavos para su lenta crucifixión. ¡Y aún hay quien, de vez en cuando, actuando de Longinos, se atreve a darle a mansalva la lanzada, ensañándose en su agonía, con la brutal acometividad de un tigre hambriento y enjaulado!

Nació la solidaridad gallega como forma de protesta contra el caciquismo de los campos. Es hoy más bien un conjunto de negaciones salvadoras, de emocionantes reivindicaciones, que de postulados pragmáticos para orientar la acción político-social. Tiene de diferente de la catalana dos cosas: su carácter económico y su falta de matiz político. No es una mera coalición para la conquista del Poder, es la unión instintiva del rebaño que, ante el peligro común, se apiña y forma bloque, aun careciendo de pastor.

Ninguna ocasión más oportuna que ésta para señalar los nuevos derroteros de la solidaridad gallega, según una concepción realista de nuestra vida local. Es cierto, que la solidaridad en Galicia tiene que ser ante todo y sobre todo solidaridad rural, porque

cerca del 85 por 100 de la población es campesina y sólo un 15 por 100, escaso, reside en el casco de las capitales y de los Ayuntamientos. Pero no hay que olvidar, que el foco infeccioso, las grandes raíces del caciquismo, se encuentran en las villas y ciudades, en las capitales de provincia y en Madrid. La solidaridad gallega en las villas y ciudades de la región, apenas encuentra ambiente. La mayoría de la Prensa suele serle hostil. El arma que maneja contra ella es la insidia del silencio. Tan sólo resuenan los ecos de los triunfos logrados por la asociación campesina en los rotativos de Madrid, en la Prensa de Cataluña y en todos los corazones de los gallegos de América, que consideran como propia la reivindicación de nuestras libertades agrarias, porque se consideran brutalmente expulsados del propio pejugar por las garras aceradas del cacique, que, como ave de rapiña, de mirada penetrante y fija, sólo olfatea carne de moribundo para pisotear sus entrañas, enriquecerse con sus despojos y enviar sus restos allende el mar, en convivencia con la nuevas empresas de negreros, que trafican en nuestras costas con blancos.

Para que la solidaridad gallega pueda lograr resultados positivos, preciso es, que responda al concepto científico de solidaridad social, de mutualidad de clases, con el fin de reivindicar sus derechos contra el enemigo común, en el campo y en la ciudad en la vida rural y en la vida urbana, por los obreros que trabajan con la azada y por los

pobres hidalgos del terruño o de la Universidad, falsamente engañados por oropelescas apariencias de una aristocracia sin capital y sin la virtud del trabajo. Preciso es que nuestra clase media y nuestros hacendados se asocien al movimiento, sin protestar ridículamente contra la propaganda foral, pues no deben olvidar, que si logramos industrializar nuestra región, en las riquezas e intereses a crear, estará la base de nuestra fuerza futura, de nuestra autonomía como región. A la solidaridad rural debe asociarse, por consiguiente, la solidaridad urbana de nuestras once ciudades y de nuestras numerosas villas. Eso que se llama masa neutra, es el *caldo de cultivo* del caciquismo, cuyo microbio desaparecerá cuando todos y cada uno defiendan con igual tesón sus derechos. La fuerza del cacique no es propia, sino captación de fuerzas extrañas. Lo único que de propio tiene es la astucia de zorro, que en la noche de la ignorancia y en el miedo de los campesinos, y en las tretas del divide y triunfarás, se apoya, para dominar como siervos a quienes por dentro le odian como tirano y por afuera le alaban como señor.

A la solidaridad rural y a la solidaridad urbana, hay que sumar la solidaridad de los gallegos emigrados. Estas tres solidaridades serán las tres personas distintas de una sola naturaleza, que se hace verbo y toma forma viviente en la "Sociedad agrícola", en el Sindicato de capitalistas, o en el Sindicato mixto y en la Federación de Sociedades ga-

llegas de la Península y de América. Así, recogiendo en un solo corazón y en una sola alma, alma y corazón de nuestra querida Galicia, los latidos y ansias de un espíritu único de fraternidad y libertad, habremos asentado las bases de una democracia social para el porvenir, fundamento de nuestra grandeza futura.

Vivimos como región entre una nacionalidad hermana, que, por odio a Castilla, ha conquistado la soberanía, separándose del núcleo constelar de las nacionalidades peninsulares, donde todas debieran vivir alimentadas por un mismo ideal federativo, y entre la región castellana-leonesa, que nos considera inferiores a los portugueses, por no haberlos sabido imitar, confundiendo la lealtad y el patriotismo con el miedo. ¡Odio de parte de nuestros hermanos y desconsideración por parte de los que en tutela nos mantuvieron siempre! Afirmemos, pues, nuestra personalidad histórica, dentro del criterio de la convivencia de la gran patria española, a la que, como madre común, debemos amor y respeto.

Pero no olvidemos que los 50 millones de pesetas que representan la tajada anual, que damos al Estado para que alimente sus parásitos y nos dé algunos kilómetros de carretera parlamentaria, y que los 25 millones que consumen las cuatro diputaciones de Galicia y sus Municipios, deben distribuirse de forma que, para el campesino, no tengan el carácter de *escamoteo tributario* o de exacción injusta.

ta y onerosa. Si los 75 millones de pesetas que paga anualmente el contribuyente gallego se gastasen en Galicia, por Galicia y para Galicia, ¿no lograríamos hacer de este país hermoso el paraíso terrenal de España, impidiendo al propio tiempo la despoblación sistemática de los campos? Si vivimos como ahora, caminamos, deshechos hacia la muerte en una agonía crónica que castra lentamente todos los elementos de la virilidad del carácter. Cataluña, con una población y un territorio semejante a Galicia, contribuye hoy al Estado con 150 millones de pesetas, tres veces más que nosotros; absorbe la cuarta parte del comercio internacional de España, y en un suelo pobre y en un subsuelo sin minerales ha levantado el edificio de su prosperidad: su fuerza, es su riqueza. Nosotros somos dueños de los mejores puertos de la Península, puertos de verdadero carácter mundial, asentados en el Mediterráneo del porvenir; nuestro subsuelo es el más rico de la Península, nuestro ganado el que posee carne, pieles y leche más sabrosa; nuestros vinos, los más delicados. Estamos, pues, en las mejores condiciones para crear una nueva región, un galleguismo espiritual, económico, sano y patriótico.

Gallegos de Monforte: Esta ciudad vetusta, cuna de la antigua hidalguía señorial, acurrucada como águila real en su torre, del homenaje en ruinas, hoy os contemplan congregados en la llanura para hacer ostensibles vuestros entusiasmos, nuestros amores y vuestras ansias.

Toda Galicia fija hoy en vosotros sus miradas. En vosotros divisa el baluarte de la libertad futura, la encarnación de santas y seculares reivindicaciones, la emancipación del espíritu y de la tierra, el alborar del sol de la cultura en esta inacabable noche de ignorancia, donde lo más peligroso es la inapetencia de saber y el miedo a unir individualidades libres por la costumbre de vivir atadas, como bueyes uncidos para el trabajo, a la servidumbre de la gleba. Jurad la unión y la defensa de vuestras libertades. Juradlas.

“El Miño”.—Orense, 14 de mayo de 1909.

PENSAMIENTOS

LA Escuela es el gran *crucero* espiritual, donde la Familia, el Estado, la Nación, la Patria, la Religión y la Humanidad, se dan cita en el *presente* para forjar en el alma y en el corazón del niño el *porvenir*.

Las tres virtudes fundamentales que debe procurar desarrollar la Escuela son: el sentimiento de la cultura, el espíritu público o civismo y el patriotismo, o sea el amor al *hogar* y al *solar*. La escuela ha de convertir al *vir* en *homo*; el hombre de la tribu, el hombre de la aldea en ciudadano; el ciudadano y el *hombre* en patriota, porque el patriotismo es el arraigo del espíritu de la tierra, sustentadora del cuerpo, que aquél anima.

La gran desgracia escolar consiste en que padres, alumnos y maestros, procuran mutuamente engañarse, y resultan engañados.

El fin que persigue el padre, al echar a sus hijos a la escuela, es muy distinto del que persigue el maestro y del que anhela el niño: ¿puede haber colaboración de esfuerzos sin unidad de fines?

Hagamos gravitar toda nuestra vida espiritual hacia la Escuela, convirtiéndola en verdadero *hogar* y de ella brotará una nueva España, culta y fuerte, como del calor atesorado por la planta, brota la flor, que encierra la esencia de su vida.

Una sociedad, que echa al arroyo las inmundicias de su espíritu, como los desperdicios caseros, tiene que manchar su espíritu y su cuerpo al circular por él la blasfemia, el insulto, el escándolo y el mal ejemplo: es el tributo de gratitud que paga el bagabundaje profesional a la *sociedad caritativa* y cristiana, que le abandona en el arroyo.

Pueblo que vive adormecido con los laureles de su historia, no puede dar originalidad ni valor poético a su vida. Se ha dicho que aquélla amaestra a ésta; pero hay que advertir que, una vez amaestrada, la vida crea la historia. Eduquemos nuestros hijos, no para que imiten a sus mayores, sino para que guarden su memoria en el corazón y emulen con la voluntad sus virtudes.

Para luchar por la cultura se precisan apóstoles y creyentes y, sobre todo, fe, caridad y esperanza en ambos grupos. Sólo así se podrá edificar; pero si aquéllos trabajan a jornal y se encabritan por aumento de salario y éstos poseen una fe puramente explícita, como la de los discípulos de Jesús en el Huerto de los Olivos, es muy fácil que la santidad de la causa no sea gran obstáculo para que, en *sesiones memorables*, se crucifique la nueva *Deidad*, en el Calvario del Militarismo, por los *Doctores de la Ley*.

Si ves que una hijo insulta a su madre, echa la culpa a la madre y no al hijo. Cada tierra produce los frutos que allí se siembran y, después de sembrados, se culivan. Cuando oigas decir a un pobre diablo “¡Muera España!” perdónale la ofensa, porque no sabe lo que se dice; pero tápale la boca, para que no vuelva a decirlo.

Hay pedagogos *artistas* que quieren hacer el discípulo, como Dios hizo al hombre: a su imagen y semejanza; pero como el niño no es de barro, sino ser vivo y semoviente, por no darle la forma que pide su materia, destrozan la forma y la materia. La verdadera educación consiste en llevar a uno de la mano, por donde su herencia y su medio personal le oriente personalmente, para que, personal-

mente, se adapte al mundo en que ha de vivir y luchar. Levantar a los caídos y encauzar a los extraviados es obra de educación. Lo demás es propio de las bestias de carga, asnos y camellos, sobre todo.

Los viejos guardianes de la conciencia española cuestan al Estado 42 millones de pesetas; los nuevos heraldos de la cultura 26, los mantenedores de la seguridad y orden civil, 30. Ahora bien, si en la Etica y en el Derecho español existe un carácter genuinamente coactivo y represivo, ¿quién podrá transformarlo en cooperativo y preventivo? ¿El cura, la guardia civil o el maestro de escuela?

El Primero de Mayo y el *Primero de Agosto*, son las dos *fiestas cívicas*, por excelencia, para el porvenir. Los obreros y los niños son los robustos brazos con los cuales apresa el progreso al ideal. El trabajo y la cultura son las formas, que en cada instante del cuerpo lo plastifican. ¿Será irreverencia convertir en *juerga ilustrada* la fiesta de la cultura y a los niños en fetiches, por quienes jamás rindieron a aquélla fervoroso culto? ¿Aman verdaderamente a los niños y a los obreros los que mantienen a éstos en esclavitud económica y a aquéllos en esclavitud espiritual?

Boletín del Magisterio.—Orense, 14 de junio de 1909.

LA EXPOSICION REGIONAL GALLEGA DE 1909

TIERRA Y ESPÍRITU

EN el año actual se van a celebrar en España dos exposiciones regionales: la de Valencia y la de Santiago. Es deber de todo gallego de corazón colaborar al mayor esplendor de esta última, procurando que sea expresión genuina de nuestra vida local, cuyo valor social va a adquirir inmediatamente ponderación política, con el nuevo régimen local. Preciso es, por lo tanto, que este primer concurso de la actividad, del trabajo y del espíritu regional, no sea un mero espectáculo conmemorativo de una fecha histórica, un centenario más de los muchos que en nuestra vieja región, digo, nación, improvisan. No basta sólo honrar con funerales espléndidos la memoria de los muertos, hay que ayudar a bien vivir a los vivos, hay que dar ambiente de vitalidad y de energía a los nuevos organismos, que encarnan con más ansia el espíritu gallego. Porque

hay que decirlo con valor: de todos los espíritus regionales, éste es el más falseado por la literatura híbrida, con hibridismos de carácter exótico, y por la murmuración y la intriga de quienes, sin ser gallegos ni sentirse verdaderamente tales de corazón, se arrojan la representación genuina del pueblo gallego.

Toda vida local robusta, sana y joven, procura expresar su íntima organización, y, sin negar a la hospitalidad los racionales y prudentiales derechos, no debe abdicarse en ella su soberanía directora, postergando los prestigios verdaderamente locales y regionales.

Galicia no será una región hasta que sepa caracterizar su espíritu peculiar y encarnarlo como Cataluña en su estructura demográfica, parcial, burguesa o de clase, sino verdaderamente integral, donde las masas obreras de nuestra vida rural, que son las más, las de más vigor espiritual, las de más castiza mentalidad, tengan una representación propia y personal y no sufran una detención parlamentaria, basada en la ignorancia y el miedo del ciudadano, en la irresponsabilidad de los cargos de elección popular y en la solidaridad estrecha, en el pacto sinalagmático, conmutativo, bilateral, entre los caciques de abajo, provinciales y municipales, y los oligarcas de arriba.

En Galicia hay un espíritu joven y una organización depauperada. Mientras nuestra complexión espiritual tiene carácter *sanguíneo bilioso*, nuestra

constitución orgánica está llena de *furúnculos* y *abcesos*, larga herencia de una casta rural, sometida a la servidumbre del señorío y a la implacable esclavitud de la tierra.

En la *aldea* y en la *ciudad* gallegas, como grupos demográficos de nuestra estructura social, se puede notar perfectamente el estado de abyección, de resignación, de miseria o ignorancia de la masa; y también los ocios infecundos de una *élite* de gente apadrinada que ha subido a los planos superiores, unas veces en ascensor y otras con incensarios en ambas manos, la espina dorsal en arco de círculo y la lengua o la pluma convertidas en instrumento musical o pictórico halagador.

Sí: mientras la masa llena la barriga de patatas sin sal y sin aceite, o de coles con agua turbia, sintiendo inacción por la cultura espiritual, manjar que nunca ha probado, nuestra flor y nata social, aficionada a la carne de *cerdo*, de *ternera* o a las *aves de corral*, sacrifica desde su *posición social*, estos inofensivos animalitos, no piensa más que en la comida, en el vestido y en la diversión, relegando la comida a la diversión y al vestido. Cuando hay un destello de mentalidad en su alma, la lleva hacia atrás, como el cangrejo según cree el vulgo, y se convierte en rumiante de erudición, en desenterrador de cadáveres, para destinarlos a la cremación y abonar químicamente el campo de sus

ingresos pecuniarios o en ofrecerlos como mendigo a algún Municipio o provincia compasivos, que, a cuenta de otros, le otorgan espléndidas limosnas a cambio de *credos* y *padrenuestros*.

Hay una verdadera falta de solidaridad entre la *aldea*, la *villa* y la *ciudad* gallegas. Son las tres desgracias de nuestra Región, tres fantasmas durmientes en la tibieza de un ambiente modorro y, al mismo tiempo, muelle. Sus vidas no parecen estar sometidas al efecto intensivo de la mentalidad y de la acción, hijas del espíritu moderno. Entre sí se esquivan, se velan o se odian. La ciudad es, como diría Verhâhen, un organismo tentacular, y se asienta sobre el mar o sobre la tierra para nutrirse con su juego. La característica de la mentalidad es la sutileza, la añagaza, la zorrería, el rodeo: es el espíritu de un cazador con habilidad y destreza más bien que con energía; la característica de la voluntad es, o bien la terquedad exagerada o bien la indolencia y el abandono, la lentitud y la tardanza para la necesidad satisfecha tarde y, muchas veces, a destiempo; la característica de la sensibilidad es la de una sensualidad o hedonismo exagerados, con relación a los medios de subsistencia, cierta tibieza en los afectos con marcado sello de egoísmo en ellos. Ni Kant, ni Zenón pudieron haber nacido en Galicia. En cambio, Benthan y Diógenes tienen en esta tierra muchos descendientes, familia espiritual.

Es deber de la cultura encauzar estos elemen-

tos afines de nuestra Región, hacia el *ideal típico*, por ella elaborado, esbozando en las grandes manifestaciones del espíritu regional, como la Exposición de Santiago, las características fundamentales de su esencia y de su actividad.

El mejor método psicológico para estudiar un tipo de vida local, no es precisamente buscar en lo que ha sido su *caracterización*, sino en lo que es y en lo que será su naturaleza, porque, aparte de que el espíritu histórico siempre está moldeado por el del historiador, en lo que es y en lo que tiende a ser está lo más genuino del ser, está la *voluntad*, clave de toda organización psíquica, la voluntad, que lleva sus brazos hacia el ideal, firmemente asentada en el pedestal que para ella la tradición viva y trascendente elaboró en su espontánea inmanencia, sin apelar a artificiales transplantes o redivivas e híbridas manifestaciones del *eruditismo* o del *arqueologismo*.

No son tanto los productos de la tierra, agrícolas, industriales o artísticos, como el espíritu que en ella encarna, o sobre ella flota para encarnar los que caracteriza como suyos una región. Porque la región es la razón del hombre a la tierra, es la *humanización concreta de la tierra o la naturalización concreta de una parte de la Humanidad en un pedazo de la nación*. Y esta relación, como todas las relaciones astropogeográficas, tienen por centro de gravitación el hombre y no la tierra, o los productos humanos. Y como lo humano es lo que ver

daderamente nos interesa en todo estudio, de ahí que el método más seguro para lograr nuestra caracterización espiritual presente, será congregar junto al Certamen histórico, junto a la Exposición, con carácter de Centenario, con perspectivas hacia atrás, junto al cadáver de la región, sepulto entre los siglos, el cuerpo robusto y sano en que hoy encarna nuestro espíritu popular y moral; el alma oculta y silenciosa de nuestras villas y ciudades, muerta o dormida en ociosa siesta o sueño cataléptico, vegetando despiadadamente sobre las aldeas, y lo que es más trascendental: ese gran espíritu de Galicia, diseminado hoy por toda la Península y por todo el continente americano, donde sin calor oficial alguno, sin otros vínculos que los del amor filial, crea nuevos grupos de población gallega en espontánea solidaridad, y a la madre, que, como madrastra le trató, expulsándole de su seno, para vivir en contubernio con el Poder central para prodigar adopciones a los que en sus venas no llevan sangre de la tierra, le devuelven besos con el alma, abrazos estrechos con el corazón y dones espléndidos con las manos, como ofrenda religiosa de las primicias del trabajo emancipador.

Hay que confesarlo: lo más genuino de Galicia no está precisamente en Galicia, sino en Hispanoamérica, en centro como los de la Habana, que es la Meca del futuro galleguismo, Méjico, Chile, Brasil, Argentina, etc.; y aquí, en la Península, en Lisboa, Concentrar este espíritu en Santiago para

que hable con el corazón y diga a nuestros campos y ciudades, que es lo que quiere, es la primera nota del Certámen espiritual, de esta *Exposición de espíritu*, que yo aquí propongo. Este espíritu gallego *extrarregional*, trasplantado a la vieja cuna del galleguismo histórico, con una robusta compleción de naturaleza democrática, moldeada en un régimen de trabajo y de libertad, al dar su primer saludo a las nacientes organizaciones rurales de la región, reóferos ambos de lo viejo y de lo nuevo de nuestra querida tierra, producirán la explosión mayor del entusiasmo patrio, de la fraternidad gallega. ¡Qué sólo aquéllos que son iguales en condición, en procedencia y en destino, se pueden llamar con propiedad *hermanos!* ¡Sólo hay verdadera fraternidad entre los que trabajan para satisfacer análogas necesidades y forjar un ideal común! Y este ideal no puede ser otro que lograr la plena emancipación del *ciudadano* y la plena liberación de la *tierra*, en un régimen cultural intensivo. El campo, padre potente de nuestra sacrosanta *humanidad*, al echar por el mundo los seres que no puede nutrir, les acapara lo más íntimo del espíritu, se lo retiene en su entraña, como para mantener vivo y eterno un diálogo entre el corazón del expatriado y el corazón del terruño. La reversión a la tierra de un espíritu gallego, completamente joven, completamente restaurado, constituyendo raigambre con el espíritu rural, será el estimulante mayor, para que nuestras villas y ciu-

dades durmientes se desperecen: que tienen también una misión educadora para el campo y éticamente protectora y defensora, para las sociedades formadas por los gallegos de América.

Ruralismo, urbanismo y americanismo, son los tres factores del nuevo movimiento regional que, con carácter económico y social, más bien que literario, se inicia en Galicia. Estas son las tres potencias de la nueva alma gallega. Sindicalismo rural, cooperativismo y municipalismo urbano y federalismo galaico americano, son las tres sistematizaciones de la nueva actividad político-social que pretendemos forjar. Para redimir plenamente la región del caciquismo, hay que concentrar la acción común de nuestras clases neutras, en la aldea, en la villa y en la ciudad gallega, hasta en el centro o capital de la nación: hay que procurar transfundir la nueva savia de las ciudades gallegas a la vieja metrópoli. Un congreso social-regional donde se discuta y estudie nuestra agricultura (la vida de nuestros campos), nuestra civicultura (la vida de nuestras ciudades) y nuestra expansión de gallegos en América (tendencia federalista de las colonias galaico-americanas, su influencia en nuestras aldeas, principalmente con la tendencia a capacitar cívica, científica y técnicamente al emigrante para obtener en América los mayores salarios y las mejores colocaciones, etc.), todo ello constituye un vasto programa que pudiera engranarse en la iniciativa del señor Carracido, para la celebración en Santia-

go de un Congreso de Emigración. Si nos interesa el espíritu regional, busquemos la solidaridad espontánea del espíritu del campo, del espíritu de la ciudad y del espíritu colonial de Galicia en América. Aquellas sociedades son hoy la rosa de los vientos para orientarnos hacia el porvenir. No solamente nos devuelven parte de su esfuerzo en forma de millones de pesos, sino también los primeros aromas de la flor de vida, que, al contacto de sociedades jóvenes y libres, cuajó vigorosamente en su alma. Galicia será lo que las colonias galaico-americanas se propongan que sea, a pesar de la rémora sistemática que una pandilla de profesionales oponen a su *Resurgimiento*. Estos parásitos, que hoy medran en nuestra tierra, desaparecerán con lociones de petróleo con píldoras de cultura.

“La Voz de Galicia”.—Números 8.861 y 8.862.



LOS FOROS EN GALICIA: INFORMACION ANTE EL CONGRESO

“UNA CARTA INTERESANTE”

Excmo. Sr. D. Eduardo Vicenti.

Mi querido amigo: Siento muy de veras no poder cooperar con mi palabra al esfuerzo de ustedes. Las exigencias de la disciplina académica, en estos días en que las vacaciones de Navidad se acercan, no me dejan el tiempo preciso para resolverme a ir a mítines. Tengo que posponer, pues, mis anhelos a mis deberes.

Pero no quiero cargar con las cómodas responsabilidades del silencio. En esta ocasión, podría significar cobardía o interés personal. Por eso lo rompo, autorizándol para que haga usted de esta carta el uso que crea más conveniente.

Paro ya que no con la palabra, con los entusiasmos del corazón estaré con ustedes mañana.

¡Ojalá que el fuego sagrado que les impulsa a

esa manifestación de lucha por la cultura prenda en el alma de esa noble ciudad, que tan intensos y fecundos ideales encarna en su trabajo! La verdadera libertad que es hija de él, sólo arraiga en almas y en ciudades jóvenes. En ellas la tradición alienta, pero no domina; es una *interrogación constante al progreso*, no un *sustantivo verbal*.

Estas ciudades jóvenes son el mejor semillero para la democracia social del porvenir. Han roto al nacer los dos cordones umbilicales que atan al pueblo español—; ese eterno infante!—, a Roma y a París.

Sus ideales de cultura y de riqueza, condensados en un ambiente libre, sirven de móvil a una acción personal intensa que da soberanía moral y política a su conducta. Todo su porvenir lo llevan en sus entrañas, porque la fe que lo crea es flor del alma propia, no inspiración de voz lejana e invisible.

La cultura y la riqueza son las dos manifestaciones más intensas del ideal moderno. Son las dos mansiones del *Cielo terrenal*, donde la felicidad humana se crea primero y se saborea después. Por eso la ciudad moderna ha de edificar el nuevo Partenón, para cobijar la nueva deidad del trabajo y de la cultura y para ver en él retratado el poema de su vida ideal. Tal ofrenda y homenaje tendrá carácter de compromiso.

Cuando en el alma de cuatro a seis ciudades del litoral, arraigue esta orientación, el apostolado español, consagrado a la lucha por la cultura, verá

nacer la nueva Hansa liberal, a semejanza del Hansa teutónica. ¡Que es preciso imponerla a los *genoveses* o *pisanos* del Levante y del Cantábrico, que, como perros flácidos, después de haber engordado con el Arancel, recompensan con mordeduras a los sacrificios de su amo y señor!

La divisa de esta nueva Hansa será, como diría Aquiles Loria: *El hombre libre, en la tierra libre*. Porque cuando la tierra es esclava, las libertades teóricas que se den al hombre son alas para que abandone el nido. ¡Qué triste es ver convertida la tierra que llamamos nuestra en *cuna* y *sepulcro* solamente! ¡Cuánto más la amaríamos si, además de *cuna* y *sepulcro*, fuese también *habitación*!

Por eso los nobles amantes de la tierra deben ser sus más entusiastas libertadores. Para hacerla fecunda preciso es rasparle la matriz. ¡Qué importa la libertad de los pobres si la libertad, digo, la propiedad, es de los ricos? Cuando la propiedad de la tierra implica un homenaje y una servidumbre, su régimen es políticamente funesto para la educación cívica del que la trabaja y no la logra. A la larga determina un desamor al *hogar* y al *solar propios*, la *despoblación sistemática* y *colectiva*, como ya empieza a iniciarse en Galicia.

En la psicología del *foro* se advierte la falta de virtud de una aristocracia territorial, que abandona la tierra para vivir en el ocio. La propiedad esencial, el verdadero poder del hombre sobre la tierra ha de arrancar del esfuerzo personal que haga

para hacerla fecunda. La fragmentación del dominio tuvo su justificación en un régimen político, creado para la conquista o defensa del territorio, no lo puede tener hoy, en que la idea social del dominio tiene carácter personal o colectivo, *transmisible*, pero no *divisible*. A la larga, todo dominio, divisible en un régimen agrario, crea una aristocracia de holgazanes y viciosos y un pueblo de siervos embrutecidos por el hambre y por la idea de un exagerado señorío, que, dignificando a unos con exceso, reduce a cero la dignidad de los demás.

Todo hombre que se siente liberal de veras y amante de la cultura, no puede ver con ojos de indiferencia en Galicia un régimen de propiedad que incapacita al hombre para ejercer los derechos de ciudadanía. Nuestra economía local tiene carácter genuinamente agrario. Pero como, además, lo que es local en un sentido es mundial en otro, de ahí que sea inminente la necesidad de colocar la tierra en condiciones para luchar en el mercado mundial, so pena de caer en la inconsecuencia catalana, que pide protección arancelaria para los tejidos y libertad para los cereales.

La esclavitud de la tierra y la servidumbre del hombre, consolidan la ignorancia de dos millones y medio de campesinos. ¡Ignorancia tan secular y tan honda, que se traduce en inapetencia de saber, es decir, en inanición espiritual!

Según mis datos, hay en Galicia 3.475 parro-

quias y 2.720 escuelas. El censo escolar de 1903 sólo da para nuestro distrito universitario 1.643 maestros y 1.077 maestras. Asturias, que es una sola provincia, tiene 2.930 escuelas.

Esta inferioridad de Galicia respecto de Asturias y Vizcaya en el número y calidad de escuelas, acaso explique, no incapacidades de *disposición*, pero sí de *posición*, en lo que respecta a la lucha por la cultura. En la vida espiritual del gallego, el cura es un ser más necesario que el maestro. Por eso hay 755 parroquias más, que escuelas en la región.

La lucha por la cultura ha de atacar este régimen foral de la conciencia, donde el poder eclesiástico, convertido en colaborador del caciquismo, consolida el estado de servidumbre espiritual y declara incompatible la soberanía de la libertad con las creencias cristianas, que, según el espíritu de Cristo, a fomentar la libertad han contribuído.

Suyo afectísimo amigo, q. l. b. l. m.

ELOY LUIS-ANDRÉ

“El Mundo”.—1909.

LA ASOCIACION ORENSANA DE CULTURA Y ACCION SOCIAL

a) ¿QUÉ ES LA CIUDAD MODERNA?

SI el ideal educativo de Grecia ha sido formar "personas" dentro de la "ciudad", y el de Roma organizar hombres de una manera jurídica para el fin de la "ciudadanía", si en la Edad Media se ha preparado en las ciudades libres de Italia y de Alemania el germen de las modernas democracias, no es posible desconocer la importancia enorme que han adquirido en la vida moderna las ciudades, que el gran geógrafo Ratzel considera como los verdaderos centros nerviosos de la vida espiritual y económica de un pueblo. La ciencia de la ciudad, la "Política", en el sentido etimológico de la palabra, en la edad contemporánea ha adquirido más extensión y más comprensión. Todo ha sido resultado, fruto del progreso cultural.

La ciudad tiene un cuerpo y un espíritu. Es un centro acumulador de energías físicas y morales y es también un foco radiador de ellas. El progreso

real para la ciudad consiste en que adquiera conciencia histórica de lo que ha sido, conciencia real de lo que es, dentro de una comunidad dada o grupo nacional, y conciencia ideal de lo que debe ser.

Esta conciencia de sí mismo, que debe adquirir la ciudad contemporánea, es base de su "personalización cívica", del "civismo" o "espíritu de ciudadanía" del individuo dentro de la ciudad.

A medida que se intensifica el caudal de vida material y espiritual de la ciudad, crecen también proporcionalmente sus valores culturales y la ciudad de mero agregado urbano, de cuerpo sin alma, donde conviven millares de individualidades sin forjar una vida espiritual común, transfórmase en algo vivo y orgánico, en algo que progresa, en un proceso de "síntesis creadora", en algo que, siendo producto de la fusión de muchas vidas, sirve de base para esa "vida intensa", predicada por el estadista americano Roosevelt. Hoy las ciudades son el mejor termómetro que nos acusa el coeficiente cultural de un pueblo. Las ciudades contemporáneas de Alemania, de Inglaterra y de Norteamérica son el espejo fiel de la cultura de cada ciudadano, están dotadas de una vida personal intensa y de una más intensa vida de relación. A. Weber, Ratzel, von Mair, Simmel Schaffler, Classen Stübgen, Nitbi, Weber, Sidney Web, Fairle, Carrera, Justiz y otros nuevos, son los principales representantes de este movimiento de sistematización de la "ciencia de la ciudad".

Entre nosotros, en España, está todo por hacer. Y es tanto más punible este abandono, cuanto que nuestras ciudades contemporáneas o son el baluarte de todos los viejos ideales, de los ideales muertos de pasadas épocas, o el conejillo de indias inofensivo, para cultivar en él los más peligrosos microbios del radicalismo económico y social. Organizar la vida de la ciudad, para que sirva de base, para que en el espíritu de nuestro pueblo arraiguen las nobles ansias de la cultura, infundir vida espiritual y sistematizar la vida económica de estas aglomeraciones de casas y de estos rebaños de seres humanos, que viven sin pensar en ninguna lejanía, sin sentir ninguna necesidad ideal, sin querer moverse por cuenta propia hacia la dicha presente, es un deber de todo hombre culto, que sabe que la ciudad moderna es taller y hogar de lucha por la cultura, y es, además, un "paraíso" cuando responde a su ideal. Ella sirve de estimulante o propulsora a las nuevas generaciones para que, a su contacto, se formen personas libres y caracteres austeros, con honda vida, con intensidad espiritual, cuya riqueza de contenido, al brotar hacia la colectividad, dentro de cuya órbita se mueven, no sólo impiden que arraigue en la sociedad la semilla del egoísmo, sino que también son la garantía más segura, para que se centuple la felicidad entre los hombres, haciéndose todos colaborados en ella y no meros parásitos de la dicha ajena, del vivir del

prójimo a quien, según la vieja frase cristiana, "amamos como a nosotros mismos".

b) LOS AGENTES DEL IDEAL DE LA CULTURA DENTRO
DE LA CIUDAD

¿Y cuáles son los obreros de este ideal que se nos imponen irremisiblemente en la lucha por la cultura? Pongamos la mano en el corazón y miremos hacia adentro.

Hagamos examen de conciencia para ver si nos sentimos apóstoles o no. Ojo avizor y oído muy atento, para escuchar en nuestro espíritu las notas dispersas de este ideal a que aspiramos. Si enmudece nuestro espíritu, si no hay un verbo interior que nos hable con afán, no somos nosotros los llamados a definir este nuevo símbolo de la fe de la ciudad moderna, que ha de responder a los fines de la cultura. No hay que olvidar que para ser apóstoles hay que ser primeramente creyentes, y que para ejercer el apostolado no debemos hacerlo por salario de pan, sino de gloria. Quien trata de descontar la gloria para convertirla en pan de apóstol, degenerará en jornalero. Con gentes a jornal no se hacen revoluciones espirituales, sino motines callejeros. El que se crea apóstol de la cultura para luchar por ella, ha de hacerlo en cruzada gratuita.

Quien busque la concejalía, o el acta de diputado, o los momios de la Comisión provincial, que no

venga aquí, porque estos cargos o se heredan o se arriendan, o se regalan o se compran, siempre a condición de dejar la libertad personal, sobre todo la de pensar y de obrar en hipoteca. Tampoco son los llamados a la cruzada de este ideal, que lucha por la cultura, los tímidos, que son generalmente todos los que han subido a caballo la cuesta de la vida, sin ver que cabalgaban sobre espaldas de un hermano. Con gentes no curtidas en la adversidad, nada queremos. Todo linaje de vida original y poderosa comienza en nosotros mismos. Nuestros títulos nobiliarios son nuestras propias obras. El que aprovecha la trayectoria política recorrida en la vida, que se sume a la corporación del nepotismo, pero no a la nuestra. Queremos soldados vivos, de carne y hueso para luchar, con mucho corazón y sangre fría; y no peones ni figuras de marfil para jugar al ajedrez.

¡Jóvenes que sentís en vuestras almas los ecos lejanos del ideal, de ese himno de esperanza que entonan vuestros sueños; almas viriles templadas en la adversidad o el desengaño, almas a quienes sobra vida espiritual para ofrendarla a la Humanidad en aras del progreso; hombres curtidos en el trabajo diario, con la ejecutoria de vuestro triunfo en vuestra propia obra, que es el poema vivo de vuestros esfuerzos y es el heraldo de vuestros éxitos: congregaos todos, para dar cuerpo y vida a estas orientaciones de tanta trascendencia para la prosperidad de la ciudad; contribuid con vuestro grano de are-

na a formar la pirámide de su cultura y de su riqueza, que en su cúspide ha de irradiar mañana sobre vuestros nombres el sol de la vida, que ha de hacerlos inmortales, desvaneciendo las sombras que sobre ellos habrán de proyectar los que os calumnian, os envidian o desprestigian!

Y no os contentéis con definir un símbolo que sea como un castillo de naipes que, al primer obstáculo, se venga al suelo; dadle contextura férrea, para que, al templarse en la lucha, se endurezca más aún, porque no hay que olvidar que en el comienzo de la creación, el principio propulsor de todo "verbo" es la "acción". En la fragua de la acción, a su calor poderoso, se temple la voluntad y se mide la grandeza de la idea. Seréis mañana lo que soñéis querer ser hoy. "Pero hay que soñar despiertos."

c) LOS FINES DE LA CULTURA DENTRO DE LA CIUDAD

Toda asociación de cultura cívica y de acción cívico-social debe procurar:

1.º Adquirir un conocimiento exacto de los problemas candentes, que plantea la realidad de la vida cívica moderna, en el ámbito completo de la ciudad.

2.º Verificar por todos los medios que a su alcance estén la propaganda debida entre las clases populares y los elementos políticos y sociales directores de la vida de la ciudad a fin de que los susodi-

chos problemas logren una solución pronta, eficaz y que responda al bien general.

3.º Establecer las debidas relaciones de solidaridad local entre la ciudad y las villas y aldeas de la provincia, a fin de constituir en Orense un foco de radiación y un punto de concentración de todas las energías culturales de este fragmento de la Región.

4.º Sentar las bases de una solidaridad interurbana local y de una solidaridad regional, más amplia y comprensiva entre las fuerzas vivas gallegas que viven fuera de Galicia, principalmente las americanas y portuguesas y las fuerzas vivas enclavadas dentro de la región y aisladas por temor o por negligencia, de toda acción social y cultural de nuestra vida pública local.

d) LOS MEDIOS Y LA ORGANIZACIÓN

Los medios para la realización de estos fines serán:

1.º Las investigaciones y estudios monográficos y comparativos de cada uno de los problemas de carácter económico, geográfico, social, pedagógico, artístico, higienico, demográfico, político y religioso, que se refieren directa o indirectamente a la vida de la ciudad.

2.º Constitución de asociaciones especiales dentro de la asociación general de cultura para la realización de estos fines.

3.º La organización de cursos breves y conferencias con los elementos intelectuales de la ciudad, para interesar por medio de ellos a todas nuestras clases sociales y lograr por este medio la formación de un espíritu cívico, que dé caracteres de solidaridad y cooperación a las aspiraciones e intereses de los orensanos, sirviendo de rémora y obstáculo para que prevalezca el egoísmo o provecho personal a expensas del bien colectivo.

4.º Siendo la base de toda reforma material y espiritual de la vida urbana, que mire al porvenir, la organización del trabajo, la actividad industrial del capital y no meramente parasitaria o yacente de un modo pasivo sobre los provechos del cupón y el especial interés que se otorgue a la formación intelectual y moral de los niños y de los adolescentes para que lleguen a ser buenos ciudadanos, la asociación orensana de cultura fijará sus ojos principalmente en los problemas sociales económicos y pedagógicos, relacionados con el desarrollo físico de la juventud, con el arraigo en nuestra ciudad de la vida industrial, hoy tan lánguida, con la educación y perfeccionamiento profesional de las clases trabajadoras, con todo lo que se relaciona con la elevación y mejora de su condición higiénica, económica y de su cultura y, al mismo tiempo, poniendo especial empeño, en que arraiguen en nuestra ciudad como en semillero fecundo, todos los graves problemas que surgen y se van preparando para la

ciudad moderna, a fin de que responda al tipo de nueva vida cuya nostalgia siente por todas partes la humanidad.

Hay que mirar para esto hacia adelante y hacer que arraigue en la voluntad y el corazón eso que llamamos hoy "espíritu nuevo", basado en la independencia, en la libertad o autonomía del individuo como persona que piensa y en su coordinación libre y solidaria, dentro de la familia y dentro de la ciudad. Si hemos de practicar una democracia experimental con criterio realista y no utópico, si hemos de transformar radicalmente la vida pública de nuestra región, verificando en ella una revolución espiritual, algo más honda, que lo que impone una parcial emancipación de la tierra, preciso es que libertemos antes el alma del campesino, de la superstición, del miedo, de la ignorancia y de la doblez, vicios todos que le hacen inepto para el ejercicio de los derechos y deberes de ciudadanía, convirtiéndole en siervo de la gleba y despersonándole de hecho.

Una democracia realista, positiva y perseverante, que no es incompatible con una aristocracia de igual índole, tiene que limpiar el corazón del campesino y del "ciudadano" de todas las herrumbres del pasado, sin arrancar de cuajo los tesoros de la tradición; y, tiene que desembarazar los ojos de las telarañas, que ante ellos han urdido autoridades detentadoras y supersticiones alucinantes. Limpios los ojos y el corazón, podrán contemplar serena y fría-

mente, cara a cara, el ideal. Puestos los ojos en el ideal, debe ponerse la voluntad, el alma, el hombre entero en su realización.

Porque si las nubes del ideal son fruto de una imaginación que sueña, las instituciones, los productos y las formas más libres y más humanas de la cultura, son fruto de las negras nubes preñadas de lluvia fecundante de realidad, que sólo descendiendo benéfica sobre una tierra y sobre un espíritu, previamente roturados sin piedad por la voluntad en trabajo perseverante y en lucha pertinaz.

“El Miño”.—Orense, 13 de noviembre de 1912.

REGIONALISMO CULTURAL: LOS IDEALES DEL PUEBLO GALLEGO

CIUDADES DEL PASADO, DEL PRESENTE Y DEL PORVENIR

DENTRO de la comunidad espiritual y de la solidaridad territorial de nuestra Península, se observa actualmente, que el proceso de la cultura tiende no sólo a estrechar los vínculos que unen a los diferentes grupos, sino también a afirmar la responsabilidad respectiva, el tono diferencial de cada uno.

Empezamos ya a pensar en un verdadero *regionalismo cultural*, en un regionalismo, que tiene por base la economía y el caudal respectivo de vida espiritual de cada región.

El regionalismo del pasado era de índole genuinamente romántica e histórico-poética: trataba de resucitar un pasado muerto, como protesta cordial contra un presente moribundo. Aquel pasado y este presente son, para la vida actual de España, dos verdaderos anacronismos; aquel pasado y este

presente delatan al vivo lo rezagada que se ha quedado España en el proceso de evolución político-social de los pueblos contemporáneos.

Vizcaya y Cataluña, es decir, los dos centros más industriales de España, son los que hoy acusan con más vigor la nota regional. El regionalismo catalán y el regionalismo vasco son productos de un proceso de transformación económica, súbitamente operada por las condiciones del progreso local, hijo más bien de las iniciativas personales, que del favoritismo oficial. A Vizcaya y Cataluña sigue Castilla, que primeramente se presentó como una rémora para la realización del ideal regionalista, y hoy se encuentra plenamente convencida de la necesidad de personalizarse de una manera orgánica, dentro del Estado abstracto, creado teóricamente por la *Primera Revolución*; y esta necesidad es tan viva, que se le presenta como un dilema de vida o muerte para sus intereses agrarios.

Sólo Galicia sigue quejándose, con voz enfermiza y con tono lastimero, sintiendo tal vez con más sensibilidad que ninguna región peninsular la terrible opresión, que este régimen actual ejerce sobre ella. Los poetas de ayer, es decir, los heraldos del ideal, han muerto ya. La nueva generación se siente más atraída por los refinamientos de la poesía decadente o exótica, que por la virginidad salvaje y por la ternura ferviente que exhalan los versos siempre fragantes de Curros Enríquez, de Rosalía de Castro y de Lamas Carvajal.

Hoy, a lo sumo, el joven, de veinticuatro o veinticinco años, si tiene apellido anónimo, no aspira más que a empollarse la ley Hipotecaria o el Derecho procesal, para colarse en un Registro o en un Juzgado de primera instancia; si es hijo de cacique, para vivir como parásito dentro del bagabundaje de la burocracia, y si es hijo de diputado, para suceder a su padre en el puesto, mientras aquél pasa a bostezar en un escaño del Senado.

Hemos llegado a consolidar el régimen representativo por medio de la herencia, y a considerar como de uso corriente el otorgar las plazas a ejercer en la región. Ellas nos hacen mirar con oposición mediante la hipoteca servil de la personalidad.

No hay aquí ambiente para desesperados. Sólo los hambrientos podrán llegar a la desesperación; pero ésta, al brotar del corazón, da alas al cuerpo y al espíritu para convertir al desesperado en golondrina emigradora, mientras el desesperante le destroza el nido y aniquila los pajaritos, que en él duermen el sueño de la inocencia.

Y, sin embargo, comienza a notarse un salvador proceso de restauración, tal vez más decisivo y más serio que el de otras regiones. Hay tres síntomas:

1.º El papel verdaderamente cultural que las nuevas ciudades, o, mejor dicho, aglomeraciones urbanas, como La Coruña, Vigo y Arosa, comienzan

a ejercer en la región. Ellas nos hacen mirar con ojos de esperanza hacia ese plantel de la democracia moderna, hacia ese hogar de luz, de vida y de riqueza, de que es símbolo perenne y encarnación plena la ciudad contemporánea

2.º *El movimiento agrario*, de índole integral, es decir, de reconstrucción plena de la vida rural de nuestra región, o sea del ochenta por ciento de nuestra población total. Los que no ven en este movimiento agrario más que un motivo para derribar los foros, o tratan de despistarlo, o tienen que dejarse arrastrar por él.

3.º El poderoso efecto que el espíritu venido de América está ejerciendo en nuestras villas, en nuestras ciudades y en nuestras aldeas, ese efecto de concentración espiritual y económica de las energías del pueblo gallego, desparramadas y perdidas por la inmensidad de la tierra.

Este *americanismo*, que aquí constituye ya una realidad, mientras los doctores de la cultura española nos hablan de europeización, es el síntoma feliz de la *vuelta de las golondrinas* y de la desaparición de las aves de corral.

Tal vez, fundidas estas tres notas del regionalismo actual del pueblo gallego, sirvan de base para esbozar los ideales de nuestra comunidad espiritual, ideales de cultura, de riqueza, de anhelo de dominación y poderío en el suelo peninsular en que vivimos. Estos ideales, que son nuestros sueños de hoy, serán nuestras realidades de mañana.

Las ciudades gallegas pueden clasificarse en tres grupos: ciudades del pasado, ciudades del presente y ciudades del porvenir.

Son ciudades del pasado: Santiago, Ferrol, Tuy, Mondoñedo y Monforte; son ciudades del presente Lugo, Pontevedra y Orense, que se han desarrollado principalmente al amparo del régimen provincial; son ciudades del porvenir Vigo, La Coruña y Arosa.

Cuando estas tres perlas del Océano se den cuenta de la misión cultural que les incumbe, formarán una verdadera *Hansa galaica*, que, semejante a la teutónica, prodigará a manos llenas sobre ellas los frutos de una solidaridad fecunda en dones. Estas tres ciudades marítimas servirán de *foco* cultural que recoja los rayos de libertad que irradian de la democracia, creada por un sólido y firme movimiento agrario en nuestros campos, y por la que prohicieron los campos americanos en las almas de nuestros emigrantes, amamantados aquí en la servidumbre.

De suerte que *agrarismo*, *americanismo* y *urbanismo* son las características fundamentales del alma gallega para el porvenir; son el señuelo de sus ideales. Por el agrarismo viviremos robustamente unidos a la tierra natal, como el castaño vetusto, símbolo de nuestra paciencia y de nuestra fortaleza.

Él imprimirá a los movimientos de reivindicación de nuestras masas vigorosas orientaciones, libres de la convulsión más o menos epiléptica del socialis-

mo utópico en un régimen de democracia industrial, enfermedad que sólo puede curarse por la restitución del hombre a la tierra. "Volvamos a la Naturaleza", decía Rousseau cuando amagaba la revolución política del siglo XVIII. "¡Volvamos a la tierra!", dirán los pensadores que vislumbran la restauración económica del siglo XX.

El americanismo librará de la abyección y de la modorra a este pueblo, que siente nostalgia de vida histórica, como siente nostalgia de inmortalidad el genio de la raza, a quien hasta hoy le ha sido adverso un ambiente para hacerse inmortal. Serán una verdadera ducha para nuestros miembros, atacados de parálisis. Es de admirar cómo nuestros emigrantes, en contacto con sociedades más jóvenes, se adaptan de repente al espíritu nuevo. Las poderosas organizaciones de gallegos en América han sido hasta hoy el plantel de nuestras sociedades de labradores, y las que con más afán predicen desde allá el valor moral y social de la escuela primaria, único medio de redimir al hombre de nuestros campos, de la ignorancia, del miedo y de otros pecados capitales de nuestra alma colectiva.

De suerte que las organizaciones de los gallegos en América tienen la gran ventaja de gravitar sobre la tierra gallega e iniciar ese proceso de concentración espiritual y económica que es, a mi ver, la clave de la verdadera floración de nuestra mentalidad. Tal vez el espíritu americano tenga que poder dar nuevas ramas de este tronco al parecer carco-

mido: la superstición, el particularismo, la doblez, la tendencia a la disociación más bien que a la asociación, la desconfianza mutua, la pachorra, etcétera, etc. Pero es seguro que los resultados serán inmejorables.

El tiempo ha de decirlo. Pasarán algunos lustros, y el efecto se dejará sentir inmediatamente en nuestros campos. Galicia se hará consciente de su situación geográfica en la Península. A imitación de Portugal, su hermano mayor conquistará una autonomía, sin desprenderse del tronco común de las nacionalidades ibéricas; servirá de mediadora para la reconciliación de aquél con éstas, y empuñará el timón de la nave, a través del Océano, es decir, del Mediterráneo del porvenir. Pero es preciso que todos los gallegos nos hagamos conscientes de estos *ideales* mutuos y nos convenzamos también de que el *ideal* y el *sueño* son los primeros brotes del árbol de la realidad, ya enraizado para siempre. Fe, fuerza y esperanza para luchar y vencer.

Orense, 1913.

MI HOMENAJE A DOÑA EMILIA

LA oración del pensador debe ser el perfume del pensamiento y el aroma que éste exhale debe ser a la vez hijo de la cabeza y del corazón.

Por eso, yo quiero aprovechar esta fiesta de consagración de un prestigio literario, como valor indiscutible, para hablar de cosas indiscutibles, es decir, eternas, absolutas, categóricas. El imperativo categórico de nuestro ideario nacional gallego, es un imperativo cordial, un imperativo hijo de las raíces más hondas del espíritu y de los entresijos más velados del corazón. El amor a la tierra natal es el postulado de nuestra autonomía plena, como grupo personal sustantivo, porque no se puede amar de veras a la madre si se la quiere ver esclava y no señora. De este amor a la tierra, donde el espíritu de la raza y el espíritu territorial se funden en un solo afecto, en un solo empeño, en un solo propósito, en un solo ideal, de este amor, que es padre de todos los amores, han de nacer los deberes de humanidad primero y de fraternidad después, que, como hombres y gallegos, nos debemos.

Él ha de ser la fuente viva de nuestra inquebrantable solidaridad. Si el móvil del interés nos mantuviese unidos, como fuerza puramente mecánica, la aldea, la villa y la unidad gallegas, no serían jamás cuna y plantel de verdadera ciudadanía, fuente perenne de patriotismo y de trabajo, sino más bien organizaciones económicas de convivencia, donde al faltar los dividendos de la riqueza y del bienestar, o al estar sustituidos por mayores estímulos de lucro, las organizaciones susodichas perecerían por corrupción o por destrucción. Sólo el amor puede hacerlas eternas. Sólo los vínculos de cultura espiritual les pueden dar valor y significación plenos. Sólo un coeficiente de ideal en cada generación es el postulado de perpetuidad en otra venidera.

En la gota de sangre, que llevamos en nuestras venas, está toda la historia vital de nuestra raza y la trayectoria vital de su porvenir: el trabajo, el juego, el arte, la guerra, los aires puros y embriagadores de la tierra natal, el aroma de sus flores y el jugo de sus frutos, la caricia suave de un sol que hierre y no mata, la fuerza plástica de un ambiente lleno de misterios y de sombras. la tendencia irresistible hacia la fecundidad, el acrecentamiento incesante, que nos difunde por el mundo, como pueblo progresivo, pero que, por la morriña, como irrompible cordón umbilical, nos ata a la plaza. Y así vivimos del pasado, vivimos en el presen-

te y vivimos para el porvenir, siendo a la vez conservadores y progresivos.

El hecho de tener todos una misma sangre en nuestras venas nos impone el deber de ser unos por la sangre y para la sangre. Quien la mancha con el deshonor o la debilidad, maldito sea.

Pero la sangre tiene un alma que le da vida, que es fuerza y forma plástica. Nuestra comunidad, como sociedad concreta de hombres, tiene una conciencia, que ha de ser única e idéntica a sí misma en el pasado, en el presente y en el porvenir, que ha de llamar suya, con plena propiedad, la tierra que posee y que trabaja; que ha de hacer suyo, por el esfuerzo de todos y de cada uno los valores de la cultura, y que ha de intensificar las energías que posee para ser órgano y factor, manantial y plantel de la cultura misma.

Dividir el trabajo, dar solidaridad fraternal al esfuerzo, no malgastar energías para destruir, tener alma para emular, que se hermane con un corazón, que admire y aliente, un espíritu de justicia y equidad, para todo lo humano, por pequeño que sea; una pureza de corazón, sin la cual no es posible que la rutina esté inmaculada; una tarea para cada uno, muchas para cada día, y un mismo ideal colectivo, que sea el denominador común de todas y de todos, he ahí la clave de nuestro ideario proyectivo, de lo que debemos ser y tendremos derecho a aspirar, porque ya somos.

En nuestros grandes hombres, en la constelación

de nuestros pensadores, poetas y hombres de acción, está lo que hemos sido y está la clave de lo que podemos ser. Prisciliano, el gran reformador gallego, adelantándose doce siglos a Lutero, ve en la comunidad cristiana la imagen de nuestra vida familiar pura y sencilla, donde la autoridad brota del amor y donde la soberanía eclesiástica es producto, no hipóstasis, de la voluntad de todos los creyentes. Francisco Sánchez, adelantándose a Descartes y a Locke, a David Hume y a Kant, plantea por primera vez el problema crítico del conocimiento, sentando las bases de un empirismo realista, que hoy alienta y desarrolla. El gran pensador Espinosa, gallego de procedencia o nacimiento, discípulo de Descartes, postula en el orden objetivo, todas las bases de la ciencia moderna. El principio de su Ética es la identidad de Dios y de la Naturaleza y el término a que conduce es igual al de Prisciliano, el amor intelectual de Dios, el amor a la Naturaleza. Naturalismo, misticismo, criticismo y humanismo, pero humanismo cordial, he ahí a grandes rasgos los incommovibles sillares que para el ideario gallego trazaron los *dii majores* de nuestra mentalidad. En el benedictino Feijóo, que sigue a Prisciliano en su conducta, por la renunciación, se establece el nexo con los pensadores modernos, por ser él a la vez pensador y literato. Al hacer compatible la modestia en el vivir, con la ambición de saber, nos dió un admirable ejemplo de conducta práctica, influyendo en el mundo, sin sumergir

su alma y su cuerpo en él. Después de él, Pastor Díaz y Méndez Núñez, Eduardo Chao, hombre de acción en lo político y lo militar, aunque el primero no haya sido ajeno a las lides literarias. Y después... tres alondras o, mejor dicho, ruiseñores, que se llamaron Rosalía de Castro, Curros Enríquez y Lamas Cavajal, y dos águilas: Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán.

He ahí nuestra estirpe espiritual. La grandeza en el pensar, en el decir o en el vivir de estas almas, no nos obliga tan sólo a la imitación para emularlas, ni a la consagración, para rendirles culto público; nos obliga también a ver en ellos lo más simbólico y sustancial de nuestro ideario nacional, aquello que más íntima y cordialmente puede trascender a nuestra futura evolución como *pueblo*.

Hagamos todos, cada uno en su tarea, profesión u oficio, examen de conciencia personal primero y nacional después. Así veremos que nuestros pecados capitales son el servilismo, la indolencia, la envidia, la disolución, la timidez y la ignorancia, a los cuales debemos añadir también la codicia. Con este bagaje no caminaremos más que a la abyección o la estagnación. Es el lastre del feudalismo caciquil primero y abogacil después. Al cacique de la conciencia se añadió el de la tierra; y con un amo para el alma y otro para el cuerpo, nuestra esclavitud como pueblo no puede ser más horrenda, más indigna.

¡Juventud! ¡Escritores! Tenéis la obligación mo-

ral de hacer una revolución espiritual, honda y silenciosa (nada de cohetes al aire), con fuego, con valor en las entrañas, para haceros libres, para libertad al pueblo. *¡Sólo es verdaderamente libre quien al amanecer de cada día hace el propósito de libertarse en él!* Son ideas de Goethe. La tarea es ardua, la fuerza actual es insignificante; pero la raza os da ejemplos, como el de Prisciliano, para sacrificar la vida en aras del ideal, y como el de Emilia Pardo Bazán, para consagrarla al trabajo a impulsos del ideal. Estos monumentos, estas estatuas os dicen lo que podéis ser, lo que tenéis derecho a exigir, cuando hay una voluntad firme como la roca acantilada, que desafía todas las adversidades. Cuando escuchéis un nombre que se hace rodar, no os fiéis de él. Como dice el gran Feijóo, suena mucho porque suena a hueco. Cuando veáis al mediocre o al beocio rastreándose por las alturas, tened valor para aplastarle la cabeza. Ellos son el reptil, vosotros, el ángel. Tenedlo también para romper la conjuración del silencio, que los mediocres levantan como muralla, para que las masas que quieren admirar, no vean esas plantas, que, como el ciprés augusto, se elevan con altivez hacia el sol. Que este día de consagración, de un valor eterno a la raza que se llama Emilia Pardo Bazán, sea propicio a un *Credo* para jurar nuestro ideal, y a un *Pececavi* fervoroso, para arrepentirnos de nuestras grandes miserias colectivas.

Toledo, 9 de octubre de 1916.

IDEARIO REGIONAL GALLEGO

HAGAMOS LA GRAN CIUDAD A NUESTRA IMAGEN Y SEMEJANZA

UN ideario que no encarne en formas plásticas y vivas, en instituciones permanentes de cultura, o es *música del porvenir* o es moserga de rutinas trasnochadas. Todo el movimiento espiritual gallego acusa hasta el presente una "desorientación", o mejor dicho, una "inorientación", respecto a los problemas presentes de nuestra vida regional y respecto a su conciencia histórica, en la cual cristalizaron necesidades y aspiraciones pasadas. Podría decirse, sin miedo a la contradicción, que el "encéfalo" del pueblo gallego está en período de formación, siendo hasta el presente nuestras ciudades como elementos de nuestra vida de relación, mero reflejo en su función de los ganglios medulares, y, a lo sumo, vagas excitaciones del cerebro medio, guardianes y mentores tan sólo de las necesidades de las vísceras de la nutrición y de la reproducción.

Biológicamente se traduce este estado en una inadaptación al medio natural y al medio social y cós-

mico. Psicológicamente significa la falta de adaptación una carencia completa de conciencia colectiva. Galicia tiene, aproximadamente, la misma extensión que Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza. Está colocada, como las tres primeras, a orillas del Atlántico. Pero todas ellas poseen más población, siendo Galicia la región más poblada de España. Bélgica el cuádruple de la población; Holanda, tres veces más; Suiza, dos veces más, y Dinamarca vez y media más. Pero lo más característico es la existencia de grandes aglomerados urbanos en las naciones ya citadas. Dinamarca posee Copenhague, con medio millón de habitantes; Holanda tiene dos grandes ciudades: Amsterdam y Rotterdam, que pasa de medio millón de habitantes. En Bélgica, Bruselas, con los núcleos suburbanos, pasa de 800.000 habitantes. Suiza posee tres ciudades (Zurich, Basilea y Ginebra), que pasan de cien mil habitantes, y algunas de ellas se acerca al cuarto de millón.

Las doce ciudades gallegas, todas juntas, apenas pasan de 300.000 habitantes. Y como la ciudad es el encéfalo de la vida regional, el problema fundamental que se plantea para Galicia, el primordial de su ideario, es el de la formación de dos grandes ciudades, por lo menos: Vigo y La Coruña, ya que las viejas ciudades, como Santiago, Lugo, Mondoñedo, Monforte y Túa, sólo nos dan la nota de un pasado, no precisamente muerto, pero sí bastante dormido.

Esta misma nota de somnolencia, de quietismo, de yacentismo se traduce en la vida de aquellas ciudades,

que, como Vigo y La Coruña, a pesar suyo están condenadas, hoy por hoy, a ejercer, como grandes puertos, el oficio de vertederos de carne de cañón, de población campesina, entregándola a los grandes trasatlánticos para la colonización del campo y de la ciudad americanos. ¿Y por qué no colonizar nuestro campo, nuestra vida rural y forjar para ello la gran ciudad gallega a imagen y semejanza nuestra? Portugal, que, sin ser de nuestra estirpe neta, es más que primo hermano, tiene Lisboa, con medio millón de habitantes, y Oporto, que se acerca a 300.000. Irlanda, también de origen céltico, posee Belfast, con 400.000 habitantes, y Dublin, con 300.000. No es, pues, la raza céltica opuesta a la formación de la gran ciudad; pues Tara, en la antigua civilización céltica irlandesa, y Santiago, en la gallega, lo confirman. Pero el estado actual de nuestras doce ciudades, algunas ya anaquilosadas, otras con ansias de crecer y otras con escaso desarrollo, mientras en Asturias y en la Mancha, las antiguas villas se hacen ciudades, y las viejas ciudades se conservan con tenaz empeño, es el que mejor acusa nuestra estado crepuscular, como conciencia colectiva, como conciencia de pueblo, que empieza a darse clara cuenta de sus problemas. Y el problema capital de Galicia es el de fundar su ciudad, haciendo que en ella cristalicen todas las ansias, todas las emociones, todos los esfuerzos, todo el caudal de valores espirituales de nuestra mentalidad presente, de nuestra tradición histórica, de nuestro ideario para el

porvenir. Sin una gran ciudad, el "galleguismo", como expresión sintética de toda nuestra raza y toda nuestra cultura, será una planta hermosa, pero con las raíces al aire, al agua y al sol; será, a lo sumo, semilla de porvenir, pero sin eficacia propulsiva y redundante en soluciones prácticas y positivas para nuestras necesidades más vitales, para nuestros problemas colectivos.

Más de un viajero extraño a la Región, a Nuestra Tierra, me hizo ver el divorcio que existe entre nuestras "ciudades" y nuestros "campos". Son para ellos, a excepción de nuestros puertos, como pólipos que sobre aquellos extienden sus tentáculos para vivir su propia vida, sin darle nuevas energías de trabajo y de cultura para intensificársela. Por eso el problema de la colonización interior en Galicia y el de la culturalización espiritual y económica de sus ciudades son el alfa y el omega de su desarrollo total. Pero en la ciudad, convertida en hogar de pensamiento, de trabajo y de cordialidad entusiasta, es en donde han de tomar cuerpo y vida estos problemas. Con más de un 80 por 100 de población rural, nuestro campesino será siempre "súbdito". La conciencia de la ciudadanía, el espíritu ciudadano, el civismo ha de nacer y arraigar en la gran ciudad, como germen de su vida, primero, y como su cosecha principal después.

Es al lado del mar, cuyas brisas libres confortan el alma para la lucha contra la adversidad y cuyas olas, al batirse persistentemente contra la costa acan-

tilada, son ejemplo vivo y perenne de perseverancia y de tenacidad, donde tiene que nacer la gran ciudad gallega. Pero no basta el ámbito geográfico; es preciso que un germen no esterilizado por ninguna violencia, por ningún yugo, aliente en los corazones y en las almas; se hace necesario que la conciencia retrospectiva acuse en los que han de ser en el presente los núcleos de la gran ciudad futura, la fisonomía de las ciudades del pasado, la que poseyeron los fundadores de ciudades que, por la libertad espiritual, madre de toda verdadera democracia, lucharon, y por la fuerza y el tesón, han sabido mantener su independencia contra los enemigos de afuera y contra los enemigos de dentro. Sólo la libertad y el trabajo creador son los generadores del espíritu nuevo, de la verdadera cultura, de la genuina democracia. La plaga mayor que puede caer sobre un pueblo que quiere crecer son los señoritos y los uniformes. Cuando tiene que soportar clases pasivas a los veinticinco años, sin ningún servicio, es víctima de un hampa miserable; del hampa de la clase media, más detestable que la plebeya, que pone sus lacras al sol, mientras que aquélla las oculta.

Hagamos la gran ciudad a nuestra imagen y semejanza. La provincia de La Coruña pasa de 700 mil habitantes, y la de Pontevedra se acerca a 600.000. Dentro de la provincia de La Coruña, los partidos judiciales de Betanzos, Puentedume, El Ferrol y La Coruña encierran una población supe-

rior a 250.000 habitantes. La distancia geográfica de La Coruña a El Ferrol, los dos extremos de los ganglios, demográficos, es de 25 kilómetros. Los núcleos de la Graña, Mugar dos, Ares, Puente deume, Castro, Sada, Oleiros y La Coruña pueden ser base de una cadena ganglionar de una ciudad de 40 kilómetros de longitud, cuyo encéfalo futuro puede y debe serlo La Coruña. Lo mismo decimos de Vigo, respecto de Bayona, Porriño y Redondela.

Estas formaciones demóticas de carácter crepuscular, deben organizarse en torno a un gran núcleo demográfico central. Un buen sistema de vías de comunicación y de grandes puentes sobre las rías puede acortar enormemente las distancias. Así, el gran problema de Galicia será el problema inverso de los grandes aglomerados de "ciudad mundial". Aquí se impone la "descongestión"; en los núcleos gallegos, la "fusión organizadora". Así habremos hecho la "ciudad jardín". El divorcio actual entre el campo y la ciudad desaparecerá haciendo la ciudad en el campo. Las carreteras actuales deben quintuplicar su anchura, porque han de ser las futuras avenidas. Habrá que hacer, en unos casos, nuevos trazados; en otros, la rectificación. El ensanche de la ciudad marítima gallega ha de consistir en organizar el tejido conjuntivo de los actuales núcleos de población. Cada edificio público, cada monumento, debe plastificar en su grandeza y en su estilo la aspiración hacia la gran ciudad futura. En la severidad, sencillez, armonía, majestad y solidez del románico, que

es el estilo gallego por excelencia, han de inspirarse nuestros arquitectos, huyendo de la labor de confitería y de plagio y del exotismo. La ciudad gallega debe ser el cogollo, la flor de nuestra incomparable naturaleza, de nuestro paisaje sin segundo, lleno de calma, de serenidad y de reposo, pero de persistente trabajo, huraño para el sol, compañero inseparable del agua, con un matiz verde y gris que denota, a la vez, la sinceridad, la seriedad y la esperanza. El "árbol", el "césped" y el "granito", son símbolos de nuestro paisaje, y en la ciudad deben convivir como hermanos.

Es indudable que en un país en donde caen al año casi dos metros cúbicos de agua por metro cuadrado, con mucho viento y poco sol, la casa debe ser un "hogar familiar" confortable y no una "jaula de alquiler". En esto, los ingleses, que tienen el mismo clima, son más prácticos que nosotros. Esto indica la ineludible necesidad de organizar la futura ciudad gallega, primero, como escuela y hogar de cultura, y después, como taller y como fábrica; es decir, como templo de trabajo, que ofrezca al sustento de las nuevas generaciones y al perfeccionamiento y bienestar de la presente la debida ofrenda como tributo.

Cultura y trabajo, persistente empeño de conservar la relativa independencia de cada casa dentro del conglomerado urbano, grandes parques, infantiles, grandes campos de aviación, el Hipódromo, el Parque Zoológico de nuestras mejores razas bovi-

nas, la Escuela Industrial, la Escuela Agrícola, la gran fábrica de productos químicos, la nueva Empresa para la industria textil, etc., etc., han de decir al visitante: "Este es el pueblo que hizo una ciudad nueva a imágen y semejanza de la tierra que la nutre y del espíritu al cual ofrenda su trabajo, como el vínculo más fuerte que nos ata a nuestros muertos y a nuestros hijos, cantando esta estrofa:

*"Vinde vos joves d'aldea,
vinde ver nacer o sol."*

Publicado en "El Sol".—17 de octubre de 1919.

EL LITORAL GALLEGO Y LOS PROBLEMAS DE VIGO

I

LA GRAN CIUDAD GALLEGA Y EL ALMA DEL ATLANTICO

CUANDO un pueblo como Vigo, con su anejo Lavadores—que debe anexionársele—llegue a las 100.000 almas, es decir, a ser la décima ciudad de España, con potencia de crecimiento para colocarse a la cabeza, ha de darse cuenta del momento crítico de su mayor edad, debe hacerse “sui juris” en la consagración de los destinos. Desde la fecha gloriosa de la reconquista, o poco antes (1804) en que contaba con 2.500 habitantes, hasta el momento presente con 97.729, su crecimiento fué pasmoso, inaudito, superior al de todas las ciudades del litoral peninsular. Vida que se difunde y medra con fuerza plasmativa y creadora, y surge como una perla de las entrañas del mar y hace centellear un pensa-

miento altivo como las crestas de las Cíes y puro como el aire del Océano, no debe abandonarse a sí misma, ni esclavizarse encadenada, como Prometeo en el Cáucaso. Ha de trazarse a sí misma un camino y ha de servir de norma y de modelo a la tierra alestargada y cataléptica, como Mari-Luz. Su propio despertar y el incremento del ritmo de su ansia de vivir, sereno y majestuoso como el Sol de Mayo, con un destello de los ojos de Apolo y con la faústica embriaguez de la fuerza y de la cultura, señalarán a Galicia el camino de una historia propia, interrumpida desde hace cuatro siglos.

Un pueblo como Vigo, hijo del Mar, salido de sus entrañas para honrarle y dominarle ha de encarnar su alma en el espíritu del Atlántico, que es a la vez nostalgia de una grandeza perdida, imperialismo y humanismo, técnica y cultura, misticismo y experiencia, libertad interior y solidaridad política de democracias civiles, consteladas en un reino puro de los fines humanos, como decía Kant, en la humanidad. El espíritu atlántico es a la vez religión, ética, economía, lógica, matemática, idealismo y pragmatismo, técnica y política, imaginación y pasión. En él se amaestran las Hansas del Norte, los Comuneros de Gante y de Lieja, el Acta de Navegación de Cronwell, el Tratado teológico-político de Espinosa, la obra de Adam Smith, el pensamiento de Locke, el imperativo categórico de Kant y la reforma religiosa de Prisciliano, precursor de Lutero. Hamburgo, Rotterdam, La Haya, Amberes, Londres,

Lisboa, Río Janeiro, Nueva York, Buenos Aires, son sus hijos gigantes. Son las columnas de la nueva Atlántida cimentada en la cultura, la riqueza, la humanidad y la fuerza. Son además los mentores de Galicia, que ha de recoger de su conducta modelos vivos de acción pragmática para sumergirse en el mar y descostrarse de sus inmundicias medievales, que huelen a feudalismo espiritual y territorial. Espíritu eminentemente masculino el de los pueblos atlánticos, ha de desdeñar con altivez gallarda y heroica toda caricia halagadora al odio, toda lisonja que engañe, toda merced que envilezca: "Dieu et mon droit" reza el lema de uno de los pueblos atlánticos; "Got mit uns", el otro; "Dios y Hermandad"—es decir de Dios abajo iguales todos—el nuestro.

Por eso Vigo debe desdeñar a todos esos, que con la erudición o la retórica, o el enjambre de promesas que no se han de cumplir, actúan ante él como corruptores de menores, incrustando el espíritu de tierra adentro, que es esclavizador sobre su alma atlántica fundamentalmente libre y libertadora.

Todo lo que hasta hoy es Vigo, se lo debe a sí mismo. Que piense, que lo que precisa para ser más grande ha de lograrlo a pulso. De redentores mesiánicos, advenedizos y espontáneos ha de desconfiar. Dentro de la merced van ocultas las cadenas.

La grandeza de Portugal, de Holanda, de Inglaterra, la pasajera de Alemania y la de Norte-América se fraguaron en el mar. Los pueblos agrícolas y pastores, se hicieron pescadores, navegantes, piratas y

colonizadores. Era la bravura céltica de inquietud, de expansión, de ansia de poder y de dominio la que les impulsaba. Redondearon el mundo antiguo; descubrieron uno nuevo; y ahora construyen en él su paraíso, y es su tierra de promisión.

El litoral gallego abarca aproximadamente unos 970 kilómetros, diez menos que Portugal, más del doble de Cataluña, aproximadamente el doble de la costa cantábrica, desde Ribadeo a Pasajes, y cerca de la tercera parte de todo el litoral español (3.318 k.) ¿Por qué Galicia no dió su salto al mar como Portugal e Inglaterra, pueblos eminentemente célticos? ¿Por qué aun predomina en ella una organización económica feudal, una estructura política feudal, una agnosca e inconsciencia de sus problemas más vitales? ¿Por qué el espíritu del Renacimiento, que es el Bacon y el de Descartes, Espinosa y Hume, individualista y emancipador, no hizo vibrar su corazón y exaltarlo para forjar una cultura personal y una conciencia colectiva para el pueblo? Y una ciudad de 100.000 almas como Vigo, que es la mitad de Oporto y la cuarta o quinta parte de Lisboa, ¿tiene el deber de permanecer mediaticada por un extraño pensamiento y bloqueada en la inacción, para que puertos peor dotados medren a sus expensas? Estos son los problemas de Vigo y La Coruña, de población aproximadamente igual.

II

LOS PROBLEMAS DE LA GRAN CIUDAD EN EL LITORAL GALLEGO

En el litoral gallego hay 28 puertos, de los cuales 16 corresponden a Pontevedra, 10 a La Coruña y 2 a Lugo. Están construídos menos de la mitad. Véase ahora cómo el presupuesto refleja la ponderación de intereses. De los veintitrés y medio millones anuales de subvención a los puertos españoles, corresponden a los cantábricos (Asturias, Santander y país vasco), cerca de cinco millones (4,94), a los andaluces 4,75 y a los gallegos 2,71; es decir, aproximadamente la mitad. Al litoral gallego, que representa la tercera parte del litoral español, el doble del Cantábrico y el triple del andaluz en el Estrecho y que tiene más de la mitad de los puertos sin construir, a menos de construir la mitad de los grandes puertos de Vigo y La Coruña, y sin plantear ni sistematizar los de refugio, que ahorrarian miles de víctimas que anualmente se traga el mar, se le da como de limosna esa insignificancia: "¡menos de la cuarta parte para todos" de los ingresos anuales de la Aduana de Vigo!

Una ciudad, que vive en el litoral como Vigo, con un pueblo hambriento servilizado e ignorante a las espaldas y ante sus ojos en el Atlántico, las ciudades más cultas y ricas de la tierra, o no cumple con su misión histórica, o adquiere conciencia pragmática

y vital de sus problemas, que son por antonomasia los del pueblo gallego. Es deber del escritor gallego, adquirir conciencia del pensamiento nacional de Galicia, en los entresijos y en el alma de las ciudades, que interroguen con más esperanza al porvenir, como tarea sagrada de deber para responder con su voluntad. ¡Qué triste es ver esa perla de los mares, engastada en un evacuatorio de carne miserable para colonizar, o deslumbrada y entretenida con la frugal ración de la "ictiofagia" en una industria conservera que no llega a 40 millones de pesetas! ¡Cuánta distancia del primitivismo de los pueblos pescadores, que se contenta con ordeñar el mar y explotar al marinero, y los pueblos mercantiles e industriales, de nuestra raza céltica del Norte, que en los nuevos pegajos del Atlántico, salvan con veloz carrera las distancias, para unir los hombres en el trabajo y en estímulo de un vivir mejor! ¡Noble ciudad de Vigo! ¡Ciudad providencial, con tu hermana, La Coruña, de los destinos del pueblo gallego! Haz exámen de conciencia vital y de hombría heroica, en este litoral, en donde está escrito tu destino. Lee en él con toda tu alma; y al plasmar en problemas tu pensamiento, temple en el yunque de la lucha la voluntad...: que sea histórico tu esfuerzo. Se tú el martillo tenaz, tu pueblo, el pueblo aletargado y cataléptico, el yunque. Ambos fraguaréis pluma, arado, hoz y ancla, nuestras herramientas salvadoras del porvenir, cantando un "alalá" de resurrección, que es prenda de inmortalidad. Que el puer-

to y la ciudad sean hogar, cerebro y corazón que recoja a través de todos los caminos del Atlántico las pulsaciones de vida y de pensamiento de las ciudades atlánticas, actuando de imán poderoso de cultura y de riqueza; y, al mismo tiempo, de reflector potente y radiador seguro, de la cultura y de la economía de un pueblo de cinco millones de almas, que despierta para el trabajo, que nos caracteriza como personas libres, y nos hace más humanos. Que sean el litoral y el puerto—nodo vitalísimo en él—como el punto de cita donde la tierra y el mar en casta copulación celebran sus bodas eternas, no el lecho conyugal donde dos mal casados duermen en divorcio espiritual eclesiásticamente indisoluble, en bostezos de odio y mutuo escarnecimiento, en nefanda esterilidad.

El pueblo ha de adquirir conciencia de su misión para su pueblo y para su raza; pero de la misión común, de la que jamás ha de divorciarse; y en fraterna solidaridad con aquel otro, cuya divisa es la torre de Hércules; “la fuerza y el pensamiento”. La fuerza y el pensamiento y el amor a la tierra Madre, nos han de trazar el destino común, al hacernos sentir una necesidad común. Ese es el verdadero patriotismo, como decía Pablo Delagarde.

III

EL PUERTO, EL HANSA Y LA REGIÓN ECONÓMICA COMO SUSTRATOS VITALES DEL GALLEGUISMO

Para cumplir esta misión, su régimen ha de ser de

plena identidad estructural y funcional con los demás puertos extranjeros del Atlántico. He aquí los problemas, que la biología de un puerto atlántico implica: 1.º La autonomía del puerto, que no puede ser esclavo viviendo en su mar libre, solidariamente controlado por el Hansa de nuestro litoral, es decir, por la federación de todos los puertos del litoral gallego y por todas las corporaciones, económicas, culturales y políticas del mismo; 2.º La solidaridad del puerto con su hinterland o región económica para garantizar el servicio y darle continuidad; 3.º La organización industrial de su funcionamiento como empresa más bien económica industrial y comercial, que política, técnica y burocrática; 4.º El "financiamiento" de su rápida construcción participando en la parte alicuota que corresponde al litoral gallego de los 80 millones que se asignan a servicios marítimos y puertos en el presupuesto vigente. A Galicia según este concepto corresponderán más de 25 millones, que con el carácter de anualidad en el presupuesto podrían capitalizarse como fondo fijo para una garantía de interés de 500; 5.º La "instauración de la región económica gallega", proyecto que en Francia acaba de sistematizar Millerand y que afortunadamente coincide con la región geográfica y con la región histórica y hasta con la psicológica y cultural, factores todos los más poderosos y decisivos para un "nacionalismo", realista y transcendente, que no sea tema gastado de intelectuales "ratés", que, como, cordornices chirlolean en campo recién segado, o como

alondras inofensivas, que se regodean con su canto monótono en el cielo. Puerto y región han de ser solidarios y recíprocos; 6.º La división y solidaridad en el trabajo para la integridad del tráfico, para lo cual se impone la constitución de "Hansa gallega", "Omnium" económico, comercial, técnico y cultural a la vez, para todos los problemas relativos a las pesca, la navegación, el comercio, la formación técnica del marinero, del colono, del hombre de negocios, etcétera, y eminentemente política para la defensa de los intereses de nuestro litoral gallego. El comercio internacional y de cabotaje de los puertos gallegos no llega aún a 200 millones. La virtualidad del tráfico, según he demostrado en mis conferencias, del Centro de Galicia, organizada racionalmente nuestra producción se acercará a 4.440 millones, como la de Suiza, Irlanda y Portugal, pasan hoy de dos mil millones de pesetas oro y carecen (al revés de Galicia) de reservas de hierro y de carbón, siendo además la posición geográfica de estas dos naciones célticas y la misma de Normandía y Bretaña, menos favorable, que la de Galicia para el tráfico mundial, porque está colocada, para los futuros destinos del "panceltismo" en un lugar geográfico, que puede ser crucero y centro de conjunción de las actividades creadoras de la raza céltica. El Hinterland de los puertos gallegos tiene una cuádruple valorización "regional, peninsular, continental y trasoceánica".

Para terminar, el litoral gallego, y en él Vigo y La Coruña a la cabeza, han de romper el bloque peninsu-

lar, que en la ciudadela del centralismo burocrático, otros puertos más avispados y sagaces, pero peor dotados para una adaptación a la economía mundial como Bilbao, Gijón, Barcelona, Sevilla y Valencia, tienen tácitamente concertado, para medrar a sus expensas forjando industrias de arancel, puertos de artificio y empresas de navegación impotentes para la concurrencia mundial. El valor geográfico de Galicia, el mejor de España y uno de los mejores de Europa ha de hacerse eficiente, con industrias gallegas, ferrocarriles gallegos y marina mercante gallega. Si en un niño la inocencia ante el peligro y la carencia del sexto sentido se pueden perdonar, en un pueblo como Vigo, que ha llegado a la mayor edad, en la que ha de cobrar conciencia de sus necesidades y voluntad de poder, para sus satisfacciones, vivir distraído ante esta cruda realidad, dejarse engañar por los descastados y mestizos de adentro, eso no se perdona jamás. Ser primo para los de afuera, que nos explotan y se ríen, y hermano inútil para los pueblos gallegos desheredados, no es ejecutoria para un pueblo generoso y liberal.

Y hablo este lenguaje rudo y franco para Vigo, porque le amo con desinterés y veo en él un redentor de mi tierra esclavizada. Si persiguiera un acta de diputado o una senaduría vitalicia, en vez de convertir mi cerebro en acumulador de amores del corazón, que prohijan pensamientos, y mi pluma en arado del pensamiento para surcar sembrando en el alma colectiva, doblaría la cerviz en actitud de

mendicante. Pero me siento más allá de la política, sobre las puras cimas del ideal, ante halagadores panoramas que han de crear los poetas del esfuerzo, y mi mesianismo me lleva a un apostolado de redención immaculada, como el color blanco y el color cielo de nuestra bandera: "pureza y verdad es hoy mi lema".

ESPIRITU MESIANICO Y ESPIRITU APOSTOLICO DEL GALLEGUISMO

SE me tacha de obseso por el *factor económico*, como clave del nuevo galleguismo. Se olvida que la economía como ciencia de los procesos y realidades de valor encierra en su campo también la economía divina, la del supremo valor: la posesión plena y perfecta, en beatitud, de la realidad más alta.—*Ens-realissimum*—, Dios. Economía y Religión, son Alfa y Omega de la Naturaleza, del Espíritu y de la Cultura, como nexo entre ambas.

El estudio de la economía del pueblo gallego ha llevado a percatarme de dos cosas: primero, de que tenemos valores naturales puros, inconfundibles, genuinos, característicos: *tierra y raza*, hombre y naturaleza; segundo, de que estos dos valores no están conjugados por una *cultura característica*, sino detentados por elementos xenógenos, y falsamente representados por clases directoras mestizas o servilizadas a un ideal o a unos fines que no son los propios de la propia tierra y de la propia raza. Co-

rolario, una comunidad de hermandad—*el pueblo gallego*—, que no es dueño de sí mismo, es decir, de sus destinos, ni de la tierra que llama *madre*; una tierra que echa del propio regazo, de su *lar* y de su *pejugar*, al hijo que en sus manos lleva la fuerza y podría romper las cadenas de su propia esclavitud: una forzosa separación entre la Madre y los hijos, dispersos por el mundo, pero sin renegar de su amor, que es a la vez alma y perfume del linaje; y una chusma de vacuos profesionales, de villanos sin espíritu realengo y hombres de ciudad sin civilidad—salvemos las excepciones que son margaritas de esperanza—que mantienen dormidos en estúpidos convencionalismos y repensados lugares comunes, a los que quedan en la tierra, a los que no pueden emigrar por inválidos o cobardes o falsamente encariñados con ella. Aquéllos, en vez de ser sus hijos, son sus parásitos, y lejos de honrarla como defensores, la entregan con ojiva en su espinazo adulador, con incensario en ambas manos. Y así, convirtiéndolo en antropoide—*el anthropopitechus erectus*—, vuelve por atavismo, a las cuatro patas. Patulea de animales, con solitarios intelectuales, sin partido, y pueblo huérfano de clases directoras conscientes y puras de corazón.

¿Qué mesianismo podemos forjar fuera de Galicia, los que siempre gallegos, la vemos despistada por esta fauna, por estos mercaderes de la propia sangre del espíritu—la dignidad—por estos vividores del falso galleguismo: la cuquería?

“*Cevai novas ideas, darán flores*”, dice en su candor habitual el gran niño, nuestro ruiñeñor inmortal, Curros... ¿Y la simiente de ideas, fomento vital de un mesianismo redentor, en qué se ha convertido?

En alpiste para los gorriones y canarios, para los imbéciles pardillos, que gozan con su esclavitud conscientes de ella; en cebo para la crítica despiadada, en motivo para un tacto de codos espontáneo, a fin de que los Mesías se queden solos, sin los cuatro oyentes que Melanchton tenía el año 1524 en sus lecciones sobre Demóstenes. ¡Candidatos a la locura, al ultraje, a la soledad y al insulto! ¡Pobres visionarios! ¡Pobre pueblo que no os sabe presentir, con apetito noble de instaurarse en sí mismo, para vivir su propia vida, sediento de su calidad habitual de patria! ¡Pobres mesnadas! “*¡Ay do que leva no bico un cantar!*”.

El mesianismo de un pueblo es un ideal, hecho carne, bajo la forma de símbolo de fe, para instaurarse en sí mismo, como pueblo libre, para amaestrarse en trabajo y en cultura, caracterizándose por ello en plena humanidad. Son falsos Mesías los que sin ideopática mentalidad, enmascaran “con fala galega pensamentos alleos a eles y-a terra galega”, para ser sacerdotes de misa y olla en el nuevo altar de la nueva Iglesia, que la necesidad presente, anticipándose a los acontecimientos, para detentar el lugar de los verdaderos profetas y anunciar al Enviado, como ungido y elegido.

Son los Doctores de la vieja ley, a quienes interesa más el culto, y el rito que el ideario de la nueva

Dogmática redentora. Toman postura; se ponen etiqueta, brillan, bullen, llenan la escena. "Mientras haxa parvos todo vay ben..."

Es deber de todo escritor gallego, en los momentos presentes, que son críticos para los destinos de su pueblo, tomar en serio el sacrosanto deber de decir la verdad en letras de molde, la verdad desnuda, fría, cruda, amarga.

Sólo desnudándonos en la verdad, por la verdad, y para la verdad, podemos hallar el símbolo mesiánico, que se impone primero como convicción al cerebro, después como llamarada al entusiasmo—espíritu vivificador—a la voluntad, y que se pragmatiza por último en gestas, en cruzadas, en apostolados, que forjan grey en su proselitismo. "Ideario, Emocionario y Prasologio", son padre, hijo y espíritu de esta trinidad creadora. "El universo—dice Emerson—tiene tres hijos gemelos nacidos al mismo tiempo, que con diferentes nombres se ofrecen en todas las cosmogonías: Júpiter, Pluto y Neptuno: "Causa, acción, resultado": "Pensamiento, acción, pasión", decimos nosotros.

¿Y cómo se elabora el pensamiento común? Pensando en el origen común, en el destino común y en los problemas comunes, que la presente generación ha de resolver, para garantir el porvenir del pueblo. Es su tarea. Son los problemas necesidades de vida en concurrencia histórica y de coherencia en selección cultural.

Pueblo rezagado, pueblo dormido, pueblo vencido;

pueblo estulto, pueblo esclavo; pueblo servil, pueblo vil; quien vive en vileza muere históricamente. La guerra es el fuego sagrado que purifica la humanidad de estas lacras que deben desaparecer de la historia para no mancharla; y porque dan asco al contemplarlas. ¡Cuánto duele tener que soportarlas y verlas en el ser que más queremos, en nuestra propia madre! Los que no se sientan espoliados por la indignación, los resignados, son unos miserables. Son los eunucos del espíritu, incapaces para la convicción y la emoción, las dos alas de la rebeldía libertadora.

En lo íntimo de nuestro ser, primero en soledad augusta y después en comunidad, en iglesia sacrosanta, van dejando poso, ideas, ansias y sentires de los clarividentes profetas de la raza. Un Mesías es un escultor, que en el bloque del alma colectiva pone la forma eterna, el tipo característico de su personalidad creadora, estructurando orgánicamente sus miembros con aquel verismo realista que la intuición entraña; y así encarnado su espíritu, hijo del pueblo, en el alma colectiva del pueblo, como placenta, en casta copulación de místico himeneo, hace nacer una cultura característica para ambos que trascendiendo de la tierra y del espíritu, autónomos, cuaja en fragante valor eterno de humanidad inmarcesible. ¡Ay, del pueblo que en sus dolores, no tiene nostalgia del "Mesianismo", que ha de redimirle! Es como roca estéril, sin el agua lustral, purificadora y vivificante en sus entrañas.

Un nuevo misticismo *das tiefe Schneidender Geist*, como dice Ostwald, es siempre el prelude de una renovación o de una revolución. Sin místicos no hay apóstoles, y sin apóstoles las masas amorfas no se organizan en sectas y en escuelas.

El espíritu apostólico es fruto de la llamarada mística del amor a los hombres—la humanidad—y del amor a la verdad: la convicción.

Ante la tumba del Apóstol, que la conciencia popular convirtió de navegante o viandante en caballero, debemos reflexionar que el “nuevo espíritu apostólico” ha de inspirarse en una comunidad de ideario, en una misma llamarada de pasión, en normas disciplinadas y uniformes de voluntad creadora de gestas heroicas y gestas humildes. Trabajo, saber, amor.

En los “Sinn Feiners”, de Irlanda (Sinn Feiner, nosotros mismos, nosotros, solos), cuya buena nueva dramatiza, no con el Corpus de sangre, sino con la Pascua de Resurrección ve Sylvan Briollay el tránsito del mesianismo al pragmatismo apostólico, de la idea vaga y sentimental a la fórmula política de reivindicación autonomista. La “Dail Eireann”, es fruto menos de la sabiduría de las bibliotecas, que de los latidos del corazón del pueblo en las calles, guiado por los verdaderos apóstoles. El apostolado de Griffth y de Valera tiene como primera levadura pequeñas masas de abogados, sacerdotes, médicos, profesores, maestros y estudiantes. ¿Qué hacen los nuestros?

Este nuevo apostolado se caracteriza por el en-

tusiasmo, la abnegación, el alto sentido del honor, el idealismo y el entusiasmo exaltado, la sencillez debida, la sobriedad, el noble desprecio a las riquezas, la repulsa al soborno, el desdén por los cargos públicos, una potencia mística de ilusión, que adora, alimentada por un persistente ideal, un amor puro a la tierra que hay que redimir, optimismo, fe ciega en el resultado de la obra, un sentido del deber y un rigor escrupuloso en su cumplimiento, los imponderables morales (el amor a la gloria, el espíritu de sacrificio), la idea mística de un nuevo derecho de cada pueblo a vivir su propia vida con libertad y con honor, una trayectoria histórica, común, un rosario de tradiciones, que trazan en el mismo cauce las aspiraciones al porvenir común, y sobre todo el sacrosanto empeño de reunir, como en un haz de rayos de luz, las aspiraciones, las individualidades dispersas, reconciliándolas en religiosa hermandad de ideales y de cruzadas, para que la alborada de libertad, que presienten los corazones y las almas, ponga en cénit un sol de meridiana soberanía. En este apostolado hemos de amaestrarnos, gallegos.

El mesianismo se forja en las regiones del ensueño, del ideal; el apostolado se plasma en los esfuerzos vigorosos y conscientes de la acción .

Forjemos primero el ideal a imagen y semejanza del que en la entraña de la conciencia dormida o cataléptica de nuestro pueblo late, hijo y padre a la vez de fe fecunda y viva; y recojamos de la tumba del Apóstol, de sus cenizas, el eterno rescoldo de reli-

giosa propaganda por nuestra causa libertadora en el mundo. Aventemos las cenizas para que la "Ciudad sagrada del galleguismo", deje de ser cementerio de vivos o levíticos sagrarios de las cosas muertas. Nutramos los robles de Santa Susana con la eterna vida de las ansias célticas.

Publicado en "El Pueblo Gallego" el día de Galicia, 25 de julio de 1925.

EL IDEARIO DEL GALLEGUISMO

I

EL principio radical de toda "afirmación" es el de la "personalidad", por la cual el "Individuo" y el "Pueblo", se libran de las trabas históricas, económicas y sociales que le mantienen en servidumbre. Tornar la personalidad para emanciparla y para que mantenga con tesón su "autonomía" es el ideal supremo de liberación. La "conciencia" y la "tierra", son las dos categorías supremas en que ha de descansar todo postulado de libertad, que no existe "sin previa conciencia" de "injusta esclavitud".

II

La garantía de una vida personal subsistente y libre es la "cultura". Hay que cultivar, pues, el "espíritu" gallego y la "tierra" gallega. "Saber, trabajo y amor" son las herramientas. Mesías, apóstoles, héroes y mártires los obreros. Independencia y prosperidad el fruto.

III

El "espíritu actual" de un pueblo, está en función de su pasado y de su porvenir. La historia nos dice lo que hemos sido. La Geografía y la Economía lo que debemos ser. Formemos conciencia histórica, conciencia geográfica y conciencia económica, que son las tres bases de nuestra emancipación, de nuestra autonomía como pueblo. No hay plena soberanía, cuando uno no se siente dueño del pasado y del porvenir. Ni hay derecho a la existencia, cuando no se saben afirmar ambas cosas en el presente.

IV

Es misión de nuestra "Universidad", de nuestros Institutos y Escuelas técnico-profesionales y de la Escuela elemental, formar en las generaciones que educan "el espíritu colectivo de Galicia, el galleguismo", desenraizando de él sus defectos: "servilismo", "envidia", "terquedad", "indolencia", "adulación", "timidez", "sobriedad", "hipocresía"; y haciendo más vivas y potentes las virtudes: laboriosidad, disciplina, orden, lealtad, tesón, perseverancia, sagacidad, espíritu de objetividad, sutileza, crítica, delicadeza, fidelidad, honor, entusiasmo, simpatía, humanidad.

V

Para que la Universidad, el Instituto, el Seminario y la Escuela sean "Alma Mater", es preciso que tengan en el alma encarnado un mismo espíritu gallego, aquellos apóstoles o sacerdotes, en quienes encarna la alta misión de formar y difundir el espíritu gallego en el pueblo. Los meros profesionales son un estorbo. Y aún es mayor estorbo la mediocridad, que como gente que se viste en bazar de ropas hechas, da el pego a los ignorantes y el timo a los avisados. La falsa cultura es peor que la barbarie. Hay que desbrozar el campo de vanidosos y grafómanos, de intelectuales vacuos, pedantes y retóricos, que hipotecan al estómago, cabeza y corazón. Con mercenarios condottieros se hace la guerra pero no se salva el país.

VI

La viva representación de la tierra gallega ha de hacernos ver: qué lugar ocupamos en la Península, qué somos con relación a los demás pueblos peninsulares, qué debemos ser en el mar que baña nuestro litoral, qué papel desempeña Galicia en Europa, cuál es su significación para las relaciones con América, qué cobija nuestro subsuelo, qué produce nuestro suelo, cuál es la potencia virtual de producción, de nuestras energías, en la Tierra y en la Raza.

VII

Pueblo sin vías de comunicación perfectas y al lado del mar que es la más perfecta, está condenado a ser esclavo. Las vías de comunicación organizan la población en la tierra, la concentran en grandes ciudades, sin las cuales no hay vida cultural perfecta, forman la Metrópolis, la capital que es cerebro y corazón y fuente de libertad del pueblo, hacen posible la industria, fomentan el comercio y ponen la agricultura a máxima tensión productiva. Este es el primero problema de afirmación gallega.

Acabar con las carreteras "parlamentarias" y con los ferrocarriles, "estratégico-parlamentarios" o "financieros" y hacer el "sistema ferroviario regional" autónomo, a base de "mancomunidad federativa interregional", con Castilla, con Asturias y con Portugal. En mis conferencias del Ateneo y del Centro de Galicia, se detalla el desarrollo de nuestras vías de comunicación. En *El Financiero*, se está publicando su contenido.

VIII

El hierro, que está en nuestro subsuelo y el carbón, que está en las provincias de León y Asturias, deben dar lugar al establecimiento de Altos Hornos

en Monforte y Orense, organizándose así la base de una grande industria, que fué el nervio de la prosperidad económica de Bélgica, Alemania e Inglaterra.

IX

La industria agrícola y ganadera, debe basarse en la organización de Escuelas superiores, medias y elementales circulantes de Agricultura y ganadería, aprovechando las ventajas de una buena colonización interior, para intensificar la cultura de la población rural, cuyo coeficiente de analfabetismo se acerca al 70 por 100.

X

La organización de la vida rural y urbana exige un detenido estudio de la psicología, de la ética, del derecho, de la economía, de la religión y del arte de nuestras aldeas, sin cuyo estudio previo sólo se edificará en el aire. La constitución radical del cel-tismo gira entre estas dos ideas: "comunidad", "hermandad" y "libertad". "Deus fratesque Gallaeciae."

Sobre ellas se ha de edificar todo el mundo rural. Así cada "municipio", será una "comunidad de aldeas", basada en la autonomía del Concejo; cada comunidad de municipios constituirán "la villa", el

consorcio de villas "la ciudad", la comunidad de ciudades, se instituirá en cerebro de la "Región".

Libertado el espíritu, la tierra dejará de estar aforada. En la servidumbre de la conciencia está la raíz del foro.

Como la política moderna ha de ser un adjetivo de la "economía", y de la "sociología", los movimientos de emancipación gallega han de tener una fase económica y una organización de la propaganda, de carácter ejecutivo y resolutorio. Sin la voluntad, las más grandes ideas se esterilizan. Trabajo, capital y crédito, regional y extrarregional han de hermanarse en la común aspiración de libertar la tierra y hacerla fecunda.

XI

Precísase, pues, crear una Junta central, juntas provinciales y juntas de distrito y un órgano que, como *La Veu de Catalunya*, sea eco fiel de todas las aspiraciones regionales y propulsor de la propaganda de las ideas autonomistas, sin espíritu separatista.

XII

Se impone también, para dar la batalla al centralismo, dentro del mismo centro, el establecimiento de "un Comité Central interregional", que incorpo-

rándose al movimiento del país vasco y Cataluña, recabe la más pronta y eficaz autonomía de Galicia, que no ha de ser incompatible, con la Soberanía de España.

XIII

Como no hay movimientos políticos sin base económica, ni organización económico-industrial sin base monetaria, es preciso la creación de un Banco eminentemente gallego y para los gallegos, de cien millones de pesetas, que sea baluarte de nuestras libertades y aspiraciones, económicas y culturales, y que pueda hacer el balance exacto de lo que da Galicia al Poder central y lo que recibe. Sobre un mal negocio económico, no hay solidaridad nacional posible. Este Banco financiando nuestro porvenir, hará el milagro de adaptar nuestra técnica y organización productiva a la economía nacional y continental antes de veinte años.

XIV

Ha de ser misión primordial del Banco recoger el ahorro gallego en América, Portugal y la Península, fomentar las industrias de pesca, organizando sociedades anónimas para la pesca de altura, establecer en los mercados consumidores de la Península "settlements" para los ganados gallegos a fin de suprimir los intermediarios, fomentar el establecimiento de

Docks para maíz, centeno y trigo en nuestros puertos, ayudar la industria harinera, prestar su cooperación a la producción vinícola creando nuevas marcas para competir con las similares portuguesas y francesas, intervenir en las transacciones de nuestros mercados, fijando la publicidad de las cotizaciones, fomentar el crédito y el ahorro entre los labradores; en una palabra, organizar la vida, económica de Galicia a base de autonomía y solidaridad gallegas.

XV

Como además de la publicidad, se impone la propaganda activa, es preciso que una selección de apóstoles abnegados y generosos, difundan por campos y ciudades la ciencia del galleguismo, ayudados por la prensa regional, por bibliotecas circulantes, por libros, folletos, revistas y octavillas, donde encarne la idea de la redención gallega, como fin y de la esclavitud gallega como motivo.

XVI

Siendo el órgano más adecuado para la propaganda la lengua gallega, el gallego debe emplearse en todos los actos públicos de reivindicación regional. El ha de ser digno de fraternidad entre los que llevan la misma sangre en sus venas y sello de con-

sagración filial y abnegada a la tierra madre, que hoy vemos esclava, y en cuyo regazo queremos descansar como seres libres, la noche del eterno sueño, para que ningún tirano se atreva a poner su planta dominadora en el sepulcro de nuestros mayores, en el que guarda nuestras propias cenizas.

XVII

Galicia tiene la misión histórica de afirmar ante los pueblos peninsulares su autonomía como pueblo sustantivo y libre y en consorcio con ellos un régimen de "comunidad" federativa y orgánica, que sirva de base para atraer al núcleo peninsular a Portugal, hoy divorciado de él. Una política peninsular se impone como defensa mutua de una común independencia. La divisa ha de ser, solidaridad adentro como hermanos, unanimidad en la defensa ante los enemigos.

XVIII

"Galleguismo" y "españolismo", no son incompatibles; pero queremos una España grande, que respete la libertad y, si se ha merecido y ganado, aun lamentándolo nosotros, después de luchar la soberanía—como ocurre con Portugal—, la soberanía de cada pueblo peninsular. La geografía, la historia y los problemas presentes de Europa y América son tres vínculos poderosos, para mantenernos unidos en este

pequeño "continente peninsular". Subordinar "tierra adentro a la costa", articular la vida del litoral, fomentar la política naval y establecer relaciones comunes con Europa, Africa y América ha de ser nuestra divisa. Así el españolismo ha de ser producto, fruto, cogüelmo y flor, de la vida de las Regiones, madres de la Patria común, manantiales de su fuerza y su riqueza, no esclavizadas jornaleras de sus necesidades y su bienestar. La patria orgánica y viva es fruto de solidaria libertad y no de despotismo autoritario, así como el linaje de hermandad crea el respeto y amor a la paternidad de la Nación, que ha de ser rosa de los vientos formada por el haz de las Regiones.

XIX

Por último, hemos de encaminarnos a la "humanidad" después de caracterizarnos como pueblo culto y libre, por las raíces del "celtismo" que llevamos en nuestra "alma" y en nuestro "corazón". La doctrina del panceltismo que eslabona todos los núcleos célticos del mundo en una sola cadena, nos plantea problemas, que no son incompatibles con el grupo nacional a que pertenecemos. "Panceltismo" "Semitismo", Occidente y Oriente, son las dos fuerzas—arios y semistas—que en sentido contrario mueven la lanzadera, para tramar la tela de la Historia Universal. El mundo occidental y el espíritu

atlántico son hogar, solar y pejugar del "Panceltismo". A la "decadencia" de Occidente—tesis de Oscar Spengler—hay que oponer la "Resurrección de Occidente", cuna y tálamo nupcial del espíritu europeo, que es por autonomasia, el espíritu occidental céltico. Las aguas libres y prósperas del Atlántico, que es el Mediterráneo del porvenir, que es el "Mare Nostrum" de los celtas, son la placenta donde a partir de los descubrimientos de portugueses y españoles en el siglo XV, se forjaron todos los imperios y se están larvando en el continente americano las culturas del porvenir. De la estrecha solidaridad de los celtas europeos depende la paz y la riqueza del mundo, y, sobre todo, el hecho de evitar que Europa vuelva a la barbarie, o se esclavice al Oriente.

Publicado en "Galicia".—Galicia, 1926.

EMOCIONARIO DE LA GRAN CIUDAD

VIGO

EL espíritu occidental "naciente", mejor que "renaciente" de Galicia ha de organizar su "Pathos", en conjunción con su "Ascesis", que nuestro gran padre espiritual Prisciliano recomendaba como ideal de vida plena. Y el "pathos" del galleguismo, el decálogo de nuestra emoción colectiva como pueblo, ha de larvarse en el alma y en el corazón de la ciudad joven, de la ciudad sin tradiciones, ni sarcófagos venerandos, de la ciudad esposa del mar y del mar enamorada, que teje con él la tela de su vida, la cual ha de cuajarse en cultura, el poema humilde del trabajo...

No se puede nacer ni llegar a plenitud de vida, de vida espiritual, de vida plena, sin emoción, ni pasión, sin el sentimiento ideal que nos hace trascender de nosotros mismos a plena "panéstesis" con la humanidad y con el mundo. Desde el "apetito de concupiscencia", al "apetito espiritual" de transcendencia cordial hay una escala progresiva en el emo-

cionario individual y colectivo: el "hambre" y el "amor" primero, como apetito carnal de posesión y satisfacción egoísta—"cupiditas"—: el Hambre y el amor después como ansia de asimilación—"appetitus"—; el hambre y el amor como deseo y esperanza—"desiderium"—; el hambre y el amor como desbordamiento de simpatía, como el vaso que se rompe para extender su fragancia en el ámbito que le rodea—"affectus"—; y, por último, el hambre y el amor como proceso de transcendencia, de renunciación, de abnegación en la familia humana, en la naturaleza y en Dios—"panéstesis"—; esta es la gama.

Pues la gran ciudad, que aspire a actuar en la comunidad gallega como "personalidad característica" ha de saber recorrerla. Ahí tenéis a Portugal: Lisboa y Oporto, las dos ciudades más generosas, las que primero asimilaron y condensaron el "espíritu lusitano" y la difundieron después por el mundo en las cruzadas del mar, en la epopeya, que glorificó el gallego Camoëns, son hoy las que mantienen inextinta en el "sancta sanctorum", de su corazonces, la llamarada de patriotismo, raíz de su independencia. Se afirmaron primero virilmente ante Castilla. Donde la tierra no puso montañas, fabricaron montañas de odio y de valor los corazonces; al espíritu de absorción de Castilla y los Austrias, respondieron con arrogancia en ellas las brisas libres del Atlántico que templó los espíritus de Cronwell, libertador de Inglaterra; de Lincoln, libertador de

Norte América; de Bolívar, y de Sarmiento, liberadores de Sud-América; y de Prisciliano... la "estrella mayor del panceltismo", en cuyo último hijo espiritual—en Tyrrel, en el irlandés Tyrrel con su "Lex Orandi" hemos de encontrar la levadura de nuestra liberación espiritual enemiga del espíritu gregario y servil, que vive entre nosotros. Es inconcebible que sean estas brisas del mar Atlántico, sintonizadoras de libertad y de trabajo para unos pueblos, para todos los pueblos que baña en sus orillas, menos para Galicia y Bretaña, menos para nosotros, alestargados o alucinados ante él en secular catalepsia o letargia.

No hay sensibilidad moral, ese cosquilleo divino, que hurga en los corazones y en las almas en forma de inquietud primero que es conciencia vital diferencial, entre lo que es y debiera ser, que es visión de la injusticia diaria y el engaño traicionero, que es nueva indignación contra el farsante, que acapara sinecuras y poderes, para entregarlos como ofrenda a su fetiche, de quien es sacerdote, de cuyo culto vive y para el cual solamente vive, manteniendo en estupidez e ignorancia a los creyentes, que adoran sus altares... Ciudades muertas, ciudades dormidas, ciudades sin sensibilidad moral, son aquellas que carecen de un ideal libertador para el pueblo, que guían y para la raza que plasman; ciudades sin ideal, ni honor cívico, que es peplon sagrado de la dignidad del pueblo por quien velan, como vírgenes fátuas en templo desierto son las que en perspectiva retrospec-

tiva hipnotizan su mirada con las cosas muertas, sin aventar las cenizas y los rescoldos vivos de tradición para producir nueva llama... las que ignoran que,

“Lo viejo se hunde; el tiempo cambia;
y nueva vida brota de las ruinas.”

¡ Nueva vida brota de las ruinas!... Sí; no es lo mismo dar vida a las cosas muertas a expensas de la propia, que recoger vida de ellas para engrandecerla... Si la tradición es un parásito hay que expulsarlo. Si la tradición es una “gema” hay que procurar que la bese el sol, para que reviente en idilio mensajero de himeneo, en Primavera.

Tálamo nupcial y cuna de estos himeneos del sol de la cultura y del trabajo, con la tierra y con la raza—sus hembras—han de ser las ciudades nuevas del galleguismo, que sin un ideal libertador y dignificador de los campos, donde han de sembrar su espíritu, con voz de trueno unas veces y otras con el canto del ruiseñor, serán como mujeres sin alma o cortesanas sin corazón, dedicándose a explotar profesionalmente sus bellezas o a lucir fascinadores pergaminos.

El emocionario de la ciudad nueva es el emocionario de la Virgen Madre, de María madre de Dios, madre de los hombres... del “Logos”, del verbo que se hace carne, con alma de pensamiento y con el hálito vital del amor que lo vivifica. El emocionario de la ciudad nueva es el “emocionario de la maternidad”. En sus entrañas se cuaja la humanidad en

fruto de cultura, en tráfago diario de esfuerzo humano que la crea y la difunde. Su crecimiento en plenitud, su grandeza y su esplendor, es el espejo vivo de las prosperidad del propio hogar ubérrimo, en dones, como la placenta maternal en hijos. Todo en ella ha de ser amor generoso, amor de entrega, amor de abundamiento redundante y brazo firme de sabiduría y de justicia. Con avidez recoge, todos los resplandores y todos los destellos de la vida humana; de la naturaleza los dones de su seno. Con sobriedad los reparte y atesora. Fijos los ojos a la vez en el pasado, en el porvenir y en el presente, moldea con el pasado las nuevas generaciones, perpetúa por ellas el pasado, garantiza en ellas su propia vida en el porvenir y por ellas así se perpetúa. No se recrea en sí misma con boba coquetería. El Dios Términus para ella no ha puesto hitos en el ámbito de la raza; trasciende del propio hogar a las miserables aldeas para confortarlas y redimirlas de su miseria, poniéndolas a tono con su propio vivir cívico en conjunción generosa de fraternidad y humanidad. Encarnado en ellas su espíritu, inspirándoles el soplo libertador de la ciudadanía, crea para la tierra y para la raza la comunidad de los "hogares libres", sin los cuales, alma y corazón son esclavos. Sin ciudades libres, los campos no se liberan, ni puede organizarse una democracia honrada.

Además de hogar de autóctona cultura es espejo y crisol, tamiz y condensador de las extrañas, la gran ciudad. En sístole y diástole que jamás desmaya,

con ellas conjuga la propia. Por los caminos del Atlántico, que son por antonomasia los caminos del mundo, hace circular los valores que ella crea a base de trabajo, de amor, de saber, de justicia y fortaleza. Se hace inmortal por la vida que no muere, no por la historia en donde resuenan los ecos, de la vida ya vivida y extinta. El alma de Occidente larva en su noche de ignorancia y esclavitud la vida, presente ya su aurora, mientras el alma oriental, se enerva bañada por los esplandores de un sol de la tarde.

Occidente es la vida creadora de libertad; Oriente es la opresión del poder y del dinero. Sus armas son la corrupción y el despotismo “¡Espíritu celta y espíritu semita!” Frente a frente. Esas son las batallas del porvenir, que en el emocionario de la gran ciudad de Occidente han de reflejarse.

¡Celtas vigueses! Haced vuestro este emocionario, este breviario espiritual del corazón. Lo que hace ciudad a la ciudad—“Polis”—es el espíritu que la alienta y vivifica, el latido de libertad que la mueve y guía, no la fábrica ostentosa de casas, de palacios, de templos y de calles. La hermosura de una mujer está en el alma de vida que pone en sus ojos, no en la morbidez y en la plástica de su escultura carnal; está en el corazón, que odia o ama, que impulsa al generoso o hidalgo sacrificio, no en la codiciosa ansia o posesión de riquezas y de placeres. ¡Jóvenes vigueses! Vuestra divisa ha de ser: plasmar en “emoción el ideario” y “prasologio”, en vuestra gran ciu-

dad; donde se hace carne el verbo del galleguismo. Los campos de cultivo de vuestros ideales, han de ser la idea, la naturaleza, el mar y el Nuevo Mundo, donde se moldea la humanidad futura. ¡A la tarea!

Publicado en "El Pueblo Gallego".—Vigo, 2 de enero de 1927.

ECUMENE DEL GALLEGUISMO

ANTE todo expliquemos la palabra. *Ecumene* (οἰκουμένη) significa en sentido amplio la *tierra*, por ser el hombre cosmopolita; y en sentido estricto, aquel sector de tierra habitable y habitado, o susceptible de habitación. También, por traslación puede significar, aquel sector territorial, dentro del cual se desenvuelve una cultura, o se organiza la vida y el gobierno de un pueblo, como *sintagma* histórico, que la plasma. ¿Ecumene del Galleguismo? Será, el sector del globo, habitado por gallegos y pueblos de origen galaico. Y el tema tiene más importancia de lo que creen nuestros galleguistas al uso, zaran-deados por Cataluña, con el *tabú* del odio a Castilla, y con el hondo abismo de separación de Portugal, nuestro hermano menor en edad, aunque en realidad mayor por haber logrado hacerse *sui juris*, con plena soberanía en el concierto de las naciones. El *Ecumene* del galleguismo está en función del *Mare Nostrum*, del Mediterráneo del siglo xx, del mar de las grandes culturas y naciones, del que lar-

vó el Renacimiento en Bacon y en Hume y en Kant con Espinosa, con Grotio y con Lutero, del que con los descubrimientos geográficos de Colón y Vasco de Gama, creó una vida colonial e hizo al hombre cosmopolita; del mar de la ciencia y de la técnica, del mar cuyas categorías supremas son libertad, humanidad, fraternidad, igualdad y universalidad.

Junto a ese mar dormidos, arrullados por sus olas, fascinados con sus bramidos o sus cuchicheos de enamorado, estamos en nuestra cuna, en el regazo de la Tierra madre de nosotros. ¡Y qué sueño secular el nuestro! ¡Parece letargia, catalepsia o fascinación! Somos la única excepción con nuestro colapso milenarío en sus orillas. La obsesión de la tierra nos anonada. Al Apóstol marinero, lo hicimos, caminante, primero; y caballero andante después. El espíritu castellano nos sorbió las fuentes de nuestra propia ensoñación. La mano del gran Gelmirez, apartándose de las huellas de Prisciliano y San Rosendo, en vez de cortar el cordón umbilical que a tierra adentro nos ataba, consolidó la formación de un falso espíritu compostelano, que es algo que superfeía como cultura exótica sobre Galicia, pero que no tiene gestación en la genuina matriz del galleguismo. Y todo es miedo al mar, a las gestas heroicas, en el mar libradas, a la libre irrupción en los caminos del mar, donde el hombre, agobiado por su soledad inmensa, a solas con su espíritu, piensa más en el cielo, es decir, en el seno de sus propios ideales, que en la tierra añorada, en cantos de morriña.

Pero para eso hay que tener un yo, hay que ser persona libre. Y a nosotros nos sorbieron las fuentes de la libertad, los señores de horca y cuchillo con el derecho de pernada, los Abades, la Mitra compostelana y el caciquismo, formado por leguleyos y escuderos incondicionales de sus fechorías, caciquismo, que al verse perdido hizo entronque con el capitalismo. Desde los Reyes Católicos acá, Pardo de Cela sigue siendo un símbolo, pero sin significado popular. Y él es nuestro Cid, el único que sufre martirio de libertad. El escarnio a la conciencia gallega llegó hasta el punto de otorgársele a Zamora su voto en Cortes. Otro símbolo, porque los *orejos* y los *mestizos*, siguen siendo hoy el instrumento político de dominación de los siervos, ¡de los siervos!, campesinos o paisanos y marineros. Los hijos de la tierra y del mar, cobijados en aldeas miserables, que empobrecen, embrutececen y envilecen, los que les tienen atenzados entre las garras del caciquismo y de la usura que evolucionan, pero no mueren a pesar de todas las farsas más o menos sangrientas, tienen hoy, en pleno siglo xx, la sacrosanta tarea de redimirse a sí mismos, no huyendo de la aldea como despavoridas galondrinas, ni de la costa como gaviotas heridas en cetrería de dominadores sin entrañas; y tiene, además, la tarea de redimir la tierra misérrima que los nutre mal, a pesar de su trabajo. ¡Gallegos libres en una Galicia libre!

Adquirir conciencia del galleguismo en *el propio ecumene*, en que se está forjando, una gran cultura,

como fruto de un gran pueblo y de un gran espíritu, de libertad y solidaridad humanas, es el imperativo categórico que pesa sobre todo bien nacido, que no sea traidor al propio destino y a las necesidades colectivas del linaje céltico. Ese imperativo reza así: *Galicia para los gallegos*. ¡Fuera los competidores y traidores! Fuera también esos canallas, que llevan la intriga a la vida íntima de los hogares libres, para sojuzgarlos seduciendo a la mujer, para hacerla ama dentro, a condición de que el señor sea esclavo fuera. Esos corruptores de la familia libre, no pueden querer jamás la patria libre, porque su arma es la deslealtad y la traición, para dividir y destrozar, lo que es fruto de amor y de trabajo, no el arado ni la pluma, no la mano, ni la boca, ni el corazón que son armas del sembrador. Con esta vil realeza de desalmados y truhanes no podemos contar. Hay que ir a ellos primero como manada de lobos y meterlos en el *foxo*. Hay que hacer con ellos *montería*. Son la rémora de toda cruzada redentora, de todo ideal emancipador. ¡A ellos!

Adquiramos conciencia del galleguismo, en el propio hogar, solar y pejugar del galleguismo. Tanto pecamos con ir de comparsa de los que van a lo suyo en el camino de sus peculiares reivindicaciones, como con acorralarnos en tímida inacción que da armas a las audaces, y forja falsos apóstoles para embaucar a mentecatos e inocentes. ¡Que las alondras huyan de los grajos! En el matorral de rosales donde cortáis la rosa de vuestro ideal, se cobri-

ja la serpiente. Huid del peligro para no perecer en él. ¡Ay del rui señor de ideales, que hace nidos en su vecinazgo! Pero una conciencia libre no se forja espontáneamente, sino por libre colonización, por un proceso de *kariokinesis* o fertilización de conciencias libres, que se hacen proyectivas y propulsivas, en la masa popular, a veces luchando, a veces causando dolor y derramamiento de sangre, en la entraña virgen del pueblo, para consagrar su maternidad.

Hay que huir, pues, de ese falso galleguismo de campanario, *onfaloideo*, egocéntrico. La aldea es la mónada del galleguismo, pero no es un centro de gravedad, su metacentro. Contra el secesionismo que se repliega en su torre marfileña, hay que proclamar la *Buena nueva*, la doctrina evangélica de un galleguismo, que sea expansivo, radiante, generoso, impositivo y cordial, que en los pueblos peninsulares tenga la misión, de hacer la síntesis prismática de la franja espectral de las culturas hispánicas, en luz solar, para hacerlo luz de aurora, luz blanca, transcendente en parábola ideal transoceánica, actuando también sobre ellos de lente radial después de ser espejo ustorio o centro focal de todas las culturas atlánticas.

Pero, sobre todo, de aquellas culturas atlánticas, prohijadas en el *Ecumene* del galleguismo. Así tendremos un galleguismo inmanente primero, es decir, emancipador y personalizador; y transcendente después, es decir, aglutinante, universalizador y hu-

mano. Ese es nuestro papel en el concierto de los pueblos peninsulares.

Y para que sea posible esta concentración, emancipadora, y generadora de conciencias libres, Galicia ha de encontrar en el Ecumene del galleguismo universal la pauta. La ruta está marcada por Portugal, por el Brasil y por las colonias autónomas de gallegos en Europa y en América, y en el resto del mundo. No es lo mismo sentirse hijo de la propia aldea, uno y único y hacer la ruta del Atlántico en canoa o en piragua, que navegar en un Leviathan, un Titanic, un Gigante o un Aquitania. El pedestal que da a nuestra libertad media hectárea de tierra, no es el que puede darnos el Ecumene si nos sentimos, formando parte de un haz de pueblos galaico portugueses, que tiene en su Ecumene una extensión de 11.061,354 kilómetros cuadrados y una población de 50.436,238 habitantes. El españolismo en su Ecumene sólo nos aventaja en 2.921,117 kilómetros y 4,543 millones de habitantes. Nuestra fuerza no ha de estribar en luchar con él, sino en atraerle, imponiéndole el cuño de nuestra personalidad, pues no debemos olvidar, que somos hijos de la misma placenta peninsular. Unidos como hermanos, los dos Ecumenes (galleguismo y españolismo) nos dan estas cifras, frente a los del Imperio Británico: el galleguismo y el españolismo tiene hoy un ecumene formado por 25.043.825,86 kilómetros cuadrados de extensión, con una población de 146.306,583 habitantes, mientras el Imperio Bri-

tánico tiene una extensión de 29.700.000 kilómetros cuadrados con 400 millones de habitantes. Este desnivel desaparecerá con la emancipación de la India, que se vislumbra, pues perderá Inglaterra 4,67 millones de kilómetros y 318,86 millones de habitantes. Superaremos también a los Estados Unidos y a la Unión de Repúblicas Soviéticas con sus 21,23 millones de kilómetros y sus 137,74 millones de habitantes.

El espíritu ecuménico del galleguismo no es tan sólo conciencia del sector territorial (*tfellus*), ni de la población (*etnos*); es conciencia de la raigambre económica y espiritual del hombre gallego en el sector del mundo habitado por gallegos; es viva y ferviente solidaridad, de todos los gallegos dispersos por el mundo, con el común hogar del propio origen, de la propia madre; y es estrechamiento de vínculos de sangre y de cultura con Portugal y con el Brasil, para formar un tipo de vida humana, que nos caracterice con personalidad inconfundible dentro del *españolismo*, imprimiéndole aquellos relieves, que el galleguismo primigenio implica, por ser éste el progenitor de todas las culturas peninsulares y americanas que de *Galicia Madre* derivan. Solo así podremos dar nuestra nota, la nota personal y de respeto. Esta es nuestra hora. La conciencia de nuestra posición central, dentro del orbe céltico, y de nuestra posición central dentro de la comunidad galaicos-portuguesa-brasileña, nos impone el deber de marcar la ruta como ave rectora de banda, que cru-

za el mar. Las islas Cies, la Torre de Hércules y los faros que la torre y las islas cobijan son símbolo de Galicia rediviva, nueva Ave fénix, que al desplegar sus alas, mirando al Atlántico, conmueve todo el litoral del Océano, desde La Coruña hasta Pasajes y desde Vigo y las Cies hasta el Estrecho de Gibraltar en una extensión de 2.461 kilómetros. La pugna entre el Mediterráneo y el Atlántico, acusa una enorme superioridad de éste sobre aquél, que sólo cuenta con 1.663 kilómetros de costa. Los intereses creados tratan de desvirtuar esta superioridad; pero el porvenir es del Atlántico, del *Novum Mare Nostrum* sobre el *Vetus*. Galicia, Portugal y el Cantábrico cuentan con 2.167 kilómetros de costa atlántica casi con 1.000 kilómetros más, que la que corresponde a la Península en el Mediterráneo. Y eso marca la orientación de una política y de una cultura estrecha solidaridad económica y espiritual de los pueblos atlánticos, anficiónía marítima de un Hansa defensora de la comunidad de intereses y de ideales. Así adquiere el galleguismo una posición central respecto al *Panceltismo* y al *Españolismo* peninsular. Así puede recoger del Atlántico, las brisas de libertad, de humanidad y de universalidad, que larvan su propio espíritu, su mentalidad característica. Así podrá asegurar el predominio, la hegemonía de los pueblos peninsulares del Atlántico sobre los del Mediterráneo, de Europa y América, sobre Asia y el Africa septentrional. El alma del Atlántico es conciencia popular y democrática, es con-

ciencia republicana, es espíritu federal, es economía laborista, es liberalismo que garantiza los fueros de la propia individualidad frente a la masa, es la cuna de la libertad religiosa, de la supremacía del poder civil, de las notas supremas y gallardas de la civilidad, frente a la autocracia, la plutocracia, el clericalismo y el militarismo, que son resplandores de la vieja estrella de Oriente, que nos enerva y nos fascina, para tenernos bajo su opresión. El Atlántico prohija el nuevo derecho de gentes, la nueva economía, la nueva ciencia social, las nuevas leyes del capital y del trabajo, la nueva conciencia religiosa. En su entraña se forjan las revoluciones apocalípticas, de Inglaterra y de Francia y la emancipación del Continente americano. Él impone al individuo el límite de su poder autónomo y a la masa el respeto a los fueros de la individualidad.

Nuestra tierra gallega como sagrada *Domus aurea* ha de impregnarse de este espíritu en la *ciudad*, en la *villa*, y en la *aldea*, en la *costa* y en el *campo*, en la *montaña* y en la *llanura*. Ha de recogerlo en maternal gestación y ha de proliferarlo, y hacerlo impositivo a los demás pueblos peninsulares. Hay que ir a la conquista espiritual de las mesetas con el *nuevo ideario*, el *nuevo emocional* y el *nuevo prosologio* del *espíritu atlántico*, asimilado previamente a nuestro modo peculiar.

Y es preciso también, que este espíritu se haga radiante y proyectivo hacia el Africa y el Asia; y sobre todo hacia América, donde se guardan los gér-

menes de las futuras gestas de la gran familia galaico-portuguesa.

Y para eso hay que sentir dentro de nuestro *Ecumene atlántico*, el *patos de la distancia*, actuando de imán primero y de reflector después el galleguismo. El *patos de la distancia* se ha de convertir en *patos de presencia* y, sobre todo, en los nuevos hogares de la civilidad gallega: Vigo y La Coruña. Esta omnipresencia de los valores del galleguismo disperso en ambas orillas del Atlántico y en tres Continentes, ha de ser el primordial generador de conciencia nacional, que es conciencia de libertad y de soberanía. Los descubrimientos geográficos de gallegos y de portugueses, en el siglo XVI acotaron nuestro actual *Ecumene*. La navegación aérea y el progreso técnico en la navegación y en las comunicaciones marítimas, y el crecimiento intenso de nuestras ciudades deben hacer lo demás, en alas de la ciencia y de la técnica para una nueva cultura. Los problemas son arduos y requieren gigantes para resolverlos. Esta generación de roedores de biblioteca, de *profesionales* de la *gallegada*, de farsantes, de bufones y de tontos, gorriones, pardillos, chicharras, abubillas y codornices no es la llamada a escribir con sangre la epopeya. Ruiseñores del ideal, poetas, pensadores, apóstoles y mártires, abrid vosotros la ruta en abnegada cruzada de generosa redención. Esta es la hora de Galicia. Esta es la hora.

Pueblo Gallego.—28 de julio de 1925.

LA HORA PRESENTE DE GALICIA

Es la hora histórica de recobrase, de hacerse más de sí misma, más íntima, más idéntica para gestar los propios gérmenes de cultura personal, de una cultura que ha de llamarse gallega y que ha de impregnar de *galleguismo* toda la conciencia española, que aún sigue dando la espalda a las perspectivas libres y humanas del Atlántico.

Y el meollo, el núcleo de esta cultura personal gallega, ha de ser: el *instinto* primero, y el *logos* de la libertad individual y colectiva, después.

Miremos hacia dentro: los pasajes del espíritu están yermos, tiritan de frío, tienen nostalgias de luz las niñas de los ojos, que sufren ceguera de ignorancia, morriña de ideal, aliento de eternidad. Problemas sin hombres, hombres sin problemas, y una tierra con problemas inaplazables para su vista histórica, sin hombres que adquieran conciencia de sus problemas; y, sobre todo, sin ética, sin vergüenza, ni pudor, para ser leales a los imperativos éticos, que

han de ser siempre algo santo, sagrado e inviolable, para los hombres honrados. Dos dinastías de una política bipolar, que pactan mutuo respeto a sus feudos, para vegetar en ellos, en una paz que hace delicias de Veyes, que es garantía para la opresión de los esclavos. Cebo al borrego que quiere hacerse mastín, para corromperlo. Caza al mastín rebelde, que quiere hacerse lobo. Pacto con la incultura y la venalidad. Actas en blanco a cambio da patente de corso. Los tiranos de arriba son criados de servir de los amos y déspotas de más arriba. Los caciques abajo son tiranuelos de baja estofa, que garantizan la paz, que es en Galicia la opresión, el embrutecimiento, el hambre, la emigración forzada o el destierro, el miedo a la persecución sin tregua ni piedad...

Este es el cuadro. ¿Dónde están los intelectuales gallegos? ¿Dónde está la juventud gallega que se haga cargo de los destinos de la propia tierra y de la propia raza? De vez en cuando, como la flor del cardo entre breñales, surge una esperanza de Mesías. Pero, en Galicia, los Mesías degeneran en apóstoles; el apóstol se hace pronto sacerdote; y el sacerdote se concreta a vegetar al amparo de un espíritu de casta levítica, de cofradía, con su patrón milagrero, de rebaño de almas miserables, que saben mendigar con adulaciones y zalemas el pan que otros ganaron y que les saca de la boca el amo.

Con estos avechuchos, del espíritu plural, nada más fácil, que disfrazar el galleguismo de gallegada y hacer de la gallegada la farsa sangrienta que mono-

poliza, en estudiadas posturas, el vigor y el esfuerzo de los espasmos con que se anuncia el parto del ideal.

Con hermanos comuneros de este temple, siempre habrá comedia. La verdadera tragedia se trama en los ocultos subterráneos, en los bajos fondos de la historia, de cuya letrina hay la esperanza, sin embargo, de que salga estiércol que en sus fermentos de dolor, de inquietud, de asco y de miseria cobija los gérmenes del verdadero ideal gallego, que ha de cosecharse como flor, primero, y como fruto, después; de la esperanza pura, de la esperanza vivificada por el amor, del sueño de la madre redimida por la fe y el esfuerzo de los hijos.

El primer imperativo que hemos de hacer postulado de nuestra vida pública y que ha de ser la garantía permanente de nuestra libertad y de nuestra solidaridad gallega, ha de ser este: *Galicia para los gallegos*. El corolario de este imperativo, ha de ser este: *Conciencia libre en tierra libre*. Porque nadie puede adquirir conciencia de una comunión espiritual y económica como pueblo, sin una plena y mutua consagración de la comunidad al individuo, del individuo a la comunidad.

El fruto, el resultado de esta mutua consagración que exige desprendimiento de los propios egoísmos, es la capacidad que ha de adquirir Galicia, como estado libre, como pueblo libre, de gobernarse y mantenerse como tal con plena autonomía de su ser y de los valores de su cultura; pero, además, con la

conciencia de que ha de convivir en España con un haz de estados libres.

La tarea que como deber de categoría se impone a las clases directoras de Galicia; el cura, reformador como Prisciliano o como Tyrrel; al médico, guía y defensa de la salud y de la vida del pueblo; al maestro, que ha de ser Mesías a la vez y a la vez apóstol; al hombre de toga, que ha de redimirse de su curialismo; al político, que ha de ser dueño de su pensar libre, única garantía de la inquisición de la verdad, y no lacayo de su santón político, es la de formar un núcleo de clases directoras, que, recogiendo en su mente las ideas madres, que son las corazonadas del pueblo, sepan educarlo políticamente para la civilidad, que es conciencia a la vez del deber y del derecho; y, sobre todo, conciencia de la propia libertad de cada gallego, dentro de la comunidad espiritual del pueblo gallego; y de este pueblo dentro de la comunidad libre del haz de los pueblos peninsulares.

¿Y podemos convertirnos en cruzados del ideal gallego sin la conciencia de que este ideal ha de ser, a la vez, democrático, social, liberal y republicano? ¿Podemos creer, que nosotros como intelectuales, como clase directora de Galicia, podemos resolver los problemas gallegos sin revertirnos al pueblo, sin sentirnos unos con el pueblo, sin consagrarnos a él, como hijos de él, del mismo modo, que el cerebro como monarca y la medula como reina se consagran al gobierno de las vísceras y los músculos de un solo

cuerpo? Pensar así, es pensar como vástagos de casta, no como células federadas en una individualidad democrática, que, a lo sumo, consiente jerarquías de función, no aristocracias privilegiadas por el nacimiento y defendidas por un régimen hermético de intereses creados. Pensar así, es ignorar que una misma sangre riega el estómago, el corazón y la cabeza, que es monarca que rige, obrero pues, que actúa rigiendo, no amo, ni tirano, ni déspota, que manda hacer sin hacer nada, bostezando imperativos, que insultan con su inacción.

Es decir, señores intelectuales, vuestra misión presente es esta: dar al pueblo, con el alma y el corazón, en forma de pensamiento, el pan del espíritu, que él os paga con el grano de trigo, con el racimo de uva y con el pedazo de carne, que cultiva y cría para vosotros. Ni más ni menos. Es decir, que hay que pensar que el campo, que es el lecho donde duerme y el taller donde trabaja el pueblo; el campo, no el casino, ha de ser el ágora futura para vuestros pensamientos y proselitismos. Croaréis como ranas en el pantano de la ciudad, si os dejáis fascinar por las vanas promesas de los sautones, que en ellas forman sanedrín, muñecos de carne y hueso atados por hilos invisibles, al gran pantano nacional de la corte, donde vale más ser rata de letrina, perro enjaulado, que libre ruiñeñor, o lobo de la selva. Lo único que perderéis es el miedo a no comer. ¿Lo único? No, no, no. Perderéis también vuestra libertad, la santa libertad que no habéis sa-

bido defender y que en horas de angustia habéis hipotecado o vendido, como la virgen vende o alquila su juventud y su belleza en el más impuro burdel y degenera en una hetaira indecente. ¿Con qué autoridad vais a hablar a ese pueblo, que os sostiene, os paga y os soporta, si habéis vendido al diablo vuestra alma? Y si la tenéis vendida, ¿con qué, cómo vais a redimir la suya?

Esos jabalíes que degeneran en cerdos de ceba; esas águilas que se convierten en capones; esos lobos cazados a lazo por el halago o por el temor y que se amaestran para perros policías; esos ruiseñores que se convierten en pardillos; esas villas dormidas; esas ciudades muertas, no son el caldo de cultivo de una genuina conciencia liberal, social, democrática y republicana.

Manes de Espinoza, que, al ofrecérsele una cátedra por un rey, la despreció por ser republicano; manes de Prisciliano, que sufrió martirio por ser víctima de la envidia colectiva, y, sobre todo, manes de Idacio, Curros, Vesteiro, Eduardo Chao... Resucitad, porque vuestras ansias son hoy las de este pueblo desheredado de mentores, amordazado por tiranos y embrutecido por caciques, leguleyos y usureros. ¡Despertad! Galicia va a festejar sus bodas con la libertad. Galicia irredenta se siente dueña de un sueño de libertad, que ha de ser guía para todos los pueblos peninsulares. Brama en el Orzán el gran maestro cantor de las rebeldías, el Océano, que es el mar de la libertad y de la cultura. Ruge en las

aldeas la fiera enjaulada, la masa popular que, despierta a la verdadera vida, que se ve, no obstante, su noche de tinieblas, con grillos en sus manos al despertar un nuevo día, con sus cantos de vida y nueva libertad. Simiente de libertad sois vosotros.

Que la pluma del escritor en la hora presente sea reja que roture con frenesí la costra virgen del alma popular, sedienta de cobijar los nuevos gérmenes. Helios, la luz, con su eterna sonrisa, con su diáfana pureza, será el protector de la sementera, primero, y de la cosecha, después.

Fe, amor y valor, gallegos, para sembrar primero y cosechar después. No os arredre la adversidad, aunque sea dura. El triunfo hay que merecerlo y hay que ganarlo por el atajo. *Vía recta, vía certa, decía Cavour.*

La República.—Orense, 24 de mayo de 1930.

PSICOLOGIA DE LAS "FUERZAS VIVAS":
ORENSE

EL concepto de *fuera viva* se contrapone al de *fuera latente* o *energía potencial*. Se conjuga por íntima solidaridad con la idea de *trabajo*. En una provincia como Orense, de 6.978,71 kilómetros, con una población de hecho de 412.460 habitantes y una población de derecho de 466.398, por lo cual resulta que el número de emigrados (declarados) se eleva a 53.938, lo natural y lógico es que se consideren, como fuerzas vivas, las fuerzas que trabajan, no las fuerzas que berrean. Porque así como existen un ente de razón, que se llama "*Encasillado*" (asonante de "*Empecinado*"), que sirve para suplantar la opinión que vota, existe otro ente de razón, que dimos en llamar *fuerzas vivas*, que es comparsa pandilla, partida, banda o lo que sea, encargada de hacer coro y dar resonancia, a los desigñios del amo que está lejos. Estas fuerzas vivas, son unas

veces ratas sabias amaestradas, para las consabidas piriñuetas de la "gallegada" (gaita, calzón corto, montera, etc); y otras, jauría de *cans de falleiro*, para ladrar telegramas a Madrid, suplantando la verdadera opinión viva gallega. De donde resulta, que la fuerza y el encasillado gallego, son hijos de la misma familia, de la familia de los parásitos políticos, de los amos, de los tiranos, que mantienen al pueblo al margen de toda acción sinérgica, y que se arrogan el derecho a pensar, sentir y querer por su cuenta. Tal vez ello procede, de que no hay en toda la provincia más que una ciudad, que aún con el Ayuntamiento de Canedo y núcleos municipales rurales, sólo nos da un censo de 25.867 habitantes. Y esta ciudad es el encéfalo visible de una población rural de medio millón de habitantes, distribuidos en 33 pueblos y villas, 2.323 lugares, 1.653 aldeas, 283 caseríos y 41 entidades menores de población, que nos dan un total de 4.333 núcleos de población rural, desvertebrada de la capital de la provincia, foso de ignición, caldo de cultivo de las fuerzas llamadas vivas. Ellas se arrogan el derecho de opinión y acción de toda la vida rural orensana. Las ansias, los deseos, el malestar, el propósito, los problemas, las aspiraciones del mundo rural se quedan en la categoría de *libido freudiano*, para la falange de perros con carranca, o gallinas corraleras de nuestras fuerzas vivas. Y así resulta una vida pública artificial, falseada, enteca, un pensamiento y una opinión colectiva, que secuestra, que suplanta la ver-

dadera opinión del pueblo. Así se provocan problemas artificiales en la capital de la provincia, mientras los verdaderos problemas de la masa de campesinos, quedan sin formular, sin plantear y sin resolver.

¿Y es esto una democracia? Los que se arrojan la representación y hasta la jefatura de un partido ¿pueden quedar satisfechos con esta mascarada sangrienta, satisfechos de su obra? ¡Satisfechos! En el fondo de su conciencia se sienten ¡*liberales!*, *amos tiramuelos*. Ellos a solas consigo saben que son indignos de una representación genuína del pueblo. Pero el pueblo duerme o vive embrutecido. Por eso se tolera con fruición la criminalidad, hay laxitud para los delitos de sangre y de robo, se hace sistemáticamente la selección de los hombres al revés, se les exige como primera condición *la obediencia incondicional*, y se mantiene a sabiendas la masa popular abotargada, hasta el punto, que el número de analfabetos en la provincia de Orense, es de 245.665 (censo de 1920). Del medio millón de orensanos saben leer sólo 16.896 y saben escribir 149.754. ¿Cuántos saben pensar? Los plurales, los borregos, de las fuerzas vivas, esos piojos o chinches de nuestra democracia orensana aparentan saberlo. ¡Y hay que ver la procedencia de estas fuerzas vivas!: *orejos, mestizos y extranjeros*, son la masa mayor de esta falange. Todos están en el secreto. Pactan la servidumbre propia, para mantener al pueblo embrutecido, esclavo, encadenado a la ignorancia, a la usura, a los bajos instintos de la pensión

criminal y al espíritu de *raillerie*, alimentado por curiales y por rúbulas.

¡Pobre campesino orensano! ¡Pobre mundo rural! Tú eres el Nazareno de los tiempos nuevos. Tus amos no son orensanos ni gallegos. Tu casa está gobernada, por huéspedes, por inmigrantes, que se hicieron los amos. Fuiste generoso en la hospitalidad y te arrebataron las llaves del hogar; y dentro del hogar tu independencia, tu amor, tu felicidad, tu hucha y tu despensa. Sientes el trallazo de la opresión en tu rostro y tienes que callar, porque la queja es vana. Los amos, son amos de tu libertad y de sus leyes que son los grillos de esa libertad que te robaron. Te arrebataron el pan de tus hijos y te resignas a emigrar. Siembran el sendero de tu vida de canalladas, de ignominias, de falsía; y tienes que pisarlo lleno de abrojos pero sin protesta y llevar resignado tu cruz, por el camino del sacrificio a tu Calvario. ¡Pobre pueblo! ¡Pobre pueblo!

Pero camina firme. No pierdas la fe, la fe en ti mismo. Esa fuerza viva espiritual, esa fuerza interior, al organizarse, al articularse en propulsión colectiva, arrollará a esa vil ralea de los profesionales de la opinión, de los innominados y rodrigones de las fuerzas vivas, de esa casta de la vieja política, que hay que barrer, como *cochambre* indigna de un pueblo valiente y libre, como chusma soez, porque es la mascarada sangrienta de la democracia.

¡Juventud republicana! ¡Hombres libres de nuestros campos! A la lucha con entereza y con fe. Hay

que redimir los esclavos. Hay que hacer de los esclavos hombres libres y de los tiranos, esclavos. La voz de los pensadores, poetas y apóstoles ha de vibrar como trueno en el seno de la conciencia rural. El canto de la vieja chicharra es monótono y hace dormir. Oid este de Curros:

“Mociños honrados
de sange bravia
Si ó mal d'os petrucios non fordes alleos,
Libradeos da morte;
Facei montería.

Nos lobos da terra, nos lobos dos ceos.”

Nuestra divisa en la cruzada es esta: fuera con los extranjeros y mestizos traidores a la sangre. Galicia para los gallegos. Orense para los orensanos. Democracia y República. Pan, tierra, trabajo, amor y libertad. Una estrella de ideales en la frente, un nido de ruiseñores en el corazón, una madriguera de serpientes, de odio y de venganza, bajo el diafragma, de hombres civiles y viriles; y unos brazos, para defender la Madre y para aplastar sus enemigos, para vencer, para luchar, para matar, para morir.

Así, con conciencia del propio poder, con fe firme, con certeza del triunfo, se polarizará en el espíritu del pueblo, en el alma rural, el foco de ignición de una fuerza viva colectiva, que ha de ser soberana. Y como no puede existir soberanía bipolar la falsa fuerza viva ¡la de los vivos!, se desvanecerá.

rá como un espectro al descascar los lobos. En realidad no es otra cosa que un espectro. Pero bien se sabe el Tirano, el Virrey gallego aquellos versos de Lucrecio y los cotiza:

Primus in orbe Deus fecit timor.

La República.—Orense, 31 de mayo de 1930.



CONCIENCIA NACIONAL GALLEGA Y GALLEGUISMO

EL espasmo, la llamada pasional que tuvo por tema la suspensión de las obras del ferrocarril de Zamora-Orense-Coruña, me da argumento para explorar los estratos, las formas y el estado de nuestra conciencia nacional gallega.

Debemos cantar albricias. Ya despertó el dormido. ¡Pero qué despertar el suyo más doloroso! ¡Terrible! Parece, que al abrir los ojos y al hacer latir con más fuerza el corazón, es fiera que ruge enjaulada, es brazo que se mueve galvanizado, es sonámbulo que marcha, iterando su rumbo por hipnótica sugestión, tras de letárgico sueño, después de catalepsia secular.

La conciencia nacional gallega, nos revela en su estructura dos capas, dos estratos, que por jerárquica sedimentación, dividen al pueblo en directores y dirigidos, más claro: en rebaño de borregos, y un pastor que los engorda y embrutece, para el matadero. El amo de este pueblo fué ayer el *monte-*

rismo y hoy lo es el *bugallalismo*. Los borregos son los hermanos de doble vínculo *d'o Tio Marcos da Portela*. Pero este régimen de señores y de esclavos, no es el de Nietzsche. No tiene superhombres. Los canallas están arriba.

Una prensa captada por dos amos, unos negocios financiados previamente, para incrustarlos en la conciencia colectiva, con el martilleo diario de campañas artificiales, una recua de bestias de alquiler, o de disfrute gratuito, organizada en clientelas profesionales, troqueladas en una universidad medioeval, unos intelectuales despavoridos y abismados, ante el espejismo de los problemas artificiales, pero sin perspectivas hondas en la mirada espiritual, para bucear adentro, en el corazón del pueblo, para auscultar sus propios problemas vitales, sin dejarse sorprender, ni fascinar por los manjares del amo: esa es la gran teoría de personajes, de personajillos y de entes decorativos de fantoches y mastines del Señor, del Tirano, del Virrey gallego.

Y acorralado por el pastor y por los mastines, donde las villas y las ciudades gallegas, un pueblo miserable en sus aldeas muertas o dormidas, una multitud, que en la inconsciencia, presiente a veces presagios de alborada y otras augura en agonizar lento en noche interminable sin estrellas en su cielo. ¡Sin sus estrellas rectoras! Poetas y profetas de su mesianismo.

Es fácil la acción inhibente o impulsiva, del amo, sobre este mundo dormido, o soñoliento, sobre es-

tas aldeas embrutecidas por el hambre, por la ignorancia, por el odio, por la envidia y por el miedo. La fiera fué domada a golpes, y se domesticó para doblez y falsía, se dejó limpiar por la garlopa. El lobo se hizo perro guardián. El ruiseñor y la alondra, señores de nuestros cielos, se dejaron suplantarse por la abubilla, con su nido en los tejados.

La conciencia nacional gallega es un coto cerrado para el amo, un encerado donde se pinta lo que a él le plazca, un plano de proyección de sus empeños. Es espectro, sombra.

La persona de cada uno ha de estar forzosamente atada por hilos invisibles a su imperio, y convertise de hogar vivo de libertad en monigote, que arde en ascua de odios sobre el lar de la desesperanza. El sentimiento, ha de tener en la *morriña*, el sueño del porvenir y en el recuerdo de un pasado mejor el saudoso alivio.

Antes y después son las únicas compensaciones para un presente, que aprieta y aplasta, como torno de tortura, al esclavo en su martirio. ¿Islotes de independencia? ¿Hogares de libertad? ¿Anhelos de rebeldía? ¿Y dónde están? Vosotros, vosotros que sois la vanguardia del espíritu gallego, la sal de la tierra, si sois espíritus puros ¿os sentís con fuerza, y con integridad suficiente, para plasmar en vuestros corazones y en nuestras almas una convicción primero y una conducta después? ¿Hay en vuestro adentro, una fe cordial,—la fe de los apóstoles, de los héroes y de los mártires—para trazar un evan-

gelio a la vida colectiva de Galicia? Que vuestras palabras sean sencillas y puras, que sean símbolo y decálogo de un nuevo vivir, santas, fervorosas, místicas con las llamaradas de los dones del Espíritu Santo de una nueva religión de patriotismo. Pero que vuestra conducta, a tono, a ritmo y rima con ellas, sea el poema vivo de vuestra *personalidad característica*, que amaestre al pueblo, en su propio vivir, en el suyo, sin recuerdos, sin sugerencias ni exotismos. No divorciéis la Ética de la dogmática, el ideario del praxología. Con dogmas no vividos, el sacerdocio es sarcasmo para lo santo y lo inefable; y con vida rutinaria sin alas de ideal, las almas se empiojan con la superstición o el fanatismo. Sin entusiasmo parecen, como flor que no besa el sol.

Un Corpus de Sangre y una Pascua de Resurrección para Galicia, hermana de Irlanda, hay que prepararlos con una previa cruzada, de almas y voluntades consteladas, en una aspiración común de almas forjadas y repujadas en el yunque augusto de la soledad, del amor y del trabajo.

Lo pragmático ha de ser fruto en su transgresión pacífica o revolucionaria—fatalmente revolucionaria, por su índole vital—de una honda meditación, de una serena concentración de almas elegidas, para ver, en un firmamento ideal, las estrellas radiantes, agoreras del amanecer gallego.

Y así de esta previa concentración expectativa e introspectiva a la vez de los *elegidos*—digo elegidos y no selectos—de los elegidos y ungidos por el

dolor, por la adversidad, por la fe y la esperanza en los destinos del pueblo, ha de surgir la clave del galleguismo. Porque el fruto es fruto de flor, que es primavera de esperanza. Y la fe no es creer lo que no vimos, ni crear lo que no vemos, como dijo Unamuno, sino ver lo que creamos y mejor aun crear lo que vemos. Es confianza en que la simiente será flor y será fruto. Es plasma germinativo en alas de la caridad y de la esperanza. Eso es la fe, la fe viva, la fe creadora, porque la fe sin obras es muerta. Quien no cree cordialmente, es impotente para crear.

Cuando entre el elegido y la masa surja esa relación cordial, ese maridaje en caridad,—que es prolífica en las gestas más gloriosas—, el fruto de esa íntima compenetración será la libre convivencia de una democracia consciente de sus destinos, dentro de los límites, que la libertad y la solidaridad trazan a cada ciudadano, como persona soberana de sí mismo y cosoberana del pueblo en quien se integra. En este régimen de leal libertad y de solidaria cooperación, el amo, se convierte en el enemigo común; y el cacique y las clientelas que con él conviven como comensales, y parásitos del pueblo, en sus cómplices y coautores. El delito que comete el tirano es de lesa libertad y humanidad. La pena que merece es la de muerte... civil.

Y es un deber, además de ser un derecho, la resistencia pasiva primero y la rebelión después contra el tirano y sus colaboradores, que sólo persiguen su bien a expensas del bien común. La conciencia

de esta necesidad vital, sentida con fervorosa y mística hermandad de vínculos de espíritu y de sangre en nuestra comunidad gallega se hace redundante en gestas redentoras, que no son realmente mesiánicas, porque en ellas cada cual se redime a sí mismo, pero que tienen el tono y el fervor de una nueva religión. Ejemplos vivos de esta gesta son Portugal y Cataluña en nuestra península, Irlanda en el Reino Unido, Brasil en América, los Vendeanos en Bretaña, los Piamonteses en Italia, y los discípulos de Gandhi en la India. Es decir que el nacionalismo, no es un *a priori* que se da como teorema especulativo para un pueblo, una entelequia con banderín de enganche y programa, sino una necesidad vital, un postulado, un imperativo categórico, un ideal regulativo, que nace, arraiga, crece y se desarrolla, como fruto de una conciencia colectiva unánime, en la convicción, única en el ritmo afectivo cordial, y soberanamente pragmática en el esfuerzo con plena seguridad en la victoria. La Nación siendo un germen, una posibilidad, un ideal, un sueño, en la conciencia de los elegidos con firme arraigo en la naturaleza y en la cultura, en la geografía, y en la historia, se hace realidad, deviene sintagma, se plasma en fruto de esfuerzo creador, por el trabajo y la guerra. El nacionalismo ha de ser, pues, método, camino para la aspiración final de soberanía en un pueblo. Forjemos, pues, primero conciencia nacional gallega. Lo demás vendrá por añadidura. Si planteamos el problema al revés nos exponemos

a cambiar de amos y perderemos la esperanza de convertir al pueblo en soberano y señor de sí mismo. O correremos el riesgo de que los mercaderes del ideal, los farsantes, los falsos apóstoles pacten con el amo y por grosera metensícosis el águila llegue a cerdo.

El ideal republicano, más que como forma, como plasma fértil de intrínseca rebeldía, al hacer comulgar en una nueva fe las almas, y latir con nuevo ritmo de saudade y alborada los corazones, es el clarín de guerra, que llama a los elegidos a su puesto de vanguardia y antes al desierto augusto y fecundo en la soledad, que nos prepara en ascética religiosidad, para las futuras peregrinaciones y cruzadas de emancipación, únicas que pueden dar al pueblo los caracteres de una verdadera resurrección, en la feliz mañana de su independencia, de su señorío propio, de su ser racional. Cada día, pues, nos ha de dar motivo para pensar primero y para sentir después los problemas gallegos, los nuestros, los únicos. Que la resistencia pasiva es escuela ascética de santa rebelión y camino seguro de independencia, con mística exaltación. Pensar con designio, resistir con firmeza, serenidad y paciencia son el alfa y el omega en el decálogo de la nueva Revolución.

La República.—Orense, 26 de julio de 1930.

LA POLÍTICA GALLEGA

EL FERROCARRIL ZAMORA-ORENSE-CORUÑA

I

LA política gallega está atravesando una fase crítica en su evolución. Ya no se concreta ni abajo, ni en las alturas, al impúdico cambio o comercio de *actas en blanco por patentes de corso*. Los de abajo y los de arriba se han confabulado para la finalidad común de los negocios *a la americana*. La política gallega se ha financiado. Al margen de este financiamiento está el *pueblo gallego*, desamparado, indefenso, víctima de sus opresores, de los que al parecer, siendo validos, son su mayores enemigos, de los que ostentan cínicamente una representación, que no les corresponde y buscan alianzas en la banca y en la plutocracia de otras regiones, para tener más subyugado el único país de los parias que quedan en la península ibérica.

El caso del ferrocarril Zamora-Santiago-Coruña

pone de manifiesto la espesa trama y la finísima urdimbre de intereses y de negocios creados a su sombra. Este estupendo negocio del *Panamá gallego* es el aglutinante de las viejas agrupaciones políticas gallegas y del upetismo. Las riñas y querellas entre los del viejo régimen y los del nuevo régimen son pleitos de familia, algaradas y voces en el comedor por mangonear en la despensa. Pero a la larga, la peseta es el dominador común de todas las ideas. Se trata de un estupendo negocio que cuesta a España unos quinientos millones de pesetas para construir aproximadamente unos quinientos kilómetros de ferrocarril, que no sirven absolutamente para nada; y lo peor no es eso, sino que significan una carga anual para el Estado de diez y siete millones de pesetas por la falta de rentabilidad de la línea, cuya traza sólo responde a un patente negocio de construcción y se presta por la fabulosa capitalización de las obras, al endose con prima para los intermediarios, aunque a la larga pague el pato el último tonto y se ahogue el último mono. Si causó escándalo la construcción del Santander Mediterráneo a razón de *ochocientas mil pesetas por kilómetro* y con un coste total de doscientos setenta y dos millones de pesetas, para unos cuatrocientos veinte kilómetros, mayor asombro e indignación tiene que causar la construcción de unos *quinientos cuatro kilómetros del ferrocarril de Zamora a La Coruña*, con un coste total de trescientos cincuenta y ocho millones y medio de pesetas, que con los intereses de

las cuatro anualidades que representa el promedio de la duración de la construcción (71,68) y el utillaje de la línea para el tráfico nos dan y nos quedamos cortos, una cifra de *quinientos millones de pesetas a razón de un millón de pesetas por kilómetro*; y como el coste total de todas las líneas adjudicadas por el Directorio y actualmente en construcción es de mil doscientos diez y ocho millones en números redondos, resultan que el ferrocarril Zamora-Coruña absorbe cerca de la mitad del total.

II

Tal como está trazado, podemos decir en castellano neto, que no sirve para nada, aun siendo absolutamente necesario. El trozo Santiago-Coruña, que es el más adelantado representa con respecto a la línea de vuelo de Santiago-Coruña, que es de cincuenta y cinco kilómetros, un desarrollo superior al cuarenta por ciento, tiene por rival una auto-pista o carretera de segundo orden, que es más corta en unos once kilómetros y el día que se construya el ramal de treinta y un kilómetros que una la línea del Norte con la directa de Coruña a Santiago, aprovechando los estudios, que duermen en el Ministerio de Fomento del Ferrocarril de la Tieira, la distancia de La Coruña-Puerto, a Santiago por la línea del Norte y el ferrocarril de la Tieira será igual a la directa Coruña-Santiago, con ventaja para las bases navales del Ferrol, Marín y Vigo

de tener una línea más corta para su intercomunicación, toda vez que la distancia Cortiñan-Meiramá-Santiago es de setenta y cuatro kilómetros y la distancia Cortiñan-Cesuras-Santiago es de sesenta y tres.

La línea Zamora-Puebla de Sanabria de ciento cinco kilómetros a través de una tierra con una población de unos trescientos noventa y ocho habitantes por kilómetro de línea con escasa propiedad y míseros cultivos, también sufrirá la competencia de la línea de autobuses del Noroeste Zamorano y sobre todo la del ferrocarril Medina-Benavente-Puebla, que llegará a la Puebla con igual distancia, atravesando importantísimas poblaciones como Tordesillas, Mota del Marqués, Villalpando, Benavente y Monbuey, línea que podrá quedar construída en unos dos años.

Estos dos trozos del Zamora-Coruña de ciento ochenta kilómetros de extensión y con coste aproximado de ochenta millones de pesetas, llegarán a producir a lo sumo veinticinco mil pesetas por kilómetro, es decir, un total de cuatro millones y medio de pesetas; y como las cargas financieras y la explotación absorberán siete millones y medio, el *déficit* anual de esta línea Zamora-Coruña en los trozos primero y cuarto, será de *tres millones de pesetas*; esto en el supuesto más favorable. Pero como de los ochenta millones, que cuestan los dos trozos, primero y cuarto, se han gastado ya unos treinta y seis y están por gastar unos cincuenta y dos,

a lo hecho pecho y del mal el menos. Terminense en hora mala y cuanto antes.

Los otros dos trozos segundo y tercero, es decir, el de Puebla de Sanabria a Orense y el de Orense a Santiago, con el Ramal de Prado a Verín y frontera portuguesa, representan unos trescientos veinticinco kilómetros de línea a construir, de los cuales, cuarenta y cinco están aún sin proyectar. El coste de estos kilómetros asciende a unos 358,40 millones de pesetas. *Como se ve a más de un millón de pesetas por kilómetro.* La traza de estos dos trozos discurre por lo más pobre de las provincias de Orense, Pontevedra y Coruña dejando fuera de la circulación a lo más rico. En el segundo trozo Puebla-Orense, de los noventa y siete Ayuntamientos que tiene la provincia con una población de 384.801 habitantes, quedan sin aprovechar la utilización directa del ferrocarril y, por tanto, desamparados 84 Ayuntamientos. La variante que lleva mi nombre resolvió a satisfacción estos problemas con un coste de 137,22 millones. El proyecto Cantero sólo favorece en este trozo a unos trece Ayuntamientos de la provincia con 200 habitantes por kilómetro de línea (por la variante son 1.000). No comprendemos, cómo las fuerzas vivas de la capital pueden hacer plataforma electorera para la construcción, ni amenazar con el paro de unos quince mil obreros, que son portugueses en su mayoría y que con el salario misérrimo que reciben sólo a Galicia van a depreciar la mano de obra en la vida rural de Oren-

se. Aparte de que el tal ferrocarril arruina la viticultura y deja en mantillas la minería y ganadería.

Con el trozo Orense-Santiago, sucede exactamente lo mismo. Si se tienen en cuenta, el tráfico local interprovincial y general, el rendimiento máximo de estos dos trozos será a razón de cincuenta mil pesetas por kilómetro. El producto bruto será de unos 16,20 millones de pesetas; y como las cargas financieras y el coeficiente de explotación absorberán anualmente para estos dos trozos unos treinta millones de pesetas, resulta, que el déficit anual de los mismos en la explotación será de unos catorce millones, que sumados al de los trozos anteriores nos dará para toda la línea Zamora-Coruña un *déficit de diecisiete millones de pesetas*. Esto en el caso más favorable para la rentabilidad de la línea.

Pero si se tiene en cuenta que construidos *treinta y un kilómetros*, precisos para unir el cuarto trozo con la línea del Norte y *ciento veintidós*, para unir la línea Benavente-Medina, con la de Monforte a León, la distancia de Orense a Medina será igual por el ferrocarril de la Sierra del Invernadero, a la del Miño y del Sil, y por consiguiente Vigo, Pontevedra y Santiago, quedarán igualmente favorecidos con cualquiera de las dos líneas; y Lugo, Coruña y Monforte quedarán distando de Madrid por la línea del Norte unos *seiscientos noventa y seis kilómetros*, y por la línea Zamora-Coruña *setecientos cincuenta y uno y medio*; la diferencia de cin-

cuenta y cinco kilómetros y medio, en favor de la línea del Norte puede asegurarle a esta última si sabe moverse, la posibilidad de llevar a la ruina a la línea del Estado Zamora-Coruña, cuyos intereses son supremos y hay que defender. Para esto basta, que la *Mancomunidad ferroviaria castellana*, que se ha constituido para la construcción del ferrocarril Medina-Benavente, se haga extensiva a Asturias, Galicia y León y se decida a construir los ciento veintidós kilómetros, que separan Benavente de la línea del Norte en el punto más adecuado.

III

Como están puestos en juego para construir 500 kilómetros de ferrocarril, unos *quinientos millones de pesetas*, de los cuales, hasta primero de enero del corriente año, sólo se han gastado unos *treinta y seis y medio*, de cuya cantidad los trozos segundo y tercero (Puebla-Orense-Santiago) sólo absorbieron poco más de medio millón de pesetas, al emprenderse por el Ministerio de Fomento la revisión de los planes fantásticos y orgiásticos del Ministro andaluz Conde de Guadalhorce, *las fuerzas vivas* de la Metrópoli y las fuerzas vivas y dóciles de las provincias gallegas, comenzaron a alborotar y a moverse para que no se arrebatase el botín de las garras de la fiera insaciable; y la imprescindible procesión de *los santones de la gallegada*—haciendo caricatura de

las rogativas para implorar la lluvia—, llegó hasta las alturas del poder en demanda de la confirmación y perpetración de estos desatinos, que si se llevan a cabo, dejarán sumida en la mayor miseria a Galicia, cuya región sin hombres para resolver sus problemas vivos y vitales, sólo tropieza con abogados de malos pleitos, ajenos a los intereses de la tierra, cuya representación pretenden ostentar. Abogados caros y malos. El ferrocarril central gallego, el de Orense a la frontera de Portugal; *¡cuyo concesionario es la Diputación de Orense pasa de treinta años!*, el ferrocarril del Aznoya, la Confederación hidrográfica del Miño y del Sil, los puertos de refugio, la refacción de la red regional de carreteras, el ferrocarril directo de Vigo y La Coruña al de Hendaya a Algeciras, con articulación para Barcelona, Valencia y Cartagena, los problemas de la cultura, los del crédito rural, son otros tantos centros de atracción vital que reclaman amparo y que deben ser preferidos en sus soluciones inmediatas a este negocio del *Panamá gallego*, que tantos idearios opuestos logró poner en conjunción, menos el auténtico, el genuino ideario de Galicia que reza así: *Galicia para los gallegos; Autonomía integral, política y económica de Galicia; y representación viva* de la conciencia nacional gallega, por hombres que respondan a las aspiraciones colectivas de Galicia. Pero esto sólo puede lograrse en un *régimen de plena democracia republicana*, único, que puede extirpar de raíz, el *cunerismo*, el *nepotismo*, la *yernocracia* y

el *funalismo de los viejos y gastados santones* de la política gallega, de esos que manejan la farándula local con hilos invisibles y la convierten en una organización de muñecos automatizados en sus movimientos ejecutados por el hambre y por el miedo. ¡Fieras que rugen o niños, que lloran, según la coyuntura de los imponderables (1)!

La República.—Orense, 4 de octubre de 1930.

(1) Este artículo no se hizo para obstruccionar la construcción de las obras del ferrocarril Coruña-Orense-Zamora, por el cual propugnamos hace treinta y cinco años, sino para hacer patente un negocio, el del *Panamá gallego*, para lo cual estamos documentados; pero sirvió de argumento para boicotear mi candidatura de diputado a Cortes Constituyentes. Desde 1925 yo guardé silencio absoluto ante el mal irreparable. Pero sería cobardía o complicidad, dejar de descubrir el *affaire*. Yo no pretendí jamás detener las obras del ferrocarril. Si tuviera fuerza para hacerlo, la emplearía, no para detener esas obras, sino para completarlas con mi «*Variante*», única que puede salvarlas de la catástrofe financiera nacional y de las garras de la Compañía del Norte. Se manejó también la insidia de que yo trabajaba o escribía al dictado de esa funesta empresa, cuya nacionalización pedí mil veces y hasta en la Memoria del Ferrocarril Orense-Zamora-Coruña, que publiqué, hablo de ella y de la M. Z. y A., que tuvo por consejero a Bugallal, como de los grandes cetáceos, que hay que apresar en la pesca de altura.

LA BANDERA DE GALICIA

No es cuestión trivial la de la bandera. La bandera es símbolo de la patria. Al desplegarse al viento, sostenida por el asta firme asocia en maídaje de amor leal, con símbolo indisoluble, las ansias vitales de la tierra, con los ideales del cielo. Es, pues, enseña del cuerpo y del alma de la Nación.

La Academia gallega y los corifeos del nacionalismo gallego, se decidieron por la bandera blanca con cáliz, hostia, siete cruces al centro, con corona real y con banda azul de izquierda a derecha. Ese símbolo forjado con los colores de Portugal monárquico, con los emblemas de la Mitra compostelana y con los de la monarquía castellano-leonesa, parece impuesto por los manes de Gelmirez, manes milenarios, de cuyo vivir inicial surgió el descastamiento sistemático de Galicia, atada desde entonces, por invisible cordón umbilical al tronco peninsular, a la monarquía castellano-leonesa. Y coincide ese símbolo con el significado del *Día de Galicia*, que es el día del Patrón de España. Esos imponderables, que

flotan en torno al galleguismo, los de la bandera y los del día de Galicia, acusan un falso renacer del galleguismo, un nacionalismo a flor de piel, y, si me apuran mucho, de mera indumentaria; renacimiento historicista y literario, al margen de los problemas trágicos—de vida o muerte de la patria—renacimiento, fosforescente como el fuego fatuo de un campo-santo, o como la siempreviva de una corona marchita sobre una tumba, renacimiento de literatos, que no de poetas, de predicadores, que no de apóstoles, de gremio de intelectuales, de sacerdotes de un culto, que no es precisamente el druídico, con el inefable misterio de los bosques sagrados, templo a la vez, altar, escuela, fortaleza y tesoro del pueblo. Y contra eso hay que ir, para hacer cruzada sacrosanta, religiosa, que puede ser escuela de mártires, viviendo en la adversidad el decálogo del genuino nacionalismo. A la retórica hay que oponer la acción, a las *verbas* las *gestas*. Pragmatismo.

A un pueblo no se le puede imponer por intelectuales, o por academias un símbolo que ha de ser emblema de lo más inefable y alto y hondo de sus entrañas y de su espíritu. Los colores de la bandera no pueden ser, como no deben ser, arbitrarios espejismos, del alma y del cuerpo, de la tierra que representa; como el color de la cara y la luz de las niñas de los ojos no pueden ser labor de maquillaje; sino expresión esplendorosa de la vida total, que es alma de belleza, en la cara de una mujer hermosa. Han de brotar de adentro, de lo más íntimo del ser, como

de la tierra surge la flor, y de la flor el fruto. Han de tener su razón de ser vital y espiritual en la propia personalidad nacional histórica y trascendente de la patria, que si hemos de sentirla y vivirla como eterna, no puede, ni debe, tener el color de sus galas, merced de la versatilidad, de una minoría selecta de galleguizantes. El color de la bandera ha de ser cuajo, de la fisonomía del paisaje y de la vida interior del pueblo. En Grecia y Roma los colores respondieron siempre a una significación racional. El rojo y el blanco perviven poseyendo lo que ellos le dieron. Por eso debemos aspirar a que la bandera de la patria, sea enseña para todos, republicanos y monárquicos, galleguizantes con espíritu compostelano y galleguizantes con espíritu atlántico, porque no se debe cambiar de bandera, como la culebra cambia de camisa para la fiesta de San Juan. Para eso cada confesión tiene la suya. Pero para la patria común, la que, como dice Barrés, se reduce a la tierra y los muertos, o la que según Federico Nietzsche es la cuna de los hijos, la que es para nosotros, cuna sepulcro, campo de cultivo, y hogar de tradiciones e ideales, martillo y yunque de una cultura, forjada al calor de la vida histórica, del pasado, preñada de porvenir, para la patria común, una y única debe ser la bandera, porque una y única es la madre, que la hermandad de gallegos reconoce para sus tres generaciones, para sus antepasados y para el porvenir, y hay que evitar a todo trance, que para unos sea madre, para otros madrastra, y para otros

manceba; y, sobre todo, que algunos cometan o intenten cometer con ella pecado de adulterio o incesto.

Está bien que Portugal haya cambiado de colores para su bandera, dejando el azul y el blanco, por el verde y el rojo. Al fin el *verde* y el *rojo* son *colores célticos* y el *blanco* y el *azul* son *colores cósmicos*, aunque en el fondo el blanco no es color, sino claridad. Lo que está mal, y muy mal, aunque la Academia gallega ordene lo contrario, es forjar una bandera con los desperdicios de la portuguesa, como hacer renacer una lengua falseando su evolución con la introducción de *lusitanismos* injustificados. Todo ello prueba que no se piensa, o no se siente lo que se dice o se hace, aún procediendo de buena fe.

Nada importa que la grey nacionalista, que enarboló esa bandera, y fuerza a veces la lengua vernácula, siga en sus trece. La bandera gallega, será para Galicia, lo que el pueblo gallego, soberano para la elección en este caso, dicte por plebiscito, o en la Asamblea nacional constituida. Y así como la Constitución de Weimar de 11 de agosto de 1919 en su artículo 3.º establece los colores del emblema nacional y Baviera, en el apartado 2.º del párrafo primero de su Constitución de 1919 hace lo propio y lo mismo Prusia y lo mismo Checoslovaquia, hasta el punto, que fijar los colores de la bandera, es artículo obligado de las Constituciones de la postguerra, entendemos, que mientras no se pongan de

acuerdo los ciudadanos gallegos, para votar libremente, la constitución gallega del Estado federal gallego, para la república gallega federada y confederada con otros Estados nacionales ibéricos para forjar la España Grande, no debemos adoptar otra enseña, que la de la tradición. Los celtas y galos tenían sus banderas, y los colores no eran precisamente el blanco y el azul. Las carabelas de Colón tenían sus banderas, las naves gallegas, que pelearon en Lepanto, tenían sus banderas; las de la Esquadra invencible, algo pueden enseñarnos respecto a este punto. Y mientras no nos pongamos todos de acuerdo, que la tradición gallega, no la del galleguismo compostelano y la del intelectualismo gallego, sea la que dé la pauta. Todo será preferible a esa enseña que parece arrancada de manos del peregrino y apóstol Santiago, viandante y navegante primero transformado en andante caballero después, montado en caballo blanco y al frente de las huestes castellanas, para vencer en Clavijo. San Patricio y San Jorge, tienen cada uno su ínsula en Inglaterra; aquí Santiago es patrón de España. ¡Lástima fué que quemasen a Prisciliano!

En las luchas de los celtas con los cónsules romanos L. Emilio y Cayo Atilio (225 a 220 años a. d. J. C.), en una de las batallas, que perdieron los celtas, ante el peligro, "juntaron—dice Verla y Aguiar—en un sitio todas las banderas, aún *aquellas de oro*, llamadas inmóviles que sacaron del templo de Minerva". El mismo historiador dice que los

guerreros, lucían “*bandas encarnadas sobre las lo-rigas*”. Lo que hoy llamamos platillos—*celras*—, eran pequeños escudos de metal, que batían antes de entrar en el combate. Los guerreros lucían brazale-tes y collares de oro. Ya tenemos, pues, que el oro, el amarillo y el rojo, eran los colores fundamentales, del pueblo celta, que guardaba como tesoros en sus losques sagrados custodiados por los druidas, sus armas y sus banderas.

Pero además de estos colores, entendemos nos-otros, que no puede faltar en la bandera de Gali-cia el color verde, que es el color de sus pinos, de sus robles, de sus prados y de sus mares, ni el color azul, que es el color de su cielo. Una bandera blanca es una bandera incolora, más propia de una *teoría* de *Efebos*, que de los descendientes de Atlante.

Así, pues, los colores de la bandera gallega deben ser como fundamentales el oro y el rojo, que nadie puede tachar de antiespañoles ya que además entra el rojo como elemento integrante de la de todos los pueblos célticos (Portugal, Francia, Inglaterra e Ir-landa). Por el color verde de la bandera se establece nuestra solidaridad para el símbolo con Portugal e Irlanda, la Verde Erin, la Isla de los Santos; y por el color azul se establece nuestra solidaridad con Francia.

La bandera gallega debe constar, pues, de los cua-tro colores fundamentales: rojo, verde, amarillo (oro) y azul. Distribuídos así: fondo oro, no amari-llo—*missit dives, Galletia pubem*—(Silio Itálico), dos

franjas azules, con tono, claridad y grado de saturación adecuados al oro, paralelas y horizontales en el borde superior e inferior, y *cetra* roja en el centro, con borde verde, orlado de tantas estrellas como ciudades y villas, tiene Galicia, y resaltando en la *cetra* el escudo.

Así, pues, la bandera gallega, será fruto de la colaboración de la historia de la raza y la psicología de la raza. Y como está formada por los cuatro colores fundamentales del espectro, su síntesis, nos dará la bandera blanca, que es la que promulgan la Academia y los renacentistas gallegos, con la ventaja de evitar todo compromiso arqueológico, con el espíritu compostelano de Gelmirez, que huele a antigüalla abacial y monárquica. Con lo dicho basta, para saber que hay un pensador gallego, en el siglo xx, no afiliado a ninguna grey nacionalista, pero que lo es hasta la medula y que hace profesión de fe de galleguismo, como protesta contra algún retórico de vanguardia, nacionalista de ocasión, *nacionalista católico, apostólico, compostelano*. ¿Se hará monárquico y bugallalista? Estos compostelanos son los verdaderos corruptores del alma nacional gallega; y así no me extraña, que le hagan coquetear unas veces con Portugal y otras con Cataluña, como si Galicia no tuviese, en sí misma y por sí misma valor pleno, como reina y soberana de su hogar y solar; como madre común de nuestra casta histórica, como señora de sus propios destinos.

A forjar, pues, Gallegos, la patria, que en ella

está inmanente su bandera. A educir, a extraer, de su entraña, de su seno y de su alma, los colores, sus colores, que son los rasgos inconfundibles de su personalidad característica y plena: la patria, con su emblema, que tenga el rojo de la sangre céltica, el verde de la tierra y del mar, que es el color de la esperanza y del recuerdo y es el ropaje o vestimenta de la Tierra Madre; el azul del cielo de los propios ideales, y el oro de la leyenda de gloria de nuestras tradiciones, forjadas por santos, por héroes y por sabios. Y así la misma mano inefable del destino, que teje la tela de la historia, teje la enseña de la patria, con el lino puro de su huerto en flor. Ese símbolo blanco, de "*Santiago y cierra España*" no es para nosotros gallegos bandera; *es sudario*.

La República.—Orense, 25 de octubre de 1930.

¿SOMOS UNA NACION O SOMOS UNA COLONIA?

Si la nación es una comunidad histórica, una comunidad permanente, unida por vínculos de la naturaleza y de la cultura, que forman un nodo en la conciencia difusa (*cenestesia*), o en la conciencia plena del grupo mismo, personalidad; si la nación es conciencia de un origen común, de una necesidad presente común y de un destino común, hay que confesar, que el pueblo gallego no ha llegado todavía a la categoría histórica de nación, aún llevando en su seno los gérmenes de plena nacionalidad. Para Fischbach (*Teoría General del Estado*) es la nación una comunidad humana, articulada por la raza, la lengua y la cultura y por la conciencia de una solidaridad interdependiente, de una solidaridad colectiva. El pueblo se hace nación o por desarrollo natural o por asimilación histórica y subsunción y dominio de otros. La garantía política y la forma de

vida pública subsistente es el Estado, el cual o ahoga a la nación en su desarrollo o es su forma política sustancial más adecuada y perfecta.

En Galicia, el hombre tiene con la tierra (*Telus*), una articulación natural; y una articulación artificial en la ciudad. En el fondo, el pueblo vive como siervo adscripto a la tierra. Los múltiples núcleos de población gallega están distribuidos en pequeños centros de población.

La población total de Galicia, que hoy calculamos en 2.811.055 habitantes (población de derecho) está distribuida así: 665.959 habitantes, que viven en ciudades y el resto, o sean 2.145.096 en el campo. La población urbana representa el 23,60 por 100. La rural el 76,40 por 100. En los países de sazónada cultura, como Inglaterra y Alemania, la población urbana supera o tiende a superar a la rural. En Francia se equilibran. En Rusia, en Italia, en Portugal y en España es mayor el coeficiente de población campesina. El desequilibrio se acentúa más respecto de Galicia, donde para 17 ciudades y 124 villas existen en las cuatro provincias, 6.360 lugares, 17.766 aldeas, 784 caseríos y 189 entidades de población menores. Esta estructuración demográfica acusa un régimen de vida colonial, un estado de primitivismo político, que no está contrarrestado por la función de las villas y de las ciudades. El régimen municipal gallego sólo nos da para las cuatro provincias 319 municipios, mientras que las cuatro provincias catalanas tienen 1.234 y las seis provincias

de Castilla la Vieja 1.681. Barcelona y Gerona poseen más municipios cada una, que toda Galicia, y lo mismo la provincia de Soria. Burgos se aproxima al doble.

Como la entidad política elemental gallega, no es la parroquia, que tiene un valor histórico, cultural y natural, sino el municipio, que como la provincia, son órganos políticos artificiales, toda la vida pública de Galicia está al margen de los propios destinos del pueblo gallego. Las ciudades, las villas, los municipios, las diputaciones, los tribunales de justicia, los organismos administrativos de Galicia, son mallas para pescar a bragas enjutas en el gran océano de ignorancia e indefensión de la vida rural gallega. El *campo* y el *paisano* son los dos desheredados, los dos hijos infortunados de Galicia. La ciudad gallega no se conjuga en la aldea. Es mano que aprieta la ubre de la vaca para ordeñarla.

El *campo* y el *paisano* son categorías del dominio feudal, mal llamado caciquismo en Galicia, porque trasciende de él en opresión y en servidumbre moral y económica del ciudadano gallego. Más que ciudadano es un paria, un verdadero esclavo. En este régimen feudal gallego, el amo y el cacique son dos eslabones de una misma cadena. La tierra y el campesino no tienen destino propio y personal. El pueblo gallego, como organización de una vida rural, con conciencia de sí mismo, de sus problemas vitales, de sus necesidades ineludibles, de sus derechos irrenunciables, es un ente de razón para el cacique

y para el amo: en realidad es su siervo o su víctima.

El pacto entre el señor y el cacique, es *fedus*, a base de pérfida dominación del ciudadano gallego y de la tierra gallega. Esta secreta alianza tiene el brutal y perverso designio de tener embrutecido al pueblo, a quien hay que domesticarlo y mantenerlo, con frugal ración como perro que ladra, pero que es imponente para morder. La obediencia se impone por el temor, más que por la adhesión leal. La lealtad se cotiza con favores y servicios mutuos. Al perro que se siente lobo se le acorrala y persigue hasta hacerlo emigrar o matarlo.

Para el cacique y para el amo no existe otra ley que su soberana voluntad, su despótico y caprichoso mando. Esta voluntad es libérrima para el cacique en su jurisdicción, sin otro límite que la obediencia incondicional al amo. Este otorga patentes de corso a cambio del pleito homenaje, traducido en actas en blanco, telegramas de adhesión y brujuleo de fuerzas vivas, que vivaquean con oportunidad, que rugen, aúllan o gimen, según la señal convenida, para que arriba su ficción de rebeldía o adhesión se pueda cotizar por el amo, en la sangrienta comedia del Parlamento o de la Prensa de Madrid.

Y el amo en Madrid es otro eslabón de la misma cadena con que se oprime, mediatiza y amordaza la libertad y la soberanía de España y por ende de Galicia. El amo, el virrey gallego, es una criada de servir del capitalismo internacional, que en Madrid

tiene su sede para metiatizar a España, por medio de oligarquías económicas y financieras con marchamo nacional. Cuando algún hidalgo de casta, émulo de Pardo de Cela, deja de quemarle incienso en el propio hogar, pues le repugna ser deudo de seres indignos, lo tiene emparedado, le va haciendo el vacío poco a poco, como a pajarillo metido en la campana de la máquina neumática, le va propinando ocasiones, para que se estrelle en todas, lleva la traición y la perversidad hasta el límite de poner asechanzas a la dicha y a la paz conyugal.

En la Edad Media, el derecho de pernada era un mero disfrute de las primicias de la virginidad, una prueba de que el siervo lo era hasta para padrear en el lecho conyugal, para yacer con su propia compañera. Hoy este derecho se ha pervertido de tal modo y agrandado, que para el amo, señor y virrey de la Tierra, el cuerpo es lo de menos; lo esencial es pervertir el alma, apresar la de la esposa incauta y hacerla instrumento de dominación del rebelde, que aspira a ser soberano en su hogar y libre en él para ser ciudadano en la calle. Lo esencial para él es el derecho de pernada espiritual.

El amo perverso no tiene inconveniente en desatar lo que Dios ató, para salirse con la suya, y de no lograrlo, para destrozar un hogar, dejando en él, inocentes huérfanos de padres vivos. ¡Liberal! ¡Conservador! ¿Será sarcasmo el epíteto para este *Pontifex máximus*, hecho carne y espíritu de tirano del pueblo gallego? Este monstruo moral, a la tiranía

y a la injusticia suma la perfidia, porque se vale de la amistad para esclavizar a quien llama amigo...

El virrey mediatizado por la plutocracia nacional e internacional tiene por táctica en Galicia el "divide y vencerás". Para eso ha convertido en colonia la nación gallega. Para eso pactó con los extranjeros. Para eso corrompe a los mestizos, persigue a los enxebres, les inculca xenofobia a éstos, y a aquéllos, les entrega el cetro de la xenocracia. Para eso trasiega los profesionales de la política de unas provincias a otras; para eso pretende tener a Temis por manceba y a Marte por compañero inseparable. Para eso hace sus bodas de Camacho con Mercurio y se divorcia de Minerva, haciendo cruzada sistemática contra los intelectuales gallegos. Para eso se mofa de las tres enxebres virtudes de la juventud gallega: pureza, es decir, virginidad, inadaptación y rebeldía, el gran capon espiritual que, en la corte de codicias y vanidades, se sintió a gusto en cebonera y se dejó corromper y pretendió corromper las aves de libre vuelo que volaban en torno suyo, cantando trinos de libertad, de odio y de desprecio.

El es el responsable moral de esta situación creada para captar derechos, concentrar poderes, aplastar la sacrosanta e inolvidable soberanía de Galicia, imponerle Poncios indignos, a pesar de las unánimes protestas de cinco millones de gallegos que sienten llegada su hora de afirmarse con dignidad civil y viril, ante el canalla engolado, que desde lejos cobardemente los quiere mantener oprimidos y deshonorados.

rados ante el mundo—deshonrados por no saber usar de sus derechos y comportarse como hombres—, para demostrar que, a pesar de todas las revoluciones emancipadoras, es el amo y ha de seguir siéndolo. Él tiene la constante y perpetua voluntad de hacer lo que le venga en gana, como déspota y tirano. Este régimen de injusticia social lo apoya en el miedo, en la cobardía y en la concupiscencia de su ralea, de sus clientelas encanalladas y envilecidas por el ansia de botín y el pavor a la cólera del Faraón del Noroeste. ¡Insensato! ¡Ha llegado tu hora! El pueblo va a ajustarte las cuentas y las vas a pagar todas juntas. Las víctimas de Osera, Sobredo, Túy, Santiago y Lugo, han desatado las furias por los campos gallegos. Claman venganza con santa indignación. Ha sonado la hora de la emancipación de los siervos. Galicia, con una conciencia nacional sensible, convencida y resuelta para la acción, siente la nostalgia de su aurora de libertad merecida y no lograda. Los que arriba se hicieron cómplices del asesinato y del robo, los que fomentan o consienten el cohecho y la prevaricación, los que mantienen clientelas a base de corrupción de la vida profesional, son los que abajo tienen encadenadas las manos de cinco millones de gallegos, y tinieblas en el alma y miedo en el corazón de una tierra que hizo Dios para paraíso, y el demonio de la política ha convertido en infierno de los desesperados y en el limbo de los tontos. Galicia sabe que tiene sin redimir la tierra con un régimen foral favorable al señorío,

que le han arrebatado su derecho para imponerle el mal llamado común, mientras Cataluña y Aragón reivindicán sus fueros, que le impiden hablar su lengua que tiene por hijas la portuguesa y la brasileña y es hablada por cincuenta millones en cuatro Continentes, que tiene mediatizada su economía, desbaratada su cultura, falseada su religión, encanallada su moral... Galicia sabe, que el amo, que el virrey gallego, con la confianza de las herederos del monterismo que no son gallegos, abriga la satánica intención de tener al pueblo embrutecido, aletargado, pasmado, agonizante o moribundo, para impedir que cobre fuerzas en una revolución redentora. Prefiere ser el amo de piaras de cerdos y rebaños de borregos, a ser conductor y caudillo de almas libres, su Buen Pastor, hacia la meta del ideal colectivo. Y por eso Galicia resuelve redimirse a sí misma y eliminar de la vida pública esos amos indignos, esos infames tiranos de su hogar y de su cultura. "*Os tempos son chegados...*" Los tres puntos de apoyo del amo son: el centralismo, las Diputaciones y los Ayuntamientos, con la colaboración social de curas embrutecidos, usureros insaciables y caciques dóciles. Los tres puntos de apoyo de *la joven Galicia*, de la tierra irredenta hasta hoy, van a ser escuela, la ciudad, alma mater, tutora espiritual del campo, y la aldea, fuente inagotable de rebeldías santas, de grandeza de alma y de heroísmo immaculado, que es el brazo poderoso para hacer *sui juris*, persona libre al pueblo maniatado por tiranos y explotado por ca-

ciques, rábulas y usureros. Pero se impone la cruzada espiritual a una nueva clase de peregrinos, de apóstoles del ideal del galleguismo, llenos de amor, de espíritu de renunciación, de entusiasmo; y, sobre todo, de valor para derribar este castillo de la tiranía en ruinas; porque, como dice Gandhi, sólo tienen derecho a derribar los que han demostrado que saben construir. Y sólo tienen conciencia de este derecho los que son valientes para ver la verdad y plasmarla, en gestas históricas, por una Revolución. "*La senda de la verdad—dice el poeta—es la senda de los valientes, inaccesible a los cobardes.*"

La República.—Orense, 1 de noviembre de 1930.

EL ESTADO NACIONAL GALLEGO

GALICIA PARA LOS GALLEGOS. No pretendemos traducir a nuestro ideario la doctrina o, mejor dicho, el mito de Monroe, sino la idea de "*fin en sí*", propia de toda persona moral, según la doctrina kantiana de la personalidad. Es decir, que Galicia, para ser Galicia, para que la palabra Galicia signifique no un *flatus vocis*, sino algo, una esencia, una realidad que vive, aunque viva "*asoballada*", ha de tener conciencia de sí misma y de su fin y ha de tener voluntad, resuelta y decidida voluntad de lograrlo. Nada conseguirá Galicia con recordar su pasado. De los recuerdos viven los viejos, que están cerca del sepúlcro. Nada conseguirá tampoco soñando un porvenir. De ilusiones viven los niños y, al morir, siguen viviendo en el limbo. Para que Galicia, como pueblo, adquiera peso específico, que le dé categoría histórica, en el escenario de la historia de España y de la historia de la cultura, *ha de ser persona* y saberse como tal. De donde se deduce, que todo lo que hasta ahora llevamos hecho o se reduce a música del porvenir, o a *ne recorderis*,

es decir, responso fúnebre del pasado. El presente es la categoría vital, que en la placenta del pasado gesta el porvenir. Y el presente de Galicia es un presente doloroso, trágicamente doloroso como el del indio. José Enrique Rodó, en el "*Mirador de Próspero*", entrecomilla el retrato que de Montalvo nos da del indio. "Es triste, esa vasta plebe cobriza—dice—caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe, y aún más que triste, sumisa y abatida. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo." Y en otra parte dice Montalvo: "Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador haría llorar al mundo". Montalvo es una de las figuras más grandes de Hispano-América. Es el enemigo eterno del espíritu conservador (bugallalista) y teocrático. Este retrato corresponde exactamente, sobre todo en su psicología, al de nuestros tres millones de labriegos: "*El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo...*" Y lo peor es, que el hombre de nuestros campos gallegos, es consciente de que tiene atadas las manos con cadenas y el alma en tinieblas, de que fué impotente todo esfuerzo de autorredención y que hasta hoy tuvo muchos pseudo-redentores, que hicieron de alcahuetes, que se vendieron al amo y al tirano, para clavarle más en su cruz. Pero merece ser esclavo, el que, sabiendo que lo es y careciendo de verdaderos redentores,

no se resuelve a redimirse a sí propio. No hay cadenas que opriman una voluntad, ni mano que imponga silencio a la voz que sale del corazón de un pueblo, que quiere ser libre de veras... Entre la esclavitud y la libertad no hay término medio. La conciencia colectiva de Galicia vibra hoy en cada conciencia individual. Las palabras "*irredención, esclavitud*", suenan como trallazos en nuestros oídos. Un amo sin alma, usurpa el voto, de la manera más canallesca, nefanda y maquiavélica, para formar un rebaño de 50 borregos parlamentarios, que no tiene más objetivo, que servir de puntal a una institución monárquica fracasada y a una oligarquía de negociantes corruptores y corrompidos. Ese rebaño, o esa piara, no adquiere la categoría de "*cotarro de sacamuelas*", siquiera, empleando la frase despectiva de Bismarck. Sólo saben decir si o no, como el amo les enseña ¡Y Galicia al margen de esta farsa! ¡Y la prensa gallega y los intelectuales gallegos, sin viriles arrestos, para descorrer el telón y quemar los bastidores, para ver el tinglado de esta farsa, escarnecedora, embrutecedora e inhumana!

¿Dónde están los "*buenos y generosos*"? ¿Qué quiere decir bueno y generoso en este momento crítico? Bueno quiere decir hombre honrado y de valor. Generoso quiere decir, que ahora hay que ponerlo todo a una carta. Porque la soberbia, el tono de vacundad almidonada y de mediocridad envanecida, nunca tuvo más alto exponente en la prosa y en la

verba del Nabuconodosor de Occidente, que corta el bacalao y bate el cobre en un corro de castrados o cebones agradecidos.

Hoy por hoy, no hay más problema que éste: *Galicia para los gallegos*; es decir, Galicia debe tener conciencia del imperativo categórico, de la ley del deber, que pesa sobre su conciencia, de hacer por su propio esfuerzo, y por su libérrima voluntad su camino. La clave del vivir como persona libre es la voluntad recta, tenaz, indomable, perseverante, que va al fin a hacerse soberana y una razón común, un ideario vital, un haz de problemas y de motivos de razón y de pasión gallegas, que muestran claro y expedito el camino y los medios y resortes para caminar. Y puesto que el pueblo gallego está al margen hoy de la política de los que secuestran la voluntad de Galicia y corrompen con incalificable perversidad las clases directoras de Galicia, hay que ver en todo eso un estorbo y tener el gesto varonil de echar el agua y la escoba, para limpiar las manchas y hacer desaparecer los chinches y piojos de nuestro sacrosanto "lar". He dicho que este régimen corriente de esclavitud disimulada de libertad, es un régimen feudal. Pues me he quedado corto. Porque, en el fondo, lo que acusa el régimen político gallego es una primitiva organización tribal o de horda berberisca, cabileña, donde, como dice Wundt en su *Ética*, los únicos ideales son el poder, el mando y la propiedad, el dinero. Caciques, santones, caudillos, y mandarines, son

superhombres, mejor dicho, superanimales perversos de la misma canalla moral, de la misma ralea política... Forman partidas, y no partidos, bandas de esclavos y no corporaciones de almas libres. La horda sigue siendo horda, aunque con el sutil taparrabos del bugallalismo, hábilmente confeccionado, por curiales, usureros, curas, caciques e intelectuales, sellados con el sello de tal ganadería.

Al amo, al virrey, al tirano que copia Luis XIV diciendo en Madrid: "*Galicia soy yo*", tenemos que decirle cinco millones de gallegos: "*Galicia somos nosotros*". "*El Estado gallego*", somos nosotros, empleando la frase lapidaria de Federico Naumann. A ese poder sin límites, arbitrario, violento, corruptor y corrompido, que priva al pueblo gallego de la función legislativa para trazar autónomicamente normas para su vida en un parlamento propio, que corrompe y vicia la administración, convirtiendo sus cargos en sinecuras, que pone asechanzas a la independencia del poder judicial, desde el más ínfimo juzgado hasta el más alto Tribunal de la nación gallega, a ese régimen de inhumana, de inicua ilegalidad, hay que oponer, gallegos, un "*Estado de Derecho*", un "*Estado de legalidad*", un "*Estado popular y democrático*", que, aunque sea consciente de que él no lo puede todo, esté seguro, de que nadie puede más que él y de que vive dignamente, libremente su vida heroica y humilde, sin estar mediatizado por un amo, que va a lo suyo en política y le importa un bledo Galicia. Tan poco le importa, que sus me-

jores aliados en Galicia son los orejos, los maragatos y los fenicios de Cataluña, es decir, los extranjeros. Este virrey como los de la India, pacta el servilismo de un pueblo y le hace traición, entregándole atado de pies y manos a los de arriba y a los de abajo, para que lo encanallen, envilezcan y subyuguen. Este es el amo.

Tenemos que forjar, gallegos, el Estado nacional gallego, que es organización integral del pueblo gallego, para la realización propia o tutelar de fines económicos, jurídicos, éticos y culturales gallegos. Este Estado nacional gallego ha de tener como fines, organizar la fuerza, el derecho y la cultura de Galicia para sí misma, y eliminar de la vida pública, los que hoy emplean una fuerza, un derecho y una cultura extraños para aplastar la autonomía de Galicia y tenerla esclavizada a su despotismo, que es autocracia que negocia con el alma y con la tierra gallega. Este Estado nacional gallego es el que, por soberano esfuerzo, ha de dar categoría de Nación, dentro de la comunidad española, a Galicia, pueblo hoy escarnecido, humillado y objeto de irrisión y de desprecio hasta de los mismos que la dominan. Pero para eso hay que forjar una conciencia colectiva, dentro de la comunidad del pueblo gallego, para elevar la nacionalidad a la categoría de nación, es decir, de personalidad colectiva. El futuro Estado nacional gallego, ha de basarse en la economía, el derecho, la moral, la cultura y la técnica de Galicia, para lograr que se deroguen los

actuales sillares de la dominación gallega, sometida al yugo bugallalista. Este Estado nacional, que lo es porque encarna en la nación, forja la nación y le da medios para subsistir históricamente, ha de ser la obra de nuestra mente y de nuestro corazón, obra de libertadores, de cruzados, de caudillos de un ideal. Escritores, pensadores, poetas, apóstoles, redentores y mártires gallegos, a la obra. La tierra está en sazón para la siembra.

"Ceibai novas ideas: daran frores."

La República.—Orense, 15 de noviembre de 1930.

LOS GENERADORES DE LA CONCIENCIA REPUBLICANA DE GALICIA

LA CIUDAD GALLEGA

V^A para doce años que publiqué en "El Sol" un artículo titulado: "*Hagamos la gran ciudad a nuestra imagen y semejanza*", convencido de que Galicia no tendrá conciencia gallega, mientras no disponga de dos o tres grandes ciudades gallegas, por lo menos. Ese artículo suscitó la oposición sistemática de algunos *intelectuales rústicos*, para quienes la aldea es un tópico para hacer artículos, poesías y libros, pero no una viscera o un sistema del organismo nacional gallego. Contesté a esos redentores del galleguismo, con una conferencia en el Centro de Galicia, de Madrid, en 1925, y unos artículos publicados en "Galicia" y "El Pueblo Gallego", demostrando que, antes de pocos años, Vigo y La Coruña pasarían de cien mil almas, si la gran ciudad gallega se organizaba como "Ciudad jardín". El inusitado crecimiento de Vigo y La Coruña, su-

perior a toda ponderación, colocaba a estas ciudades atlánticas, en segundo plano respecto de Oporto, Lisboa y Sevilla, pero en plano superior a todas las ciudades del Cantábrico, con excepción de Bilbao. El tema capital de la gran ciudad gallega era encauzar el galleguismo; en un proceso cultural histórico, conjugando con la cultura atlántica y respondiendo a la primacía geográfica de Galicia respecto de los demás pueblos peninsulares. En el Mediterráneo del Porvenir; en el Atlántico, Galicia ha de ser en este mar lo que es hoy Cataluña en el Viejo Mediterráneo levantino, intracontinental, en oposición al nuevo, que es de carácter y valor intercontinental, e intercontinental precisamente para los tres Continentes de máximo porvenir geográfico y por ende histórico.

La ciudad gallega, según los datos de mi archivo geográfico, nos da las siguientes cifras de población, comprendiendo en su masa la de los núcleos suburbanos:

	<u>Habitantes</u>
La Coruña... ..	105.991
Ferrol... ..	89.347
Santiago... ..	43.660
Caramiñal Santa Eugenia... ..	47.546
Betanzos... ..	9.086
<hr/>	
Población urbana de la provincia de La Coruña... ..	295.630
	<hr/>

Pontevedra-Marín... ..	48.801
Vigo-Lavadores-Redondela... ..	112.794
Arosa... ..	32.212
Tuy... ..	13.484
Bayona-Ramayosa-Sabaris... ..	22.628
Guardia-Rosal-Tomiño... ..	26.386
<hr/>	
Total de población de la provincia de Pontevedra... ..	<u>256.305</u>
Orense-Canedo... ..	31.039
<hr/>	
Total de población de la provincia de Orense... ..	<u>31.039</u>
Lugo... ..	35.928
Ribadeo... ..	9.041
Vivero... ..	13.223
Mondoñedo... ..	10.370
Monforte... ..	14.420
<hr/>	
Total de población de la provincia de Lugo... ..	<u>82.982</u>

En resumen, la población urbana de los diez y siete núcleos ciudadanos de Galicia es de 665.956 habitantes; y como la población total es de 2.811.055 sin contar las de las colonias autónomas de gallegos, que le elevan a cinco millones—uno menos que Portugal—resulta, que la población urbana representa el 23,60 por 100 y la rural el 76,40 por 100 de la población total. Si la población, diseminada en 17 núcleos, estuviese concentrada en uno solo, de 665.956 habitantes, es indudable, que el en-

céfalo, el corazón, los pulmones y el sistema vascular y nervioso, de Galicia, habrían estructurado la nación gallega como organismo vivo, como centro radial de cultura creadora. Pero la tónica del organismo gallego no es de intensa vitalidad, es de atonía. En ella, el espíritu colectivo, o está durmiente o latente, por no decir muerto o agonizante. La ciudad gallega es una ciudad espectral, espectacular y tentacular. Es sanguijuela, que chupa el jugo de la sangre, no abeja, que elabora el jugo de las flores, en sus peregrinaciones laboriosas por la selva. La ciudad, la verdadera ciudad forma con la villa y la aldea, la "*Sagrada familia de la cultura humana*", y del trabajo redentor, de la vida civil y libre. Es el reducto de las almas libres contra la tiranía domeñadora de los campos, sumergidos en esclavitud y servidumbre seculares. Y se da el caso rarísimo, tristísimo, inaudito, como el de ciertas aldeas de Asia y del Continente Negro, de la existencia de conglomerados urbanos, en Galicia, sin vida urbana, de grandes aldeas que pasan de diez mil habitantes. Ese odio a la aldea, de la que en nuestras ciudades gallegas la mesocracia que vive al día con pujos de aristocracia, pero como comensal o parásito del presupuesto provincial municipal o del Estado, dice despectivamente que embrutece, envilece o empobrece, no se justifica para ciudades, sin alma o con alma más pobre, más primitiva y más vil, que la de nuestras aldeas, porque pobreza no deshonra, y laboriosidad más honra que

envilece; y más despierta el ojo al oído y el corazón, la naturaleza, que el vivir callejero o noctambulesco de la ciudad encanallada y envilecida por el ocio y la corrupción. Hay que cambiar el ambiente espiritual y económico de la ciudad gallega.

Si la idea y el ideal republicano han de responder a los de una comunidad moral, organizada libremente con plenas y efectivas garantías jurídicas y económicas para todos, con perfecto control del funcionamiento de instituciones democráticas, que se ajustan al empeño del mejor vivir posible del mayor número posible, de mentes de voluntades y de corazones, es indudable, que el plasma germinativo de esta idea y este ideal hemos de cultivarlo en la ciudad gallega del presente, con apetito de porvenir, forjando en ella estados de conciencia que la capaciten para una misión histórica, rectora de los destinos del pueblo gallego, para la conciencia de los problemas vitales a resolver, para la idea de plena responsabilidad por su actuación o dejación, para la capacidad de sensibilidad emoción y pasión, sobre todo por la injusticia, la adversidad, la calamidad o la desgracia; y, por último, para el firme propósito de actuación con una tenaz y decidida voluntad de poder, que es fuerza moral y verbo de toda coacción jurídica, de toda violencia, precisa para instaurar nueva legalidad. Cuando la renovación no se hace por la fuerza de la razón, la salud del pueblo es la última y única razón, que justifica el empleo de la fuerza, que reduce a escombros la vieja legalidad

convertida en madriguera de injusticias y en resorte de iniquidades.

La ciudad gallega ha de adquirir, pues, en los momentos presentes, conciencia de sí misma y de su necesaria actuación para los destinos de Galicia. Ha de capacitarse para ser rectora y no regida. Ha de sentirse reina de los propios fines, como persona libre, fines, que son los de Galicia; y no esclava del bugallalismo opresor, ni alcahueta o prostituta de esas figuras de relumbrón, que viven en ella, y no precisamente como modelos de honrosa laboriosidad, como espejos de virtud y de saber, sino de la manera más indigna, como criollos enviados en el biberón de los consabidos enchufes, o de las orgías del presupuesto, que forjan a su gusto.

Su vida en la ciudad es vida de escándalo, de escarnio o de ludibrio, tanto más digna de oprobio y de protesta, cuanto más estólido es el cinismo del amo, en escoger sus instrumentos de dominación, sin repasar en los antecedentes penales de la patulea que recluta. Lo cual indica, que el denominador común del amo y de su gente, tiene el mismo coeficiente de perversidad; y que el ser honrado para sentar plaza en la legión de los desalmados es un estorbo y una protesta viva contra el modo de vivir de esos legionarios de la política profesional, cuyo trabuco es la influencia, el padrinazgo, o el nepotismo y cuyos proyectiles son la calumnia, la intriga, la maledicencia, y la encarnizada persecución de las personas honradas.

Si la conciencia republicana tiene pudor, capacidad para indignarse, valentía para proclamar la injusticia, valor para aplastarla, serenidad y firmeza para controlar la actuación de los bandidos, de la gente de mal vivir, de la ralea, de la patulea, de la chusma, de esa fauna de hampones, de vagos y de pícaros de la vieja política, el primer deber que se le impone, es el de deslindar los campos, para que los que deshonran la ciudad con su falta de pudor, de honestidad y de decoro cívico se queden solos. Porque ellos son los enemigos del pueblo. Es enemigo del pueblo, el que le entrega al amo, para que viva esclavo, el que come el pan que suda el pueblo, sin trabajar con él y para él; el que con egoístas y perversos instintos, va a lo suyo en la cosa pública y por malos caminos en vez de darse todo entero, con alma y vida de personales esfuerzos a la ciudad, que es comunidad de vida económica, jurídica y espiritual. Unidas las ciudades gallegas en constelación de fortalezas libres, de hogares de la emancipación de la madre que vive esclava y miserable, como bestia de alquiler, del bugallalismo lograrán por fin adquirir conciencia de su destino común, de la suerte histórica actual que les incumbe, del deber vital que pesa sobre ellos, de recoger calor y vida de todos los ambientes y proyectarlos sobre el campo, después de imprimirles el cuño de su personalidad en el campo donde las aldeas entenebrecidas y amedrentadas como palomas en el fragor de la tormenta, vuelan sin orientación dentro

del coto del caciquismo gallego, que es el cazadero o la montería para viejos, lobos rebeldes, y para apresar lobeznos y convertirlos en perros amaestrados, en perros-policías, del amo y de su falange.

¡Anfictionía, Asamblea, Parlamento! ¡Verbo, corazón y voluntad! ¡Conciencia urbana de Galicia! ¡En tus entrañas late la futura constitución del pueblo gallego, la nueva declaración de derechos y de deberes, de nuestra nación republicana, el decálogo de las normas futuras de civilidad política y de cultura humana, el exponente moral del honor cívico, la trayectoria ideal de nuestro devenir! El sentido de la orientación, el sentido del equilibrio en las aves de libre vuelo, en las ciudades gallegas, que son las aves anilladas del porvenir gallego, las marca una línea ideal por los espacios libres del cielo gallego, del cielo de nuestros ideales donde se forja el rayo y el trueno y donde luce el sol, mensajero de vida y de fecundidad, y, por consiguiente, de pervivencia y subsistencia histórica. La ciudad gallega tiene que redimirse a sí misma, primero, para redimir a la aldea después. Tiene que moldear el espíritu de la juventud, resorte de rebeldía, manantial de pureza, cuna y plantel de esperanza. Tiene que dar plena solidaridad y espíritu nacional a la prensa para forjar en ella y en el Parlamento gallego, que en la ciudad se ha de plasmar el verbo de nuestra futura democracia republicana.

Tiene que organizar el trabajo, redimir la escuela y seleccionar la formación de las futuras clases directoras del galleguismo, semillero de los futuros hombres representativos de la nacionalidad y de la cultura. Y tiene que revertirse a la aldea, para encarnar en ella su espíritu, para vivir con ella en eterno maridaje de cultura, de trabajo, de saber, de dignidad colectiva y de amor, raíz, de patriotismo, que es amor redundante y transcendente. La misión de la ciudad gallega es hacer política gallega, política en el sentido de ciencia de los ideales de un pueblo, no en el sentido en que la emplea hoy el bugallalismo, según el cual es arte o arteria o cetrería, realidades; ¡y qué realidades más asquerosas, más indignas! Realidades, que huelen a cadáver y que están oteadas, desde los horizontes más lejanos por las aves agoreras de la Revolución:

*“Sempre un cadavre
Tiña que ser o fruto
Do xerme, que deixou Martínez Campos
N-o ovario de Sagunto”* (Curros.)

La misión de la ciudad gallega, es forjar la conciencia republicana de Galicia, cuyos valores son el sintagma de una democracia social. Solidaridad, justicia, honradez y decoro: ¡Civilidad! ¡Civismo!

La República.—Orense, 22 de noviembre de 1930.

LOS GENERADORES DE LA CONCIENCIA REPUBLICANA

LA ALDEA

S i la aldea representa un 23 por 100 de la población total de Galicia, mientras que la ciudad sólo se cifra en un 76,40 por 100, es indudable, que el centro de gravedad de la evolución de la conciencia política del pueblo gallego es la aldea. De aquí dimana su importancia, como generador de conciencia nacional republicana. Según como viva y sienta, piense y obre la aldea en Galicia, así elaborará una autarquía, un principio de soberanía para el Estado nacional gallego, que ha de ser genuinamente republicano. Aun cuando la ciudad sea el encéfalo y el sistema nervioso del organismo político y la aldea un sistema visceral y muscular, ambos sistemas se conjugan como irreductibles categorías de la vida nacional. Son el varón y la hembra, que se atraen con fuerza irresistible para convivir en maridaje laborioso, creador y fecundo.

Pero la conciencia nacional gallega en el mundo rural está difusa; tiene carácter crepuscular o colonial, latente esporádico, subconsciente. Si la vida urbana de Galicia, como encéfalo de la nación gallega, se localiza en diez y siete zonas corticales distintas, sin elementos de proyección y asociación entre sí—hasta el punto de que hoy no puede hablarse de un espíritu urbano, compacto, uniforme, alma máter de las ciudades gallegas, y, por tanto, unánime—; y esta falta de solidaridad explica el escaso influjo de las ciudades gallegas en la vida internacional, en la vida peninsular y en la vida rural de Galicia; con mayor motivo, los núcleos de población rural, cuya masa es de 2.145.096 habitantes y cuyo número se eleva a 6.360 lugares, 17.766 aldeas, 784 caseríos y 189 entidades menores, con un total de 24.999 núcleos de población rural frente a 17 ciudades y 124 villas, forzosamente han de estar disociados, dispersos, desarticulados por falta de solidaridad entre sí. Podemos hablar tan sólo de una conciencia rural, naciente o durmiente, letárgica, cataléptica, aunque con tendencia a la unidad personal; pero no podemos hablar de una constelación de núcleos rurales, libres, autárquicos; de un sistema de fuerzas económicas y conscientes con un centro fijo personal, consciente de su fin libre, responsable, foco de condensación de todas las energías de la vida rural, orgánicas y espirituales y centro de radiación y proyección, con el sistema de núcleos urbanos

conjugado. Este aislamiento, este particularismo, esta atomización *ad infinitum* del organismo rural, lleva aparejado el riesgo de su exagerado individualismo en una vida local, que ni se conoce, ni se siente, ni se posee, el riesgo del *minimifundio espiritual*, donde la conciencia de los campesinos se ahoga como náufrago que se siente solo, luchando con el mar. El aislamiento es propicio al *divide y vencerás del amo*. El *númen bugallalista* lo ha creado. El *nómen*, hizo el *númen*. Ambos el mito. Del mito nació el culto.

Para organizar la democracia social gallega hace falta articular las ciudades gallegas en anfictionía de ciudades libres y hermanas, y las aldeas de Galicia, en cuentas de un único rosario o en granos de la misma espiga de centeno o de la misma mazorca de maíz. Y después, solidarizarlas mutuamente en viva y perenne radiación de saber, de simpatía, de amor y de trabajo creador. Porque son categorías básicas de la vida nacional del pueblo gallego. El fin de la ciudad gallega es tutelar con su cultura y su poder, la vida de la aldea, ser su guía, su faro, su mentor, su progenitor, elaborar para los campos una vida espiritual, una cultura que sea el pan del alma. El fin de las aldeas, es recoger, como en placenta maternal, de humanidad dignificada y contenida por su vivo contacto con la tierra madre, la simiente de vida espiritual, que incubaba la ciudad en su seno; recrear en el campo la vida humana, para perpetuar la subsistencia histórica del pueblo;

ser para la ciudad, jardín, despensa, asilo y hembra ubérrima, para dar vigor y fortaleza a los vástagos, gastados y deshechos de la ciudad. Y ambas, ciudad y aldea, aldea y ciudad, sellar conviviendo en el sacrosanto lar y hogar de Galicia el sacramento del amor, que es a la vez matrimonio y eucaristía.

Por serlo, lleva un perfume de divinidad en su símbolo, que da transcendencia, eterna garantía de perduración al pueblo, que, en tal maridaje, se cría y educa, como vástago de linaje inmortal, de casta histórica perpetua. Si la familia es una mónada social, la aldea es la mónada política por excelencia, y la vida rural el manantial de todas las actividades libres y creadoras del pueblo; la ciudad (*polis*) es por antonomasia el Estado, es el elemento fundente, organizador, articulador; es el hogar de síntesis de evolución o de revolución creadora del espíritu y del cuerpo de una nación. Y por ser la aldea mónada política tiene un valor en sí, un valor pleno, un valor de categoría, con fuerza de subsistencia histórica inmanente, fuerza que emana del trabajo libre, y que hace de la aldea una comunidad de subsistencia libre y personal. Así, pues, la aldea es comunidad económica, jurídica, ética, política, social y religiosa, es sintagma de cultura creadora, a su vez como la ciudad. El hombre, el campesino, en contacto con la tierra, al ganar el sustento corporal, con el sudor de su frente, cobra también el salario de libertad para su persona, ya que el pensamiento y la conciencia del campesino son el guía y el heral-

do de la mano para ganar el pan. El hombre libre en la tierra libre. ¡Ideal de Göethe en su *Guillermo Meister!* Pero libre y libertado por el trabajo, cuyo hogar más santo son el pensamiento y el amor del hombre a la tierra, que le da el fruto de sus entrañas, después de dejarlas desgarrar por su herramienta fecundadora, reóforo de vida.

La esclavitud de la tierra y la esclavitud del campesino, con enfeudamiento de ambos, que hace enraizar el ciudadano libre, cosmopolita en un término, por despótica adscripción, por arbitrario imperio, son fruto de elementos exóticos, son el dardo o la flecha, que las hordas o las ciudades envenenadas por el apetito de dominación, clavan en el corazón del hombre rural y de la tierra, que trabaja y con la que convive en amoroso idilio, en virgiliana paz, perpetuamente creadora. O si no son eso, dimanan de la asechanza y la insidia que fascinan para dominar.

Y si en la ciudad se forja y larva el germen vivo de toda revolución, en el campo se cobija y germina, toma cuerpo y auge. Todo mesianismo, toda cruzada apostólica, toda misión evangelizadora nace en la ciudad; pero las turbas de Galilea, los *demos* de Atenas, la plebe de Roma, los vendeanos y girondinos de Francia, el *mujik* ruso y los campesinos de la India, son los verdaderos brazos que impulsan, fomentan y hacen cuajar el espíritu de los que van a la conquista del poder para crear el nuevo Estado. Fueron los *Hirmandiños gallegos*, fué la gente del campo, la que en tres revoluciones consecutivas (si-

glo VIII, siglo XV y siglo XIX) arrasaron los castillos y fortalezas de las villas y ciudades, madrigueras de opresores y guaridas de tiranos. ¡Feudalismo! ¡Bugallalismo! ¡Todo es uno y lo mismo!

Pero para eso, la aldea ha de adquirir primero conciencia de su esclavitud presente, memoria de su libertad perdida, imaginativo ensueño, vivo ideal, de un ansia de emancipación libertadora; y ha de hacer balance, además, de su fuerza moral y de su fuerza física, solidarizadas; y saber, que cuando se ponen a prueba contra un orden jurídico, injusto y tiránico, dan a la violencia categoría de valor soberano y convierten el espíritu de rebelión en decálogo del pueblo, que, en un recurso supremo—que es supremo el instinto de no morir—, pragmatiza los imperativos de su honor, de su dignidad, de su independencia, de su decoro colectivo en la lucha por el derecho, bajo la forma de lucha contra el orden de injusta legalidad. ¡Apóstoles del orden, los amos! Por eso croan, para que vivamos estúpidamente en él. Quieren hacerlo sagrado, intangible. En la paz de la charca del pantano y de la letrina tienen esas ranas y sabandijas el seguro de vida, es decir, de dominación.

“¡Qué terrible azote—dice Aristóteles en su *Política*—la injusticia cuando tiene las armas en la mano!” “Las armas que la Naturaleza da al hombre son la prudencia (es decir, conciencia, saber a donde va) y la virtud (es decir, el valor) para combatir, sobre todo, a sus contrarios. Sin virtud (sin valor) es

el más impio y el más feroz de los seres, para vergüenza suya no sabe más que *amar y comer*." Nido de amores nefandos y de convivios, dignos de figurar en las *Saturales* del Macrobio o en las *noches* de Aulio Gelio, son esas ciudades que convertidas en pulpos de la aldea, o en reptiles constrictores de sus miembros, le tienen atrofiado su cuerpo y yerta el alma. Nido de reptiles venenosos, de parásitos inmundos son las ciudades, que no saben prever y proveer a las aldeas, de medios para redimirse de su "fanatismo de su letargía de su intolerancia y de su miseria y otros males de la misma estirpe". Debieran ser, como dice Gandhi, suyo es este texto, como el poeta, heraldos y centinelas para anunciar la presencia del enemigo. Y digo yo: profetas y Mesías evangelizadores de su redención bendita, debieran ser.

Nuestras aldeas han de adquirir conciencia, (que es pensar, sentir y querer la propia redención), de que los enemigos del pueblo gallego tienen hoy su cuerpo consular y su policía en las ciudades gallegas, que víctimas primero, son instrumentos de tiranía después. El lugar común de que la aldea embrutece, envilece y empobrece, ya lo dije, ha de rectificarse en el sentido, de que lo hace a pesar suyo. La aldea y la ciudad han de formar sociedad natural, como hembra y varón, matrimonio de amor y de trabajo. La ciudad con su cultura, con su fuerza, con su autoridad con su pensamiento varonil, es la mano que guía y el corazón que ama; debe serlo,

quiero decir. Si vive sin trabajar y vivir sin trabajar es vivir como ladrón, necesariamente ha de empobrecer la aldea. Si vive corrompida, abyecta y envilecida con su adulación al amo, víctima de sus instintos y apetitos, forzosamente ha de envilecer la aldea, porque quien debe ser espejo y maestro de la virtud se convierte en impúdico albergue del vicio y de la perversidad. Viviendo con escándalo, sus disoluciones ha de reflejarlas y proyectarlas forzosamente en el campo. Y si la ciudad en vez de ser faro que guía, crisol que purifica, maestro y mentor, y tutor de la aldea, se embrutece con su vivir de placeres, de riquezas y de honores falsos y corrompidos, irremisiblemente ha de embrutecer y encanallar la aldea. Médico, cura y maestro, que no saben redimirla con su cultura, como mensajeros de la ciudad no son águilas, ni alondras, ni ruiseñores, que vuelan por el cielo, son capones o cerdos o conejos caseros, animales de cría del señor, del amo, del tirano gallego, cuyo *margrave* rural es el cacique, que prefiere tener crías de tal especies domésticas a regir ciudadanos libres; y cuyos instrumentos de dominación en la ciudad son mercaderes, banqueros, clérigos, rábulas, contratistas, almacenistas, usureros... y otros profesionales, fauna de extranjeros en su mayor parte, cuya misión es tener en galeras a la ciudad y condenada a cadena perpetua de hambre, de ignorancia y de esclavitud a la aldea. Se le roba la tierra primero, para matarle de hambre el cuerpo, y el voto después, para despojar el alma de los atribu-

tos de libertad. Así, el amo puede decir: "Galicia es mía." ; Patria mía, prostituída, pobre y esclava! La conciencia rural, no es solamente conciencia aperceptiva de la personalidad gallega en la aldea, es conciencia del contenido espiritual y económico de los valores, que han de organizarse en la cultura de la vida rural constituyendo su espíritu objetivo, cuya conciencia se convierte en breviario espiritual para la lucha por el derecho y por la cultura, con la fuerza del derecho, o con la fuerza de las manos y los corazones para hacerlo respetar. Esta conciencia es conciencia de problemas vivos a resolver: la libertad de la tierra, de la hipoteca, del foro y de las manos perezosas que no la saben o quieren trabajar, la extinción de las ventas de pacto de retro que disfrazan la usura, la organización del crédito a base personal, y de los arriendos a largos plazos, la regulación del minimifundio, la instauración de la compañía familiar gallega, el fomento de los cotos sociales o bienes comunales en las aldeas, la instauración de los *warrants* agrícolas, los seguros, las asociaciones de ganaderos, la Confederación hidrográfica galaicolusitana para un régimen racional de riegos, la creación de granjas y escuelas móviles para el fomento de la técnica agrícola, el establecimiento de escuelas, de caminos y de bosques para todos y cada una de las aldeas gallegas por mancomunidades adecuadas; y todo esto cristalizado en un Código jurídico, social y económico rural, aprovechando las experiencias de Portugal y de Bretaña, de Suiza

y de Irlanda, la creación de un Banco nacional gallego que acabe con la usura en los campos y encauce a ellos el ahorro de nuestras ciudades, que deben ser industrializadas para valorizar nuestro subsuelo y el ahorro de los emigrantes, la desgravación tributaria y el control fiscal por sociedades de labradores sobre tributos, repartimientos y exacciones municipales, del Estado y provinciales, el arbitraje obligatorio para las contiendas económicas, jurídicas y sociales y la conversión de los Juzgados municipales en Juzgados de paz, la lucha contra los abusos de la curia, que entronca con el caciquismo y la usura en la villas, la catalogación de nuestra riqueza folklórica, la conservación y depuración del idioma y la lucha por su cooficiencia, la restauración de nuestras tradiciones vivas (O Fiandeiro, a Ruada as Romerías) y de industrias nacionales, muertas por la avalancha catalana (hilados y tejidos de lino, tapicería, muebles, curtidos, pieles, etc.), son otros tantos temas de la vida rural, que dan valor propio y pleno, fisonomía personal, inconfundible, a la aldea y que han de recogerse y articularse por un *agravismo*, que no entone cantos de sirena revolucionaria—de sirena con garganta y corazón a sueldo—, y han de contrastarse con un nacionalismo que, o por candor o por complicidad, hace el caldo gordo a los corifeos de las ramblas, o se entrega sellando compromisos, que en nada se parecen al Compromiso de Caspe, porque, en realidad, son ofrendas y tributos al bugallalismo y al catalanismo burgués de

Cambó, tan distanciados hoy del espíritu republicano, porque ambos son el mito de una burguesía plutocrática, que pactó con el clericalismo y el militarismo, la fidelidad a una autocracia, que sólo es símbolo, por ser el pabellón impuro de mercancías de contrabando. Eso es hacer el indio, si se hace sin darse cuenta; y es hacer traición a las ideas e ideales en caso contrario. Nada diremos de esa nueva acción social agraria, que ha nacido para saturar el agrarismo gallego, con el asturiano y el castellano, mientras los campos de Andalucía arden en viva llama de rebelión. La garra se desplaza al campo al limársele las uñas en la ciudad. Eso significa, que cuando la sotana deja los sacramentos y coquetea con la sociología, es para coger la llave de la despensa. Con la llave de la despensa su reinado social en las conciencias libres está asegurado y eso es lo que quiere.

La República.—Orense, 29 de noviembre de 1930.

LA LUCHA POR LA CULTURA EN GALICIA

ESCUELAS Y MAESTROS

No podemos hablar de escuelas y maestros gallegos, sino de escuelas y maestros en Galicia, que no responden cabalmente a las exigencias vitales de la cultura del pueblo gallego. Y no pueden responder precisamente porque, la escuela, como institución social de cultura personal nacional y humana es un instrumento del Estado, que degenera en instrumento de la autarquía del cacique, sistemáticamente dispuesto con bárbaro designio a la incultura secular del pueblo, porque ve en la ignorancia la mejor arma de dominación, la mejor ofrenda al amo.

La población escolar de ambos sexos en Galicia (Censo de 1920) sólo es de 298.676 niños, cifra insignificante, para una población censada total de 2.124.244 de habitantes y que actualmente de hecho se eleva a cinco millones con los gallegos de América. De las 28.924 escuelas públicas existen-

tes en España en 1923, sólo correspondían a Galicia 2.996, con 3.056 maestros, predominando, por lo tanto, las escuelas de carácter unitario. Faltan, pues, escuelas para satisfacer a las exigencias de la ley de Instrucción pública de 1857 que prevé la necesidad de 4.248. La población escolar por escuela, es en la provincia de La Coruña de 119,39 niños, mientras en Burgos sólo llega a 44,77. En Lugo es de 119,89 y en su vecina, León, de 40,09. En Orense asciende a 71,31, mientras que en Soria sólo es de 38,39. En Pontevedra se cifra en 93,42, mientras en Palencia sólo llega a 46,78. En la Rusia soviética se calcula la población escolar en 33 niños por escuela. El promedio de la población escolar por escuela en Galicia es de 93,75 niños por escuela, cifra que indica, según la proporción de población escolar de la República de los Soviets, que Galicia, respecto de Rusia, necesita triplicar sus escuelas para colocarse a igual nivel. Consecuencia. El Estado en Galicia es instrumento del amo para explotar la ignorancia del pueblo, para tenerlo embrutecido, maniatado a su poder. La herencia del zarismo en Rusia, entre otras malas herencias, fué un analfabetismo de un 68 por 100. En cinco años habrá desaparecido totalmente. ¿Y en Galicia, qué pasa?

No es de extrañar el índice del analfabetismo en nuestro pueblo con la prevención a su favor, índice que traspasa la media del de España. En 1910 el analfabetismo en Galicia representaba el 64,04 por

100. En 1920 asciende el número de analfabetos a 1.198.225, distribuídos así:

Coruña... ..	406.586
Lugo... ..	257.978
Orense	245.665
Pontevedra	287.996

Esta cifra nos da el 56,48 por 100 de analfabetos para las cuatro provincias, aproximadamente el de la autocracia rusa. En la gradación cromática del analfabetismo de España, la ola negra corresponde a Levante y Andalucía, siguiéndola en tonalidad de gradación Galicia, Extremadura y Castilla la Nueva. El índice menor, la máxima claridad corresponde a Castilla la Vieja y León.

¿Causas? Múltiples. Pero las primordiales son de orden económico y de orden espiritual. El hijo de nuestros aldeanos es un valor, un agente de trabajo, que se emplea prematuramente en las faenas agrícolas y en el pastoreo; y en la escuela el niño no aprende a trabajar, a vivir su vida rural. No le interesa, pues, la escuela. El número de escuelas es insuficiente para una población tan diseminada, como que llega a 25.000 núcleos de población, de los cuales sólo 17 son ciudades y 125 son villas. Pero además, y a mi ver, la primordial es ésta: la escuela gallega no es una institución social y nacional en Galicia, no es un hogar de cultura y de vida espiritual, que cobije todos los valores del galleguismo y las irradie a la conciencia de las nuevas gene-

raciones, articulada políticamente a un Estado nacional. La escuela en Galicia no está a tono, a ritmo y melodía, con la sinfonía subconsciente de aspiraciones, de recuerdos y de ideales soñados por el pueblo, de problemas vivos presentes del mismo. La escuela no es del pueblo y para el pueblo, sino del Estado, para el cacique y su amo. El maestro o baja la cerviz o se le acorralla, o se le espanta para que huya.

El castellano en la escuela es una valla espiritual entre el alma y el corazón del maestro y el alma y el corazón de los niños gallegos y los adultos analfabetos. La escuela en el campo es algo raro, enigmático, incomprensible, para el niño y el adulto, que no ven en él ideario, en el emocionario y en el prasologio de la cultura castellana una clave para el vivir gallego. No es una casa donde se trabaja, sino donde se repite un saber muerto y exótico. No es el sistema nervioso, el encéfalo de un pueblo. Es oficina para enseñar a leer, escribir y contar. El niño y el adulto se sienten extraños, sobrecogidos de temor en la escuela, porque tienen que pensar en el idioma propio y hablar, después de traducir en el idioma ajeno. Y es sabido, que el idioma es el denominador común, el diagrama espiritual de todos los estados de alma, el tesoro psíquico del pueblo. El pueblo que habla su idioma en la escuela, moldea en él su alma. En una lengua extraña la apresiona.

Así, pues, la escuela carece de eficiencia espiritual,

social y técnica, como institución de cultura nacional gallega.

El maestro, además, si no es gallego no puede sentir entusiasmo por el vivir de un pueblo, que contrasta tan enormemente con su mentalidad; y si no abusa de su autoridad, para burlarse de nuestros niños y de nuestros paisanos, no pone a prueba toda la paciencia perseverante que exige el magisterio, todo el interés, toda el alma como cuando se siente como un ministerio imbuido de espíritu apostólico; y por eso no reacciona contra el ambiente elevando la vida espiritual de la mentalidad gallega, dando alas al corazón y coraje a la voluntad, para que vuele por el propio cielo de sus ideales colectivos un pueblo amedrentado, entumecido, aletargado por la tiranía de amos *desleigados*, cuya bárbara y brutal opresión es la garantía de su perseverancia en el poder. A un rebaño de analfabetos le puede engañar y prestarle dinero el usurero, le puede robar el voto, el cacique le puede acusar y condenar con un derecho hetróclito, dejándolo indefenso el curial y el juez servilizado. ¡Nuevo Nazareno, el pueblo, con su soberanía escarnecida, canta en *sus alalás* el recuerdo y la esperanza de una nostalgia de libertad! Pero si esta es la realidad de la vida escolar, si esta es la penuria, la crisis, de la mentalidad gallega en la escuela, que no es maestra de la vida, siendo hija antes de ella, sino su madrastra, pesa sobre el maestro gallego el imperativo pragmático, de hacer de nuestras escuelas hogares de vida espiritual futu-

ra, mónadas conscientes de revolución mental renovadora, creadora de verdad *¡de verdad!*, que es la hermana mayor de la justicia, y madre de indisoluble fraternidad, igualadora de las almas y de los corazones al nivelarlos en las mismas categorías de cultura. La verdad y la libertad los hace a todos iguales y señores de sí mismos, personas con fines propios y comunes. La verdad y la libertad les da valor para no ser esclavos. La escuela como taller y campo de cultivo, para formar el hombre nuevo, el hombre del porvenir, al ciudadano libre, que por el saber y el trabajo deja de ser súbdito, exige en Galicia maestros, que tengan sobre sus cabezas erguidas, no convertidas en incensario adulador, la llama divina del espíritu vivificante de un saber, que ha de redundar en un vivir mejor, de un saber, transmitido con amor a nuestros niños, con amor paternal a ellos como hijos de nuestro espíritu en la sagrada paternidad de la educación, con nuestros espíritus conjugados por ley recíproca de amor...

El maestro, ha de ser a la vez escultor, poeta y arquitecto que estructure las nuevas instituciones del vivir gallego y las nuevas generaciones, inspirándoles el soplo de vida espiritual que ha de llevar alma de libertad y empeño de emancipación en su labor creadora: fe y esperanza en su acción perdurable; conciencia de radiación cordial y familiar, en las diarias tareas, que unen en el esfuerzo común, en la necesidad común y en la común idealidad.

Ha de tener apetito y carácter de empeño, ansia

de inmortalidad en su cruzada contra el despotismo de los amos, la ignorancia y el miedo de los siervos, y viril entereza para desenmascarar a los embaucadores, alcahuetes y falsarios. Ha de saber crear en esta misión divina, en esta sacrosanta paternidad espiritual, en esta cruzada de lucha por la cultura, una cosecha de hombres que comprendan lo elevado de su misión en esta hora y por comprenderlo lo respeten y lo amen y ejecuten, de hombres, con valor pleno, es decir, intrínsecamente libres, sustancialmente incorruptibles, por el apetito o por el temor, sin ser como los cerdos de Epicuro o las abubillas de casona rural en ruinas.

Ha de hacer sentir al pueblo que él es el Nuevo Mesías, que viene a predicarles el Evangelio de una Revolución espiritual salvadora, el Evangelio eterno que, como el de Cristo, ha de ser comunicado con amor y con tenaz resolución para crear conciencias libres, concedoras de sus derechos y sus deberes; de una Revolución en las almas y en los corazones que les inspire fe y valor en sí mismos, que les eleve, como *Gesta edificante*, que dé categoría de valorización histórica a un pueblo hipnotizado por sus tiranos y en agonía perpetua de inconsciente vivir en el escenario de la Historia; que le enseñe a comprender que la salvación está en él, en el mismo pueblo, y que los caminos de la nueva redención son la cultura y el trabajo que forja y troquela hombres libres, ciudadanos con conciencia de su propia responsabilidad, no borregos, ex-hombres o espectros

de humanidad escarnecida y burlada por explotadores desalmados, por opresores extranjeros, sin humanidad, por los que asesinan a mansalva y por los que roban obedeciendo a un decálogo hecho para sus apetitos. Rotas las cadenas del hambre, del miedo y de la ignorancia—“a lanzadas magnánimas de luz”—, como quería Guerra Junqueiro, con sus eslabones se fraguarán *la hoz, el martillo, la pluma, la nave y el arado*, que son los nuevos signos de divinidad y soberanía del pueblo que sabe crear en los campos, en las fábricas y en los talleres una nueva cultura, y en los corazones y en las almas de la nueva generación gallega el espíritu de una nueva humanidad a nueva era nacida, la conciencia viva de una ciudadanía fraguada en solidaridad y libertad, que es voluntad de poder, potencia de resolución, clara idea del destino, odio vital y entusiasmo por la magna empresa a realizar con la creación de una nueva moral, de un nuevo derecho y de una nueva religión, cuyos son estos valores eternos: *saber, humanidad, amor, trabajo y justicia*.

La República.—Orense, 7 de marzo de 1931.

LA HORA PRESENTE DE LA JUVENTUD GALLEGA

Y o no quiero hacer aquí una revisión de valores, sino señalar un decálogo. Cuando se ve nacer el sol, lo primero que hacemos es empapar en él nuestras pupilas y restregarnos los ojos. Esa es la oración de la mañana para el niño y el hombre que no tienen tinieblas en el corazón.

Para Galicia nace hoy un nuevo sol, afortunadamente, como para todas las naciones ibéricas. Cada una en esta hora se va recogiendo sobre sí misma con el entrañable empeño de hacer su examen de conciencia con la mente y con el corazón. Ante la crisis fatal que se avecina, ante los síntomas inequívocos del derrumbamiento el *pavor loci* a la escombrera hace pensar en la nueva ruta a seguir. Y este es el tema. Lo que antes se presentaba como tópico literario o como llamarada esporádica de pasión, localizada en puntos inconexos invertebrados

del campo de visión distinta de la conciencia, se hace hoy convergente en su foco, produce luz difusa y radiante de constelación espiritual. El hombre solitario y peregrino, el que vagaba por los senderos del espíritu, huyendo de sí mismo, con nostalgia de su destino, vió que la ruta se lo señalaba. Y se sintió a sí mismo como caminante, hacia el santuario de su propia liberación. Y vió que no iba solo, sino en procesión, en teoría o romería de caminantes hermanados en el camino común, en el destino común, en la suerte común. Y de este haz de afectos triple, de este emocionario de la tierra, del espíritu y del hombre nació el *patos* del galleguismo, primero, el *logos* iterador, después, y, al fin, el *praxología* liberador del galleguismo. La idea Galicia nimbada por un sentimiento de infortunio y un vago deseo de irredenta condición, tomó cuerpo y forma, cuerpo de *doctrina* y forma de *pragma*. No era el espejismo de una literatura de precursores lo que se presentaba a nuestros ojos, era una tarea clara, consciente y definida a realizar. Ya no bastaban los versos de los poetas y las oraciones del tribuno. Había que derribar y había que construir. Y esta es la tarea de la nueva generación, que adviene a la obra con la conciencia del deber con el convencimiento de la acción. En esto supera a los precursores.

Ellos enseñaron a hacer. Estos saben que si no hacen, no sirven para nada. Saben que Galicia está de parto y que si no pare la libertad, su libertad como nación, que ha de dignificarla históricamente en

esta nueva era, que trasciende de la vida y de la muerte en la preñez de su ideario, ellos son por la falta de técnica en su obstetricia los responsables del aborto, o de la estrangulación del que va a nacer, con un nuevo decálogo, es decir, una nueva ley, un nuevo orden y una nueva disciplina para vivir su propia vida. Porque la ciencia y la técnica transmutaron todos los valores económicos y sociales. Y a esta trasmutación han de adaptarse las normas éticas y jurídicas del nuevo mundo que nace. Como dice Jorge Valois en su "*Nueva era de la Humanidad*", "así como hubo la edad de piedra y después la de los metales, ahora llega la de la electricidad". Se impone, como dijo Ostwald, el imperativo de la energía. Al *Cógitó ergo sum* de Descartes ha sucedido el *Ago ergo vivo* de la nueva escuela alemana.

Este imperativo de la energía impone como primer deber, una estrecha solidaridad, correlación, división del trabajo y conciencia de la finalidad común en su empleo. El individualismo ha fracasado. Los nuevos valores humanos son notas de una sinfonía, son órganos de una orquestación universal. La batuta está dirigida por el espíritu. Pero por el espíritu de nueva humanidad, tan distante de la plutocracia americana como del régimen de los Soviets. Este espíritu tiene como coeficientes un *élan* de entusiasmo y de misticismo, de espíritu de renunciación, de generosidad, de anhelo y de pureza, que exigen como protagonista a la juventud. El espíritu frente a la concepción materialista de la historia

vuelve a ser el primero. El espíritu impregnado de amor. *In principio erat verbum*. Y este espíritu ha de encarnar forzosamente en las entrañas de una virgen. Y la virgen que conciba con pureza ha de ser la juventud. Indigna, pues, el reproche del amo de Galicia, cuando se mofa de esta virtud excelsa que es principio y raíz de todas las virtudes de la nueva generación gallega. Nació para ser alondra y no gallina.

El primer deber de la juventud gallega para esta gran misión de cobijar como madre virgen en sus entrañas un ideario redentor de Galicia, ha de ser, pues, saberse conservar pura contra los políticos de oficio, técnicos de la corrupción de menores, que siempre cuentan con la colaboración de Celestinas de toda calaña. Su pureza impone a nuestros jóvenes la necesidad moral de vivir para el porvenir, es decir, inadaptados en el presente, firmemente resueltos a no claudicar y dispuestos a defender con valentía su pureza, su honra, su patrimonio, caso de ser atacados. Porque su casta maternidad para el nuevo Mesías, evangelizado por precursores, poetas y profetas del porvenir gallego, impide toda colaboración con los malvados. Ellos que sigan su camino y solos. Al despeñadero. A morir en él víctimas de su transgresión a la ley y al amor a la tierra. Como Judas después de vender a su maestro se suicidarán por desesperación y por miedo a verse solos, cuando no tengan botín, es decir, huesos y pan para los mastines que los defienden. Por eso han de ser re-

beldes estos jóvenes de hoy y rebeldes con la santa rebeldía de la indignación, contra quien los provoca, los persigue injustamente en justicia, los acorrala en la preterición, la burla o el desprecio, los empareda en el olvido y la indiferencia, burlándose en su mentalidad y los ultraja poniendo su honor en los tribunales y el de su hogar, también en ellos, como un problema en la pizarra de una escuela, para que resulte una falsa solución infamante para el vencido, condenado a muerte civil, después de haber agotado todos los resortes de la persuasión, para que se entregue cobardemente al amo, cuya senil lujuria ya no se sacia con carne. Lleva el derecho de pernada a la corrupción de las almas. Y a este canalla y a su cuadrilla sólo se le puede atacar alzando la visera y dándole en campo libre la batalla. Hay que gastar su fuerza en el desprestigio, y su poder en la desesperación. Ha de llegar un día en que la muerte se lo trague. Haciendo que ninguna de sus canalladas quede inédita, los hombres honrados, que le siguen sorprendidos en su buena fe, huirán a la desbandada arrepentidos y avergonzados del amo que les lleva por caminos de perdición. El amo es un precursor de Peyerimhof, que ante el comité de sociedades hulleras en Alemania declaró con el mayor cinismo, al finalizar el año 1925, en su gran discurso pronunciando en Berlín, que para asegurar el orden en el mundo, bastan buenos salarios y buena policía. Stuart Mill había preferido el sabio muerto al cerdo satisfecho. Esta plutocracia encanallada quiere ha-

cer, que la humanidad más que borrego sea cerdo que coma, que engorde y que se deje matar para llenarse. Pues los amos de abajo, que son criados arriba, los amos de Galicia, practicaron siempre el sistema de castrar el novillo para uncir el buey, y hasta ahora lo consiguieron. En Galicia suelen engañar con castañas a la marrana para arrancarla los ovarios. Y los políticos de oficio, dan una plaza al enemigo que se entrega y deja de hacerles la guerra. Ultima forma de esclavitud. Pero esencialmente la misma que en Grecia y Roma. Pero los viles y cobardes que se entregan ignoran, que vivir con afrenta es menos digno que morir con gloria. A quien injustamente se degrada, en el fondo se realza. El que por propia voluntad se degrada se envilece y anula como hombre.

Hay en Galicia una casta de señoritos tontos, de mediocres sin alma, pero con mucho instinto de conservación, que empiezan haciendo juego al matrimonio con la muchacha rica, siguen haciendo juego con las buenas sinecuras que otorga como merced el amo y terminan en concejales, diputados provinciales, alcaldes, jueces municipales y diputados a Cortes. Estas almas de corcho flotan, porque no pesan y suben porque el lastre de la propia dignidad y del decoro lo dejaron en el establo. Pero su fin, por muy alto que suban, sólo será el establo. Sólo son animales dignos de la estatulación. Su fidelidad y consecuencia tiene su raíz en el estómago. Por eso son cobardes para hacer frente a la revolución, que

va a devorarles porque además se sienten escépticos, desalmados en el infame papel que representan, haciendo coro a los indignos. Estos son los *buenos*, los *fieles*, los *leales*. Se les conoce por su actitud ante la vida. En la sintaxis social sólo hacen de adjetivos. A los que indignados por una canallada se revelan contra el amo, les llaman desagradecidos, ignorando que la honra no tiene precio, ni puede cancelarse con ella una merced.

Pureza, inadaptación, rebeldía. He ahí vuestro decálogo, jóvenes gallegos. Vuestras virtudes hechas forma habitual de deberes, que implican la conciencia de vuestros derechos. Esas tres virtudes teológicas del nuevo espíritu gallego, ha de ungiros en la adversidad y en el infortunio. Ellas habrán de haceros mártires, si es preciso confesar la fe del nuevo destino que os impone Galicia. Ellos os harán apóstoles del nuevo ideal gallego, después de estar vivificados con la llama del amor y del saber del espíritu santo del galleguismo. Hablaréis en vuestra lengua cosas para el pueblo ignoradas. Removiendo las aguas estancadas en vuestra conciencia por los malvados que quisieron convertirla en cenagal, hiriendo en vivo el manantial del alma, vuestra fe, vuestro amor y vuestra esperanza, será surtidor de aguas vivas de libertad para el pueblo oprinido por el amo indigno, que es gallego y reniega de la madre que lo parió con sus canalladas y su perversidad moral. Y esa será la primera gesta de nuestra revolución espiritual, que colocará a Galicia en el

escenario de la Historia Universal. A Galicia, cenicienta peninsular. Al gallego de cuyo nombre todos hacen hoy mofa y escarnio. Porque viven con vilipendio su vida, quien no ha sabido conquistar o defender su libertad.

Hermanados en un mismo espíritu, en un fervoroso espíritu gallego, sin codiciar la delantera, como las aves que vuelan juntas por el cielo, hacia el mismo ideal, el prasologio del galleguismo exige de vosotros, que os capacitéis seriamente para la vida que vais a vivir, como los jóvenes que salían del Liceo en la Francia republicana o de los Gimnasios de Atenas y se lanzaban con cantos gloriosos a las trincheras y campos de batalla, donde el dilema era este: morir o vencer. Para eso hay que dar una concepción trágica a la vida. Hay que imprimir al vuelo una trayectoria firme, rectilínea. La fe crea la victoria. La perseverancia en la lucha la logra. Hay que hacer de la educación su arma para luchar y vencer. No basta conquistar un puesto en la judicatura, en el Notariado o en Registros. No basta crear un bufete, que suele pedirnos claudicaciones. Hay que dar parábola de gran metraje a la mirada. Concentrados primero; pero concentrados en la meditación y el trabajo, para la epifanía de la liberación, para el día de pascua de vuestra resurrección. Serios meditativos, pero alegres y confiados: Entusiasmo, pasión, amor, bravura, arranque viril. Y a la obra. Y sin titubeos, ni sensiblería en la decisión. Que solo puedan tomarle en firme, como dice Valois, aquellos

que al olor de la sangre no se sienten enfermos". La sangre es el vino embriagador de los corazones que luchan por el ideal. La sangre es como las lágrimas en los ojos de la madre virgen en su parto, el síntoma inefable e inequívoco, del alumbramiento feliz, hecho con amor y dolor del nuevo régimen, que crea una revolución, que si desgarrá sus entrañas de momento, perpetúa en el nuevo ser que nace, su ser, porque es vida de su vida.

El Pueblo Gallego.—Vigo, 11 de marzo de 1931.

GALICIA MAYOR. GALICIA PLENA

«GREATER GALICIA»

VAMOS a ocuparnos hoy de la *Greater Galicia*, de la Galicia mayor y plena. Así como para España había un *Non plus Ultra*, en las Columnas de Hércules del Estrecho de Gibraltar, que el descubrimiento del Nuevo Mundo, convirtió en *Plus Ultra*, para muchos gallegos y gallegos representativos de un nacionalismo de campanario, la Torre de Hércules, la desembocadura del Miño, las Portillas y el Puerto de Manzaneda, fijan los límites de la *Patria gallega*. Pero los límites espirituales son imponderables. Transcenden del *Dios Términus. En sus Regiones naturales de España*—Dantin Ceraceda lo corrobora—. La Conciencia geográfica de Galicia está formada por el Atlántico, el Duero, el Esla, el Orbigu, las montañas de León y el río Navia, con una

extensión, que es el doble por lo menos de la actual, es decir, de unos 60.000 kilómetros cuadrados y unos siete millones de habitantes, incluyendo los expatriados por la emigración, siendo doble que Cataluña, e igual a Portugal, sin los departamentos de Miño y Duero y a Irlanda (algo menor) y mayor que Bélgica, Holanda, Suiza y Dinamarca. Es una región natural inconfundible. La conciencia histórica de Galicia, coincide con ella, pues en el siglo glorioso de San Rosendo y de Gelmírez, los departamentos de Oporto, Viana, Braga, Villarreal y Braganza en Portugal, el Bierzo en la provincia de León y el Valle de Lubián en Zamora eran gallegos. El fuero de Puebla de Sanabria sirvió de pauta para el de Celanova. Cinco departamentos del Norte de Portugal (los indicados: Braganza, Oporto, Viana y Villarreal) pertenecieron a Galicia. Su extensión es de 18.019 kilómetros cuadrados y su población de cerca de dos millones de habitantes; según el último censo exactamente de 1,71. Esos cinco departamentos son la cabeza y el corazón de Portugal, hermanos gemelos de Orense y Pontevedra esclavizados como provincias el *Bugallalismo*. El árbol se conoce por sus frutos, porque la tierra y la raza son idénticas, a pesar de la frontera arbitraria.

Pero no solamente la conciencia histórica, la conciencia de la cultura gallega, además nos hace pensar en la necesidad de formar un prasologio del galleguismo, que trascienda del reducido horizon-

te de las cuatro provincias gallegas, previamente redimidas del caciquismo y del centralismo. La colonización gallega en Andalucía, después de terminada la Reconquista, la repoblación de Portugal, las colonias autónomas de gallegos en Madrid, Lisboa, Barcelona, Bilbao, la Habana, Buenos Aires, Montevideo, Santos, San Pablo y Río Janeiro, donde viven dos millones de gallegos, espiritual y económicamente vinculados a la patria, nos hace meditar en la necesidad de representarnos al pueblo gallego, como integrado por dos categorías, por dos Galicia: la immanente y la trascendente, la territorial y la ultraterritorial, la peninsular y la ultramarina; el hogar y el solar gallego tal como hoy es, reducido como está a sus 29.000 kilómetros cuadrados y el verdadero hogar y solar integrado por hogares, solares, almas e imponderables del espíritu gallego y de la cultura gallega, en dos Continentes por lo menos.

Si empezamos por concentrarnos en nosotros mismos, a achicarnos, a reducirnos al humilde recinto, a que nos han acorralado los ulsterianos de Zamora y León, *los orejos* y los hermanos de Portugal, si no tenemos el firme propósito de restaurar en su plenitud y esplendor el solar gallego, el de la *dives Galicia*, que cantó el poeta latino, acabarán por descuartarnos del propio pejugar rural, amos como son ya aquellos, los extranjeros, de las ciudades gallegas, de las villas gallegas, de la economía rural gallega y de la voluntad de los amos aparentes de Galicia. Ris-

co no tiene razón cuando nos habla "*d'un-a Galicia pequeñina, caseira, incontaminada*". La contaminación de extranjerismo llega hasta la medula.

Al que se mete dentro de casa por temor a la calle, lo echan á la calle primero y lo hacen emigrar después, con la maldición irlandesa de dejar crecer la yerba y el musgo en la puerta de su casa. Al movimiento de concentración personal, para reconstruir nuestra cultura a base de conciencia histórica, geográfica, racial y cultural, ha de seguir el de expansión pragmática, el de fervorosa radiación dinámica, puesta en tensión al fin del éxito final, por un ideario y un emocionario, que sean genuinamente gallegos y que nos garanticen la restauración de Galicia. Una cosa es pedir lo propio por reivindicación jurídica y moral, que para la patria no prescribe jamás, y hacerlo con amor, con atracción fraternal, y otra cosa es meterse a cruzadas imperialistas hechas a base de depredación. Una cosa es ostentar la balanza de la justicia con la espada y otra cosa es acechar al incauto como el tigre escondido en la selva. Y a eso vamos, a eso debemos ir, a que Galicia tenga en el escenario de la historia el lugar que le corresponde y que otros pueblos le han arrebatado. No se trata de plantear problemas internacionales. Pero así como hay una minoría de intelectuales portugueses, que piensan en la frontera integral del Miño, debe haber otra minoría de gallegos y de gallegos del Sur (Pontevedra y Orense), que piensa en la del Duero. Y en último término, el Miño y el Duero, no serán

fronteras para hermanos de una misma madre, sino venas y arterias de riqueza que riegan el mismo cuerpo o los de dos gemelos en comunidad fraternal, unidos en el mismo regazo de la madre común, que los llevó en su seno y les dió a mamar la misma leche: Galicia y Portugal. No por imperio. Esta aspiración a la solidaridad atlántica está corroborada por el presentimiento de Oliveira Martins, para quien la mediatización de Inglaterra constituía la disgregación de Portugal llevada a cabo en 1640 por una conspiración de los jesuitas y de Francia. El dilema que planteaba Oliveira Martins era este: "O abdicar de la autonomía pensando en una futura grandeza o ir tirando hacia la muerte". Mi fórmula es esta: Portugal y Galicia sin abdicar de su propia autonomía, pueden integrarse ambas, después de restaurada la nuestra, en un régimen de comunidad cultural, que trascienda de las fronteras políticas, y que haga gravitar los actuales sintagmas de cultura a centros propios, organizados a base de vitalidad histórica plena y trascendente. Serán, pues, hermanos en una comunidad familiar, cuya pluralidad de fines comunes borra diferencias de egoísmo que tienden a la secesión. Portugal y Galicia pudieron ser divididos por un Rey castellano, respondiendo a fines patrimoniales. Históricamente divididos y desgajados del núcleo peninsular común, son respectivamente tronco sin cabeza, es decir, cuerpos descuartizados brutalmente en cuarterones, que responden o al apeti-

to histórico o a la arbitrariedad histórica, que por serlo es irracional.

Otro iberista portugués-latino, vislumbraba grandes esperanzas en un *Zolverein peninsular* y relacionaba la unión ibérica con la de los Estados Unidos de Europa, cuestión que está hoy sobre el tapete. "La península ibérica, decía, que ya formó una nación por la conquista, deberá constituir un solo país por la fusión espontánea". El pensamiento de Cataluña (Prat de la Riba en "*La nacionalidad catalana*", Puig y Cadafalch y Cambó), es el mismo. Se impone una España mayor a base de federación de Regiones y de la Confederación de los dos Estados Ibéricos.

El punto vivo de sutura ha de ser Galicia. Y la conexión o articulación debe hacerse, conectando la zona del Duero y el Miño como una zona común de actividad étnica, histórica, económica y geográfica, aunque con mutuo respeto a los límites políticos. El tiempo hará lo suyo. Pero Portugal necesita hierro y carbón y esos los tiene Galicia, cuyas minas hoy están mediatizadas por bilbainos.

La tarea común de Galicia y Portugal es pensar en unir con lazo indisoluble, pero sin perder la propia personalidad, la *Zona atlántica* de la Península ibérica, que está integrada con las Islas Azores y Madera por una extensión continental de 121.103,36 kilómetros cuadrados, que es el cuádruplo de Cataluña y una población de unos nueve millones, que es más del triple. Esta sutura espiritual, económica y étnica de Galicia y Portugal, desplazará el centro de

gravidad de la cultura peninsular del Mediterráneo al Atlántico, que muchas veces hemos llamado el nuevo *Mare Nostrum*, el Mediterráneo del porvenir hispánico y americano. Por este proceso de desplazamiento, Galicia, como en los siglos X, XI y XII, volverá a adquirir una hegemonía cultural entre todos los pueblos peninsulares, poseyendo como posee los mejores puertos, el subsuelo más rico en hierro y carbón, abundante hulla blanca y un suelo dispuesto para todos los climas, con una población fácilmente adaptable, ávida de intensa asimilación cultural. Portugal y en especial Lisboa y Oporto, volverán a adquirir el esplendor y grandeza de los albores del Renacimiento. Y logrado esto instaurará en su propio solar su personalidad hoy mediaticada por Inglaterra, como la de Galicia lo está en lo económico por los *orejos* y en lo político por el régimen de oligarquías políticas que creó la Restauración borbónica y que polarizaron en el bugallalismo, régimen de actas en blanco, patentes de corso y de tinglado jurídico y administrativo, con testaferreros y embaucadores de oficio. El destino común, en el hogar común, dentro del solar hispánico de ambos pueblos los hará trascender a Africa y América, para conservar los tesoros de la colonización portuguesa y consolidar el porvenir de la cultura galaico-portuguesa en el Brasil. Con dos millones y medio de kilómetros cuadrados en Africa y Europa y ocho millones y medio de kilómetros cuadrados en América y una población galaico-portuguesa-brasileña de

56,56 millones de habitantes, según los Censos, que realmente pasa hoy de 60 millones, esta zona de la cultura céltica de once millones de kilómetros cuadrados, mayor que Europa, Norteamérica, China, India Inglesa y Rusia Europea, unida por las aguas del Atlántico, tendrá una misión cultural en el porvenir, digna de la grandeza *D'os Luisiadas*, inmortalizadas por el gallego Camöens. La G. P. B. (Galicia, Portugal, Brasil), podrá ser, deberá ser, la futura *Anfictionia* de los pueblos libres, de origen céltico y base para un nuevo imperio, como el de las nostalgias de la raza, soñadora de una nueva Atlántida, refugio de los oprimidos, sostén de los desamparados y escuela de hombres libres y humanos: de los *buenos y generosos*, de nuestras tradiciones. Cuando el pasado y el porvenir se muestran grandes a nuestro ojos, el presente no puede ser miserable, como no se haga tal por la deserción de los propios deberes, practicada por una generación de mentecatos y de cobardes o de esclavos. Acercar Galicia a Portugal es contribuir a crear los futuros E. U. de España, sin cuya unión federativa, no podremos articularnos como estados libres en Europa, sino como colonia europea de una oligarquía de extranjeros, que se valen de los propios españoles en un régimen moribundo para esclavizar a España, que ha de ser unión indestructible, orgánica, viva de pueblos libres, no la expresión geográfica de un Imperio fanático, opresor y afortunadamente ya muerto para la Historia Universal.

Resuelto el problema peninsular, para los dos pueblos hermanos (Galicia y Portugal), el galleguismo transcendente, dinámico, radial, el galleguismo expansivo y propulsivo, ha de tender a unir, en un mismo vínculo jurídico, económico y moral las colonias autónomas de gallegos fundadas en América y en la Península, fuera de Portugal, formando una *Nueva Galicia* trasatlántica y peninsular, con los mismos derechos y deberes (votos, representación parlamentaria, impuestos y servicio civil), que tienen los gallegos no ausentes. Pero antes de transcender a América hay que afirmarse y unirse en Europa y en España. Y ahora la Universidad compostelana y la de Oporto, tienen la palabra. Y sobre todo los intelectuales orensanos y tramontanos de Lusitania, de esta región entre Miño y Duero, patria de Espinosa, Francisco Sánchez, Feijóo, Eduardo Chao, Curras Enríquez, Lamas Carvajal, Méndez Núñez, Guerra Junqueiro, Eça de Queirós y tantos otros... A laborar, pues, por la concordia y la emancipación. Hacerlo, es entrar en el escenario de la Historia Universal, convertir a Galicia en Patria grande y plena, en protagonista de las nacionalidades ibéricas y redimirla de la férula del bugallalismo, oprobio y baldón de nuestra ciudadanía liberal y democrática, porque significa la ecrescencia del roble, árbol de la raza, en su perversión felina y en su raquíta mediocridad.

El Pueblo Gallego.—Vigo, 18 de marzo de 1931.

LA REPUBLICA GALLEGA

HAY en las ciudades gallegas y sobre todo en los campos, un estado de conciencia difusa, o mejor dicho, una conciencia subliminar de índole republicana, que asombra por su fuerza, firmeza e intensidad. Asusta la palabra; pero las almas gallegas están impregnadas del concepto. La palabra fué y sigue siendo *tabú*, hábilmente manejado por los amos, para seguir dominando los siervos. El concepto es la plena realidad de la comunidad democrática del pueblo. Porque este, por sus elementos directores no tiene que hacer más que examen de conciencia colectiva, para ver, que los dos ejes en torno a los cuales gira toda la constitución latente del pueblo gallego, son la *solidaridad* y la *libertad* juntas, hermanadas, viviendo vida pública plena, con mutua comprensión y compenetración.

Para esos malvados y perversos, que la temen, la República es el *caos*, es el desorden, es la anarquía,

es la violencia, es el hecho de soltarse las compuertas de la relajación sin freno en la vida social, de desbordarse las aguas y de romperse los diques de la convivencia humana. En mentes reflexivas y prudentes, en gentes que tienen algo que perder—y en Galicia lo tienen todos—, la República es más temida que amada; y por eso, desesperado como está el pueblo con la monarquía, teme salir de este mal irresistible, por miedo a sufrir otro peor.

Los intelectuales gallegos, los profetas y poetas del galleguismo, no hicieron hasta hoy una cruzada de proselitismo cordial, para desvanecer estos fantasmas en el espíritu del pueblo. La monarquía manejó todos los resortes, para desprestigiar la forma republicana. Curas, caciques, burócratas, recaudadores, curia, prensa impuesta en los campos—la burguesía—, han contribuido a desprestigiar una forma de gobierno, que no ha vivido en España, más que para ser escarnecida en su espíritu con una dolorosa experiencia malograda, provocada por los enemigos del régimen republicano, consentida por los falsos republicanos, y hábilmente tramada con tramoya burda por los corifeos de la Restauración. Todos los días predicando lo mismo: “la República es para los que no tienen nada que perder y sí mucho que ganar”. “La República es para gentes sin religión”. La República es para “la chusma encanallada”, que dijo Maura, cerrando los ojos a los máximos canallas de arriba, que en normas de encanallamiento y de vileza educaron al pueblo, quien como el niño hace lo

que ve y no lo que le mandan. Un pueblo educado hasta ahora por canallas, canallas de alta estofa, ¿qué iba a ser sino canalla? ¿Quiénes son los mentores, quiénes son los guías del pueblo, sino ellos? El pueblo aprendió lo que esos maestros—perversos y corrompidos del mal vivir—le enseñaron; y si tiene alguna virtud no es por ellos, sino a pesar de ellos.

¡Qué cruzada más hermosa para las plumas gallegas! ¡Todos los días la misma oración! ¡Cotidianamente el mismo examen de conciencia en alta voz, el de la esclavitud del pueblo! La visión palmaria de sus cadenas. Las injusticias de que es víctima. Las expoliaciones, los despojos. La intriga, para echarlo de su casa, para hacerlo emigrar. Las armas de mala ley para dividir las familias y deshonar los matrimonios. Ese gozo sádico en sembrar el odio para dominar mejor; odio, que, como el puñal asesino, convierte las bien casadas en viudas de vivos o en adúlteras, y a los hijos los deja en orfandad. El fomento de la emigración, porque no basta al prestamista tragarse la tierra, tiene que chupar como vampiro la sangre de los brazos del obrero gallego en América. Al derecho de pernada, a la expoliación y confiscación, se suma la hipoteca de sangre. Esto es brutal. La usura entroncada con el caciquismo; y ambos escudados en una religión de fariseos. El Fisco convertido en esponja para sorber los ahorros del pobre labriego, que sólo conoce al Estado por la Guardia civil y los Tribunales de justicia. Los maestros y los médicos rebeldes—las únicas alas del

espíritu—, los únicos ojos de la aldea, las únicas manos que la guían víctimas de la implacable persecución del cacique, cuando no se entregan... Un feudalismo brutal, opresor, peor que el de la Edad Media, porque aquél en la servidumbre de la gleba, estaba frenado por el miedo a la muerte y por la jerarquía espiritual de un sacerdocio, cuya soberanía no había pactado aún con las temporalidades. Hoy el sacerdocio, embrutecido por la inacción y minado por el escepticismo, mira su templo desierto, desierto de fe, de caridad y de esperanza en un más allá. El más crudo sensualismo, el más desenfrenado egoísmo, se hizo cebo para la concupiscencia de la carne y la soberbia del espíritu. Y eso es fruto de este régimen corrompido de una Monarquía, que para sostenerse fascina despertando apetitos y destrozando convicciones. La marea de relajación sube, porque cuando la fiera de la revolución se devora a sí misma, o tiene carne entre los dientes de sus víctimas inocentes, el enemigo pierde el riesgo de ser él su víctima propiciatoria. Después de la liberación de los siervos en Rusia (1861) en pleno siglo XX, aún quedan celtas en Europa, que viven peor que ellos. ¿Cumplimos los intelectuales gallegos con nuestro deber? No. Hoy, no. Nuestra conducta, nuestra honradez, nuestra austeridad, nuestras gestas, no nuestras verbas son la semilla más fructífera para el pueblo, ávido de un nuevo vivir, ansioso de purificación. Y si lo amamos y somos lea-

les a nuestras convicciones, hay que hacer de la vida pública del pueblo una nueva religión social, a base de renunciación y sacrificio, en cuya religión los sacerdotes al poner sus manos en la hostia santa del ideal gallego, no pueden, ni deben ostentarlas manchadas por la concupiscencia y por el miedo; sino purificadas por la fe, por la fe robusta y viva, que enciende en los corazones la llama del entusiasmo y en la voluntad la pasión de vencer o morir con gloria. Hay que enseñar a vivir al pueblo, no hipotecando la pluma o la palabra, sino convirtiéndolas en herramientas de la libertad.

Ante las elecciones que se avecinan es preciso que todos a una enfoquemos nuestras actividades hacia el pueblo, para sacarle la venda de los ojos, y dar calor y vida a su corazón oprimido. El pueblo, si no es un pueblo que llega a la abyección de degradarse, vendiendo el voto o entregando a discreción su personalidad al cacique, ha de aprender en esta hora solemne o gobernarse a sí mismo, a romper con sus manos sus cadenas. Porque sabe, como dijo Renan, que es una comunidad moral, que exige como condición para subsistir como nación el plebiscito permanente de su personalidad. Sólo así da fe de vida. De su vida. Entregándose al cacique, se hace voluntariamente esclavo. Y con esclavos no se forja una República, pero medra y se conserva una monarquía, aunque sea sin prestigio y sin honor.

Un hogar modelo en la propia aldea—cuya expresión jurídica es la *compañía familiar gallega*—es una

comunidad, comunidad moral, económica, jurídica, religiosa, comunidad de cultura con fines integrales, aunque no plenos. Y eso es la República, que es comunidad perfecta con fines plenos. Lo que es la parroquia, como comunidad integral de fines, de medios y de agentes de cultura, en el ámbito reducido de su jurisdicción, eso es la República. Pero así como el sacerdote no ha de ser su amo, sino un mentor, un guía, un maestro como quería Prisciliano, un varón justo, que ayuda y fortalece o conforta, el jefe político de la parroquia—célula vital, del régimen político gallego—no ha de ser un tirano para el *petruccio*, ni un déspota, ni un señor de vidas y haciendas, que los trate como parias y los maltrate como borregos. Y así como es cobarde el que se deja abofetear por otro igual y más que cobardes los hombres que se dejan pisotear por otro, que como amo los domina, así también la comunidad, la parroquia, la ciudad, el Estado, que soportan un tirano, por miedo en unos y por doblez en otros, son dignos de las cadenas que llevan. Son carne de esclavos que van alegres al matadero. Carne, sólo, porque entregaron en vida su alma.

¡La parroquia frente al Ayuntamiento! ¡El hogar, el ciudadano libre, frente al amo! ¡El Ayuntamiento, el partido, la provincia y el Estado, son creaciones artificiales del amo, son grillos de opresión del pueblo. El labriego en pugna con el señorito. La azada haciendo añicos el bastón. La hoz segando la mala yerba y la mano empuñando la hoz

con valentía, como lo hace un hombre, no cruzándola con su compañera para implorar clemencia de rodillas como lo hace una mujer. ¡El *Kulak*, el *Kulak*! Ese es el enemigo. Y el *Kulak* en Galicia es el rico, el usurero, el orejo. La cuestión vital es esa. Si quiere ser hombre ha de pensar nuestro labriego, que el *Kulak* como él ha de hacer su camino, pero no a caballo, como ahora, convirtiendo al labriego en bestia de carga y a sus hijas en carne de placer para él. Curros profetizó así:

“Xunta esas forzas, mocedá d'aceiro!”

Hay que juntarlas, para plasmar en pensamiento y acción la República gallega. Una República, la República gallega no es más, no debe ser más, que una casa bien gobernada por todos y para todos, una comunidad de hombres libres, un trabajo común, una faena común, antes del yantar. Una mesa común, con una fuente común para la comida en común, sin que a las doce del día haya ricos comiendo en la mesa, llenándose como cerdos, y pobres haciendo compañía a sus perros debajo y muertos de hambre. Un descanso común, un albergue común, que es un mismo hogar; una suerte común, un destino común... Y todo para hermanos en ciudadanía y libertad, para hombres, que en la religión del trabajo y en la religión del amor, vinculan brazos, corazones y almas gemelas.

Una República es una comunidad política de hom-

bres libres, en estrecha solidaridad de esfuerzos, de entusiasmos y de fines. Una monarquía, una monarquía feudal, es un rebaño de reses ovinas o bovinas, de tontos, de bobos y de cobardes, que temen sin amor y que pastan sin matar el hambre, pero que van derechas al matadero. Súbditos de un amo, no ciudadanos libres, señores de sí mismos. Hombre que conscientemente, deliberadamente, serenamente duda elegir entre Monarquía feudal y República civil, no es hombre: o es un embaucador a jornal del tirano o es una víctima. Porque no cabe opción. El pueblo gallego lleva en la masa de la sangre el espíritu republicano. Plasmar en el ideal republicano su conciencia no es tarea difícil. Prisciliano, Tyrrell, Burke, Carlyle y Renan, celtas de cuatro Estados europeos distintos, llegan al mismo *logos* del ideal republicano, y en diferentes siglos, y en diferentes etapas, y en diferentes valores de la evolución de la cultura. Para ellos la comunidad religiosa y la comunidad civil son comunidad libre de hombres, guiados por otros, cuya superioridad libremente acatan y escogen. *Res pública*, quiere decir, *cosa común a todos*, de todos, por todos y para todos. *Cosa*, en la cual y para la cual todos a una ponen el alma y la vida sin reserva alguna, sacando a plena luz todo su ser, para que todos unidos como las gotas del mismo manantial formen masa líquida compacta, que aún en los instantes de espumosa rebeldía, acusa su fraternidad. República, quiere decir: gobierno de todos y para todos. Democracia. El Concejo y la parro-

quia, son las primeras células de una República civil, organizada federativamente, como un cuerpo vivo con un alma sola y un solo corazón. Son brazos que trabajan juntos y pies que juntos peregrinan a su destino. Con ojos que ven el mismo ideal, con oídos, que escuchan la misma sinfonía arrulladora. *Deus fratresque Galleciæ*. Eso es, eso ha de ser nuestra República gallega: la tercera República céltica, cuyo porvenir es más risueño que el de la de Portugal y la de Irlanda, por ser nuestro suelo más rico y nuestra alma la madre de esos dos espíritus, del espíritu lusitano y del espíritu irlandés, que supieron crear un hogar libre frente a Inglaterra, con Inglaterra y a pesar de ella: de Inglaterra que es hoy el imperio más grande de la tierra.

De la parroquia y el Concejo, federados, han de salir la villa, la ciudad y el Estado gallego, federados y unidos en un parlamento y un poder ejecutivo y judicial, frente a las provincias, las diputaciones, los gobiernos civiles, y los distritos, que son ficciones de la legalidad que muere, mentiras del viejo régimen. ¿Y hemos de temer nosotros, crear nuestra República gallega, al margen de una Monarquía en ruinas, o sobre las ruinas de una Monarquía? ¿Riesgo a fracasar? No, no, no. La empresa sólo requiere objetivos claros y definidos. Cuadros de hombres dispuestos a pragmatizar los objetivos. Una conciencia clara de la crisis que atravesamos. Una juventud dispuesta a sumarse a los cuadros organizados. Y unas elecciones, que revelen al amo, al Vi-

rrey gallego y a los caciques, donde está el poder: si arriba o abajo. Para derribar el edificio todas las manos unidas; y a una. Y al que se atreva a construir sobre las ruinas un castillo, hay que hacerle ver que construye su sepultura. El Estado no es él. Somos nosotros. Pero los cimientos del Estado, son los hogares libres, que fraguan las parroquias y los concejos libres. Son los ciudadanos libres. Estas elecciones que se avecinan, como las irlandesas, de enero de 1920 y las de junio del mismo año, merced a la estrecha solidaridad de *Sinn Féiners* y laboristas, van a servir de base, de cimiento a nuestro poder, a nuestro Estado republicano, al *Dail Eireann* gallego. Hay que boicotear al *Bugallismo* en las ciudades y en los Concejos rurales. Hay que deshacer el tinglado electoral, hábilmente montado por la vulpejería y el instinto felino del viejo cacique máximo gallego. El porvenir es de la verdad y la justicia. ¿Qué es la justicia y la verdad para un pueblo? Su razón de ser y de vivir. Y son las premisas de la subsistencia histórica, la fuerza y el derecho, el derecho justo, no el que coacciona en falsa legalidad con los tribunales mediatizados y la curia corrompida, con la burocracia, la fuerza y la policía que trabajan a jornal, en su *servicio heril*, que resulta *vil*, para los buenos y generosos, para los ciudadanos honrados.

El Pueblo Gallego.—Vigo, 21 de marzo de 1931.

EL PARLAMENTO NACIONAL GALLEGO

EN la lucha por la nacionalidad gallega, el Parlamento nacional es el centro de gravedad del pensamiento y de la voluntad del pueblo gallego. Toda comunidad democrática, que aspire a instituirse en régimen de plena democracia pura, de democracia inmanente, ha de poseer un minimum de garantías de derecho público, que han de hacerse efectivas, vivas, eficaces en la *“asamblea de todos los hombres, que tienen colegiadamente soberano derecho sobre todas las cosas que pueden”*, según afirma Espinosa en su *Tratado teológico-político*, que es el Breviario de la conciencia republicana moderna. Asamblea, Colegio, Parlamento, Convención o Junta, Concejo abierto, o Concejo por delegación y representación, exigen y suponen un pensamiento común y una voluntad común. Pensamiento para deliberar y ordenar lo que se ha de hacer. Voluntad soberana para mandar hacerlo. Pensamiento para

fiscalizar y juzgar los ordenamientos o pragmáticas... Voluntad soberana para otorgar subsidios y aplicar sanciones. El Parlamento céltico es, pues, órgano de pensamiento y acción soberana. Así lo vislumbramos en la Constitución nacional de Irlanda, que desde el siglo IV contó con Asambleas, representativas, de más positivo influjo, que las de los Plantagenets y los Tudor en Inglaterra. Jurisconsultos, poetas, sabios, hombres de gobierno y jefes locales, eran los miembros natos de este primigenio parlamento irlandés, precursor del que en el siglo XVIII (1753) Antonio Malone, al defender como suyos los *intereses de Irlanda* en el Parlamento británico, dió origen a una patriótica oposición que llegó a convertirse en *A great sea in a Storm* al formidable caudillo sin cuya actuación no nos explicamos, ni la de O'Connell, ni la de Parnell, Tomás Davis, Juan Mitchell, Gavan Duffy y Smith O'Brien.

El Parlamento céltico en Irlanda, fué fruto de la integración de las asambleas locales, de las juntas de parroquia, como en Gales y en Escocia de Condado, organizadas por el pueblo soberano. El pensamiento nacional y la voluntad nacional fueron floración y cosecha del pensar, del sentir y del querer, de la vida local. Este régimen tribal y federativo fué aplastado, primero, por el *Comitatus* del Princeps en el Régimen feudal; y después por el *Consejo real* de las monarquías absolutas. El rey se tragó el Parlamento en unos pueblos y en otros fué su símbolo. Pueblo que no ha reñido esta batalla con la monarquía, no ha podido vi-

vir de veras su derecho público, según las normas e ideales de la evolución política iniciada en Europa y en América por la revolución inglesa, la revolución americana y la revolución francesa, como reacción natural contra la monarquía absoluta y el derecho divino de los Reyes, fruto de la Edad Media y el Renacimiento.

Pero así como la asamblea suprema de notables de esta noble nación céltica, fué hija de las asambleas parroquiales y de distrito, poniendo de manifiesto, que el Concejo es la célula vital del Parlamento, así también los *Sinn Féiner* fueron los que adquiriendo conciencia de los problemas de la nación irlandesa, conciencia como verbo y acción, reivindicaron para Irlanda una representación propia y peculiar y aspiraron a dejar de ser comparsa del Parlamento británico. Porque nadie puede ser de veras "a sí mismo", para sí mismo—que eso significa *Sinn Féin*—si no tiene capacidad plena de pensar con libertad y soberana voluntad para gobernarse por sí mismo.

En la psicología del *Sinn Féin* hay un radicalismo sustancial, cardinal, prejudicial, como dice Sylvan Briollay, y es la conciencia de la soberanía del pueblo irlandés, que le hace pensar en la necesidad de vivir su vida y gobernarse soberanamente por sí mismo. Radicalismo e idealismo, fe creadora del ideal, vehículo de la acción, convicción de que la justicia inmanente es fruto de la eficiencia del propio poder y hermana gemela de la fuerza en la lucha por el derecho histórico, pensamiento milenario que multi-

plica su fuerza en la cadena de las generaciones de antepasados oprimidos, misticismo que exalta el valor contra la opresión y el terrorismo, pureza moral llevada a la santidad, que hace a los apóstoles de la causa incorruptibles a *la prueba del dinero* más peligrosa que *la del terror*, un exaltado sentimiento del honor, pero del honor expurgado de todo convencionalismo, que hace ver en la cárcel el glorioso emblema, el orgullo de los evangelizadores de un pueblo oprimido, los imponderables, que centuplican las fuerzas del alma y agrandan los horizontes del destino, el amor a la gloria, el espíritu de sacrificio, el sentimiento de la tradición histórica, ese es el patrimonio de Valera. Eoin Mac Neil, Mac Ionagh, Pearse y Griffith, cuyos precursores son O'Connell, Parnell, Redmond, Hugo Le Ruge. Con este caudal espiritual, con estos valores eternos, redimieron las agilas y los ruiseñores del ideal céltico, a un pueblo acechado, por lobos y por tigres disfrazados de zorros y de pastores de la ley de la tiranía. Así resucitó Irlanda.

¿Y nosotros? ¿Y Galicia? ¿Dónde están nuestras águilas y nuestros ruiseñores? Eduardo Chao y Curreos Enríquez, fueron acorralados, espantados de su nido, fueron víctimas de la persecución que les hizo amasar con lágrimas el pan del emigrante. Montero Ríos, tráfuga de la República, fué tráfuga también de Galicia, de la tierra que le dió fuerza, nombre, renombre y le tributó ofrendas de cariño y homenajes. Su herencia política fué a parar a ma-

nos de un orejo. El Bugallalismo, que hoy campea por sus abusos, que no por respetos en Galicia, como heredero o fideicomisario de las huestes de El-duayen, Villaverde y Besada con su dogma de *Monarquía y Parlamento*, fabrica parlamentos con adocenados y quema incienso a un fetiche en quien no cree. Ante la Monarquía ostenta un poder elaborado con actas en blanco a cambio de patentes de corso a los caciques, con el cheque cruzado de un banquero sin crédito, que explota el de un cliente arruinado—la Monarquía—y un cliente tonto, el pueblo gallego.

Ante el pueblo aparece como amo, con el aval de poderío, que recibe del soberano. Anfibio político, intermediario oneroso e inútil para el pueblo y para el Rey, en las alturas cotiza un poder, que abajo no posee; y abajo, otorga mercedes y desata persecuciones en el poder que de arriba recibe. Es un transformador de energía, pero carece de valor político y moral propio, intrínseco.

Es por lo que representa. No representa lo que es. En el fondo el amo y sus caciques constituyen un grupo que se transfieren mutuamente poderes que detentan, por la dejación del pueblo y por el exceso de confianza del soberano. Cuando el pueblo actúe y el soberano se convenza de que en vez de un valor político positivo, lo que hay vivo en este régimen es un anfibio moral, que celestinea con dos jóvenes, para corromper su destino, toda la fuerza de este monstruo político, desaparecerá como la de una fiera co-

rupia, que el espejismo del terror agranda en su tamaño y en su ferocidad.

Los reclutas de este régimen son los que poseen madurez, serenidad, miedo, mediocridad, flexibilidad, hipocresía, doblez, ductilidad, espíritu de adaptación, convencionalismo. Ellos convierten la espina dorsal en incesario, las vísceras de la nutrición en resorte para moverlo y la cabeza en brasero, en hogar indigno para quemar el incendio de la vil adulación. Son cobardes y desleales. Los resortes que mueven su corazón son el apetito y el miedo. Y mientras tanto el pueblo—el eterno infante—como en el mito de Esparta (el joven en su sueño glacial sobre la nieve), durmiendo su sueño de piedra milenario, el sueño, con que soñó Curros para las congojas de su corazón, mientras un zorro oculto—ese zorro oculto del bugallalismo—le devora las entrañas.

Cánovas, que aduló al Parlamento con los labios y lo escarneció con el *Encasillado*, tuvo buen cuidado de amaestrar los rodrigones de su política, a hombres con apetito de poder y de dinero a hombres como Elduayen, a quien un pueblo ofrenda con gonzúas al inaugurarse su estatua en Vigo, en vez de hacerlo con coronas de flores. Y uno de ellos fué el precursor del Amo, del Virrey gallego. Hubo pacto implícito entre él y Montero para mangonear en la *Irlanda española*, que espíritus candorosos, dignos de una Arcadia localizada en el Limbo llamaron la Suiza española. Y Montero y su aliado en ese pacto, del Lonrizan, secuela del pacto del Par-

do, tuvieron buen cuidado de seleccionar al revés la juventud gallega a base de mediocridad y de dobléz, haciendo harina selecta con salvados para formar pandillas de chicos listos y empollones, de charlatanes sin cacúmen, con dignidad hipotecable, y así pudieron nutrir durante mucho tiempo los escalafones de la Judicatura, de Registros, de Notarías y llenar los huecos del Parlamento con predicadores de novena, con traga-sermonarios y con borregos monosilábicos. Lo esencial era disponer de actas en el Congreso y de senadurías vitalicias. Y para esto la representación de las corporaciones gallegas tenía que ser un escarnio de la institución representativa y del sufragio popular. Para eso había que disponer de gobernadores de oficio, que como autómatas cumpliesen las órdenes dadas desde Madrid, destituyendo alcaldes y concejales y substituyéndolos por gentes del propio rebaño. Y el pueblo siempre al margen. Al margen después de tres cuartos de siglo, habiendo sido el primero, con Asturias, en iniciar la Reconquista de la libertad y de la soberanía nacional en la Junta de La Coruña, que preparó las Constituyentes de Cádiz y equipó un ejército de 40.000 hombres contra Napoleón, a quien entregaban el trono los Borbones. Galicia defendió la soberanía nacional de España con su bolsa y con su sangre; y no vió que hijos descastados, aplastaban la suya, comerciando en el Parlamento, como meretrices de oficio, con su representación, con su personalidad, que es su honra, su patriotismo moral. Su

representación fué ralea, no cogollo y flor del pe-truciado.

Galicia ha vivido hasta hoy en desamparo en el Parlamento español. Ni Brañas, ni Porteiro, ni Murguía, regionalistas puros, pudieron hablar en él, como O'Connell y Parnell hablaron en Westminster. Carracido, Curros y Eduardo Chao, vivieron acorralados por la Restauración, porque le hacían sombra. Nicomedes Pastor Díaz tuvo que ser diputado por Córdoba. Mella no pudo serlo por Galicia. Por eso decía Carracido al prologar el *Maestre de Santiago* de Curros: "Galicia podrá hacer los diputados que le plazca y éstos llegar a ministros, o a cualquier otro puesto, casualmente o peor que casualmente *por degradación*". ; Por degradación! ; Por degradación! Galicia por degradación, no. Esos gallegos desleales, que le envilecen y deshonoran, sí; aceptando un puesto para el banquete o para el botín, y desertando del puesto que la madre les brinda, para luchar por su vida, que es su libertad.

A esos políticos *menesterosos de ideas y de vergüenza* no hubo hasta hoy valor para quitarles la careta y deshacerles el tinglado de histriones con que actúan. Y la culpa es de los buenos y generosos, que hasta hoy pecaron por candidez, por cobardía y por corrupción.

Galicia no puede reconstituir su personalidad histórica, sino a base de pureza y de valor, dos imponderables de orden moral para el sufragio y la representación. El candidato ha de responder a su sím-

bolo. El símbolo es de pureza. El color de la pureza, de lo inmaculado es la blancura. Con hombres manchados para la pública representación no podemos ni debemos contar. Con hombres vendidos para votar, tampoco. A los indignos hay que resellarlos para siempre.

De otro modo, Galicia no podrá resolver sus problemas. A los hombres que tiene Galicia, a sus valores, la confederación de amos y caciques no los dejan subir, si no se dejan castrar, porque sólo con eunucos pueden conservar su serrallo. A los que suben hay que retirarles el crédito nacional gallego, porque suben por degradación moral y hacen traición a los ideales del pueblo gallego.

Al margen de la farándula parlamentaria y de ese tinglado de histriones, que trabajan en los gobiernos civiles, las diputaciones y los tres ayuntamientos, hay que poner hombres de ley gallega que respondan al pacto de sangre con Galicia, no orejos, no extranjeros, no mestizos, impurificados, ni gallegos descastados, no hijos que niegan y reniegan de su propia madre.

Así podremos construir de abajo arriba nuestra nacionalidad. Así actuarán las corporaciones gallegas, como en el Dáil Eireann de Irlanda, hasta deshacer el tinglado de la españolada indigna, que lo es tanto más, cuanto que manos gallegas mueven sus hilos.

A esa comparsa de histriones de profesión *que lle-*

ga a financiar las obras y que no es lo que representa ni que representa lo que es, hay que desnudarla ante el crédito público gallego, para que ostente a pleno sol las lacras y desvergüenzas. El Parlamento español a siete millones de gallegos no le sirve absolutamente para nada. En cambio los cómicos de oficio y los mandatarios de Galicia, entroncan con la plutocracia y la sangre azul del centralismo y comen buenas empanadas, después de poner las manos en la masa, con los ferrocarriles, los saltos de agua, navieras, los negocios nuevos, las empresas de navegación, los monopolios de petróleos y teléfonos, las empresas de seguros, los momios de la plutocracia *et sic de cœteris*.

Los problemas genuinamente gallegos, necesitan hombres castizamente, fervorosamente gallegos. De otro modo el porvenir de Galicia estará en manos de sus enemigos y de los traidores y no quedarán a sus hijos más que los dos caminos que tenía Irlanda antes de levantar la cabeza: el castillo de Dublin, el terrorismo, que en Galicia es la cárcel —y fué un gallego, un vástago del bugallalismo el que puso de moda la ley de fugas—o la emigración. Y el resultado la irredención de Galicia. El Parlamento gallego ha de ser de Galicia, en Galicia y para Galicia, la voz soberana de Galicia, que decreta y quiere ser dueña y señora de sus propios destinos, no criada de servir, la Cenicienta de los destinos ajenos. El Parlamento gallego ha de ser fruto de Concejos

y parroquias engarzadas en él como el futuro collar de perlas, que ha de lucir en su epifanía de libertad Galicia y ha de actuar al margen del otro. Y cuanto antes mejor. Ya es hora.

El Pueblo Gallego.—Vigo, 27 de marzo de 1931.

LOS PRECURSORES DE LA CONCIENCIA REPUBLICANA EN GALICIA

I

PRISCILIANO, FRANCISCO SÁNCHEZ, ESPINOSA

CONCIENCIA republicana es conciencia de plena ciudadanía, cuyos dos focos son la máxima libertad, y además la más estrecha solidaridad, con un contenido de derechos, deberes y virtudes cívicos, garantidos por la efectiva responsabilidad de todos los poderes, que actúan, por la comunidad política controlados. Conciencia republicana es conciencia de la plena soberanía del pueblo, ejercida por el mismo y para el mismo (democracia directa), o por el Parlamento (democracia representativa). Conciencia republicana es conciencia de una comunidad moral, económica y jurídica, de hombres libres, para convivir en un Estado sin privilegios ni garantías, de los intereses para ellos creados, con igualdad de

derechos y de deberes, con plena hermandad y comunión espiritual y económica de ideas, de intereses, de ideales y aspiraciones.

La placenta vital, estructuradora de esta comunidad democrática del pueblo es la tierra, cuya plena posesión, cuyo dominio radical y trascendente pertenece al pueblo en señorío de comunidad territorial. Así en Irlanda. Así en Francia, según el sentido rural y territorial que los vendeanos imprimieron a la Revolución.

Pero la democracia sustancial, constitutiva en este régimen de comunidad popular y territorial no es incompatible con estructuras jerarquizadas, para la función política, para los actos de gobierno. Y así el pueblo celta hace compatibles y resuelve las antinomias entre libertad y autoridad, autonomía local y unidad política del Estado, federalismo y centralismo, democracia y aristocracia, masa y personalidad característica, gobernante y gobernados, pueblo y Estado, minorías de elegidos y mayorías de ciudadanos.

Para estas ideas madres del espíritu céltico por él elaboradas y cristalizadas en su conciencia histórica, hecha luz, calor y tesis pragmática, paradigma y praxología en las personalidades características del pueblo gallego, hay una raigambre común, una trama subconsciente, convertida en vínculo espiritual del linaje, hecha relieve y plasma del carácter, del espíritu colectivo, ligamen de almas con un origen común y un destino común, espíritu vivo de una nacio-

nalidad aplastada. Esta comunidad, identidad y solidaridad de pensamiento, que hace brotar de una fuente común nuestras ideas madres, pone de manifiesto, que debajo de la historia externa, de las gestas vividas y escritas por las castas dominadoras hay una historia oculta, inmanente, íntima y subconsciente del alma popular gallega y de la conciencia nacional de Galicia, de la conciencia moral, religiosa y jurídica, del sintagma pleno de una cultura soterrada por el imperio de la violencia, por la hegemonía de exóticos poderes, por los invasores, que pasaron a ser dominadores, amos y verdugos, haciendo de Galicia pueblo de míseros esclavos, o colonia de mercaderes para cambiar las pepitas de oro del Sil, por las cuentas de vidrio de Cataluña.

Por eso cuando se trata de esculpir, de plasmar la genuina personalidad política del pueblo gallego, hay que beber en el puro manantial de su tradición inmanente, en el documento vivo de la personalidad inmortal de sus ilustres hijos, hitos puestos por la eternidad en el tiempo y en el espacio, como coordinadas incommovibles de la historia. Y esta tradición es la tradición eterna del pueblo. Es su conciencia histórica engarzada por los puros y soterrados manantiales de su personalidad, que aflora y es fuente viva en puntos críticos de la propia área consciente.

Prisciliano, Espinosa, Francisco Sánchez, Feijóo, Saavedra Fajardo, Eduardo Chao, Curros, Pondal, Rosalía, Becerra, Vicenti, Concepción Arenal... son nodos y formas de la conciencia colectiva galle-

ga, que es en el fondo conciencia democrática. Reconstruir en un *regresus* crítico, analítico, y comparativo el fondo común de vida espiritual de estos hijos ilustres de Galicia, es laborar por su conciencia política en estos momentos decisivos y críticos de su historia. Algo de esto pretendió Curros en su labor de escritor y de poeta.

Prisciliano (mediados del siglo IV a 385), es el gran reformador moral y religioso del siglo IV. Son levadura de su filosofía el ideal platónico y el ideal estoico, genuinamente democráticos ambos, y ambos basados en el postulado de la pura humanidad, supuesto substancial común de todos los hombres.

Acusa también influencia de la Kábala. Presta un gran valor a la firmeza de la tradición viva, más que a las fórmulas teológicas. La unidad de la teoría y de la práctica le hace ver en el *Símbolo de Nicea*, el principio vital de la fe como *Ascesis*, nexo entre la idea y la acción y orientación segura, del pensar hacia la vida. El ideal moral del hombre para Prisciliano es la *incorrupta beatitudo*, la unión viva del creyente con Dios, en alas de una fe, alimentada por el amor y la experiencia de lo divino. Así pudo decir Massebieau, que el espíritu de Prisciliano "está impregnado del misticismo paulino y del de San Juan". Pero es un misticismo sin metafísica, un misticismo práctico. El *ascésis*, que arranca de una posición básica de carácter religioso, lleva al perfecto cumplimiento de los propios deberes en la vida, que completan la perfección del hombre. El

ideal ascético de la vida humana para Prisciliano está en un más allá: *descansar en Cristo*. (“El vivir en Dios de Teodoro Fechner”. “El amor intelectual de Dios de Benito Espinosa”); pero también puede cumplirse un ideal de perfección en esta vida: el de la *beatam paupertatem*. Y la beatitud presente, no es contemplación, no es espectación pasiva y descanso—ideal del monacato helénico—; es un ideal pragmático, vinculado en la voluntad. Y en esto fué precursor de Teresa de Jesús y de Eduardo Chao. Pero donde más brilla el espíritu céltico del obispo gallego, precursor de Lutero, es en la autonomía de la comunidad cristiana, cuya célula es la parroquia.

La parroquia es el organismo autárquico, en el cual se realiza y encarna la vida de la fe cristiana. La vida cristiana tiene para Prisciliano, un carácter de democracia social igualitaria, en la cual las autoridades eclesiásticas elegidas por la comunidad son guías, consejeros, maestros y mediadores, para la comprensión más profunda y viva de las verdades de la fe; pero maestros de vida ejemplar, rigurosamente ascética. Frente a esta concepción se alza la jerárquica e imperialista de Itacio, cuya enemiga a Prisciliano promovió su persecución como hereje hasta que fué quemado en Trévesis. Prisciliano representa la libertad de conciencia y de experiencia religiosa personal, frente a la teología formularia, canónica y dogmática de los clérigos profesionales de un saber divino, no de un vivir a lo divino.

Del ideario de Prisciliano para la nueva fe democrática gallega se desprenden estas normas: 1.º, la de una comunidad autónoma, el pueblo; 2.º, la del contenido vital de una conciencia, que en el principio de la acción y de la fe, más que en el del conocimiento encuentra el ideal regulativo de la vida; 3.º, la idea de libertad y de tradición viva, de experiencia personal, frente a las fórmulas intelectualistas, frente a los apriorismos de los sabios; 4.º, la idea y el ideal de un perfeccionismo humano, basado en la sencillez de costumbres, en el espíritu de renunciación y en el modelo de la vida prístinamente cristiana, en la imitación de Cristo. Pobreza y santidad se hermanan en común aspiración. Sentido social de una política; 5.º, la idea de que la autoridad, el gobernante, es un pastor, *primus inter pares*, el hermano mayor, el elegido, que guía la grey por el camino de salvación, no un amo, ni un cacique; 6.º, el ideal místico y apostólico, ascético, de pureza moral, el de los *Sinn Feiner*, que todo reformador social ha de inspirar a sus cruzadas, para guiar al pueblo a su destino, redimiéndolo de sus dominadores, de sus tiranos, de los falsos apóstoles, de los embaucadores y conformistas insaciables de la pira de cerdos de Epicuro.

Francisco Sánchez (1550-1623), de Tuy, y Catedrático de Tolosa (Francia), representa, como precursor de Bacon y de Descartes, el espíritu positivo, crítico, experimental, objetivo y realista en su obra, *Quod nihil scitur*. Francisco Sánchez, como Bacon

y Luis Vives, quiere construir la ciencia, reconcentrándose en sí mismo. Es el David Hume de nuestra Filosofía, íntimamente emparentada con Scotto y con Kant. Plantea el problema crítico del conocimiento; pero en el fondo lo que plantea es el del libre examen, el de la libertad de conciencia, frente a todo dogmatismo, al ergotismo escolástico, frente al silogismo insustancial. Su sentido de lo real, su predilección por lo empírico, señala la pauta al ideario político del galleguismo, que no ha de pretender construir castillos en el aire, ni silogizar con fantasmas, con sueños, con utopías. Con su espíritu se hermanan y completan las perspectivas de Feijóo y de Saavedra Fajardo, así como con el ascetismo de Fray Luis de Granada se completa y hermana el ideario moral de Prisciliano. Son ascetas ambos y ambos imbuidos de espíritu apostólico. Los dos gallegos.

Pero el verdadero precursor de la conciencia democrática moderna es Espinosa (1632-1677). El concepto de República, de Democracia en Espinosa coincide con la constelación federativa de ciudadanos y de naciones libres, en Kant, que piensa y escribe bajo la influencia de Rousseau su teoría del *Reino de que los fines*, cuyo reino es en el fondo la idea del *reino de Dios*, de Espinosa, especie de *catolicismo laico*, con un ideario concordante en su orientación para la acción común, basado en la obediencia y en el amor de Dios y en la conciencia de la necesidad de igualdad, de justicia y caridad entre los hombres.

El *Tratado teológico-político* es el Decálogo, el Breviario de la Conciencia democrática moderna. En él defiende la soberanía del poder civil, cuyo órgano es el Estado, la protección del derecho de las minorías, la libertad de conciencia y manifestación, el derecho de petición, el derecho de revolución, antes que cristalizarse en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* en 1789, y un espíritu liberal, como postulado e ideal regulativo de la conciencia humana, imponiéndole como tarea en cada etapa de la evolución histórica siempre un haz de problemas concretos de liberación y emancipación, lo cual asegura su razón de ser, como principio eterno de política positiva.

La ley es para Espinosa norma autónoma de conducta. Sólo por la autonomía tiene la ley sanción justificativa, *porque quien vive bajo la Ley no puede justificarse por la Ley*, según San Pablo. La sanción eficaz de la Ley es la única garantía de la vida del Estado. Para ser la Ley justa ha de ser fruto del pensamiento y de la voluntad del Parlamento, hijo de la soberanía del pueblo.

El Estado moderno es fundamentalmente democrático. Órgano de toda genuina democracia es la "*Asamblea de todos los hombres, que tienen colegiadamente soberano derecho, sobre las cosas, que pueden*". El soberano derecho, implica autoridad suprema y obediencia. La soberanía del Parlamento es síntesis e integración y representación de la de todos los ciudadanos. El derecho es incompatible con la violen-

cia, porque la fuerza pierde su razón de ser al dejar de ser elemento intrínseco de coacción jurídica, al principio racional del derecho subordinado. Régimen parlamentario, democracia y soberanía nacional son consubstanciales. En la vida política inglesa con el ideario de Locke congénere del de Espinosa se han realizado. ¡Cuánto dista España de este Ideal! El problema planteado en Villalar, tuvo un héroe y un mártir gallego en el Obispo Acuña.

El pleito entre la Monarquía y el pueblo sigue en pie desde hace cuatro siglos. Dos dinastías extranjeras, Austrias y Borbones, que no sintieron cordialmente a España lo agudizaron. En estos momentos críticos vuelve a atisbarse la esperanza de su solución. Es el problema capital de España y de Galicia, víctima de la Monarquía y el feudalismo en España. Es incomprendible que en Galicia, en la Galicia portuguesa, se haya larvado un espíritu libre como el de Espinosa. Pero falta aún hacer la nueva reconquista de España contra *esos europeos*, que llevar traza de durar más que la otra.

El soberano para Espinosa manda por representación, por derecho democrático, no por derecho divino. El súbdito se hace ciudadano y él es el primer factor y generador de soberanía nacional. De la soberanía del poder civil se derivan el carácter aconfesional del Estado, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos y la policía del Estado sobre las Iglesias y Confesiones religiosas y sobre el culto público.

De la libertad de conciencia, que es derecho inherente al *Status individual*, sistema de valores jurídicos, con un centro de soberanía consciente (la persona humana), se derivan la libertad de opinión, la libertad de propaganda, la libertad de prensa, la libertad de manifestación, reunión y asociación, la libertad de crítica y el derecho de revolución. La opresión del pensamiento engendra la servidumbre y el privilegio, que es injusticia enmascarada. Siembran la revolución los tiranos y la preparan con la violencia. Pero a pesar de esto Espinosa quiere conciliar la máxima libertad con la obediencia incondicional al Estado y aspira a dar un fundamento ético-religioso al Estado con su idea del *reino de Dios* en la tierra. Espinosa afirma, que el *espíritu santo* se atestigua por sus obras, y su esencia se vincula para el hombre justo en la tranquilidad de la conciencia honrada, fruto de las buenas acciones. La Ley es hija de la necesidad y voluntad de todos, no del poder arbitrario de uno solo. Los fundamentos del Estado descansan en la razón y en la fuerza de los ciudadanos, de todos los ciudadanos, no de una oligarquía, ni de un tirano o un déspota. Derecho y fuerza son elementos (materia y forma) de la organización de toda democracia, que encarna en el *Parlamento*, fuente y origen de todos los poderes. La violencia nace del divorcio de ambos factores y engendra la tiranía; y ésta la revolución. Súbdito y soberano se igualan en la función de mandar y obedecer, ante la santidad de la ley, cuya conciencia co-

mún engendra el verdadero civismo, en el cual se vinculan el ejercicio libre, y el cumplimiento libre de los respectivos derechos y deberes. No hay más que una soberanía suprema: el Estado. Dividir la soberanía es destruirla. Someter al ciudadano a dos, es ponerle en condiciones de que traicione a una, o desobedezca a ambas. El fin del Estado no es meramente jurídico. Su aspiración suprema es la cultura del hombre para la libertad, la piedad y la justicia.

Fuera de la órbita del Estado existe una solidaridad universal de los hombres, que los une en la Ley de Dios, cuyo cabal conocimiento es garantía de beatitud y perfección en la tierra. Así se hermanan todos los pueblos en una comunidad de vida espiritual, en la pura humanidad que excluye *dogmas* y *controversias*. En esta humanidad subsiste inmanente el *reino de Dios*, que se une a ella por el espíritu vivificante de la justicia y del amor, germen de la *idea pura de humanidad*. Espinosa, es, pues, un precursor de Kant, Herder y Wundt, en la idea de la Sociedad de Naciones y en el concepto presente de humanidad.

Por tanto, para Espinosa, *individuo*, *Estado* y *humanidad* son las tres categorías básicas de la sociedad política y de la sociedad universal; y *ciudadanía*, *democracia*, *parlamento* y *sociedad internacional*, son sus garantías y formas de convivencia y actuación, después de ser sus primeras valorizaciones. Para Espinosa el *Estado individual*, el *Estado democrático*, el li-

beralismo, el *socialismo* y la *sociedad internacional* vinculada en el reino humano de Dios, no son incompatibles, sino más bien complementarios y recíprocos. Los que quieren establecer una pugna entre liberalismo y socialismo, entre el individuo y el Estado, acaban a la larga en la tiranía o en la anarquía. La dictadura del proletariado es tan temible como el caos de una libertad sin límites. El socialismo ha de ser carburador para el liberalismo. El liberalismo, freno para el socialismo, que aplasta y tiraniza al individuo si no se determina su poder. Libertad y solidaridad, hermanas gemelas, se limitan y complementan recíprocamente.

II

FEIJÓO, EDUARDO CHAO, CURROS ENRIQUEZ

Mientras toda Europa, a partir del Renacimiento y de la Reforma, ardía en la llama pura de una renovación precursora de las revoluciones políticas, afirmando la individualidad en los fueros plenos de su personalidad autónoma, y organizando con la tradición democrática de las repúblicas medievales italianas y de los Países Bajos, y el renacimiento de las ideas políticas democráticas de los pueblos clásicos, núcleos de resistencia frente al absolutismo monárquico, que triunfaba en el Continente y era

vencido en Inglaterra y Norte-América, España seguía la trayectoria glacial y tenebrosa de su vida medieval, enmascarada con formas y ficciones de un renacentismo de retóricos y de artistas al que faltaba el germinal del pensamiento liberador y la fuerza pragmática de la libertad, señora del espíritu nuevo; España vivió en hermetismo para las ideas del Renacimiento y de la Reforma. Un oasis representan los precursores y escritores del Reinado de Carlos III y la personalidad de Feijóo, europeizante, periodista y crítico; y, sobre todo, espíritu satírico y de intención mordaz. Jovellanos le aventaja en solidez de pensamiento, en aliento renovador y en espíritu liberal. Por él entronca la generación de los hombres de Carlos III con los doceañistas, liberales y revolucionarios del siglo XIX. Era preciso llegar al siglo XIX para encontrar una conciencia democrática y republicana en hombres de pensamiento y acción. Sobre todos se destaca la figura de Eduardo Chao (1821-1887), admirablemente biografiado por Curros Enríquez en el tomo VI de sus obras completas.

Sus ideas están vertidas en el folleto titulado *Razones de España para la Revolución de Septiembre* (1840), en *Los Republicanos y la Epoca* (1842), en *La Historia de la vida militar y política de Martín Zurano* (1846), en *La Historia general de España, continuación de la Mariana* (1850), en el *Diccionario de Política* (1850), y en los artículos publicados en "El Espectador", "El Murciélago", "El

Látigo", "El Eco de las Barricadas", "La Discusión" y otros. Fundó la Biblioteca del Hombre libre y la Biblioteca ilustrada.

La conciencia política para Eduardo Chao, además de responder a los principios de *libertad, igualdad y fraternidad*, tiene como elementos intrínsecos, la *razón* y la *fuerza*, es decir, la justicia. *La fuerza* —dice Chao— *sólo es justa cuando la razón mueve su brazo*. La razón ha de tender, según él, a *asociar e ilustrar*. Su espíritu republicano tiende al socialismo y al humanismo. En esto se anticipa a Fernando de los Ríos y al partido republicano radical socialista, que acaudilla Marcelino Domingo.

La conciencia democrática se larva en las democracias municipales de la Edad Media. El mérito de Chao consiste en haber sabido frenar y templar la vehemencia revolucionaria, con su sereno espíritu de tolerancia y de legalidad, a que no parecían muy inclinados los corifeos de la Revolución y las mejores figuras de la primera República.

Supo también imprimir al *movimiento* y a la *conciencia republicana un sentido civil y democrático*. Asociar es el gran secreto para defenderse del divide y vencerás de los tiranos, dice Chao: "*Nada de sables, ni de metralla, ni de cadalsos. Todo pensamiento, sistema, propaganda... El que muere en su atmósfera, jamás resucita*". Y es verdad: la muerte por corrupción, por encanallamiento moral, priva de inmortalidad al alma, porque es muerte de cerdo y hace imposible la viabilidad del cuerpo por fecunda-

ción, porque el corrompido al entregarse se hace eunuco. ¡Si hoy viviera, cómo vería cumplida su profecía en la segunda República!

La conciencia republicana en Eduardo Chao se realza por su modestia, por su poderosa cultura, por su pureza de vida moral, por su austeridad, por su sencillez de carácter y afabilidad de trato y costumbres. Murió dando alto ejemplo de integridad y de virtud republicanas. Fué un santo laico.

Pero la conciencia republicana de Chao no se concretó a forjar un ideario para saborearlo en el paraíso terrenal de su fe republicana. "Contra la reacción del 43 representada por González Bravo—dice Curros—opuso algo más que las energías de su claro talento y su brillante pluma: opuso también, cuando la Prensa estaba amordazada, perseguido el libro y muda la tribuna, la conspiración y las armas. No había en esto contradicción con sus principios de estricta legalidad. Así como nadie renuncia a la defensa propia ante un ataque personal, nadie puede renunciar a la revolución, cuando se nos despoja de nuestro derecho y no hay otro remedio de conquistarlo..." "Toda idea que renuncie a la fuerza y toda fiera que renuncie a la garra, están irremisiblemente condenadas a perecer. Por eso intervino en las conspiraciones de la junta central de Madrid, como hombre de acción, para restablecer la libertad. La prueba del dinero, los resellamientos y las defeciones estaban a la orden del día; pero Chao no claudicó. No quiso como otros cotizar su pluma ante

los halagos de la corrupción, ni tampoco el silencio ante las promesas de libertad. Desde *El Espectador* actuó de ametralladora, en la forma más violenta y feroz que conoció el periodismo, desde Larra. El *Espectador* y Chao llegaron a ser cuerpo y espíritu de la conciencia republicana". Fué el primer periódico y la primera pluma que comprendieron la necesidad de la Revolución y del destronamiento de Isabel II. Pero la Monarquía siguió viviendo, gracias a la paciencia y tolerancia del progresismo, que pudo anticipar la República en 1844 haciendo lo que hizo en 1874, cuando pidió Chao su colaboración en *El Espectador* y le profetizó la ingratitud de Isabel II.

Para Chao la Monarquía es una institución decadente, después de las Batallas de San Quintín y Rocroy.

El valor cívico y la potencia de convicciones de Chao se puso de manifiesto en las Cortes de 1854, votando con otros 18 diputados, quince años antes de las Constituyentes del 69, por la República y contra la Monarquía de Isabel II, en pleno apogeo de su poder. Pero antes de votar supo renunciar a su destino, sabiendo que en la renuncia iba la llave de la dispensa para su mujer y su hija.

En las Cortes Constituyentes de 1869 votó Chao la República federal y con Salmerón redactó el Proyecto de Bases de Constitución federal, más que convencido, como dice Curros, guiado por su entrañable amor a Galicia. Pero también la pasión puede

ser fuente de convencimiento cuando se inspira en un amor puro y desinteresado. Pesó tanto en él el amor a Galicia, como el odio al sistema centralizador de que es víctima. En su *Historia general de España*, no oculta sus simpatías por los fueros de Cataluña. Y en eso fué también precursor de Brañas y de los nacionalistas gallegos de nuestra generación. No fué ajeno tampoco Chao en su delicada sensibilidad de la vida pública a las reivindicaciones obreras, a la defensa de la pequeña propiedad, a la creación de propietarios con el proyecto de distribución de montes públicos entre braceros del campo y a otras iniciativas de igual índole. Así con la reforma social se anticipaba a desarmar las reclamaciones de socialistas y anarquistas, escudados en la violencia y esta en el estado de necesidad. Estas medidas con el proyecto de reglamentar el trabajo de las mujeres y los niños en los talleres justifican sus dotes excelsas de gobernante y agrandan su figura ya gigante, si se compara con la de otros hombres de la Restauración, gallegos, como Montero Ríos, Elduayen y el General Bugallal, tío del Conde, del Conde, sobrino de un tío y tío de un sobrino y yerno, y cuyo poderío nació y fué creciendo con el nefando consorcio de la muerte y la mediocridad. En los tres meses y medio que fué Ministro de Fomento vemos la justificación de que no era un soñador y un intelectual puro, sino un hombre capacitado para la acción, como Ministro de la República, madera de primer ministro sin duda, para la naciente institución repu-

blicana; víctima de los odios, codicias, apriorismos y exclusivismos de sus enamorados.

Y no le faltó valor cívico, para rechazar con indignación el atropello de Pavía del 3 de enero. Así lo juzgó: "Lo que acaba de ocurrir es una cobardía, digna de ejemplar castigo", exclamó indignado. Y reclamó dos decretos: uno, declarando fuera de la Ley a Pavía, sometiéndolo a Consejo de Guerra y desligando a los soldados del deber de obediencia; y otro, concediendo una pensión a los héroes, inválidos y sucesores de las víctimas de la legalidad atropellada. E hizo más: dió la cara y se ofreció como mártir. Sin los puritanismos de Castelar habrían prevalecido sus proyectos en el Congreso aquella noche memorable, no arredrándole el riesgo de hacer la notificación a Pavía que Castelar temía, con peligro de la vida, para quien lo hiciera. Chao, dijo: *Reclamó para mí la gloria de afrontar ese peligro. Venga el decreto, exonerando al rebelde, y yo le llevo.* Pero "la República había muerto y de su sangre debía nacer la Restauración, como de la sangre de Adonis nació la flor de la venenosa anémona", dice hermosamente Curros. La fe común, el sentimiento de la necesidad común, no dió convicciones, ni fervor a los corazones y las almas de los jefes republicanos, cuyas filas fueron diezmadas por una dinastía, que, como dice Curros, invertía el oro de la nación en buscar adhesiones y captar voluntades; y para llegar a la disolución política de las almas republicanas emprendía el camino de la disolución

moral. Chao no dejó de ver, que la indiferencia política de una masa sin convicciones, era el principal factor que decidía el triunfo. En su célebre discurso del Casino republicano, de mayo de 1883, pronunciado ocho años después del grito de Sagunto, analizando la fe republicana decía: en política hay tres clases de hombres: *los que en ella han puesto toda su fe, los que la han perdido y los que la han trocado*. Al primer grupo pertenecía él, Salmerón, Pi y Zorrilla; al segundo, Castelar; al tercero, Montero Ríos, que fué el amo de Galicia durante el primer cuarto del siglo de la Restauración, Elduayen, el general Bugallal, tío del Conde, y otros. Al primer cuarto de este siglo corresponde el Bugallalismo, heredero de las huestes de Elduayen, Villaverde, Dato y Besada y que tiene los mismos métodos, el mismo procedimiento y la misma doctrina que el Monterismo. Chao, sin declararse oportunista, aspiraba a imprimir a la política un sentido de realidad, de objetividad, que rechazaba toda utopía. Pero también despreciaba y apostrofaba a la cobarde masa neutra. Su conciencia republicana estaba acendrada por la fe republicana, por la íntima convicción de que la Monarquía es incompatible con la soberanía nacional. Así lo proclamaban para él la Lógica, la Razón y la Historia, la experiencia. Por eso decía que el partido republicano es un partido de fervorosos creyentes, que cree porque ama, y porque ama sabe esperar. Con esto aludía a Martos y Montero, en cuya *Ecclesia de galleguismo*, no hubo ni un apóstol, ni un Mesías; pero sí

muchos curas de misa y olla. Así pudo apostrofarlos Curros, llamándolos *generación de manceres*. Y aunque aspiraron a captarlo, lo desterraron primero a Orense y después trataron de Tallarille ó bico, *cando empezaba á seu canto*, como dijo admirablemente el poeta el día de su coronación en La Coruña, recordando el proceso del Obispo de Orense. Y tuvo que emigrar, como Chao, que vivió en vida desterrado de la política asquerosa de la Restauración. Y hasta el último día, de acuerdo con Ruiz Zorrilla, pensó en la revolución como medio de restaurar la legalidad republicana. Y en eso estuvimos, después de cerca de sesenta años. Las concomitancias entre el grito de Villacampa y los sublevados de Jaca son bien marcadas. El resultado es el mismo: detener por de pronto la Revolución en su marcha acelerada, por querer mover los pies sin imperio de la cabeza. Cánovas decía una vez en el Congreso: "*Antes que la paz, la Monarquía*". Todos los liberales allí presentes (*¿liberales?*) rubricaron la tesis con el silencio. Pero ningún republicano convencido puede resignarse ante esta actitud, porque sobre la Monarquía que puede ser secular o milenaria está España, que es eterna; y España hoy no la quiere. La Monarquía que se impone por la violencia se hace odiosa y repugnante al pueblo. Y no hay quien pueda mandar, cuando el pueblo se niega a obedecer. El derecho de revolución frente a este ideario del Verbo de la Restauración, de Cánovas, se presenta pues, a la conciencia republicana, como un deber,

como el deber más vital de su decálogo. Fué un Mesías, fué un apóstol, fué un creyente, fué un fervoroso hombre de acción de la República y del galleguismo republicano. Cuando se escriban las *Vidas paralelas de gallegos ilustres y mediocres*, la de él y la de Montero Ríos, por ejemplo, habrá que escribir el capítulo que dejó Curros en su libro: "*Influencia de las ideas de Chao en el desarrollo de la democracia moderna*". Influencia de las ideas y de los actos debiera decir, porque su vida fué gesta heroica del propio pensamiento. Vida ejemplar para la nueva generación gallega, que ha de aprender en ella a subir por su propio esfuerzo, a ser serena en la lucha, firme en la convicción, decidida en las resoluciones, inexpugnable al halago y la amenaza, exaltada en el sentimiento del honor y de la justicia y con el noble afán de realizar el sueño forjado por los grandes gallegos del pasado, que vivieron y murieron con estas normas y este patrimonio del que nos hicieron herederos. Deber nuestro es recogerlo, como semilla de ideal y hacerlo fructificar en los corazones y en las almas de los *buenos y generosos*. Haríamos interminable este trabajo y además nos sería imposible llevarlo a cabo con el cuidado concienzudo que precisa, para no romper la hilación, si pretendiésemos analizar el ideario de Curros vertido en sus Comentarios de *El País*, el de Vicenti, en los fondos de *El Liberal*, y el de Concepción Arenal, Rosalía de Castro y Pondal. Quede esta labor para la que tenemos prometida en la obra que pre-

paramos sobre *La mentalidad gallega*, por ser todos ellos más bien personalidades de pensamiento que de acción. La cosecha de la conciencia histórica de la idea y del ideal republicano gallego es bastante grande y rica, para que nos sirva de pauta y de aguja imantada a fin de explorar y lograr el porvenir de la democracia gallega. Pensamiento y realidad, misticismo, idealismo, espíritu de acción, fervorosa fe, perseverante voluntad para esperar, estoicismo, austeridad, conducta pura y ejemplar, respeto santo al ideal inefable por el cual vamos a luchar. Esos son los imponderables de nuestra cruzada histórica. *A la gesta, pues, gallegos.*

El Pueblo Gallego.—Vigo, 4 de abril de 1931.

PRENSA GALLEGA Y CONCIENCIA NACIONAL GALLEGA

GALICIA cuenta con un ideario democrático incomparable, en relación con el de los demás pueblos peninsulares. Galicia, madre de Irlanda y Portugal, da la tónica de una comunidad territorial, social, política, religiosa y cultural, que sirve de base inmovible y segura a una conciencia nacional, crisol, espejo y carburador de la personalidad del pueblo gallego. Pero las energías espirituales de esta espontánea floración de vida y de cultura están captadas, aplastadas y dormidas por la tiranía de un amo, que envilece y asquea la vida y la conciencia del pueblo aherrojado a un feudalismo medieval, que polarizó últimamente en oligarquía y plutocracia. Todos los generadores del poder y de la opinión del pueblo están detentados, falseados, corrompidos, escamoteados o burlados. El tirano es enemigo entrañable, enemigo a muerte de la cultura. No quiere criar cuervos para que le saquen

los ojos. Prefiere espiroquetas que envenenan la sangre gallega y buitres que devoran el corazón del Prometeo del galleguismo, encadenado en el Cáucaso del bugallalismo opresor; o lechuzas que beban el aceite de las lámparas sagradas. Un pueblo analfabeto, con el índice de cerca del 60 por 100 en su masa, que coincide con el de la Rusia de los Zares, y con el de Italia, de Mussolini, y es, además, la ola negra peninsular en conjunción con Extremadura, Andalucía y Murcia; con sus concejos detentados por el cacique, que es el nuevo señor feudal, con más derechos que el señor feudal de la Edad Media sobre los campesinos; diputaciones decorativas, con testaferros juramentados; el engranaje de la curia con unos tribunales de justicia, que son la esfinge de la Ley que devora al campesino en vez de ser el escudo de la Ley que lo defienda; los nuevos cuestores de la tributación, convertidos en arpías y en manadas de lobos hambrientos, de lobos-hombres, para desgarrar lo que ahorra y lo que no ahorra el campesino; la gesta trágica y sangrienta de asesinos profesionales y de ladrones de la aldea y de la ciudad con seguro a todo riesgo contra la cárcel y contra la vindicta privada—pues hay diputados que responden de la impunidad de los fazañas e indirectamente dan salvoconducto para ellos y que tienen recursos de poder contra las más atroces y salvajes villanías y venganzas, sin otro límite, como ellos dicen, que la muerte, y en esto van más allá, que el Parlamento inglés, que lo puede todo menos hacer de un hombre una mujer—; forensías,

que son soberbias sinecuras, cuando el facultativo sabe convertir en fuelle de acordeón los plazos de sanidad; sectores parlamentarios de mudos y de bobos, recua de asnos, que rebuznan mejor que Sancho y su rucio, y guturalizan el sí al más pequeño gesto de su amo y Virrey; intelectuales dormidos en el casto lecho nupcial de unos ideales vírgenes, acechados para la corrupción con lujurioso apetito felino de un amo, que espera la ocasión para prostituirlos e incitarlos al adulterio con escándalo...

Ese es el cuadro de nuestra conciencia nacional gallega. Sin Parlamento, sin escuelas, sin ideas rectoras para las almas, sin cultura cívica y civil para la voluntad, con clases directoras formadas por villanos, corrompidos, por conciencias escandalosamente cotizadas, cuya prostitución profesional llega hasta el cinismo, hasta el descoco, hasta el descaro, de entregarse al que sirva mejor, sea como sea, o al que pegue con más ahinco. Y apesar de todo ¡Galicia ya está en llamas! Galicia se levanta. El amo está emplazado. El conflicto entre él y nosotros va a estallar; y más pronto de lo que él y sus ganapanes creen. Porque nosotros somos el ideal. El es la corrupción. Nosotros somos el porvenir. El es un pasado tenebroso y un presente miserable. Nosotros somos los órganos de la civilidad, de la justicia y del derecho. El es el satánico poder del salvajismo, del embrutecimiento sistemático del despotismo faraónico, de la persecución de los rebeldes, hasta el canallesco empeño de querer romper los lazos de la fa-

milia, confiscar la propiedad, acorralar al hombre libre en la injusticia, perseguir a sangre y fuego a todo el que luche hasta hacerle claudicar. El es el tirano de Galicia encadenada. Nosotros, nuestras plumas, nuestros corazones, nuestro viril empeño, somos los libertadores: el martillo, el yunque y la tenaza para romper las cadenas; somos los apóstoles, poetas, profetas, héroes y mártires de la revolución creadora, salvadora, redentora de Galicia. Y nuestro asilo la Prensa. Nuestra fortaleza, nuestro hospital de sangre, nuestro campo atrincherado, el periódico. El periódico gallego es el único reducto de los espíritus libres con la sacrosanta misión de libertadores. En él comulgamos día a día, con la comunión espiritual de nuestros santos, de nuestros héroes y de nuestros mártires, para enfervorizarnos en la nueva fe que nace, con este espíritu divino y salvador, que nos fortalece, como las aguas vivas de la fuente pura a quien muere de sed, de sed de ideal, de verdad de amor y de justicia. Somos los intelectuales gallegos. El periódico es la nueva conciencia, el nuevo amanecer de un pueblo dormido, en su sueño milenario de ignorancia, que vuelve a despertar. El Océano que ruge en el Orzán y en las Cíes, contra las peñas bravías y las torres y los faros, arrulló como nodriza secular ayer, a este pueblo desolado en su cuna de humildad, de orfandad y de pobreza. Hoy—y son palabras de Curros—es el *Mestre cantor* de nuestras gestas futuras, es el varón fuerte enamorado de esta tierra oprimida, su santa

y adorada Dulcinea—, que viene a redimirla con sus rugidos de fiera hambrienta de odio y de venganza, con mirada sanguinaria y feroz, congestionada y relampagueante de ira, contra su opresor, el Faraón del Noroeste.

Somos los intelectuales gallegos, que tenemos conciencia viva y plena de nuestra misión y de nuestro poder centuplicado por el imperativo categórico de los deberes para con la patria. Tenemos una responsabilidad histórica. El periódico es el altavoz de nuestro examen de conciencia colectiva, radiada por él a todos los ámbitos gallegos. Compacta y unida está como nunca. Como nunca unánime. Somos los puros, los no corrompidos, los no contaminados por las caricias salvajes y lúbricas del amo, de ese Virrey, sin manto, sin cetro y sin corona, pero con aureola fulgente de iniquidades y con trono asentado sobre las víctimas de una tiranía brutal y sin ejemplo. Somos los inadaptados a esta falsa legalidad monárquica, plutocrática, militar y clerical. Somos los adivinos y profetas de un nuevo vivir gallego. Y somos los rebeldes. Nuestro grito sonará desde estas columnas como consigna de guerra. Nuestra enseña será *El Pueblo Gallego*, para luchar por la redención de Galicia y colocarla en su trono de gloria, nueva patria redimida, en los fastos, de la Historia universal. Somos rebeldes porque somos libres. Nuestra cruzada es cruzada de libertad libertadora. Verbo divino, pensamiento germinal, amor de humanidad con el corazón de las ansias del pueblo sobre-

henchido, valor y firmeza, para comprender lo duro, lo trágico y glorioso del destino que nos garantiza eternidad de inmortales, son los imponderables que casan la pluma y el pensamiento para la acción. Porque estamos cansados de llorar, del canto funeral del sacerdote en el cortejo fúnebre, de ser plañideras profesionales, que vierten lágrimas, que no salen del corazón. Queremos vivir dramáticamente nuestra vida en esta hora solemne y gloriosa de Galicia. Nuestro canto funeral para el tirano. Pero después que la pluma vengadora haya llegado al corazón del asesino. Lo exige la justicia. Porque su crimen es crimen de lesa humanidad, de lesa patria, con un pueblo víctima de su opresión, de su corrupción y de sus felonías, que van a ser seculares en Galicia. Porque sólo supo criar bandidos y borregos para pervivir en su corrompida y corruptora legalidad. Porque no ama al pueblo, porque odia al pueblo, porque detenta sus derechos, afrenta sus deberes y viola sus virtudes. Su maldad es intrínseca y no hay palabras en el léxico popular gallego para llamarle malo.

E o lobo da xente. E o fillo do demo.

Todos los días, a la misma hora, en la hora solemne de la mañana, en la hora del trabajo, en los campos y aldeas de Galicia se difunde y esparce como siembra de vida espiritual el periódico gallego, mensajero de guerra de cultura y liberación, que abre surcos en el alma popular, que rotura su corteza milenaria para sembrar en su entraña el verbo

de la vida, verbo que se hace carne en la letra de molde, porque es fruto del amor y del pensamiento. La pluma como arado y el escritor como labriego, marchan a ritmo con nuestros campesinos, abriendo surcos en el alma y sembrando libertad. Así el periódico entroja saber y pasión y es propulsor y rector de acción, es catecismo, breviario y sùmulò, es prasologio de civilidad. Del alma popular, de los entresijos del corazón del pueblo sale la vida que se plasma en forma de espíritu, de opinión, de conciencia nacional en las columnas del periódico. De ellas brotan como reguero de luz y de pasión, como savia de libertad, las normas de la emancipación gallega. Cultura, economía, vida política, valores sociales, estructuración corporativa, personalidades características del espíritu colectivo de Galicia, se reflejan en el periódico, como una imagen serena en una conciencia pura, como en un espejo, y brotan del periódico como el aroma de una flor, que embalsama todo el ambiente de los campos y de las ciudades gallegas. Son el grano de mostaza y la sal de la tierra.

Veinticinco mil aldeas, diez y siete ciudades y más de cien villas gallegas, piensan a la misma hora a una y viven a una las mismas emociones, y las mismas ideas. Hacen el examen de la conciencia colectiva de Galicia y con el examen propósitos, resoluciones de acción. Escuchan la paráfrasis del decálogo hecha por los libertadores encadenados de la patria. Alma y corazón puestos a tono, se riman en el alma colectiva de Galicia, como dos versos de un poema, como

un beso interminable de labios enamorados. Y en la subconciencia del pueblo, cada hoja volandera, va dejando sagrada sedimentación de propósitos y resoluciones vitales. Inventario y herencia de lo que hay que hacer. Los ayes de las víctimas, los actos de barbarie de los enemigos de Galicia, sus opresores, hacen estremecer a una de pena y de indignación siete millones de almas y de corazones, vinculados en el tiempo y ecuménicamente esparcidos por la adversidad. Galicia, España, Portugal, América, allí donde hay un gallego solitario, congregan en un espíritu común, en una conciencia de un ideal liberador común, las ideas, las emociones y el diagrama histórico, de la historia viva y actual del pueblo. Cada lector se conjuga religiosamente con la congregación universal de gallegos esparcidos en el planeta. Y se integra. La prensa es continuidad, actualidad, universalidad, germen y entraña potente de porvenir para el pueblo, encaminamiento praxológico para la acción. La Prensa es preconciencia de los destinos ideales de Galicia, es la *Maris Stella*, que guía una humanidad doliente a su ideal, por los caminos redentores del trabajo, su Calvario. Es sagrada *Domus aurea*, de las tradiciones soterradas y puestas a flote por la labor ingente de los buzos del pasado. Es la Reina de los profetas—*Regine profetarum*—poetas y apóstoles del espíritu gallego, congregados en su hogar, para señalar al pueblo nuevos rumbos. La Prensa es con el Parlamento, Nestor, fiscal, mentor, juez y testigo de las vicisitudes

más recónditas del alma colectiva. Nuevo *Argus*, héroe de cien ojos, es la llamada a desterrar las Medusas de la ignorancia gallega, y a poner de relieve la mediocridad de los pingüinos sabihondos, de esos falsos sacerdotes, pseudosabios, que hacen traición a su ministerio y que tan bien retrató Benda en su obra *La trahison des clercs*.

La raza céltica tiene baluartes de libertad en la prensa de todas las naciones: en Portugal *O Primeiro de Xaneiro*, *O Xornal do Comercio*, *O Jornal das Noticias*, *O Seculo*; en Irlanda, el *Dublin Evening Herald*, el *Dublin Evening Telegraph*, el *Dublin Irisch Times* y el *Iris Independent*. Y en Galicia, ayer, *La Voz de Galicia*, fundada por el inolvidable Fernández Latorre y hoy *El Pueblo Gallego*, periódico que va a instituirse como *La Prensa* y *La Nación* de Buenos Aires en el órgano nacional de la conciencia gallega. Así podrá ser germen de nuestro futuro Parlamento, de nuestra opinión y galería o santuario de nuestra aristocracia espiritual. Cátedra sagrada de un fervoroso apostolado, para evangelizar con fe, con amor y con ardor, las almas ateridas de nuestras aldeas irredentas. Puesto a tono con la conciencia universal del celtismo, con la prensa de Irlanda, Portugal, el Brasil, Bretaña, Gales y Escocia.

El periódico regional está en auge. Hacerlo nacional es nuestra obra. De él como institución puede salir como del *World*, de Nueva York, merced a la iniciativa y a la munificencia de José Pulitzer,

nuestra futura escuela de periodismo gallego, una de las Facultades de la futura Universidad gallega. Para eso hay que pensar en preparar los cimientos. Hacer que el periódico pese por las ideas y no por su plurifolicular volumen, dando más valor a lo cualitativo, que a lo cuantitativo, hacer que lleve en la frente una estrella y en los labios una canción, siendo la estrella y la canción gemelos del ideal, hacer que en la conciencia pesen más los imponderables, que la caja, el prestigio más que el reclamo, los intereses vitales del pueblo más que la crónica escandalosa o sangrienta, sus problemas a resolver más que los *affaires*, las cruzadas del ideal más que las campañas del chantage o del reclamo, el propósito de crear y reflejar opinión, más que el de querer soterrarla y hacer superfetar sobre el pueblo falsos estados de opinión intencional; exaltar las emociones nobles y extirpar de la conciencia colectiva estados de pasión encanallada y de corrupción crónica... Ese es nuestro decálogo. El poder de la prensa es incommensurable y su obra incomparable en manos de los *buenos y generosos*, de hombres santos y sabios, de los que son la sal de la Tierra. Es funesto, corruptor, perverso en manos de hombres indocumentados y malvados. Los mediocres con ambición son los roedores del prestigio y la polilla de la honra universalmente valorada. La prensa con cruzados del ideal salva a un pueblo. Con desalmados llenos de apetito y de malas pasiones, lo empobrece, lo embrutece y lo envilece. Ejemplo vivo Hearst que creó artificial-

mente la guerra de Norteamérica con España, según testimonio de James Creelman en el *Pearson's Magazine*.

Según el *Richenhaller Tageblat* "un periódico que tiene una tradición familiar (o nacional decimos nosotros) y cuya vida está ligada de antiguo a la región, tiene un alma, que es el alma del pueblo". Con estas ideas coincide el *Berliner Tageblatt*, que es el periódico más leído en Alemania: "el alma del pueblo—dice—debe hacerse carne y sangre en su propio ser, en el periódico". Fernando Lasalle fué el precursor de la estatificación y nacionalización de la prensa. La prensa y el pueblo han de ser un solo espíritu y una sola carne. La prensa ha de ser por el pueblo y para el pueblo. Demos pecho a la esperanza puesto en proa al ideal, para que el periódico gallego, la prensa de Galicia, único órgano hoy de conciencia nacional, sea cáliz divino y hostia santa, que al entrar en nuestro ser lo vivifique y reconforte con las energías milenarias del Santo Grial. En este despertar sereno y firme del alma gallega, el periódico ha de ser el Sol naciente primero y radiante después sobre nuestro *Cenit*, como Júpiter en su trono de gloria sobre los cielos de la Grecia clásica.

El Pueblo Gallego.—11 de abril de 1931.

EL ESTADO GALLEGO Y LA REPUBLICA GALLEGA

EL plebiscito nacional (la Commune) que instauró en España la segunda República, a los 410 años menos nueve días de la batalla de Villalar, convirtiendo las elecciones municipales del 12 de abril, en su primer poder constituyente, con unánime conjunción de todas las ciudades españolas, salvo vergonzosas e indisculpables excepciones, imprime a su advenimiento un carácter nacional, genuinamente ibérico y, por serlo, popular y democrático. Lo que no pudo lograrse definitivamente en Torrelobaton y en Villalar, con Padilla, Bravo, Maldonado y el obispo gallego, Acuña; lo que no pudo alcanzar el programa de la *Junta Santa* de Avila, con su *Constitución*, con su *Carta* inspirada en los derechos del pueblo, de hidalgos y labradores, se ganó en las urnas, por los pueblos peninsulares, el domingo 12 de abril de 1931. Pudo más la voluntad de un pueblo conscientemente organizada para la civilidad, que la fuerza

esasmódica, desarticulada de las *Comunidades de Castilla*. La razón y la justicia eran iguales en 1520 y 1931. Allí hacía falta un Cronwell y no lo hubo. Aquí conciencia y razón y pesó como convicción serena. Pero la razón de ahora fué levadura vital de una voluntad unánime. La razón de ayer, fué un grito de protesta, un espasmo. La Revolución española, que dió nacimiento a la segunda República, hija de las plumas y los corazones españoles y madre hoy de todos los pueblos hispánicos, fué un parto sereno, fué una eclosión feliz, nacer de un nuevo sol en un día radiante de primavera. La primavera eterna para la cultura occidental. El pensamiento de Bolívar, ya no es sueño. España era la única nación ibérica sin República.

Galicia, en esta resurrección civil, con excepción de Lugo y Vivero, de Vivero, patria del republicano Pastor Díaz, y de Lugo, patria del republicano Manuel Becerra; con excepción de Ribadavia, patria de Chao y Celanova, patria de Curros; en este renacimiento de espíritu civil y democrático, dió vivo ejemplo de conciencia política en todas sus ciudades, decidiéndose por el *Socialismo* y por la *República*, por los dos imponderables más grandes de la conciencia moderna en las democracias cultas. El campo siguió siendo campo de cultivo para el microbio histórico. Lo cual demuestra, que la misión civil de nuestras ciudades gallegas no ha de concretarse—para instaurar nuestra República—a reflejar su vida espiritual en el campo. Ha de cul-

ívar las almas y los corazones de nuestros campesinos. Porque la ciudad y el campo son, respectivamente, para lo espiritual y lo económico, dos hogares de cultura que se complementan. El campo no puede vivir solo, desarticulado de la ciudad. Es estúpido, insustancial, amorfo y, si me apuran, reaccionario—porque huele a humor de usura y a sacristía—, ese agrarismo a secas, apolítico, que trataba de levantar bandera en Galicia, ignorando que Galicia, como Bélgica, tiene minas de hierro, de carbón y saltos de agua; y que es susceptible de industrialización, más que Bélgica, que Holanda, Suiza, Dinamarca e Irlanda. La agricultura, en el siglo xx—ejemplo, la Rusia de los soviets—, es industria racionalizada. El alma de la industria es el trabajo. Y el trabajo puede variar de calidad en la ciudad y en el campo; pero no de naturaleza. Trabajo es, en el fondo, cultura creadora de valores humanos.

El campo, con algunas villas de villanos, que no de ciudadanos, fué la víctima propiciatoria de esos falsos triunfos del bugallalismo y del monterismo, aliados con los extranjeros y muertos con la monarquía, pero usurpadores de votos en una mascarada de elecciones, hechas con vilipendio y con escarnio de la dignidad ciudadana, hasta el último instante de su muerte. ¡Qué contraste con estas elecciones que yo he presenciado y presidido en una sección de la Villa y Corte de Madrid, en la sección número 34, distrito del Congreso, donde, de 421 votos, se emitieron cerca de 300 sufragios y fué, o debió ser,

el último el de un anciano venerable, de 80 años, que, con emoción religiosa y pura, vertiendo lágrimas de santo fervor republicano, y pensando en la primera República, depositaba tal vez el postrer documento de su ciudadanía en las urnas immaculadas! El caciquismo gallego, ese lobo de las almas y de la despensa de nuestros campesinos, con sus lobeznos, la curia, la usura, el favor injusto y la guerra sin cuartel a los buenos y generosos, muere con la monarquía borbónica, la aristocracia y la plutocracia, ruedas gastadas con correas corrompidas del espíritu feudal, de la Edad Media, falsamente consagrado y santificado por un clericalismo sin espíritu evangélico y una fuerza armada pretoriana, que, de institución civil, como había nacido, se convirtió en guardia de brigadieres y peones del máuser para el tirano, en arma de los asesinos y en instrumento feroz de los ladrones, propietarios de hotel y auto y con talonario de cheques; de ese escuadrón de los nuevos ricos, de los *kulaks* de la postguerra, que ayer berreaban por Alfonso XIII y hoy le dejaron marchar solo y escoltado por los que hicieron verter inútilmente, pero gloriosamente, la sangre republicana en las calles; y sangre de juventud, levadura de esperanzas de la nueva patria libre.

Bugallal, vencido en tres trincheras en su propio nido o guarida de Puente-Areas, en su Meca plutocrática (Pontevedra) y en su Meca política (Orense), y el heredero de Montero, derrotado en San-

tiago, su cuna, al llevarse al sepulcro sus feudos, la yernocracia, los testafierros, las sinecuras de la plutocracia madrileña, las intrigas caseras, para desunir matrimonios y convertir en borregos feudatarios a hombres libres, dejan el campo amorfo, indefenso, inarticulado, proteico para la vida política y civil gallega. Conquistarlo con verdad, con amor y con justicia, es nuestra misión de escritores y hombres de acción republicana. Galicia no será libre mientras no liberte al campesino: de la usura, del foro, del aislamiento económico, de la miseria, de la rutina, de la ignorancia, de la superstición, de la curia, de la desconfianza, de la doblez, de la cuquería o espíritu vulpejo mal entendido; de la pequeña intriga, de la terquedad trivial y destructora, de esa raza vil de extranjeros, celtiberos, iberos y fenicios, que la depaupera y arrasa. De esa raza aliada con el monterismo y el bugallalismo, que de Galicia hicieron feudo y de Madrid instrumento de corrupción y dominación y del Poder granjería y botín.

Ejemplo vivo de civilidad, Cataluña. El triunfo de Maciá sobre la coalición republicano-socialista y sobre la Acción Catalana y sobre la Lliga de Cambó, pone bien a las claras, que Cataluña quiere ser intrínsecamente libre, dentro de España. España ha de ser Unión Federativa de Repúblicas peninsulares y Madrid clave de conjunción de fuerzas, no sumidero, ni sentina de una política centralizadora, desprestigiada y corrompida. Feria de indignidades,

pródiga mano de mercedes injustas, brazo armado de todos los odios y venganzas abominables fué hasta hoy esta Corte miserable y corrompida. El *separatismo* y el *comunismo*, esos dos mitos de la monarquía inerte y de la Lliga, se desvanecieron como sombra ante la actitud del nuevo caudillo catalán, de Maciá. Para el Estado republicano catalán, su partido, sumó en las urnas 42.907 votos frente a la Conjunción republicano-socialista con 28.590, y a la Lliga con 27.279. La acción republicana catalana obtuvo 18.147. Los radicales disidentes 9.984. Los monárquicos 5.607. Los independientes 1.747 y los jaimistas 1.216. El Estado republicano catalán, representante genuino de la acción catalana libre, lleva la batuta y es el índice revelador de los destinos de la política gallega. Y espero que, con esta lección en vivo, los nacionalistas gallegos salgan de su nido de ruiseñores y bajen de la copa del árbol a la tierra para cultivar almas. Tenemos el deber de libertar la nación gallega y de instaurar la República gallega dentro de la Unión Federativa de Repúblicas Hispánicas. Lo que no sea esto, es ir por la tajada, haciendo comparsa al centralismo histórico, que aunque se cale el gorro frigio no dejará de serlo, o es hacer el indio. Nosotros a lo nuestro. Y lo nuestro es ahora crear la patria libre y redimirla de los vivos, con vigilancia de las sepulturas de los muertos, que pueden resucitar, si no dejaron antes de morir fideicomisarios disfrazados de republicanos. A esos hay que desenmas-

cararlos también. La hora de los histriones se acabó para siempre. Hemos de crear la República, nuestra República, como forma austera y viva del Estado nacional gallego, federativamente unido a España, hija y no madre de las naciones peninsulares. Tenemos un pensamiento claro, firme, que es convicción pragmática, y una emoción, hija de la revolución, que nos da euforia creadora. Alas son ambos de la voluntad y de la fuerza, en cuya placenta sagrada y maternal, vamos a lavar, como varones, nuestro poder constituyente. Ese poder que da forma republicana y vida civil y democrática al Estado nacional gallego. Ese poder, que es fruto del pensamiento y de la emoción, como gérmenes de voluntad, que se plasma en la sangre de las venas y en la fuerza de las manos. Con estas manos puras que quieren, porque conocen y aman, vamos a crear—como Dios nos hizo—nuestra República gallega, a nuestra imagen y semejanza de gallegos libres, impregnados de generosa, de solidaria humanidad y de religioso respeto al linaje céltico. Ella, será nuestra hija. El fruto de nuestros amores y fervores. Hija con esperanzas de perdurable maternidad, que es su sueño de porvenir. *Hija y madre* como la Virgen Madre, que cobijó en su seno un Redentor.

El Pueblo Gallego.—19 de abril de 1931.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL GALLEGA

PARA formar un pueblo hace falta un verbo, un pensamiento, una voluntad de vivir, de vivir históricamente, un corazón que diga ahora... Un verbo un pensamiento, es decir, una mentalidad formada por elegidos—no una minoría selecta—que sea heraldo y guía, ruta y propulsor, faro que oriente y palanca que mueva.

La Universidad nacional gallega ha de responder a eso: ha de congregar en su seno los hombres elegidos, los superhombres, no los zarandeados en la cernidora de la mediocridad, aquellos que, teniendo alma de artistas, sepan ser escultores de almas, con corazón de héroes, que sepan hacer de la cultura cruzada de voluntad con fe de mártires y santos, sepan abnegarse en lo inefable, en lo elevado, en lo sublime, plasmando el ideal y los destinos de un pueblo.

¿Es eso nuestra Universidad compostelana? ¿Es lo que era Tara y es hoy Dublín en la Isla de

los santos, de los sabios y de los héroes irlandeses, donde el ser poeta, filósofo, jurista, teólogo y militar, era instituirse en valor de jerarquía? ¿Es lo que fué y sigue siendo Coimbra respecto a la vida de nuestro pueblo hermano? ¿Sigue las huellas de Rennes en Bretaña y las de Gante en Bélgica, o las de Ginebra y Zurich en Suiza? La Universidad compostelana es el *Santo sepulcro* de su saber preterito; es el horno donde se tuesta y se dora la mediocridad espiritual de nuestra clase media, donde se abrasan las ilusiones juveniles; en vez de aislarse y purificarse en la lucha y en la adversidad. Es fábrica y taller de boticarios, médicos y abogados: fábrica sin alma, taller sin espíritu de maternidad. ¡Alma máter! ¡Alma máter! ¡Alma máter gallega! Tú vives hoy en orfandad.

En los discursos de Fichte a la Nación alemana, alienta y late la aspiración de formar el espíritu de un pueblo desconcertado por una derrota. Es el grito de protesta contra las bayonetas de Napoleón. En su "*Joven India*", Gandhi, al hablarnos de la Universidad nacional de Gujerat, organizada en Ahmedabad, traza el programa de la Universidad nacional, que ha de ser voz de protesta "contra la injusticia británica y baluarte para defender el honor nacional indio". Esta Universidad se inspira en los ideales nacionales de una India unida. Representa el espíritu de tolerancia entre el Dharma y el Islam, "quiere salvar las lenguas indígenas del olvido inmerecido y construir el origen de la

regeneración nacional y de la cultura india; considera que el estudio sistemático de las culturas asiáticas, no es menos esencial, para adquirir una educación perfecta, que el de las ciencias occidentales"... Aspira a "descubrir dónde se encuentra el manantial de la fuerza para la nación. No se propone solamente nutrirse de antiguas culturas o copiarlas; más bien espera crear una cultura nueva, basada sobre las tradiciones y enriquecida por la experiencia de los tiempos más cercanos". Representa la síntesis de las diferentes culturas según el *Swadhesi*, que armoniza las indígenas en las exóticas, no la imposición brutal de una sobre otras, según el modelo occidental que produce la unidad artificial y forzada. "El espíritu de independencia se desenvolverá no solamente por el estudio de la religión, de la política y de la historia, sino también por la preparación profesional, que es lo único que puede dar a la juventud la independencia económica y el apoyo que procura el respeto de sí mismo." La Universidad, según Gandhi, ha de ser el eje y centro de gravedad de todas las escuelas indias, el hogar fraternal para todas las clases sociales, donde las inteligencias de los pobres y las de los ricos, aprendan a cultivarse en hermandad para entenderse. Hay que desechar las Universidades del Gobierno, que sólo sirven para ejercer el monopolio cultural y valorizar falsamente la cultura, cuyo efecto es pernicioso por estar controlada su actuación por poderes políticos extraños.

Una educación de clase, burguesa exclusivamente, el monopolio de una cultura extraña y el abandono de la propia, el desprecio de la materia y del trabajo manual en las instituciones docentes, llevan a un literatismo peligroso, que deja *destruidos* las almas y los corazones de los jóvenes para el resto de su vida. Cultura de tal naturaleza es eminentemente desmoralizadora, disipadora y corruptora. "Un valor académico, dice Gandhi, sin práctica, es como un cadáver embalsamado, quizá muy agradable para contemplarlo, pero sin nada que pueda inspirar o ennoblecer. Mi religión me prohíbe rebajar o desdeñar las otras culturas. De igual modo que me compele a que me sature de la mía y la viva bajo pena de suicidio civil." ¡Bajo pena de suicidio civil! Es decir, que aquella Universidad, que convierte el galleguismo en tópico, en mera fruición roedora, de ratón de biblioteca, o en monótono canto de chicharra erudita, cuando no en croar de rana en charca cenagosa, no cumple su misión histórica, su misión divina. Aquella Universidad, que es mero órgano de la cultura castellana, pero no plantel y vivero de la cultura gallega, es un *cementerio de vivos*, como decía Avendaño, de la ciudad de Compostela, no un campo capaz de florecer una cultura bajo la égida de una estrella, de la estrella del ideal gallego. ¡Sepulcro, sarcófago..., ciudad de los muertos! No cuna, hogar, templo y jardín, no germinal, para las nuevas generaciones. Siempre he visto una pugna subconsciente entre

el espíritu gallego y el espíritu compostelano, desde Gelmirez acá. La Mitra, el Cabildo y el Seminario, anularon, ensombrecieron, se tragarón a la Universidad. La Universidad de Santiago, como la Audiencia de La Coruña, degeneraron en dos instituciones del Reino, no en dos sillares firmes del espíritu nacional gallego.

La Universidad compostelana se hizo para una casta de catedráticos compostelanos. La cultura se hizo privilegio de familias, valor hereditario a base de la sangre, fruto y blasón de parentesco. Así como el Cabildo fué y sigue siendo ciudadela del espíritu castellano, que hace huir en desbandada a los canónigos gallegos, nuestro templo de Minerva, tiene un sacerdocio doméstico, que perpetúa la función docente, matando en germen el espíritu de investigación, hijo de la libertad. Nada embrutece tanto como la conciencia del privilegio y de la santidad de los derechos adquiridos.

Es doloroso hablar así, pero es más doloroso ver convertidos en opresores o en instrumentos de opresión a los que debieran ser redentores y Prometeos de ideales, los que debieran ser generadores y mentores del ideal nacional gallego. Así la juventud se educará para la vida práctica, para llegar pronto, para colocarse, para figurar, para hacer carrera, para vivir... ¿Para vivir? Eso no, para embrutecerse en un vivir indigno de la persona humana. En un vivir a base de farsa, mediocridad, trivialidad, petulancia, solemnidad y ropa bien confeccio-

nada. El *Sartor Resartus*, tiene un capítulo inédito en Santiago, donde son institución los sastres.

¿Qué reivindicaciones, qué cruzadas, qué frondas germinaron y formaron cuerpo y vida en las cátedras de la Universidad gallega? Montero Ríos empalmado con Gelmírez y Bugallal; es decir, el espíritu de los muertos, ingerto en el apetito felino de los vivos, sigue pesando sobre los jóvenes. Con un tentáculo en Madrid, otro en La Coruña y otro en Santiago, se troquela la futura pléyade de abogados, jueces, registradores y notarios gallegos.

Curas, médicos y maestros, a embrutecerse a las aldeas, sin el menor empeño de hacer cruzada redentora contra la incultura para elevar la aldea. Divorcio entre la Universidad gallega y los ideales eternamente jóvenes de Galicia. Privilegio de saber para los ricos. Esclavitud de tinieblas para los pobres. Destierro de la propia lengua de las cátedras de la Universidad. ¿El Folck-loore? ¿La Etnografía? ¿La Psicología colectiva? Tópico para matar los ocios, brevario de solitarios intelectuales. El derecho gallego, la religión gallega, el arte gallego, la ética gallega, la economía gallega, la ciencia gallega, la técnica gallega. Sintagmas de cultura, cuyo germen está sepulto, pero no yerto bajo los surcos de la Historia, que esperan los besos del sol, el fulgir de la verdadera estrella del ideal gallego, la vía láctea de su destino; no los símbolos muertos, de la leyenda dorada de un sepulcro y de un apóstol peregrino, que Proteo transformó en caballe-

ro andante de la Reconquista española. ¿Brañas y Porteiro? Dos relámpagos de la reivindicación nacional. Margaritas deshojadas por la adversidad, marchitas por la muerte, esperanzas tragadas por la garganta insaciable del sarcófago. La leyenda compostelana sabe casar secretamente el culto a la muerte y los ideales exóticos—*catolicismo, castellanismo, medievalismo*...—; no supo cuajar, ni congregarse en un cuerpo de doctrina viva el decálogo de las reivindicaciones gallegas. De la ciudad del Apóstol, de ese sepulcro de extrañas tradiciones, pudo surgir una cultura, un ideal vivo y redundante, una fuerza redentora, una gesta histórica para un pueblo. ¿Y qué surgió? Un político que hizo la ley del matrimonio civil, la paz de París, algunos carónigos y obispos, la dinastía de reserva y de baldón del bugallalismo, que, de soldado mercenario, se hizo el amo; algunos magistrados del Supremo, hornadas de diputados monosilábicos y los famosos refranes de “*todos matamos a Meco*” y “*borrón y cuenta nueva*”. ¡Mediocridad, mediocridad! ¡Estúpida mediocridad! ¡Madre impura de perversidad! Santiago de Compostela: Un *De profundis*, un *Miserere*, no un *Glorian excelsis*, o *Sursum Corda*. Epopeya de piedras negras, que ensombrecen las alboradas del alma.

EL PARTIDO CONSERVADOR Y EL IDEA- RIO DE BUGALLAL

I

CANOVISMO Y BUGALLALISMO

HABLÓ el último día del año 1930 el conde de Bugallal, en el Círculo conservador, y a la hora de dormirse las gallinas y de tomar el té las clases frívolas de nuestra Corte. Habló para convencidos. No fué su discurso un examen de la conciencia colectiva del partido. Pero sí la del pontífice máximo, apuntando al Poder y tratando de desbaratar las notas más amplias, más plenas de ideario y de realidad política de Cambó. El jefe del partido conservador mostró la soledad de su partido y la pequeñez de su eficiencia al reclamar la colaboración con los afines—lo mismo, precisamente, que

quiere "El Debate"—la "unión con las derechas", "No se me oculta—dice—que nosotros no somos todo lo fuertes que sería necesario para una exclusividad, y, por eso, no se me oculta tampoco la necesidad de una colaboración con los afines. De ellos hay quienes conviven con nosotros, como nosotros estamos con ellos." ¿Y quiénes son ellos? Un conglomerado. Desde los legionarios de Albifiana hasta el laborismo conservador de Aunós, pasando por el maurismo, el ciervismo y el franciscanismo catalán de las ramblas, que nada tiene de espíritu franciscano.

En el discurso del conde de Bugallal lo de menos es el análisis de los cuatro problemas que debate: crítica y protesta contra el movimiento revolucionario, crítica y protesta contra las Cortes constituyentes, regionalismo y agrarismo y necesidad de grandes partidos.

También olvida el conde de Bugallal hacer honor a la Jefatura de un partido que tuvo por fundador a Cánovas, a la del liberal-conservador, al establecer una pugna entre su ideario y el del verbo de la Restauración. Cuando declara la intangibilidad de la Constitución, olvida que Cánovas dijo: "La política no es más que el arte de adaptar a una nación, en cada instante de su historia, aquella parte de ideal que está en disposición de recibir". (Discurso del Congreso, 2 de marzo de 1880.) "Que todo lo que no es posible en política es falso"; que el peor de los defectos de un hombre de Estado

es la temeridad, y que con la fuerza sólo debe constarse, como supremo remedio, cuando fallan al prestigio del poder y el respeto natural a la autoridad.

Cuando quiere el imposible de los partidos de turno y declara intangible la Constitución, reniega de su maestro y mentor, Cánovas del Castillo.

Pero más aún: cuando comete la herejía de la buena doctrina constitucional conservadora, afirmando que la convocatoria de Cortes constituyentes sería un golpe de Estado. ¿Pero por qué? Eso es ignorar que el principio que rige la Constitución que Bugallal cree intangible es el de la soberanía, el pacto constitucional entre el pueblo y el rey. Luego el pueblo y el rey, como cosoberano, pueden dialogar lo pactado y la necesidad de reforzar el pacto. Las declaraciones ministeriales de los gobiernos responsables, las notas oficiosas a la Prensa, el derecho de petición del individuo y de las corporaciones, ¿qué son sino formas vivas de diálogo entre el pueblo y el rey, entre la opinión nacional y el Gobierno, estando cerradas las cámaras?

II

EL PODER CONSTITUYENTE Y LAS CORTES COSTITU- YENTES

Es ignorar la historia constitucional de Europa el querer afirmar que las constituciones son intan-

gibles, y más aún aludiendo a Inglaterra y a Francia. La historia constitucional de Inglaterra: desde la carta Magna de Juan Sin Tierra (1215), y la Revolución de Cronwell, y la ejecución de Carlos I (30 de Enero de 1649), y el bill de derechas de Guillermo III de Orange, en 1688, cuenta Inglaterra con la "*Reform act*" de 1832 y el "*Parliament act*" de 1911, entre otras.

Nada diremos de Francia. Basta hojear el breviario político de Hariou y el libro de Duguit y Moumar, para convencerse de ello. La revolución tuvo dos Constituciones, y después se sucedieron con más variedad que entre nosotros. Solamente, a partir de 1870, cuenta Francia con la Ley Rivet de 31 de agosto de 1871, con la de 13 de marzo de 1873, con la de 20 de noviembre de 1873 y con las tres leyes constitucionales de 1875.

En España, desde 1808 (Constitución de Bayona) hasta la de 1876, contamos con trece constituciones.

Rusia y Alemania, después de la Revolución respectiva, reformaron también la suya.

¿Qué indica esto? Que un pueblo, si vive de veras vida pública, vida dinámica; si tiene realmente potencia creadora, de valores nuevos y viables de ciudadanía, ha de tener fresca, radiante y pura su potencia de renovación constitucional. Aun tratándose de Constituciones rígidas, escritas superlegales, no pueden declararse intangibles... Pretender eso es querer que los pueblos del siglo xx se rijan por

las tablas de la vieja ley, que Moisés recoge en el Sinaí de manos del Altísimo.

En el fondo, a pesar del título de liberal conservador, el pontífice del conservadurismo español, empalma su grey con la sacristía. Cuando pone paño al púlpito y habla "ex-cátedra" como pontífice máximo da a su prosa el tono solemne, sereno y retador, de los oradores con palomita sobre su cabeza, aunque el ideario sea rancio y trasnochado, como fiambre de despensa conventual. Pero el orador no se olvida de la despensa. No pide el Poder, pero dice: "Aquí estoy".

El Poder constituyente, en pueblos organizados, según el principio de la cosoberanía de la Corona y el Parlamento, para las Constituciones escritas, es el poder de hacerlas y reformarlas. Y este Poder, según reza el texto muerto de la Constitución del 76, reside en las Cortes con el rey. El rey puede hacer llamamiento a las Cortes por el referendum y por el plebiscito. Las Cortes pueden instituirse en Convención nacional, para el fin de dar al pueblo la Constitución o reformarla.

Así ocurre en las constituciones federales de la Unión americana. Pero con referendum o sin el, con convención o sin ella, la fuente viva del Poder constituyente—dice Hariou—es la intención constituyente, el hecho vivo de querer el cambio o la reforma constitucional, lo que sólo puede tener lugar "después de una crisis política resentida por la opinión, de donde puede haber nacido una intención

constituyente". ¿Y qué nos dice la voz unánime de España en estos momentos?. ¿No pide a una la reforma constitucional? El hecho del Gobierno Berenguer, que aparenta querer la rehabilitación de la vida constitucional, ¿no acusa la necesidad de cauces legales nuevos por donde ha de discurrir?.

El Poder constituyente ha de ser, pues, un Poder legislativo de tal naturaleza, que no sea un maniquí movido por el Poder ejecutivo, ni tienda a apoderarse del Poder ejecutivo. Sólo en este caso habría golpe de Estado. ¿Pero, quien pretende eso?.

III

LOS GRANDES PARTIDOS

Tiene Bugallal la nostalgia de los grandes partidos, de los partidos de turno, y en esto también su ideario está en pugna con el progreso político, que tiende a la diferenciación y a la integración, al crecimiento por complejidad de estructuras y organizaciones. En la misma Inglaterra los partidos se han multiplicado. Ya son, por lo menos, tres y el laborismo tiende a dividirse, aparte de que el comunismo no está aún en la escena del Parlamento. La existencia de partidos múltiples es la única garantía del Parlamento y de la nación contra pactos como los del Pardo entre los partidos de turno, pactos vergonzosos para el contubernio y la orgía. Hechos

los partidos a base de la libertad de opinión y de la solidaridad de principios comunes, el principio de la libertad los crea y multiplica. El convencionalismo y la farsa los anulan.

EPÍLOGO

Después de esto, ¿qué queda de la oración política del jefe del partido conservador? Un canto de esperanza a la unión de todas las derechas, el frente único de la reacción contra la revolución, la continuación execrable del espíritu de los dictadores y un suspiro a las alturas por la gracia del Poder. ¿Y así pretende gobernar? Aun arrullando como tórtola enamorada al agrarismo para enjaular en su partido a viejos rebeldes enemigos, sólo conseguirá con eso prevenir contra él a todas las izquierdas.

El Liberal.—Madrid, enero de 1931.

SOBRE LAS RUINAS DEL BUGALLALISMO

CAYÓ el bugallalismo con la Restauración borbónica. Se eclipsó el monterismo con el cadáver de su heredero o fideicomisario el maragato García Prieto. A raíz de la Restauración, el pacto del Lourizán, secuela del pacto de El Pardo, entre Montero y Bugallal, tío de un tío, que dejó de serlo, Galicia enfeudada a dos amos vivió con oprobio y con escarnio su vida ciudadana. Necesitaba un Dostoyouwski o un Victor Hugo, para poner de manifiesto el despotismo brutal, la tiranía sin ejemplo de que fué víctima Galicia en 56 años de Restauración. El rey era un símbolo; pero, en el fondo, el régimen era el de una monarquía feudal de la Edad Media, con una jurisdicción enfeudada al cacique y una jerarquía de mando vinculada en dos familias, cuyo *comitatus* o cortejo era una serie de mediocres, es decir, de hombres con ambición, sin rebeldía y sin talento, que aspiraban a

ser decorativos en el Parlamento y pulpos y sanguijuelas en el presupuesto. Se procedió con sistemático encono a castrar la rebeldía de todas las generaciones de hombres nuevos, que vinieron a la vida pública, y cuando no se podía con ellos se pactaba. Curros Enríquez, Eduardo Chao, Pérez Costales, Carracido, Alfredo Vicenti, Murguía, Brañas, Porteiro, Mella..., son vivo ejemplo de los gallegos representativos, inadaptados a la Restauración. García Prieto, González Besada, Leonardo Rodríguez, Viguri, Bas, Wais, *et sic de cœteris* —estirpe de mediocres y algo más—, son vivo ejemplo de que la médula y las vísceras de la nutrición, con el espinazo dócil a la máxima curvatura, se cotizaban más en las alturas del galleguismo monterista y bugallalista que el cerebro y el corazón de hombres honrados. Había que entregarse a discreción o condenarse al emparedamiento. Y esto lo dice un escritor gallego, que lleva publicadas más de veinte obras, de ciencia y de literatura, y veintisiete años de cátedra y treinta y cinco de trabajo y no llegó siquiera a concejal, ni a presidente de un Comité de partido. Entregarse o morir de asco en el silencio, en el destierro o en el olvido. La selección se imponía para las ranas del pantano, los cerdos y los borregos, no para las águilas, los ruiseñores y los leones de la selva. Había que sucumbir. Y si uno se encastillaba en su hogar, en la sagrada fortaleza de su espíritu y de sus amores, hecha a pulso con trabajo honrado,

se le forzaba el hogar o se le reducía a escombros. La alternativa era, en este caso, o la esclavitud o la muerte civil y moral y religiosa y la orfandad de los hijos por añadidura. Ni siquiera se respetaron vínculos sagrados y divinos. ¡Cuántas víctimas!

Esta raza de traidores, malvados y asesinos; de hombres de mala fe, encubierta con capa de religiosidad, de advenedizos de Galicia para entregar en la Corte a Galicia, de parlamentarios de pasillo y de votaciones disciplinadas, para pactar en las sombras negocios sucios y financiarlos en el salón de conferencias con el taparrabos de un proyecto de ley, pactando una oposición simulada entre dos bandos para estar siempre con amigos en el Poder y pactando abajo, con los extranjeros, los orejos y los Kulaks o ricos, hechos a prisa, es la que reinó y gobernó en Galicia a la sombra de la monarquía borbónica restaurada, fruto de conspiraciones y de cuentos, tramada por generales traidores, consentida por republicanos débiles y consagrada por los fantasmones de la Magistratura, la Banca, el Generalato, la Nobleza y el Clero.

Y sobre estas ruinas, ¿qué queda? Al caer la monarquía de Alfonso de Borbón y Borbón Habsburgo Lorena, con la huida del soberano traidor, repudiado por el pueblo, en su fuga le siguieron nuestro Virrey y sus herederos, dejando estela de fango y salpicaduras de sangre de mártires de la libertad y del deber, en las postrimerías de su obra

de Gobierno, queda en Galicia el sagrado deber de sus ciudades, redimidas asimismo por sufragio de la conciencia urbana consciente, de irrumpir el campo y tutelarlo, como niño huérfano de justicia y de trabajo, hambriento de verdad, de amor y de cultura. Los intelectuales gallegos entran en escena.

Esos caciques empedernidos en su apetito de mando y de botín, que unas veces ultrajan la bandera republicana, como el de Rianjo, diciendo: 'proclamásteis la República, pero quien manda soy yo'; y otras veces, con la mayor frescura, como el Aldrabón de Villardevós, se proclaman republicanos, después de proclamada, para no soltar la vara, merecen abominación de los que eran fervorosos monárquicos y de los que somos conscientes y firmes republicanos. Esos que cambian la chaqueta, ponen de manifiesto, que el bugallalismo era una razón común de excépticos, de comedores y de farsantes, una pandilla o banda de gente de mal vivir, que, sin arriesgar la vida hicieron guarida en el Poder, desde donde manejaron con frenesí las armas del odio, de la persecución, del favor y de la injusticia. Inmoralismo intrínseco, fué el imperativo categórico vital de su conducta. Servilismo, su fórmula. Decoro aparente, suavidad, mano izquierda, vulpejería, el procedimiento. Desvergüenza, frescura y falta de escrúpulo para reclutar la grey, que no fué grey, sino ganado; empaque, engolamiento, énfasis, monosilabismo para producirse ante la opinión, para

épaté con vacuidad, su táctica. ¡Política de realidades asquerosas!

Su moral fué comerciar con las actas, dejando al amo vía libre, con la tácita ofrenda del acatamiento. Y quisieron más, llegaron a más. En su apotheosis se sintieron más soberanos, que el soberano mismo, con su fórmula de "Monarquía y Parlamento", único dogma de su empobrecido ideario y de su miserable "política de realidades", de oportunidades y de tacto. Facturaban candidatos a diputados al cacique máximo de las diputaciones para poner de relieve tres cosas: su poder absoluto, la imbecilidad del candidato y el servilismo moral del testafierro, del sátrapa, del mandarín de la provincia.

Pero se estrellaron con los intelectuales que prefirieron pluma, libertad y honra sin hogar y sin lotín a honores y sinecuras sin libertad y sin honor. El Faraón del Noroeste fué vencido y humillado por su propio deshonor.

Las juventudes republicanas de Galicia y las organizaciones republicanas gallegas que tienen pudor, decoro cívico y entusiasmo republicano, deben desmascarar a esos malvados, que acuden a todos los recursos de la humillación para no entregar el Poder. Los gobiernos civiles de Galicia, en su visita *ad limina*, deben proceder inmediatamente a despojar a esa escoria vil y vergonzosa de la monarquía y del bugallalismo; al caciquismo gallego, de los atributos del poder municipal, si no quieren hacer traición a la democracia y a la república.

Se imponen como en la época fernandina, pero contra el bugallalismo, las "*Juntas de Purificación*" y las del "*Angel exterminador*", contra esa hidra de cien cabezas, que aspira a ser eterna en el imperio sobre las parroquias gallegas. Si la República quiere instaurarse sobre sólidas bases de civilidad, de fuerza y de justicia tiene que despojarlos inmediatamente de ese mando, que, con impúdico apetito, detentan, para que el pueblo se recobre del pánico y del pavor que le sugestionaron, haciéndole creer que su poder era eterno. Porque ellos, como dijo Castelar, en Granada, en su memorable discurso del año 1874, fueron de la Monarquía a la República para asesinarla por la espalda y restaurar la Monarquía. La República ha de ser gobierno de todos y para todos; pero firmaría su propia sentencia de muerte, si se entregase a sus enemigos; y si no hiciese justicia, justicia de rehabilitación a los que, por amarla, profesarla y confesarla, fueron víctimas de sentencias injustas, de querellas ignominiosas, de pleitos que llevaron al hogar la deshonor y al peculio familiar la depauperación. Eso no puede ser, no debe ser y no será. La magnanimidad, el espíritu de sacrificio tiene un límite. El que está condenado al infierno debe ir a él. La redención de los buenos y generosos, exige, como primer deber republicano, limpiar los establos de Augias y matar la Hidra de Lerna. Los establos son los Ayuntamientos. La Hidra, el Faraón gallego, que tiene cojera en una

pierna, joroba en la cabeza y el corazón sometido al hígado. Vil aspecto de tigre real en actitud de sapo parlamentario, de sapo pariente de la rana y vecino en la ciénaga de la sanguijuela. ¡San Mamed! ¡Río Limia! Haced que despierten los esclavos, Castillos de Sandianes, de Monterry, de Peña y Vilanova, vais a ser testigos de la nueva Fronda de Vendeanos gallegos, unidos en frente único con vínculos sagrados, como nuevos Hermanos contra el amo, que fué también tirano, y los caciques, fautores, cómplices y encubridores del amo. Las hoces y las plumas, la voz que canta en el campo y la que piensa en el Agora, son un solo Verbo para la acción. En el principio era el *Verbo*, cuyo principio y cuyo fin es la *Acción*.

La República.—Orense, 25 de abril de 1931.

REPUBLICANISMO, BUGALLALISMO Y UPETISMO

EL espectáculo que están dando los viejos caciques del *bugallalismo* y del *upetismo*, de acuerdo con sus amos de Madrid, no puede ser más vergonzoso, inaudito, nefando y execrable. No se contentan con suplantar la personalidad para el voto, para robar y escarnecer el sagrado tesoro moral de la conciencia del ciudadano—la opinión—; no les basta con llevar a la cárcel a quien tienen ojeriza, con merendarle los bienes al rico, que no se entrega, con promover pleitos al rebelde, con aplastar con el consumo al pobre honrado y eximir de él al rico ladrón; con llenar de asesinos las encrucijadas y caminos de las cuatro provincias, descontando la impunidad de los delincuentes a quienes dejan vía libre y dan seguro de *riesgo profesional* con abogados, que tienen la toga hipotecada y tribunales de justicia a quienes intimidan para la coac-

ción. No les basta, ser señores de vidas y haciendas, seguir disfrutando, como ex ministros del rey, presidencias de Tribunales de Cuentas de la República con la mayor frescura, porque los juraron por y para el rey, no por y para la República... ¡Quieren llegar a más! A escarnecer la República, manejando desde las sombras comités improvisados, para suplantar nuestras viejas organizaciones.

Cuentan arriba con la impunidad, abajo con la falta de valor para la vindicta personal. En un país de verdadero valor cívico, a esos que cambian de chaqueta se les dejaría en cueros; y se les reseñaría con hierro candente la piel y se les pondría en la frente el tatuaje de la traición, para que ellos mismos de vergüenza se desterrasen. Aquí, en Galicia, cuenta con una bondad, que traspasa el límite de la tontería. El amo felino y felón, ese amo que, empalmándose con su tío, cuyas persecuciones a las ideas liberales emuló desde la Fiscalía de la imprenta en las dos primeras revoluciones, patrocinando la ley de fugas, los pistoleros del sindicato libre, los contubernios con Martínez Anido, con quien se empalmó antes, en y después de la Dictadura, leyes de subsistencias para engordar cochinos y hacer morir de hambre a nuestras aldeas; ese amo que pactó con el upetismo enchufes para monopolios, *Panamás ferroviarios*, de quinientos millones; ese amo que, en Galicia, se apoya en los extranjeros y en la banca extranjera,

y en los mediocres autóctones para mandar, a su gusto; ese amo a quien Unamuno y César González-Ruano le dicen en la cara que es responsable moral de la muerte de Dato y no se querella, demostrando tener epidermis de elefante y tragaderas de camaleón; ese amo, indigno de Galicia, alfonsino empedernido, con su dogma de "*monarquía y Parlamento*", con el cual escarnece la monarquía y burla el Parlamento, da la orden secreta de organizar sus huestes en la República bajo la divisa de la derecha conservadora para corromper a la República, disfrazando comités monárquicos con el marchamo radical socialista.

Su tío fué desleal a la Revolución de septiembre, haciéndose lacayo de Cánovas y alfonsino; él no tiene inconveniente, sin dar la cara, en alentar a sus deudos y correligionarios, para que vengan a la República. Hay casos tan indignos y asquerosos en que el padre es cacique máximo del espadismo, un satélite del bugallalismo, a quien se gozó en capar al amo después de incitarle a la rebelión; y el hijo se hace republicano de Marcelino Domingo, del impoluto Marcelino Domingo. Eso es lo mismo que el pacto de Satanás para convertir el infierno y el limbo de los niños en clientela de Mefisto, en dos burdeles del asqueroso bugallalismo. Pero no somos memos. Y si Marcelino Domingo les abre las puertas, peor para él. Ese equipaje está podrido y deshonor al que lo lleva. Con él hace uno el primo.

El amo, el faraón del Noroeste, ese que, como Felipe II, al decir de Quevedo: "*con sus facciones y mirar, decretó castigos*"; entenebrecido por la caída de la monarquía, mueve en las sombras, en el estertor de su mando, huestes de muñecos de carne, para asaltar el poder republicano en 300 municipios rurales de Galicia. Hacerse republicanos hoy, pactar con el poder republicano arriba y en las Constituyentes, quitar la careta y asesinar la República por la espalda. El juego está visto. No puede ser más burdo. La burguesía acucia su mentalidad para defenderse en la última trinchera. No ve que el proceso revolucionario comienza en Barcelona en 1900, o antes en Santiago de Cuba y Cavite, en la semana sangrienta, de Barcelona, en 1909, prosigue con las Juntas de defensa y la Asamblea de parlamentarios de 1917; se continúa con la noche de San Juan, en Ciudad Real, en 1926, y con el acto de Valencia, de 29 de enero de 1929, y la huelga general, de 12 de noviembre de 1930, y los sucesos de Jaca, de diciembre del mismo año, y las elecciones, del 12 de abril, ese glorioso plebiscito nacional republicano, que pone el Poder en manos de un Comité revolucionario, ineficaz para la Revolución. Fatalmente, inexorablemente, el proceso revolucionario ha de ir de la ciudad al campo. Quieran o no quieran los caciques y sus mesnadas. El campo en llamas será fatalmente traicionado por esos upetistas y buga-

llalistas, que quieren suplantar la vanguardia de las huestes republicanas. El campesino así será un Prometeo encadenado por los usureros de Zamora, por los almacenistas de Barcelona, por los banqueros de Santiago y La Coruña, por los caciques y por el amo. Así burlarán la Revolución con la Revolución misma. Así proseguirán su imperio, sin vergüenza, sin pudor y sin castigo.

¿Responsables? ¿Cómplices? Nosotros, por cobardía. El poder republicano, por debilidad. El Gobierno provisional, sin quererlo, traicionará la causa republicana si da oídos a voces empedernidas en la corrupción y en la perversidad. Y Galicia, ante el mundo, castrada y envilecida con esta casta de hombres. Lo último que se pierde es el instinto y la vergüenza. Y esos mercaderes de opio moral, sagazmente inyectado, para nuestras masas rurales han conseguido que el ciudadano gallego tenga fruición en castrarse a sí mismo, en su masculinidad ciudadana y entregar sus atributos de hombre y su dignidad a unos malvados, que sólo quieren eunucos para seguir gozando en su serrallo.

Los responsables, por culpa y negligencia, efectivos ante la Historia, serán las organizaciones republicanas; la Prensa republicana, el Poder republicano, el Gobierno republicano, el ministro de la Gobernación de la República, que si no anula elecciones que no se hicieron y si se hicieron fué con

dolo y con violencia y, por tanto, son nulas, entregará la República a la monarquía. Tiene prueba plena *juris et de jure* de su ilegalidad. Y el segundo fracaso del Comité revolucionario central, incapaz de hacer y articular una Revolución, será este fracaso: después de recibir de la calle el poder y gozar de él en un espasmo, prostituirlo echándolo al arroyo, para que el primer rufián se cebe en la virginidad republicana, nacida para vivir en casto connubio con el pueblo; no como esclava de mercaderes del placer y del apetito de mando, sino como compañera y madre de ciudadanos honrados. Así no hará honor a su apellido Aquel, cuya divisa paternal y cuyo fideicomiso, por tanto, fueron siempre "La revolución desde arriba". Con su puritanismo abogacil, con ese apego a la letra, que puede sangrar traición e imprudencia temeraria, la Revolución desde abajo hecha por el pueblo se convertirá en la "Reacción desde arriba". Pero eso no puede ser y no será. La Revolución creadora está en marcha. No la hicimos para que la corrompan obispos, frailes y banqueros. Los que pacten con los traidores o los que, por indulgencia, los reciban en sus filas, serán traidores. El pueblo vigila. Y porque ama la República, con el amor de hija, por haberla engendrado y con el amor de madre, porque ella es la única que lo cobija con justicia y con amor, sabrá verter por la Re-

pública, en defensa de la República, la última gota de su sangre. La experiencia dolorosa de la primera República nos hace ser cautos, vigilantes y resueltos. No faltaba más.

El Pueblo Gallego.—Mayo de 1931.

EL ESTADO NACIONAL GALLEGO Y SU PODER CONSTITUYENTE

UN Estado es nacional, cuando se forma sustancial de una nación. Una nación puede vivir en latencia histórica, sin que se plasme en Estado nacional. El Estado para ser nacional ha de ser fuerza, conciencia y cultura plenas y vivas de la Nación. Ha de ser la Nación misma organizada como persona suprema consciente de sí propia y de sus destinos dados bajo la forma de problemas a resolver, de ideales a realizar.

Si el Estado es una persona social suprema, para la realización de todos los fines históricos jurídicos y de cultura, ha de tener un poder propio y adecuado, una voluntad de subsistir como tal, con autarquía y con capacidad de conservación y de renovación.

El poder constituyente del Estado será aquél que es capaz de hacerle subsistir como tal, como Esta-

do constituido y de renovarse en su evolución histórica, merced al empleo de sus propias actividades. Poder constituyente y poder constituido son substancialmente un mismo poder: son dos modalidades de la soberanía o capacidad autárquica del Estado en orden a sus propios fines. El poder aquí constituido es acto del poder constituyente. El poder constituyente es primera potencia de posibilidad virtualidad, del poder constituido. Cuando los poderes constituidos se anulan en su actuación, coaccionados por un poder despótico extraño, es el poder constituyente del Estado, como poder de legítima defensa, bajo la forma jurídica de derecho de revolución, el que hace ostensible la actividad propia del Estado y el que rehabilita los poderes secuestrados por una autocracia heterótica, por un imperialismo opresor, por una tiranía injusta. Y una vez lograda por la revolución la rehabilitación de la propia soberanía, es el Estado, como poder constituyente, el que organiza nuevas formas de vida jurídica, estructura en un nuevo régimen los poderes constituidos y regula su actividad con normas constitucionales.

El poder constituyente del Estado es, pues, su propia voluntad de vivir, su aspiración, su intención, su propósito de perseverar en su propio ser.

Por el poder constituyente el Estado se instituye en sociedad política, organizada con determinación de poderes y regulación de funciones y el producto

reflexivo y madurado de esta razón de ser consciente y de vivir soberano es la Constitución.

El establecimiento de una Constitución supone, como dice Mauricio Hariou; 1.º, una "intención" constituyente en toda la nación; su órgano es la opinión y los imponderables afectivos. Su crisis se manifiesta en el ejercicio del sufragio; 2.º, un "poder constituyente", que obra en nombre de la nación; su órgano es la Convención Nacional, la Asamblea constituyente o los Cortes constituyentes. Puede completarse su labor por el referendum y la iniciativa popular y por el "recall". Asamblea, Convención o Cortes constituyentes sólo son órganos legislativos especiales, que ni deben apoderarse, ni ser instrumento de poderes ejecutivos. El poder constituyente es el origen de todos los poderes y la potencia inagotable de renovación del mismo Estado. El poder constituyente del Estado ha sido reconocido por Bodin en sus libros sobre la República, por Sieyes, por Rousseau, por la Declaración de Derechos del hombre y del ciudadano en 1793 y por las nuevas teorías alemanas del "Reichstag", reconociéndose como complemento a su objetividad el poder constituyente como poder de autolimitación y autorregularización y control (Ihering, Jelineck).

El titular del poder constituyente es el pueblo o la representación del pueblo (V. a Egon Zweig —citado por Martí Jara en su libro "*El rey y el pueblo*"—Madrid, 1929) y que se titula "DIE LE-

HERE ON PÓUVÓIR CONSTITUANT". Esta es la doctrina constitucional de la Revolución francesa; y estas son las doctrinas constitucionales de la postguerra: donde se da históricamente un pueblo, subsiste latente el germen de su poder constituyente, que se revela primero como conciencia de sí mismo y después como conciencia del propio poder, de la propia personalidad y voluntad nacional.

La esencia del poder constituyente no es solamente la voluntad del pueblo.

Es la voluntad guiada por la razón práctica, es decir, por la conciencia subjetiva, de las normas objetivas del derecho y de la justicia immanentes en el pueblo. Razón y voluntad social completan la plena personalidad y poder constituyente del Estado. El Estado soberano puede hacerlo todo, pero dentro de aquellos límites del derecho justo y del bien común de los ciudadanos. La voluntad del pueblo, no es la arbitrariedad. Como la autoridad, no es la tiranía. La libertad ha de tener conciencia nacional del límite. Hay que restringir por consiguiente la concepción ultra-liberal de Sieyès en un sentido solidario y social. El hecho de que la voluntad popular sea libérrima y no coaccionada sin ttaba alguna, como dice muy bien Recaséns y Sitges en su obra "EL PODER CONSTITUYENTE", no implica, ni mucho menos, negación de límite. Precisamente el poder constituyente es capacidad consciente y racional de fijar el propio límite. "El poder constituyente lo puede todo", dice Sie-

yes, y nosotros añadimos: puede todo lo que es racionalmente posible, según las normas del derecho justo.

Caracteres del poder constituyente son fundamentalmente los mismos de la soberanía: uno, pleno individuo, autoimitado, autorregulado, inalienable, permanente, intransmisible e imprescriptible y, además, irrenunciable.

Aplicando esta doctrina del poder constituyente al Estado nacional gallego, que, como el catalán y el vasco, se van a organizar en Estado federal en nuestra segunda República, pues el compromiso con Cataluña de los individuos del Gobierno provisional, no implica privilegio para Cataluña, si la voluntad de Galicia y la razón de Estado de Galicia, se hacen ostensibles con energía y perseverancia, veremos que ha de sernos muy fácil organizar la vida pública del pueblo gallego, apelando a un doble procedimiento: la introspección en la conciencia colectiva de Galicia y a la comparación de nuestra vida constitucional con la de los pueblos célticos (Francia, Norteamérica, Suiza, Portugal, Brasil e Irlanda). Así el Código constitucional gallego no será un sistema dado "a priori", sino más bien una forma adecuada y peculiar de la vida política del pueblo gallego.

La Constitución irlandesa de 1922 y las de los soviets de 1923 y 1925 tienen el postulado del "pacto federal". La Constitución alemana de 11 de agosto de 1919 tiene el carácter de federalismo or-

gánico. La unión federal es indestructible, pero respeta la libertad.

Nuestra futura Constitución gallega ha de organizarse y articularse dentro de la futura Constitución española, que ha de ser federal por el compromiso histórico con las Vascongadas y el compromiso ratificado a su advenimiento con Cataluña. Ha de organizarse como constitución de un Estado federal según el Nacionalismo federalista y orgánico.

El exámen de la conciencia introspectiva de Galicia nos da como principio de unidad constitucional, como "mónada" constitucional la "parroquia", a la que se superestructura el "municipio rural", la "villa", la "ciudad", la "capital", de la "provincia", y la "capital de la nación". Además de estos núcleos superestructurados, la nación gallega se organiza en tres sintagmas geográficos: el "litoral", la "montaña" y el "valle" y en "regiones", "comarcas", "provincias", "distritos" y "jurisdicciones" de Ayuntamiento y de parroquia. Dada la comunidad espiritual y económica de gallegos, que viven en Galicia y fuera de Galicia, la vida constitucional gallega debe tender a organizar políticamente los núcleos gallegos extranacionales, las colonias autónomas gallegas y los pequeños núcleos de emigrantes que viven en nomadismo o esporadismo, políticamente inconsistente, en el régimen actual de la Nación.

Una Constitución gallega que responda a las exi-

gencias reales de la conciencia colectiva de Galicia ha de abarcar una declaración de derechos humanos, en función de la libertad y de la solidaridad, de la cultura, del trabajo, de la propiedad, del bienestar social y de la vida espiritual gallega. Los derechos humanos no pueden concretarse a los del hombre de 25 años, sino que han de hacerse extensivos al niño, a la mujer y al anciano. Los derechos políticos han de arrancar de los 20 años, dado el desarrollo precoz de la raza. Irlanda tiene la mayor edad política a los 21. En los nuevos derechos políticos deben comprenderse los relativos a la familia como personalidad plena y libre en la parroquia, el derecho de ciudad, los derechos de la vida municipal, los corporativos y los relativos a la sindicación libre y obligatoria de trabajo y de cultura y a los sindicatos mixtos de trabajadores y patronos.

Nuestra "*Declaración de derechos*" no puede descuidar los relativos a fundamentar la personalidad nacional de Galicia dentro de España, la de las minorías nacionales enquistadas en nuestro Estado nacional, las relaciones de cultura y de trabajo entre nuestra nación y las naciones ibéricas con mediación del Estado español, y la organización libre y federal de la República gallega dentro de la segunda República española.

Han de definirse y determinarse los derechos políticos del ciudadano gallego, los deberes y hábitos

de ciudadanía y civismo, con las garantías jurídicas de su conservación.

No pueden preterirse los derechos y deberes políticos del Estado nacional gallego en la organización superestatal española, ni los derechos de Galicia como minoría nacional ante la "Anfictiónia hispano-americana" y ante la Sociedad de naciones ibéricas.

La Declaración de derechos, sin olvidar los de iniciativa referendum y recall, ha de completarse con la estructuración de poderes jerárquicamente organizados en su funcionalismo y constantemente controlados en un régimen de pura democracia por el pueblo.

Los principios directores del nuevo poder constituyente de la nueva Europa han de informar nuestra Constitución, que ha de trascender de la "*Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*" de 1793 dando valor pleno y preponderante a los ideales nuevos relativos a la familia, al orden, a la autoridad, a la ética, al derecho, a la economía, a la técnica, a la vida espiritual y a la conciencia religiosa. Así formaremos a Galicia como Estado nacional, como pueblo libre, con la constelación humana de pueblos libres, en el reino puro de los fines de Kant, conjugando según el verdadero ideal de toda Sociedad de Naciones.

Sobre todo Galicia no puede desconocer la constitución histórica inmanente de la Constitución interna y externa a que aludía Cánovas, de la raza

céltica, que cristalizó en toda su pureza en la Constitución histórica de la nación irlandesa, que se van elaborando en Europa del siglo II al X. Se buscó en ella solución, como dicen Darrel Figgus-Erskkine Childers, a la antinomia jurídica, al equilibrio entre un poder centralizado y una constitución descentralizada. Es el mismo pensamiento de Bolívar y el que vemos cristalizado en los Fueros de Vizcaya, Navarra y el Pirineo aragonés. La Constitución irlandesa del primer milenario encerraba un pensamiento político, social y económico.

Democracia y aristocracia se organizan con ella como estructuras complementarias, según el principio de la unidad e igualdad de estructuras jerarquizadas, sólo al fin de la función.

La fuente del poder constituyente es la vida. La ley sólo se corrobora y hace plenamente obligatoria cuando pasa por el crisol de la vida. La Constitución así está siempre en proceso de desarrollo, de devenir prolficado por un permanente poder constituyente moviéndose entre dos polos: una realidad inexorable y un exaltado idealismo.

El régimen federal en la constitución política irlandesa se organizaba como en Suiza, Alemania y Rusia. Cada Estado era miembro de un Consejo federal, miembro político y con plenitud económica y deliberativa en su propio régimen interno. La fuente del poder ejercido por representación era el sufragio. La tierra era patrimonio común de los ciudadanos en la nación y no podía ser enajenada.

El pueblo era el soberano y formaba una comunidad estructurada y basada en la tierra. Cada Estado local o provincial aplicaba la ley según la medida de adaptación a la capacidad política del pueblo y conocía y aprobaba la ley general coordinada en las Asambleas. Forma anticipada de "referendum" tácito y general para toda ley emanada del poder central.

Las jerarquías en esta democracia sólo se atribuían al mérito, al prestigio y al valor, no al nacimiento. La nobleza se renovaba por sí misma. La Constitución irlandesa, la más pura de los pueblos célticos, fué fruto de una larga elaboración. El Concilio de Constanza, en 1416, reconoció a Irlanda como uno de los cuatro Estados constituyentes de Europa con valor original, después de Roma y Bizancio y antes que España. Émula de Irlanda en nuestro Occidente peninsular fué Compostela, ciudad de "santos" y de "sabios", que con los "heroes" "poetas" y "jurisconsultos", constituían en el mundo céltico la verdadera aristocracia del valor, del saber y de la bondad, única que reconoce Schopenhauer, frente a la de sangre y la del dinero, que son en el fondo privilegios que obedecen a la Ley de los derechos adquiridos, que fustigó Fernando Lassalle.

La obra de los republicanos gallegos es la de estructurar y organizar a Galicia según estos principios, que todos los gallegos llevamos en la masa de la sangre y en los entresijos del alma. Hemos de organizar políticamente el pueblo a imagen y semejanza de los destinos de la raza y de las exigencias

de la cultura humana. Esta generación no cumple su deber histórico, si se deja arrastrar dentro de la segunda República por un nuevo caciquismo o feudalismo de los poderes gallegos de la Nación gallega, vinculándolo en una casta de políticos profesionales que monopolizan la bandera tricolor y berrean la libertad como hombres, pero que en el fondo son los nuevos niños de teta del nuevo poder republicano, cuyo cordón umbilical se anudó a la placenta madrileña, donde la eterna nodriza del poder central suministra biberones de leche mercenaria a sus insaciables apetitos. Esos también serán traidores. Quien no se siente vigilado y es propenso a la corrupción, se corrompe. Y nada decimos de las metempsícosis, política de última hora. Esos cambios de chaqueta son tan bruscos que hacen reír de asco y de desprecio, y hacen llorar de indignación.

El Pueblo Gallego.—Vigo, 29 de abril de 1931.

BASES PARA LA CONSTITUCION DEL ESTADO FEDERAL GALLEGO

1.º Constitución de un Estado federal (federalismo orgánico).

2.º a) Unidades políticas básicas: Familia, Parroquia, Concejo, Villa, Ciudad, Metrópoli.

3.º b) Principio de autonomía integral y de plena solidaridad de estas unidades políticas básicas, obedeciendo a las exigencias de un federalismo orgánico, que instituye la familia libre en la parroquia libre, la parroquia libre en el concejo libre, el concejo rural libre, pero con interdependencia con la villa libre, la ciudad libre, la metrópoli libre y la nación gallega libre, dentro del Estado federal español soberano.

4.º c) La nación.

La nación y la tierra son elementos básicos para la organización del pueblo gallego. Es comunidad orgánica y espiritual de trabajo y de cultura que

garantiza con su personalidad y sus actividades la subsistencia histórica y se afirma con autarquía en la comunidad o consorcio de pueblos peninsulares.

En el orden territorial, la nación se distribuye en sintagmas o unidades geográficas, específicas: el litoral gallego, el valle, la montaña, las comarcas, los distritos, las provincias, las jurisdicciones de ayuntamiento y de parroquia y el territorio regional de la nación gallega.

5.º *d)* En el orden de la población hay que atender a la organización política de la población urbana y de la población rural de Galicia, de la población vernácula o autóctona y de la población extraterritorial, plasmados y estructurados estos núcleos de población en la aldea, la villa, la ciudad y las colonias autónomas de gallegos que viven fuera de Galicia, organizadas como núcleos de crecimiento esporádico y espontáneo en el territorio peninsular español y en territorios transatlánticos, ultracontinentales no europeos. Vertebrar y articular el campo y la ciudad en la constitución de un Estado de tono fundamentalmente rural, solidarizar la aldea, la villa y la ciudad y la colonia gallega en un ideal común de cultura nacional es exigencia básica en una Constitución del pueblo gallego.

6.º *e)* Declaración de derechos.

La declaración de derechos es materia más propia de la Constitución de la segunda República española, que de la Constitución del Estado federal.

Pero el Estatuto federal ha de suplir las deficiencias de nuestra Constitución republicana, si no regula plenamente los derechos humanos individuales y colectivos de libertad, de solidaridad, de trabajo, de propiedad, de cultura, de bienestar material, de vida espiritual, de prosperidad social y de conciencia religiosa.

7.º Una declaración de derechos, que responda a la conciencia política presente, ha de hacerlos extensivos al niño, a la mujer y al anciano, afirmando para cada uno el derecho a la vida, al trabajo, a la cultura, a la propiedad, a la vida espiritual, a la religiosidad, en sus esferas respectivas, de derechos de libertad, de solidaridad, de personalidad, de humanidad, de bienestar, de prosperidad material y de ideales económicos, técnicos, artísticos, científicos, espirituales y religiosos.

8.º La declaración de derechos del niño ha de tomar como base y punto de partida, la declaración de derechos de Ginebra de 23 de febrero de 1923, que recoge el pensamiento de todas las Constituciones de la postguerra y que es complementaria de la Declaración de los Derechos del Hombre, de 1789.

9.º La nueva Declaración de los Derechos del Hombre, partiendo de las dos declaraciones de derechos de la Revolución francesa, la de 1789 y la de 1793, ha de ampliarse con una declaración de derechos profesionales, corporativos, orgánicos, culturales y humanos, cristalizados en las Constituciones de la postguerra.

10. La Declaración de derechos de la mujer ha de recoger todo el pensamiento de las justas reivindicaciones de la mujer y conciliar el feminismo y el humanismo, partiendo de los resultados que la ciencia establezca en orden a la familia, la personalidad, la profesionalidad, la representación, la opción a los cargos públicos, las relaciones entre los sexos y las garantías de la conservación del linaje.

11. La declaración de derechos relativos al anciano ha de procurar dar garantías jurídicas a la tutela y defensa moral de esta edad, que constituye el tesoro de tradición nacional de experiencia y de continuidad histórica de un pueblo y de una raza.

12. La declaración de derechos políticos ha de comprender el sistema de derechos de la familia como comunidad con personalidad plena y libre; el sistema de derechos de la aldea, el de la ciudad, el del concejo, el de la corporación, el de la libre asociación de cultura y los relativos a la organización sindical.

Han de fijarse también los derechos inherentes a la personalidad regional, a las minorías nacionales enclavadas en el Estado nacional y los derechos políticos propios del ciudadano gallego en el Estado nacional gallego.

También es preciso organizar los derechos políticos en una relación de jerarquía infraestatal y superestatal, según las bases de organización de la Sociedad de las Naciones.

13. Los derechos políticos del pueblo gallego han de especificarse como atribuciones del ciudadano gallego que, por serlo, es miembro de la comunidad política gallega. Estos derechos son:

1.º Derecho de elegibilidad o representación; 2.º, sufragio o derecho de elección; 3.º, control y *ad referendum*, o sea inspección de los actos del poder ejecutivo y revisión de las normas del poder legislativo por el pueblo; 4.º *recall*, que es coacción político-social contra los poderes que se desvirtúan por su mala actuación; 5.º, *iniciativa*, que es derecho que corresponde a todo ciudadano o corporación de colaborar con su pensamiento político al gobierno del país; y 6.º, *vindicta*, ejercida por medio del jurado, en funciones de carácter judicial.

14. Voto activo y pasivo a los veinte años para ambos sexos. Restricción del voto a la mujer que sea trabajadora en el campo, la fábrica o el taller o que esté dotada de título profesional. Voto pasivo para los cargos por representación y elección a los veinticinco y treinta años según su índole.

15. Nuevos derechos políticos.

Reconocida la personalidad a los organismos y personas sociales, a las asociaciones y comunidades (familia, parroquia, municipio, corporación, sindicato, asociación, comunidad, confederación, mancomunidad, federación, bolsa de trabajo, etc.), se hace extensivos los derechos políticos restringidos a las mismas a los efectos de la elegibilidad y la repre-

sentación indirecta o de segundo grado para las cámaras, consejos de trabajo, comités y comisariados que estén integrados a la vez por representantes directos y por representación corporativas.

16. Reconocimiento de la personalidad nacional gallega con sus atributos básicos de autonomía integral y de solidaridad plena de Galicia, haciéndolos extensivos a todos los organismos, órganos y personas naturales y sociales, dentro de la comunidad moral gallega integradas. Reconocimiento de las minorías nacionales en Galicia. Estructuración del Estado nacional gallego dentro del Estado inter-federal español, al fin de las relaciones con otros Estados federales y con el Estado central. Organización libre y federal a base de federalismo orgánico, no pactado, del Estado nacional gallego, dentro de la federación republicana española.

17. Articulación del Código fundamental del Estado nacional gallego, como sistema de derechos y deberes cívicos; como sistema de hábitos o de virtudes de ciudadanía; como régimen de garantías jurídicas para su funcionamiento, defensa y conservación y como estructuración orgánica de poderes gallegos, normados en su funcionamiento por el Estatuto constitucional.

18. Determinación por el Estatuto constitucional de los derechos y deberes de Galicia y del Estado nacional gallego en la organización superestatal española. Reconocimiento explícito de los derechos de Galicia como minoría nacional, dentro de

la Anficciónia hispano-americana de carácter cultural y dentro de la sociedad de naciones ibéricas de carácter político, social y económico.

19. Estructuración de poderes jerárquicamente organizados en su funcionalismo y controlados en régimen de pura democracia por el pueblo.

20. Equilibrio entre el poder centralizado del Estado federal español y el poder autónomo del Estado nacional gallego con determinación de poderes y funciones exclusivos de cada uno; de poderes o funciones delegables; de poderes o funciones desempeñadas por representación y de poderes o funciones susceptibles de tutela, cooperación o sustitución.

21. Armonía entre la aristocracia funcional del gobierno representativo jerarquizado en sus actividades y poderes y la democracia básica, sustancial del pueblo gallego, en una síntesis dialéctica de estructuras complementarias, según el principio de unidad, igualdad y jerarquía funcional.

22. Reconocimiento expreso de que la fuente del poder constituyente del Estado nacional gallego, es la vida y la voluntad nacional gallega, plasmada en su tradición, en su cultura, en sus necesidades presentes y en sus ideales que constituyen el patrimonio nacional del porvenir.

23. Reconocimiento de que la Constitución gallega está en proceso constante de devenir o llegar a ser, con un poder constituyente que actúa permanentemente en la evolución histórica del pueblo

como poder soberano, moviéndose entre los polos: inexorable realidad y exaltado idealismo. La carta constitucional gallega ha de ser fruto de un examen de conciencia histórica retrospectiva, de un examen de conciencia vital de las necesidades actuales de Galicia y de una determinación crítica reflexiva impregnada de objetividad y serenidad de las aspiraciones y tendencias del galleguismo.

24. El Estado nacional gallego es miembro nato con representación proporcional en el Consejo federal del Estado español, miembro político, con plenitud económica y deliberativa en su régimen interno.

25. La fuente del poder constituyente se canaliza por la voluntad del pueblo en el sufragio al fin de la representación temporal controlada, eficaz, capacitada y responsable. El estado nacional gallego tiene plenitud de poder económico y deliberante en su régimen interno.

26. La tierra gallega es patrimonio común de los ciudadanos gallegos y no puede ser enajenada a los extranjeros. Se impone la expropiación forzosa de ferrocarriles, que no tengan interés peninsular o interfederal, minas, montes, saltos de agua, aforados y en canon por poseedores extraños o españoles no gallegos.

27. La tributación, el régimen fiscal y el régimen aduanero han de tener por órgano federal el Estado gallego para sí propio, para el Estado central, inspirándose en un régimen tributario que haga posible el impuesto proporcional y progresivo

sobre la renta de trabajo o el provecho del capital y en caso necesario sobre el capital mismo.

28. El pueblo es el único soberano y constituye una comunidad integral y plena, estructurada y basada en la tierra gallega.

29. Las provincias y organismos inferiores al Estado federal gallego, aplican la ley en la medida de adaptación a la capacidad política del pueblo, conociendo y aprobando la ley general coordinada en las Asambleas. Existe un *referendum* tácito y general para toda ley emanada del poder central, que no se mueva dentro de los límites trazados por la Constitución del Estado central.

30. Las jerarquías y privilegios de nacimiento y de riqueza han de supeditarse a las del mérito, el prestigio y el valor personal. Así la aristocracia se renueva por sí mismo y es compatible con la democracia.

31. Como toda nación, para vivir históricamente ha de organizarse en pueblo característico, según las normas de la cultura material y espiritual; Galicia ha de fijar en su Estatuto constitucional, las que tiendan a restaurar su cultura material, su vida económica, su cultura jurídica y su cultura espiritual (artística, científica y religiosa), organizándose la economía, la técnica, el derecho, la ciencia, el arte, la religión y la vida espiritual de Galicia como sintagmas y valores del más genuino galleguismo, en el cual veamos restaurada una tradición latente o muerta, rediviva; y organizada, según

las normas de la renovación o de la revolución creadora toda la vida pública y privada del pueblo gallego, con plenas garantías y fórmulas de vida y convivencia histórica.

32. La organización de los Tribunales de justicia y la administración en ellas del derecho gallego restaurado, han de responder a una unidad funcional, constituyéndose por elección del pueblo y del Parlamento, dando a la audiencia carácter de supremo tribunal en última instancia para aquellas cuestiones de índole exclusivamente gallega.

33. El Estatuto constitucional ha de comprender o reconocer la cooficialidad del gallego y del castellano. Ha de fijar los colores de la bandera gallega con plebiscito para su elección por el pueblo. Ha de fijar el número de provincias del Estado gallego y sus capitalidades respectivas; ha de designar la metrópoli, y ha de prever la posibilidad de futuras anexiones, basadas en el plebiscito de las poblaciones que aspiren a inmembrarse en Galicia.

34. El Estatuto constitucional ha de fijar el régimen tributario y financiero del Estado federal gallego.

35. El Estatuto constitucional ha de comprender las normas relativas al régimen de transición del Estado presente al nuevo Estado federal gallego.

LA LENGUA GALLEGA Y LA LUCHA POR LA CULTURA EN GALICIA

RÉPLICA A UNAMUNO

EL galaico-portugués representa, como lengua cultural de carácter mundial, hablado en Europa, Africa, Asia y América, la de una población total de 60 millones, superior, por tanto, al italiano, al francés y al rumano, y escasamente inferior al castellano, en España y en América. Si por el continente tiene el valor de lengua mundial, por el contenido o calidad, diremos que es la lengua de Camöens, de Guerra Junqueiro, Eça de Queiroz, Camilo Castello Branco, Curros, Pondal y Rosalía, con una literatura exuberante, sobre todo en el siglo XIX y en Galicia particularmente, con inaudito renacimiento, en el siglo XX.

El mapa lingüístico de la península ibérica, dis-

tribuída en dos Estados y naciones soberanas (España y Portugal), cuya soberanía en nada se cercena con los hechos y valores de la cultura, está distribuído en la siguiente forma:

	<u>Millones</u>
Grupo atlántico (galaico-portugués)... ..	11
Grupo central (castellano-aragonés)... ..	14
Grupo catalán (comprendiendo el valenciano y el mallorquín)... .. w w w	4 1/2
Grupo vasco-navarro... ..	1

Exactamente las cifras son, según el censo de 1920, las siguientes: para Galicia y Portugal arrojan 11 millones, comprendiendo la población gallega que vive fuera de Galicia y 8.383,545, comprendiendo solamente la población vernácula; para Castilla y Aragón 13.806,179; para Cataluña, Valencia y Mallorca 4.492,078, y para el país vasco 1.122,345.

El problema del pluralismo lingüístico está planteado en todos los pueblos de Europa.

Las naciones más hechas (Francia, Inglaterra y Alemania) lo tienen también. En las más perfectas, como Suiza, conviven fraternalmente el francés, el italiano y el alemán. En Bélgica, pugnan el francés y el flamenco, sin mermar en nada la unidad nacional belga.

La lucha por la cultura en el dominio lingüístico adquiere algidez en España, sobre todo en Cataluña y el País vasco, y empieza a revelarse en Galicia. Cualquiera que sea el resultado de esta lucha, el futuro Estado nacional de la segunda Re-

pública, no podrá negarse a la realidad inexorable del hecho vivo, de la pluralidad de lenguas, dentro de la República Española. Y no se resolverá el problema pretendiendo arrancarlas del alma de los pueblos, que los crearon y en ellas moldearon su espíritu, porque esa sería la peor de las tiranías. Y, además, no hay tiranía posible para el alma. Es inconcebible que un pensador y un filólogo como Unamuno, defienda sin razones el monopolio lingüístico del castellano; anuncia la muerte del vasco, siendo vasco, y niega al catalán el título de lengua. El catalán en la simbiosis de lucha y selección con el castellano en nueve siglos, conservó su mapa lingüístico intacto. El castellano y el catalán en el siglo XII se parecían más que hoy.

Hay que aceptar los hechos como son; además, con el firme convencimiento, de que una cultura políglota en España no es incompatible con una vida nacional, orgánicamente integrada en federación viva, no pactada, por sistemas y órganos vivientes de cultura, que tienen individualidad propia, dentro de la comunidad española. La lucha por la cultura para la hegemonía lingüística no podrá impedirse desde la *Gaceta*, ni desde el Poder; y el resultado final favorecerá a aquella lengua peninsular más apta, para la sobrevivencia y para servir de reóforo a los valores peninsulares que han de aportarse a la cultura universal. Pero una cosa es la selección y la lucha como proceso de lenguas que conviven y otra cosa pretender, como Unamu-

no, matarlas con un artículo de fondo. Esa arrogante afirmación sintética *a priori*, por ser gratuita, no merece la discusión. Sea Unamuno o quien sea, quien la haga.

El amoroso empeño con que cada cual cultiva el propio huerto, no podrá impedir, que en él se murchiten las flores que no resisten el ambiente o que nacen para morir en un día como el cactus. ¿Pero con qué derecho se decreta la muerte de lenguas milenarias? Es temeridad querer prever el porvenir. Pero hay que dar igualdad de condiciones a la lucha y selección por la cultura lingüística. El castellano nada tiene que temer del Vasco y del catalán, si sabe organizar los valores de su vida espiritual, virando en redondo de la ruta formalista, conceptista y culterana, que se trazó desde el Renacimiento, dejando de ser lengua de gente de caurtel, de púlpito y de casino o de academia, y adquiriendo dinamismo creador. Vascos hay en Francia y también provenzales; hay también bretones; y Francia logró la hegemonía del francés, no por la autocracia de Luis XIV, sinó por el genio de Voltaire, de Bossuet, de Víctor Hugo y de Rousseau. Triunfó París con su cultura, no la Corte de Versalles. Nada tiene que temer el castellano del Vasco y del Catalán, dos minorías lingüísticas respetables en el mapa peninsular, pero aisladas, ahogadas, en la convivencia con el francés y el italiano, que lograron hasta hoy una superior literatura. Si se sobreponen a ellas en el porvenir, me-

¡Ojalá tuviera Cataluña un Mistral o un Dante, compañero de Cervantes y Camöens.

El problema cambia de aspecto, tratándose del galaico-portugués y el castellano. En el siglo XII hubo cooficialidad en ambas lenguas; en el siglo XVI volvió a haberla y bien lo prueban Gil Vicente y Camöens, escribiendo en galaico-portugués y castellano. El galaico-portugués y el castellano, son las dos únicas lenguas peninsulares culturales de carácter mundial, pluri-continental. El esplendor que logró la literatura catalana es plétora o euforia de cenestesia vital, sobreexcitada por una polarización de la vida económica peninsular en Cataluña y principalmente en Barcelona, que ha conseguido convertirse en el centro de gravedad económica de España en el siglo XX, a pesar del desfavorable emplazamiento para la actuación. Pero ello data ya desde los Reyes Católicos, cuya política de favor a los puertos de Barcelona y Sevilla siguieron los Austrias y con alguna excepción en tiempo de Carlos III, continuaron los Borbones; y cuya apoteosis culminó en las dos últimas fracasadas exposiciones del último y execrable Borbón. Este esplendor puede ser efímero o puede persistir. ¡Ojalá así sea. Pero al colocarse las lenguas peninsulares en el mismo plano de un derecho común a la vida, de igualdad y libertad para la lucha por la cultura, las condiciones naturales y la ley de herencia y los mismos valores de la cultura favorecerán al caste-

llano y al gallego, sin herir de muerte al catalán ni al vasco. El gran escritor mejicano, Vasconcelos, prevé en su teoría de la *raza cósmica*, la necesidad de la cooficialidad de estas dos lenguas en América, haciendo obligatorio el aprendizaje del portugués, hijo del gallego, a las repúblicas de habla castellana y viceversa, el castellano al Brasil. ¿Lo sabe Unamuno? Si lo sabe, se lo calla. Así, pues, galaico-portugués y castellano, serán las dos lenguas oficiales, cooficiales, en la América española. ¿Y por qué no también en España? ¿No representan en España aproximadamente lo mismo con una diferencia de unos tres millones? ¿No es España viejo solar de la Nueva España, de la América española, integrado por dos estados ibéricos?

En Galicia mismo, el castellano, a pesar de ser la lengua oficial, es la lengua de una minoría de funcionarios, que en las ciudades, las villas y las aldeas la imponen a la masa de población campesina, que representa más del 80 por 100 de población total. Más lógico sería que estos funcionarios aprendiesen gallego, para llegar a la mutua comprensión, para conversar con nuestros paisanos, que obligarles a éstos a hablar un castellano que nadie les enseñó. Hablarles en castellano a ellos, que apenas saben balbucirlo, es recordarles su condición de parias y de esclavos. Es hablarles en lengua de conquistador y de extranjero. Nada diremos de esos falsos gallegos, de esos mestizos, de esos señoritos vendidos, que se avergüenzan de hablar

gallego, considerando una ordinariiez hacerlo entre personas cultas. Esos ignoran, que el Rey Sabio dialogó con la Virgen en gallego, y que en gallego está escrito el poema "*A Virge do Cristal.*"

El primer derecho que asiste a un pueblo es el de recobrase íntegramente en la posesión de su lengua, que es el diagrama espiritual de su personalidad y de su cultura, el inventario de su patrimonio colectivo. Nada consiguió Galicia con la República si tiene que darle vivas en castellano. Esa República, esos vivas, salen de la garganta; pero no nacen en el corazón ni se engendran en el alma. La lengua es a la vez cuerpo y espíritu del alma colectiva. Es el denominador común de todos los valores de cultura de una comunidad. Es el gran poema fraguado en el hogar de los siglos, y moldeado en el yunque de la historia, por todas las almas, hermanadas en él y en él fundidas como gotas de agua en la inmensidad del Océano. En el habla vernácula, está el grito primitivo de la selva, en los prenilunios célticos, para crear la oración, y están los ayes de la madre, que recoge el último beso del hijo que se va. En el gallego, para un gallego, está su pasado, su presente y su porvenir. ¡Ecos de la madre tierra, voces del cielo de nuestros ideales, sinfonías bravías de nuestro Océano! Cuando lo modula en plenitud de posesión de alma, es cuando de veras se siente libre y hermano el *petrucio*. Cuando dialoga en castellano con los otros, con los extraños, con los ojeos y los fenicios, teme, se

empavoriza y alucina. No es dueño de sí mismo, no es él mismo. Se hace señor de sí mismo, sólo por el habla, que sale de la conciencia, como el agua serena del puro manantial, sale de la fuente; y hace que el hombre adquiera conciencia de que su pensamiento, sus afectos y su voluntad, su libre voluntad, actúan en el propio señorío de su ser.

El niño que no puede hablar con su maestro y con su madre en gallego, ni elevar sus preces a Dios en gallego, que ve su hogar lingüísticamente dividido, hablando los padres en castellano en el comedor y los criados gallego en la cocina; el campesino que tiene que cumplir leyes redactadas en un idioma que le imponen, pero que no le enseñan, y declarar en los Tribunales, con previa traducción del testimonio y de la pregunta que atestiguan, y contratar y obligarse en castellano, ignorando el valor de los términos que le atan para la convención; el pueblo que ve una minoría de hombres de villa y de ciudad, hablando en un castellano imperialista y despótico, muy distinto en su melodía y en su valor espiritual de aquél de sus sagrados soliloquios, "en los que cabalgando en el dolor—como dice el místico alemán—busca con ansia su verdad", indudablemente han de sentirse deprimidos, vejados, envilecidos por un régimen *bilingüístico*, que nace de la violencia y no del amor. Cinco siglos lleva el castellano imperando oficialmente en Galicia; y hasta la fecha sólo ha conseguido arraigar en el mundo oficial, con un censo que apenas pasa

de medio millón; en el mundo oficial y burgués de las ciudades y de las villas. En cambio, en las veinticinco mil aldeas, vibra una sola alma y late un solo corazón, tomando cuerpo en el poema vivo y secular de nuestra lengua gallega, en el *Verbo*; es decir, en el pensamiento hecho acción, en alas del amor guiado, *verbo*, que encarna en nuestra conciencia actual, nuestra conciencia histórica y todas las reivindicaciones y los genuinos ideales del galleguismo en el porvenir. En la lengua ha de afirmar su personalidad libre este pueblo libre. Si el Poder constituyente gallego no logra legislar en gallego, para la hermandad gallega, gozará de una libertad otorgada, no lograda por esfuerzo y señorío de lucha y de trabajo.

El primer deber de las "*Irmandades da Fala*", es libertar el habla, del monopolio de una lengua, que hasta hoy sólo logró hegemonía política, pero no real. El bilingüismo real en que vivimos en Galicia ha de lograr categoría oficial. Restringirlo a las escuelas maternas y primarias, como lo que se otorga ahora a Cataluña, es poca cosa. Galicia tiene la misión providencial de hermanar en libertad e igualdad y en la necesidad común de aspiraciones al pueblo castellano y al pueblo portugués, que se aborrecen por incomprensión; y lograr una solidaridad peninsular, que respete la sagrada soberanía de Portugal, sin miedo al más leve asomo de imperialismo, que provenga de las mesetas. Galicia ha de unir en su seno maternal a dos pueblos grandes; y el

habla ha de ser el vehículo del amor y de la comprensión para ambos. Cuando vea Portugal, que su propia lengua adquiere categoría oficial en España, ¿qué recelo ha de tener para integrarse en una "*Anfictiónia hispánica*", que respete íntegramente su libertad nacional? ¿Cómo puede mirar con buenos ojos a los hombres de España, si ve que hay en España un pueblo hermano espiritualmente oprimido, como Galicia, cuya lengua se quiere borrar del mapa lingüístico de España? Porque todas las libertades son nulas sin la libertad de la lengua, que es el vehículo de la libertad del pensamiento y de la voluntad y el cauce secular de la cultura espiritual de un pueblo, que ha de fraguarse en libertad. No hay pueblo libre con el pensamiento y la voluntad espiritualmente aforados a una lengua extraña. La primera condición de un *petruciado*, real, efectivo, no meramente nominal, de lentejuelas, no mera gallegada oropelesca de "*Lares gallegos*", gallegos sólo de nombre, es la conciencia de la libertad integral del individuo, libremente por él pensada en su lengua y en su lengua comunicada a los demás. Toda manifestación de voluntad deja de ser plena, si ha de ser traducida. La lengua intermediaria, al traducir el pensamiento y la voluntad, ya los traiciona por leve que sea el empeño. Para crear una cultura libre, con espontaneidad, con verdad, con pureza, con vigor, con fuerza, con lozanía y con inagotable fecundidad en sus valores, hace falta libertad de espíritu. El

espíritu no puede volar sino con alas de la propia lengua a través de los cielos de la propia tierra. Para ser caballero del ideal—como dice Nietzsche—, hay que saber seguir el canto y el vuelo del rui-señor soberano, de su vuelo y de su canto. “Una cultura—dice Sprengel—, en su sentido más elevado, ha de ser nacional, como fué la de los griegos y es la de los franceses e ingleses”...

Y más adelante prosigue: “Sin duda alguna, la lengua de una nación, es la expresión más amplia, más profunda, más fuerte de su carácter; la forma plástica, más genuina de todo su pensamiento, sentimiento y voluntad”... “En la lengua se realiza la gesta poderosa de una nueva creación de la vida.” Alemania no habría logrado su unidad política, como pensó Grimm, sin la unidad espiritual de la lengua. Las investigaciones de Wundt y de la moderna psicología experimental y colectiva, llevan al mismo resultado. El lenguaje no sólo es una herencia, una tradición, es un imperativo de trabajo, una energía que mantiene el alma del pueblo—como afirma Guillermo Humboldt—en perpetuo devenir; es un caudal que se agranda con el trabajo espiritual de las nuevas generaciones; y que crece en ambiente de plena libertad o que se ahoga y sepulta por la mano brutal del despotismo. Por eso, sostuvo Herder en sus “*Fragmentos*”, publicados en 1867, “que el mayor mal que puede inflingirse a una nación, consiste en despojarla de su propio carácter, robándole la genialidad de su espíritu y su

lengua". Y Fichte, en sus "*Discursos a la nación alemana*, pronunciados en 1808, mantuvo la tesis de que para crear una cultura nacional hay que hacerlo en la propia lengua nacional. Lo que se transmite en lengua extraña se aprende. Lo que se transmite en lengua materna se vive. El maestro comulga con sus alumnos cuando enseña en lengua nacional; y predica o evangeliza cuando lo hace en lengua extraña. ¡Qué estéril es la enseñanza que sale muerta de labios del maestro! Será fuente de saber, nunca de vida. ¡Desgraciadas las generaciones nuevas, condenadas a vivir castradas, impotentes y estériles, para la vida espiritual, por habérseles cortado las alas del alma! ¡Ay de los pueblos, que se dejan arrebatarse su lengua! Pensemos como gallegos, ahora que está sobre el tapete el hecho vital de recobrar nuestra personalidad en esta histórica hora; pensemos en hacernos dueños del propio lenguaje, alfa y omega de todos los derechos de libertad espiritual y postulado de nuestra cultura nacional. No pedimos gracia, sino que se nos deje usar y disfrutar lo que ya es nuestro por derecho justo, natural, inmanente, vivo, eterno, irrenunciable. Nosotros, no seremos nosotros, si no sabemos sentirlo, pensarlo, quererlo, vivirlo y expresarlo en gallego.

CRISIS Y RENOVACION DE LA CULTURA GALLEGA

HAY que partir de las veleidades de Enrique IV el Impotente—impotente de voluntad que no de naturaleza—, para explicarnos los tristes destinos de Galicia y de la Península, desde los albores del Renacimiento. El pacto de Guisando, por el que reconoció Enrique IV los derechos de su hermana Isabel a la corona de Castilla, anulado en 1470, nombrando heredera a Doña Juana, su hija, nombramiento que corroboró la declaración hecha en Cortes por el rey con anuencia de los hermanos de Don Alfonso y Doña Isabel, quienes después, apoyados en la nobleza, se volvieron contra su hermano, con ingratitud para la nobleza combatida por Isabel, apoyada en el pueblo; dicho triste tratado de Guisando, fruto de un desmayo de la voluntad del Rey, dejó un pleito legal sometido a la suerte de las armas. La fuerza

primó al derecho. El pueblo castellano no refrendó el pacto. Por eso lo mimó la Reina Isabel.

Galicia y Portugal se decidieron por la hija del Rey. Castilla por Isabel, es decir, la nobleza de Castilla. También se malogró el matrimonio entre la reina Doña Juana—por amar la Reina más su derecho que al príncipe—y el príncipe Don Juan, que duerme el sueño de los ángeles en Avila. La Rosa de los Vientos se inclinó hacia el Mediterráneo, Andalucía, y Africa. Galicia y Portugal, siguen desde entonces obsesos con la nostalgia de un mesianismo peninsular atlántico; Portugal con su sebastianismo en pugna con el ideal de las Mesetas y el Mediterráneo. Portugal afirmó su independencia nacional en Villaviciosa (1665). España reconoció su independencia en 13 de febrero de 1668.

Galicia, después de una guerra de doce años con Castilla y Aragón, fué sojuzgada por los Reyes Católicos. Mártires de la libertad gallega fueron el Mariscal Pardo de Cela, ajusticiado con su hijo en Mondoñedo en 17 de Diciembre de 1483, el Conde de Caamiña (1486) y el de Lemos (1487). Zurita nos habla en sus *ANALES DE LA HISTORIA DE ARAGON*, de que “en aquél tiempo *ise comenzó a domar!* aquella tierra de Galicia, porque no sólo los señores y caballeros de ella, pero todas las gentes de aquella *Nación*, eran unos contra otros, muy arriesgados y guerreros y viendo lo que pasaba por el Conde (el de Lemos) que era gran señor de *aquel reino*, la fueron allanando y reduciendo

do a las leyes de la justicia (del más fuerte) con el rigor del castigo". (Citado por Portela Valladares en su hermoso y documentado discurso del Ateneo de Vigo, 28 de Agosto de 1922).

La democracia social gallega, ¡social!, es decir, rural y urbana, no solamente rural, fiel expresión, esencia viva del celtismo, rasgo esencial que ya reconoce Julio César, la que en el Mons Cuperius en el siglo VIII acusa la rebeldía y la fuerza, precursora del agrarismo gallego, la que, en el siglo XII, forja la primera *Hermandad* contra el falso feudalismo gallego, importado de Europa, de Francia, por los *jabobeos*, anticipándose a la *Jacquerie* de los aldeanos franceses (1358), la que, en el siglo XV (1469), forja la segunda *Hermandad*, precursora de las Comunidades de Castilla, cuya gesta fué la guerra de los Hermandiños, rediviva por tercera vez en las revoluciones del siglo XIX con los mártires de Carral, "dejando a los señores sin tierra y sin vasallos", pues los castillos que derribaron en vez de ser nidos de águilas eran madrigueras de ladrones, se estrella en Galicia con el poder de la Iglesia, que, en alianza con Castilla y con la nobleza gallega, sojuzgaron de nuevo al pueblo. Ya Gelmírez, en el siglo XII, había pactado con León, a cuyo reino quedó atada para siempre umbilicalmente Galicia. El camino de Santiago, fué sogá al cuello de Galicia, por León y para León. La Sede Arzobispal de Compostela, el instrumento; y, en realidad, el

soberano. La aristocracia gallega, embrutecida, el cómplice. El pueblo, la víctima.

En Galicia, los Reyes Católicos, apoyados en la silla arzobispal de Santiago y en los Monasterios gallegos, siguieron una política opuesta a la que siguieron en Castilla.

En Castilla se apoyaron en el pueblo para sojuzgar a los nobles. En Galicia se apoyaron en los nobles y en la Iglesia para domar al pueblo, después de segar en flor, la flor y la simiente y el cogollo de la nobleza gallega, hechos visibles los odios en las vidas del Conde de Lemos y del Mariscal Pardo de Cela. Se impuso la expatriación a los nobles, que no supieron luchar. Sólo quedaron en Galicia los cerdos obesos, como el Conde de Altamira, y los borregos. Así decapitaron a Galicia. Aliaron la nobleza con la Iglesia, para sojuzgar al pueblo: a la nobleza ingenua, se entiende. Condenaron a muerte los nobles, que eran de cuidado. Hicieron emigrar las golondrinas. Confinaron en lejanas tierras los capones, las aves de corral. Como ahora con Bugallal, sus obispos, sus abogados, sus curas rurales, sus Kulaks...

Desde entonces Galicia está al margen de la historia de España. Es mercancía, es equipaje, es cosa de España, no es alma y cuerpo, consustancial y vital con España y con Castilla. No siente desde entonces a España. Odia a Castilla. A los comuneros que piden ayuda, contesta secamente La Coruña: "*que se vayan*".

Desde entonces empieza la triste odisea de Galicia. Nuevo Nazareno en un Calvario peninsular, inacabable, amargado por la derrota, envenenado por el esceptismo, plegado a la adversidad, hermano del dolor e hijo de la irresolución. ¡Pobre pueblo! ¡Extranguado, castrado, deshecho!. ¡Tus valedores!. Montero Ríos, que por no saber inglés, entregó las Filipinas, otra España a los Estados Unidos, en la infame paz de París; y Bugallal, el mediocre político desleal a la Monarquía, que alienta sus huestes a ingresar a la República, que se apoya en Galicia para imponerse en el Parlamento al Rey; y en el Parlamento y el Rey para sojuzgar a Galicia, cotizando su poder en las grandes empresas financieras de la gran Sentina nacional, con las que pacta, Senadurías y Consejos de Administración, que llevan a la cumbre. ¡Nuestra señora de las Subsistencias, templo sagrado de las felonías!.

Galicia ha de reconstruir su historia, la de su cultura y de su civilidad, incubando una nueva Hermandad gallega, una nueva democracia social, de campesinos y de obreros, de marineros y montañeses, que pongan ojo avizor en los castillos de hoy, en los poderes imponderables de la burguesía gallega de la vieja política gallega en esa casta de extranjeros, de mestizos y de renegados, que ejerce sin piedad la más negra opresión sobre nuestras aldeas, que convierte las villas en cuna y hogar de villanos, en manadero de villanías y las ciudades en vivero de burocrátas, curiales y mercaderes fenicios y orejos,

en pulpo con tentáculos sobre el campo, en piojo vil de la aldea, no en faro y crisol de la cultura y de la civilidad para la aldea, que le da su sangre y su pan.

Esta Hermandad ha de ser fruto de examen de conciencia, de cabal reconocimiento, de una personalidad histórica, común, de una adversidad común, de la comunidad de problemas y de esfuerzos. Las fuerzas morales han de ser las propulsoras del choque. Han de ser el manantial de la rebeldía.

La injusticia ha de ser la ráfaga de viento que avive, que ponga encendida en viva llama la pasión, El atropello, la canallada, la persecución, la prisión y el destierro, son las ascuas, que mantienen vivo el fuego sagrado de la revolución en un pueblo, a quien despojaron de su derecho, de su lengua, de sus costumbres virgilianas, de su fervorosa y pura religiosidad, de su economía; en un pueblo embrutecido por el hambre y el miedo, la ignorancia y la doblez, atenazado por la duda, sojuzgado por la bárbara opresión. ¿En un pueblo? ¿En un rebaño!.

El espíritu objetivo, el patrimonio espiritual de Galicia, el acervo común de su conciencia histórica nos fué arrebatado con nuestras libertades. En pleno siglo xx nos hemos recobrado para vernos, con el alma y el cuerpo de nuestra cultura colectiva en bárbaro despojo, con nuestra personalidad nacional truncada, con nuestra conciencia de pueblo dormida, con nuestros ideales muertos, con nuestro territorio amputado,

Lengua, Derecho, Religión, Ética, Economía, Ciencia y Técnica gallegas. Cadáveres del pasado o nostalgia de un sueño de porvenir. En el fondo, sueño, sombra, polvo, nada.

El esfuerzo común de esta nueva generación, en esta hora, de alboradas del espíritu, de empuje vital, de floración primaveral de la nación, ha de consistir en restaurar los valores muertos de una cultura segada en flor y calcinada por la tiranía de los Reyes Católicos, como los castillos de los nobles a partir del siglo xv. Nuestra cultura nacional está de nuevo en gestación de próximo y franco renacimiento. La tierra y la conciencia están preñadas de nuevos ideales y de viejos valores, que en ellos encarnaron. El presente ha de ser boda sagrada de tradición y de ideal. Nuestra conciencia, águila que en sus alas (pasado y porvenir) ha de irrumpir en su vuelo con la presencia de sí misma, con la posesión plena de su personalidad, por los espacios infinitos que nos traza el ideal. Para ser una nación hay que sentirse vivir en trayectoria eterna. Una conciencia nacional sólo pervive, cuando es a la vez retrospectiva y prospectiva, omnipresente y personal, con plenitud y posesión de sí misma y de los valores de cultura que se integran en el alma colectiva, y en el cuerpo de la nación y con dominio de la fuerza creadora, renovadora de esos valores, fuerza que le da ejecutoria de eternidad, de pervivencia histórica. Fuerza que hace que una nación sea pueblo. Pueblo, que sepa tejer

y tramar su historia en consciente finalidad y vivirla y hacerla perdurable. Pueblo eterno, pueblo característico. Pueblo impregnado de plena y pura humanidad. ¡Pueblo gallego, a tu destino! Este es el camino de tu resurrección. Yo te digo como Jesús a Lázaro: “¡Levántate! ¡Levántate y anda!”

TRADICION, REVOLUCION Y CULTURA

Es un error creer que los procesos revolucionarios vienen a descuajar de raíz las tradiciones, a implantar regímenes nuevos, plasmados en la utopía o en el ideal de unas minorías. Distingamos: las revoluciones hechas desde arriba, por los intelectuales o ambiciosos, sí; las revoluciones hechas desde abajo por el pueblo, no. Porque sólo éstas responden, como dice Enrique Sée, a acelerar el ritmo de evolución, retardado o anulado por un régimen mortal de tiranía, por un *statu quo* de violencia. Cuando un movimiento revolucionario está predeterminado por *catalisis* integral de procesos económicos, religiosos, éticos, sociales, jurídicos, científicos y técnicos, es indudable, que la aceleración del ritmo en la evolución total del pueblo, tiene que hacer aflorar la vida subconsciente de tradición, que en la entraña, en lo más hondo de la vida del pueblo se cobija. Porque toda revolución es una crisis vital, que pone a máxima tensión las energías vitales del organismo nacional; y la tradición en último término, sólo es energía potencial

atesorada por y para la subsistencia histórica del pueblo; aquello que, a través del tiempo, mantiene su unidad, identidad, potencia y permanencia. Por la tradición, las nuevas generaciones y las viejas se reconocen, como productos vivos de una placenta maternal común. La conciencia histórica o retrospectiva, son hermanas. El "Preludio", de Wordsworth (V. Barret Wendell *La France d'Aujourd'hui*), revela la conciencia crepuscular naciente del pueblo francés, en su sereno despertar contra la tiranía del Estado de Luis XIV, para purificar el Estado nacional. La poda de privilegios, que hizo la Revolución sirvió, tuvo por resultado, "*comme tout émondage de fortifier le reste de l'arbre*". La Declaración de los derechos del hombre en América y en Francia es fruto de un proceso de concentración espiritual del hombre sobre sí mismo, en plena naturaleza virgen, para recobrase contra la tiranía de los reyes, los nobles y los sacerdotes. Lafayette fué algo más que un propulsor de la Revolución francesa, con plenitud de fervor asimilado en la revolución americana: fué un apóstol céltico de pura y plena humanidad, que se condensa en la *Declaración de los derechos del hombre*, que son el fundamento de la nueva humanidad occidental.

La revolución francesa, al multiplicar el número de propietarios en los campos; la revolución rusa, al crear un núcleo de propiedad individual campesina; la revolución mejicana, velando por la elevación económica y moral del indio; la de Gandhi,

pretendiendo instaurar en las aldeas de la India el *Swadeshi*, que es la plena autonomía integral del pueblo indio frente al imperialismo inglés, renuevan por la revolución la tradición, la crean, la articulan a nuevos problemas, le infunden nuevo espíritu; pero no la matan. Porque, en último término, "Una revolución (Georges Valois: *Un Nouvel Age de l'humanité*, París, 1929), es una crisis moral en la vida de las sociedades humanas. Es una operación perfectamente sana. El espíritu revolucionario es el mismo espíritu de creación. Gracias a él las sociedades se mantienen en buenas condiciones para la prosperidad o se rejuvenecen. Pero unas revoluciones se logran y otras se malogran." La revolución es un parto de nuevas formas y valores, y en todo parto se siente dolor y se derrama sangre.

Hay una tradición vital y hay muertas tradiciones, de privilegios de clase y casta. Hay una tradición humana, que es eterna y una tradición particularista que quiere hacerse eterna, parapetándose en los intereses creados: ésa, que un falso espíritu conservador, defiende como abogado de mala causa; ésa, que es rémora del progreso histórico; ésa, que quiere conservar intangibles las momias y los fetos redomados en alcohol como reliquias sagradas, mientras se opone a que el sol caliente las capas de tierra virgen del subsuelo nacional roturadas por el hierro y caldeadas por el fuego de la revolución.

Pero ignora que, así como las revoluciones son inexorables, en su marcha, superiores a la volun-

tad de los ideólogos, que pueden pensarlas, pero no cambiar su cauce; y que es inútil, que lamenten el estado de embriaguez del alma colectiva que producen, porque en su ritmo estructural tienen un proceso parabólico de entusiasmo, hasta que encuentran un arquitecto espiritual, una mano de hierro, que, como Lenin y Napoleón, saben domarlas; jamás desenraizan tampoco del alma y del cuerpo de las naciones los valores de tradición viva, que es el potencial acumulado por los siglos en su espíritu objetivo, su ejecutoria de linaje, su razón de ser de subsistencia.

Pero la revolución, calcinándolo todo, arrasándolo todo, como una tempestad, como una sacudida eléctrica, sólo respeta aquellos sintagmas de la cultura, que saben, como cables de alta tensión, resistirla y, además, canalizarla, como reóforos intencionales y conscientes de su fuerza y de su espíritu.

La obra de los siglos, que en la subconsciencia del espíritu objetivo fué creando el pueblo en su espontaneidad de poeta colectivo, de escultor de su conducta, es la única que resiste. El tinglado artificial de instituciones, normas jurídicas, intereses económicos, privilegios, falsas creencias, modas estúpidas, insensatos convencionalismos, se hunde. Por la revolución el alma y el cuerpo de las naciones saben inmergirse en las aguas que brotan del manantial de la adversidad, después de la prueba trágica del dolor y de la muerte, después de desnudarse de todo trivialismo, para salir rediviva, pu-

rificada, limpia de toda mancha su personalidad en la crisis de un régimen de corrupción, de tiranía y de violencia. El instinto revolucionario es certero. Busca aquellos flancos, aquellos puntos débiles, aquellas organizaciones de vanguardia de la opresión, para hacer sentir con plenitud de alma y de pasión sobre ellas su fuerza arolladora. Porque sabe que, hiriendo el viejo régimen en sus vísceras autárquicas, cerebro, corazón, pulmones, estómago, brazos (intelectuales asalariados, poetas y artistas corrompidos, clero fanatizado y domador, autocracia, plutocracia, pretorianismo y monopolios), sabe, que tiene ganada la partida.

En Galicia la obra de la revolución, al fin de la cultura, ha de ser fundamentalmente restauradora de una autonomía integral: de la autonomía de la aldea contra el cacique, de la autonomía de las villas contra sus amos extranjeros y contra el tinglado de burocracia, justicia, abogacía, curia, usura, mercaderes, tenderos, tahures y vividores de mala ley, incluyendo aquí los médicos que dan certificados falsos, que falsean el testimonio como peritos; los maestros que no enseñan y los que profesan artes liberales que, iliberalizadas por vilezas, servilizan por su incompetencia y mal gusto. Hay que asegurar también la autonomía de estas ciudades arañas, pulpos y mariposas, contra la *Metrópoli* madrileña, obligándolas a formar constelación de galleguismo para forjar en unión, en saber y en trabajo, su *metrópoli*; para elevar en una Anficiónía o Nueva

Liga Aquea de ciudades gallegas, su nivel de cultura, su conciencia de civilidad, su personalidad característica y plena; para tutelar el campo; para ser en maternal regazo las que le propinen el pan del alma, la leche del espíritu: velando por la escuela y la vida económica de las aldeas, siendo la ciudad su tutela, su heraldo, su guía, su hermano mayor, su apóstol, su escudo.

Y no basta que la sacudida revolucionaria despierte a una el campo y la ciudad en Galicia. Precisamos todos a una hacer examen de conciencia personal y colectiva, para elaborar, para restaurar, para articular nuestro espíritu objetivo y en él los valores eternos de nuestra cultura nacional gallega. Que sólo una nación se hace tal, y como nación subsiste, si la concinecia personal, es a la vez crisol del pasado y placenta del porvenir, forjando una cultura. La revolución, como la guerra, aviva el proceso de *Kariokinesis* o fertilización del alma y del cuerpo de una nación. Es el parto sagrado de la virgen Madre del *Verbo* de nueva humanidad, que santifica su maternidad por el dolor y por el amor, por el trabajo y por la abnegación en aras de los ideales del pueblo, que ella prohija en su seno.

¡Galicia! ¡*Gratia plena!* Bendita tú eres para mí entre todos los pueblos de la tierra, flor y simiente de España.

¡Salve Tierra Madre! ¡Salve!

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Galicia: Su vida política y social.</i>	17
<i>La Juventud gallega y su Poeta.</i>	23
<i>La acción social del liberalismo en Galicia.</i>	33
<i>Galleguismo y Quijotismo</i>	41
<i>Una excursión pedagógica a Portugal.</i>	45
<i>Consejos a la juventud gallega.</i>	51
<i>Psicología de nuestras villas gallegas: Redondela.</i>	57
<i>Galicia y el Turismo.</i>	65
<i>La ética urbana y el éxodo rural. De la emigración.</i>	71
<i>¿Cómo educará V. a sus hijas?—El destino de la mujer. Cómo he de educar a mis hijas.</i>	77
<i>Curros Enríques. Poeta de la rebeldía.</i>	95
<i>Las orientaciones de la solidaridad en Galicia.</i>	101
<i>Pensamientos.</i>	109
<i>La Exposición Nacional Gallega de 1909.—Tierra y Espíritu.</i>	114
<i>Los foros en Galicia.—Información ante el Con- greso.—«Una carta interesante».</i>	123
<i>La asociación orensana de cultura y acción so- cial.</i>	129
<i>Regionalismo cultural: Los ideales del pueblo gal- lego.—Ciudades del pasado, del presente y del porvenir.</i>	130
<i>Mi homenaje a D.^a Emilia.</i>	147
<i>Ideario regional gallego.—Hagamos la gran ciu- dad a nuestra imagen y semejanza.</i>	153
<i>El litoral gallego y los problemas de Vigo.</i>	161
<i>Espíritu mesiánico y espíritu apostólico del galle- guismo.</i>	173

	<u>Página.</u>
<i>El Ideario del galleguismo</i>	181
<i>Emocionario de la gran ciudad.—Vigo</i>	193
<i>Ecumene del galleguismo</i>	201
<i>La hora presente de Galicia</i>	211
<i>Psicología de las «fuerzas vivas»: Orense</i>	221
<i>Conciencia nacional gallega y galleguismo</i>	225
<i>La política gallega.—El ferrocarril Zamora-Orense-Coruña</i>	233
<i>La bandera de Galicia</i>	243
<i>¿Somos una nación o somos una colonia?</i>	251
<i>El Estado nacional gallego</i>	261
<i>Los generadores de la conciencia republicana de Galicia.—La ciudad gallega</i>	269
<i>Los generadores de la conciencia republicana.—La aldea</i>	279
<i>La lucha por la cultura en Galicia.—Escuelas y maestros</i>	291
<i>La hora presente de la juventud gallega</i>	299
<i>Galicia mayor.—Galicia plena.—«Greater Galicia»</i>	309
<i>La República gallega</i>	319
<i>El Parlamento nacional gallego</i>	329
<i>Los precursores de la conciencia republicana en Galicia</i>	341
<i>Prensa gallega y conciencia nacional gallega</i>	363
<i>El Estado gallego y la República gallega</i>	375
<i>La Universidad nacional gallega</i>	383
<i>El Partido conservador y el ideario de Bugallal</i>	389
<i>Sobre las ruinas del bugallalismo</i>	399
<i>Republicanism, Bagallismo y Upetismo</i>	407
<i>El Estado Nacional gallego y su poder constituyente</i>	415
<i>Bases para la constitución del Estado Federal Gallego</i>	427
<i>La lengua gallega y la lucha por la cultura en Galicia.—Réplica a Unamuno</i>	437
<i>Crisis y renovación de la cultura gallega</i>	449
<i>Tradición, revolución y cultura</i>	457